

Fuego en las entrañas

William Golding

Traductor
Fernando Santos Fontenla

Título original:
Fire Down Below

Esta obra ha sido publicada en inglés por Faber & Faber Ltd., de Londres

© William Golding, 1989
© Ed. cast.: Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1992
Calle Milán, 38; 28043 Madrid
ISBN: 84-206-3264-3
Depósito legal: M. 7.953-1992
Compuesto en Fernández Ciudad, S. L.
Impreso en Closas-Orcoyen, S. L. Polígono Igarsa
Paracuellos de Jarama (Madrid)
Printed in Spain

ADVERTENCIA

Este archivo es una corrección, a partir de otro encontrado en la red, para compartirlo con un grupo reducido de amigos, por medios privados. Si llega a tus manos **DEBES SABER** que **NO DEBERÁS COLGARLO EN WEBS O REDES PÚBLICAS, NI HACER USO COMERCIAL DEL MISMO**. Que una vez leído se considera caducado el préstamo del mismo y deberá ser destruido.

En caso de incumplimiento de dicha advertencia, derivamos cualquier responsabilidad o acción legal a quienes la incumplieran.

Queremos dejar bien claro que nuestra intención es favorecer a aquellas personas, de entre nuestros compañeros, que por diversos motivos: económicos, de situación geográfica o discapacidades físicas, no tienen acceso a la literatura, o a bibliotecas públicas. Pagamos religiosamente todos los cánones impuestos por derechos de autor de diferentes soportes. No obtenemos ningún beneficio económico ni directa ni indirectamente (a través de publicidad). Por ello, no consideramos que nuestro acto sea de piratería, ni la apoyamos en ningún caso. Además, realizamos la siguiente...

RECOMENDACIÓN

Si te ha gustado esta lectura, recuerda que un libro es siempre el mejor de los regalos. Recomiéndalo para su compra y recuérdalo cuando tengas que adquirir un obsequio.

(Usando este buscador: <http://books.google.es/> encontrarás enlaces para comprar libros por internet, y podrás localizar las librerías más cercanas a tu domicilio.)

AGRADECIMIENTO A ESCRITORES

Sin escritores no hay literatura. Recuerden que el mayor agradecimiento sobre esta lectura la debemos a los autores de los libros.

PETICIÓN a EDITORES

Cualquier tipo de piratería surge de la escasez y el abuso de precios. Para acabar con ella... los lectores necesitamos **más oferta en libros digitales**, y sobre todo **que los precios sean razonables**.

PETICIÓN a DIGITALIZADORES

Si encontráis libros digitales a precios razonables rogamos encarecidamente:

NO COMPARTIR estos libros, sino animar a su compra.

Por el bien de la cultura y de todos, debemos incentivar la loable iniciativa que algunos escritores están tomando, publicando libros a precios muy asequibles.

Luchemos tan solo contra los abusos, o seremos también abusadores.

(1)

El capitán Anderson me volvió la espalda, hizo bocina con las manos y urgió:

—¡Tamborete!

El hombre que estaba a caballo del palo junto a la figura inmóvil del joven Willis levantó una mano para indicar que había oído. Anderson se apartó las manos de la boca y «gritó» en lo que era, para él, un tono casi normal de voz:

—¿Ha muerto el chico?

Aquella vez el hombre debió de gritar una respuesta, pero no tenía la voz tan fuerte como el capitán, y con el viento y las olas, por no hablar del movimiento irregular del buque, no pude oírlo. A treinta pies o más debajo de él, en la cofa mayor, el teniente Benét —en una voz tan alta como la del capitán, pero de tenor, frente a la de bajo de este último— repitió lo que había dicho el hombre.

—No sabe, pero dice que parece estar frío.

—¡Entonces, bajadlo!

Willis era el guardiamarina incompetente cuya torpeza había contribuido a que perdiéramos los mastelerillos. Se le había condenado a pasar una guardia de cada dos a caballo en la verga de gavia que habían montado en el frágil palo improvisado como sustituto. Después se produjo una larga pausa y algo parecido a un combate de lucha libre en el tamborete, mientras subía otro marinero, que llevaba consigo un aparejo. Willis se tambaleó, y yo contuve el aliento al ver que se caía. Pero rápidamente lo ataron a una especie de asiento. Mientras lo bajaban, girando y retorciéndose al extremo del cable, tan pronto salía fuera de la vertical del barco cuando nos balanceábamos, como se golpeaba contra el propio mástil. El teniente Benét gritó:

—¡Tira para acá a ese hombre, zángano!

Agarraron a Willis y lo pasaron de mano en mano. La guardia de servicio, o la parte de la guardia que se había colocado junto al aparejo del palo mayor, lo

manejó como si se tratara de un bebé. El teniente Benét bajó deslizándose sesenta pies por un cable desde la cofa y aterrizó blandamente en cubierta.

—¡Espacio y con calma!

Se arrodilló junto al muchacho. El capitán Anderson habló desde la barandilla de proa de la toldilla:

—¿Ha muerto, señor Benét?

Benét se descubrió con un gesto elegante, revelando al hacerlo lo que a mí me había empezado a parecer un pelo demasiado amarillo.

—No del todo, mi capitán. Bien, mozos. ¡Bajadlo a la santabárbara, y rápido!

El grupito desapareció por la escala —o las escaleras, como cada vez estaba yo más decidido a llamarlas— con el teniente Benét tras ellos, tan seguro como si tuviera la misma experiencia en materia de medicina que en todo lo demás.

Me volví hacia el señor Smiles, el navegante mayor, que estaba a cargo de la guardia.

—A mí me pareció que estaba muerto.

El capitán lanzó un siseo feroz. Una vez más, yo había vuelto a violar sus sagradas «órdenes permanentes», al hablar con el oficial de guardia. Pero aquella vez, como si tuviera conciencia de que él era el culpable de haber llevado el castigo del muchacho hasta el punto de ponerlo en peligro, se dio la vuelta con una mueca que, de haber estado en el escenario, habría comportado un gruñido, y se fue a su camarote.

El señor Smiles había oteado toda la línea del horizonte. Ahora examinó nuestras escasas velas.

—A algunos les ha llegado la hora de morir.

Me sentí al mismo tiempo irritado y horrorizado. No me considero supersticioso en absoluto, pero aquellas palabras eran inquietantes, dichas en un buque desarbolado y posiblemente a punto de irse a pique. Me había sentido animado por una mejora del tiempo. Pues aunque ahora estábamos inexorablemente rumbo sur, hacia los mares polares, el tiempo no parecía peor de lo que hubiera podido ser en el canal de la Mancha. Estaba a punto de manifestar mi desacuerdo con aquel hombre, pero apareció desde el vestíbulo de los pasajeros mi amigo, el primer oficial Charles Summers, que subió a la toldilla.

¡Edmund! ¡Me han dicho que has rescatado al joven Willis!

¿Yo, Charles? ¡No creas nada por el estilo! Soy un pasajero y por nada del mundo me injeriría en el gobierno del buque. Me limité a decir al teniente Benét que a mi juicio el muchacho parecía estar verdaderamente comatoso. Benét hizo el resto... Como de costumbre.

Charles miró en su derredor. Después me llevó a la barandilla, lejos de Smiles.

—Escogiste al único oficial que podía aventurar una discrepancia con el capitán sin sufrir una reprimenda.

- Eso es la diplomacia.
- No te gusta Benét, ¿verdad? También yo tengo diferencias con él. El trinquete...
- Admiro a Benét. Pero es demasiado perfecto.
- Tiene buenas intenciones.
- ¡En la arboladura es tan ágil como un guardiamarina! Pero, Charles... ¿te das cuenta de que al cabo de tantos meses embarcados, nunca he subido a un palo? ¡Aunque hoy nos movemos mucho, resulta poco en comparación con lo que nos hemos movido!
- Ah, ¿sí? Uno está tan acostumbrado a los movimientos de los barcos...
- Bueno, estoy seguro de que tú podrías subirte por las paredes sin perder el equilibrio. Pero va a arreciar el viento, ¿no? Quizás sea ésta mi única oportunidad de averiguar cómo trabajan los marineros.
- Te puedo llevar hasta la cofa cruceta.
- Será una experiencia muy valiosa. Supón que —como puede ocurrir— llegue a ser miembro del Parlamento. «Señor presidente: quienes hemos subido a la cofa cruceta de un buque de guerra en la mar...»
- El honorable diputado por Tombuctú debe callar la boca, agarrarse a los obenques y subir con calma. ¡Con calma! ¡No eres un guardiamarina jugando al escondite por entre el aparejo!
- ¡Dios mío, aquí no se puede andar con botas de agua!
- Tienta el peldaño con la bota antes de apoyarte en él. No mires hacia abajo. Si te resbalas, te agarro yo.
- «A salvo en brazos del Señor.»
- Esas irreverencias...
- Con su permiso, señor obispo. Esa exclamación me salió sola. Fue mi bota de agua la que la dijo, como podría haber dicho Eurípides, aunque no lo dijo. No acertó con el peldaño.
- Bueno. Nada de subir por fuera. Subamos por la boca de lobo.
- Si de verdad he de elegir el camino fácil... ¿insistes?
- ¡Arriba!
- Dios mío. Esto sí que es cómodo. Aquí podría aposentarse media docena de individuos, siempre que pudieran utilizar el enorme agujero por el que me he metido yo impulsado por la necesidad. Se vende mansión. Lujosos aposentos, construcción en madera, vistas al mar... ¡y un caballero de la armada que vigila el horizonte!
- Fawcett. Ahora que el señor Willis ha... evacuado el tamborete, puedes seguir tú de vigía en esa posición.
- El marinero larguirucho se llevó la mano a la frente, se pasó el tabaco de mascar de un carrillo a otro y desapareció.
- Bien. ¿Qué te parece?
- Ahora que me atrevo a mirar hacia abajo, veo que aunque nuestro buque es un setenta y cuatro, se ha encogido. ¡De verdad, Charles! ¡Unos árboles

monstruosos como este mástil no deberían clavarse en una barquichuela así! ¡Es imposible que no zozobremos! No quiero mirar... cierro los ojos.

—Si miras al horizonte tendrás una perspectiva mejor.

—Se me han puesto los cabellos tan de punta que está a punto de caérseme el sombrero.

—No hay más que sesenta pies hasta cubierta.

—¡Sólo! Pero nuestro amigo el del cabello amarillo bajó deslizándose por un cabo.

—Benét es un muchacho muy activo, animoso y lleno de ideas. Pero ¿qué harías tú si te mandaran al tamborete?

—¿Como al pobre Willis? Creo que me moriría. Smiles ha dicho que a algunos les había llegado la hora de morir.

Me erguí cautelosamente y me agarré con ambas manos a los tranquilizadores obenquillos que adrizaban la cofa. La sensación resultaba agradable.

—Esto va mejor, Charles.

—¿Estabas preocupado por lo que dijo Smiles?

—¿Se refería a las niñas de los Pike?

—De hecho, van algo mejor.

—¿A Davies, ese pobre guardiamarina senil? ¿A la señora East? Debe de ir mejor, pues la he visto con la señora Pike. Me pregunto si se referiría a la señorita Brocklebank.

—El señor Brocklebank dice que está muy mal. Una recaída.

Se me ocurrió una idea que me hizo reír.

—¿Se referiría al señor Prettiman, nuestro malhumorado teórico político? La señorita Granham me dijo que su prometido había sufrido una caída muy grave.

—¿Te parece un hombre cómico?

—Bueno. No puede ser totalmente detestable, o una dama tan estimable como la señorita Granham no habría consentido en hacerlo el más feliz de los hombres. Pero ¿cómico? ¡Es un malvado! Pero si... se opone al gobierno de su propio país, a la Corona, a nuestro sistema de representación... de hecho, a todo lo que nos hace ser el país más importante del mundo.

—De todos modos, está grave.

—Si nos abandona, no lo sentiré. Sólo lo siento por la señorita Granham, pues si bien en varias ocasiones me ha echado un rapapolvo, repito que es una dama estimable y parece auténticamente encariñada con ese hombre. Las mujeres son muy raras.

Otra persona subía por el aparejo. Era el señor Tommy Taylor, que se presentó con una agilidad digna de un mono, saltando a la cofa por fuera, en lugar de subir, como era más fácil y más seguro, por el agujero del centro.

—Saludos del señor Benét, mi comandante, y el señor Willis parece estar bien. Duerme y ronca.

—Muy bien, señor Taylor. ¿Está usted de guardia?

—Sí, señor. El señor Smiles, señor.

—Puede usted volver a la toldilla.

—Con su permiso, señor. Está cambiando la guardia, señor.

Efectivamente, la campana del buque estaba dando la hora.

—Muy bien, ya no está usted de guardia. Haga usted de maestro. Aquí el señor Talbot cree que le convendría aprender todo lo que se puede saber de un buque.

—¡No, no, Charles! ¡Pax!

—Por ejemplo, señor Taylor, al señor Talbot le interesaría saber qué tipo de mástil es éste.

—Es un palo mayor, señor mío.

—¿Está usted tratando de hacerse el ingenioso, señor Taylor? ¿Cómo está construido?

—Es un palo «compuesto», señor mío. Eso significa que está hecho de pedazos separados. No de «lampazos», naturalmente. De pedazos.

El señor Taylor se rió tanto que concluí que pretendía decir algo ingenioso. De hecho, aquel muchacho estaba siempre de tan buen humor que me parecía que consideraba nuestra desesperada situación en un buque desarbolado y posiblemente a punto de irse a pique una experiencia divertida.

—Ahora, señor Taylor, dígame usted al señor Talbot cómo se llama cada uno de eso pedazos.

—Bien, señor mío; los redondos de cada lado son las almohadas de cabeza de palo. Después están los baos de los palos, que nos sostienen. Bajo ellos están las cacholas para impedir que los baos resbalen por el mástil. El señor Gibbs, el carpintero, dice...

El muchacho se echó a reír al recordarlo.

—Dice: «cada palo compuesto tiene dos preciosas cacholas, muchacho, o sea, dos menos que tú, ¿no?»

—Después de esa salida, jovenzuelo, puede usted marcharse. Siempre está pensando en lo mismo.

—A la orden, señor. Gracias, señor.

El muchacho se marchó con una agilidad natural muy adecuada para su edad y sexo. La visión de cómo iba disminuyendo de tamaño al bajar por el mismo cabo que había utilizado el señor Benét, me mareó un poco. Miré hacia arriba, tratando de obtener un centro de orientación en el trinquete que se erguía entre nosotros y la proa.

—¡Charles! ¡Se mueve! ¡Mira... mira! No, ahora se ha vuelto a parar. Por arriba, me refiero... ahí va, está trazando un círculo pequeño, un círculo desigual...

—¿Seguro que no lo sabías? Creíamos que estaba combada, una especie de fractura incompleta, pero de hecho la base del palo ha roto el calzo y hemos tenido que adoptar medidas. ¡Vamos, Edmund! No hay nada que hacer.

— ¡No debería moverse así!

— Claro que no. Por eso no hemos desplegado velas en el trinquete ni en el palo mesana, dado que el uno equilibra al otro. ¿Ves las cuñas donde entra el trinquete en cubierta? No, imposible... Pero el movimiento no hace más que sacarlas de su sitio. Hemos asegurado e inmovilizado el palo en todo lo posible.

— Me da mareo.

— Entonces, no mires. Debería haber recordado lo claramente que se ven los bandazos desde aquí. ¡Ay, no! ¡Mira! ¡No al mástil, sino hacia el horizonte! ¡El viento, el viento sur, el que no queríamos!

— ¿Qué significa?

— Frío. Podremos caer hacia el este, que naturalmente es adonde queremos ir, pero también queremos ir hacia el sur, donde están los vientos fuertes y constantes. Tenemos que bajar. Vamos. Yo primero.

Bajamos a cubierta y me quedé al socaire de los obenques de estribor, contemplando cómo nuestra vieja carraca viraba pesadamente hacia la amura de estribor cuando nos alcanzó el viento sur, que no tenía nada de la suavidad que relacionamos con el «sur» en climas más suaves. Charles se quedó en cubierta para ver cómo el señor Cumbershum y el capitán Anderson realizaban el cambio de rumbo. Estaba a punto de dirigirse a proa cuando lo volví a detener.

— ¿Puedes pasar un momento más conmigo? Sé lo ocupado que estás y no quiero entrometerme en tu escaso tiempo libre...

— ¡Un primer oficial tiene más tiempo libre en medio de un viaje que al principio o el final! Pero tengo que hacer que me vean por el barco y detectar crímenes tan terribles como una hamaca que se han dejado tendida o un cabo mal amarrado; para tu información, *ese* cabo está bien amarrado. Bien. Démonos un paseo por el combés como antes.

— Con sumo gusto.

Entonces, Charles y yo nos pusimos a recorrer a paso vivo el combés. Pasamos por encima de los tensos cables que lo aseguraban, pasamos más allá del palo mayor con su raya blanca, su combinación de cuñas, cables, motones y bitas, hacia el castillo de proa, ante el cual el palo de trinquete desenvergado trazaba su círculo casi invisible en el cielo. La primera vez que llegamos a él me detuve y miré. Allí las cosas estaban tan complicadas como en el palo mayor. El de trinquete medía como mínimo tres pies de diámetro, y allí donde se unía a la cubierta estaba cercado por una abrazadera hecha de grandes cuñas. Al mirar vi que se movían ligera y desigualmente. Había un marinero de pie junto al mástil, apoyado en un enorme mazo. Vio que el primer oficial lo miraba y se echó aquello al hombro, esperó un momento y después lo hizo caer sobre una cuña que estaba un poco más *salida* que las otras.

Charles hizo un gesto de aprobación. Sentí que me ponía la mano en el brazo al apartarme de allí y reanudar nuestro paseo.

— ¿Vale eso de algo?

—Probablemente no. Pero la sensación de que se está haciendo algo es mejor que nada. Por lo menos, tranquiliza a los pasajeros.

—Eso es muy *à propos*. Charles, aprecio mucho la cortesía de los oficiales al permitirme que utilice una de vuestras conejeras... ¡debería decir camarotes! Pero todo lo bueno ha de acabar y tengo que volver a la zona de los pasajeros, o sea, a mi conejera frente al vestíbulo de los pasajeros.

—¿Es que no lo sabes? La señorita Brocklebank se la ha apropiado. No he dicho nada porque la pobre dama se siente muy enferma. ¿No irás a tener el mal corazón de desalojarla?

—Tiene derecho de ocupación. Me refiero a mi otra conejera.

—¿Donde Colley se dejó morir y Wheeler se suicidó? ¡No debes dormir ahí! ¿Es que te aburre nuestra compañía —mi compañía— en la cámara de oficiales?

—¡Ya sabes que no!

—¡Pues entonces, mi querido amigo! ¡Un curtido lobo de mar, una persona sin desbastar tal como yo —como yo— podría dormir ahí! Pero tú... eso está contaminado.

—No me agrada la idea, es verdad.

—Entonces, ¿por qué?

—Es un caso que creo puedo afirmar haber estudiado más a fondo que tú... De hecho, más a fondo de lo que necesitas considerarlo tú, pues es asunto exclusivamente mío.

—¡Usted perdone!

—No... quiero decir que yo soy el único responsable. No me importa nada decírtelo todo. La cuestión es, compréndelo, que voy a pasar algún tiempo en la administración de la colonia. ¿Qué tipo de reputación tendría si se supiera que el miedo a los fantasmas me ha hecho abandonar mi camarote? ¿Entiendes? Es una forma de servicio que me propongo a mí mismo, igual que tú has prometido el tuyo al Rey.

—Es una actitud muy correcta y dice bien de ti.

—A mí también me lo parece.

Charles rió.

—De todos modos, no debes volver de momento. He dado órdenes de que el interior del camarote se limpie, se vuelva a pintar y se haga con él todo lo necesario.

—¿Todo lo necesario?

—Vamos, Edmund... cuando alguien se salta la tapa de los sesos en un espacio tan chico...

—¡No me lo recuerdes!

—Tienes un día o dos para pensarlo. Bien. Este viento de través significa que el movimiento disminuye, ¿no te parece? También significa que en esta carraca está entrando menos agua, lo cual significa menos bombeo.

—Hay algo que no logro entender. ¿Por qué, con este viento, no nos damos sencillamente la vuelta y vamos hacia África y El Cabo? Podríamos volver a

avituallarnos de comida, bebida y otras provisiones... conseguir que nos arreglasen el trinquete, desembarcar a los enfermos; sobre todo, ¡podríamos estirar las piernas en una maravillosa tierra firme! ¡Cuánto la echo de menos!

—Este viento no va a durar. Es demasiado flojo y fuera de temporada. Navegar en su búsqueda equivaldría a lo que se llama «perseguir al viento». Cuando un barco lo hace se puede pasar el tiempo yendo adelante y atrás, dando vueltas, y no llegar a ninguna parte, como el *Holandés errante*. Confórmate con los tres nudos y medio que vamos avanzando hacia nuestro destino. Eso es mejor que nada... ¿Qué te pasa?

—Perdona. Es este maldito picor. De hecho, tengo una llaga entre las piernas.

—Una llaga. Eso nos pasa a todos, por la sal.

—Poco a poco me estoy quedando sin ropa que ponerme. Phillips se llevó mi camisa para lavarla y, aunque me puse serio con él, al final me la tuvo que poner húmeda.

—Ah. Eso es el agua de lluvia.

—Yo creía que el agua de lluvia era dulce.

—¿Qué os enseñan a los jóvenes hoy en día? Naturalmente que no. Bueno, la lluvia puede ser de agua dulce en tu pueblo, si vives lo bastante lejos del mar. Por aquí es, como mínimo, salobre. ¿No te has estado lavando con ella igual que todos los demás?

—Claro que sí, pero la maldita no hace espuma. Se convierte en un barrillo.

—¿Qué jabón usas?

—¡El mío, naturalmente!

—¿No te ha dado Webber jabón del barco?

—Dios mío, ¿es que eso es jabón? Creía que era un ladrillo. Creía que era piedra pómez o algo para afeitarse cuando hace mal tiempo, como los antiguos.

—¡Es típico de ti saber lo que utilizaban los antiguos para afeitarse! ¡Pero es jabón, muchacho, jabón para usar con agua salada!

—No le noté ningún olor.

La risa del primer oficial fue casi tan estentórea y prolongada como lo habría sido la del señor Taylor. Después:

—Supongo que tú crees que el jabón tiene un olor natural.

—Bueno, ¿y no es así?

Pero de pronto Charles se había distraído. Había aguzado el oído. Se mojó el pulgar y lo alzó.

—¿Qué te había dicho? Ese viento no ha durado ni media guardia. ¡Vuelta a empezar!

(2)

Yo seguía de invitado en la cámara de oficiales cuando llegó la siguiente borrasca en medio de la noche y me despertó con una sensación de que el barco se balanceaba con más fuerza, por no decir con más violencia. Me quedé echado un rato calculando la dirección del viento por los balanceos del barco. Éste se inclinaba casi siempre a estribor y cuando se desplazaba a babor no pasaba de la vertical. De vez en cuando se encabritaba como un caballo. A veces también caracoleaba pero no como lo habría hecho de tener el viento por la amura. Razoné, soñoliento, que el viento estaba del lado de babor y que avanzábamos hacia el sur a más velocidad. ¡En un barco nada resulta tan agradable como avanzar en el sentido que se desea! El nuestro era el este, pero, en su defecto, no nos venía mal avanzar hacia el sudeste en busca de los vientos de poniente que, según se dice, dan la vuelta a la Tierra en las altas latitudes meridionales. O sea, que me quedé despierto, pensando en nuestra tripulación, una parte de la guardia bombeando y la otra en cubierta con la mirada fija en la arboladura y el velamen, con un teniente y un guardiamarina al mando de la guardia, con nuestro malhumorado capitán saliendo de vez en cuando de su camarote para vigilarlo todo ¡y con nuestra proa chata hendiendo las ondas a más velocidad de lo que puede andar un hombre! Avanzábamos. La vida habría sido más que tolerable de no haber sido por el picor... y bajé la mano casi sin darme cuenta. A veces, aquel picor parecía peor que todos nuestros peligros.

El barco cabeceó mucho, quizá por el efecto de una ola más fuerte. Me senté en la litera de golpe, pues a aquel movimiento había seguido un grito que me llegó desde arriba, desde una cubierta más próxima al aire libre, del vestíbulo de los pasajeros o de uno de los camarotes que había a cada uno de sus costados. Esperé a ver si se repetía, pero no llegó, de forma que volví a echarme. Pero el contacto del aire más fresco fuera de mi cama hacía que ahora el calor húmedo dentro de ella resultara menos tolerable. Volví a sentir picor.

Me levanté de la litera y me quedé balanceándome en una oscuridad casi

total. Del camarote junto al mío llegaba un leve ronquido, pues el señor Cumbershum se había ido a dormir tras hacer su turno en la guardia de media. Tanteé y me puse el capote, el de las tres esclavinas y que ahora ya no era en absoluto la elegante prenda con la que había empezado yo este viaje aparentemente interminable. ¡Un camión y un capote! Me puse unos calcetines de lana y después me calcé las botas de agua. Salí a la cámara de oficiales. Por el gran ventanal de popa se vislumbraba el horizonte, que formaba un ángulo. La aurora en sí no era visible, y una luz más difusa no me permitió más que detectar la frontera entre el mar y el cielo. Volvimos a cabecear, esta vez de forma un poco más violenta, como si nuestro barco hubiera tropezado con una ola dejada por un viento que circulase en otro sentido. A ello volvió a seguir aquel grito que llegaba desde encima de mi cabeza: un grito de angustia, de eso no había duda. Sin saber apenas lo que hacía, casi dormido, quizá relacionando aquella angustia con mi propio picor aunque uno se despierta de forma involuntaria y sigue medio tendiendo a volver a la cama —, subí como pude las escaleras que llevaban al vestíbulo de pasajeros. Pero apenas había asido la barandilla que corría junto a nuestras «conejas» cuando volvimos a cabecear y volvió a sonar aquel grito ¡y procedía del camarote de nuestro filósofo cómico, el señor Prettiman!

Entonces se abrió la puerta de al lado, la de la señorita Granham, su prometida, y apareció la dama en persona. Asió la barandilla, abrió su puerta y desapareció en el interior. Atravesé el vestíbulo corriendo, ¡hazaña a que contribuyó el barco, que volvió a inclinarse a estribor y durante un momento me hizo tener la sensación de que resbalaba por una pendiente! Lo que había comenzado como una tentativa espontánea de ofrecer ayuda se convirtió en una carrera al final de la cual tropecé violentamente con la puerta del camarote del señor Prettiman, y apenas había logrado despegarme de ella cuando la propia señorita Granham abrió desde dentro. Se quedó mirándome. Llevaba un camión blanco. Tenía el pelo decorosamente oculto bajo un gorro de noche, o como se llame, y en los hombros un gran chal. Su expresión no era de bienvenida.

—¿Señor Talbot?

—Lo he oído gritar. ¿Puedo... es decir...?

—¿Si puede usted ayudar? Gracias, no.

—Un momento, señora. El paregórico...

—¿El láudano del sobrecargo? Ya tengo.

Hizo una pausa. De pronto adquirí conciencia de estar con las piernas medio al aire y de que entre los faldones de mi capote se me veía el camión. La señorita Granham sonrió glacialmente y me cerró la puerta en la cara. Otro balanceo me mandó a trompicones junto a la barandilla, y cerré los ojos cuando aquel pobre diablo volvió a soltar un grito. Podría resultar cómico... ¡pero la gente cómica sufre tanto como nosotros! Avancé junto a la barandilla hasta la entrada del vestíbulo y me quedé contemplando el combés, tratando de

establecer alguna distancia entre sus gritos y yo, pero no estaba lo bastante lejos. Salí al aire frío del amanecer y me refugié bajo los obenques de babor de la mayor. Por encima de mí estaban largando la corredera, pues escuché una voz que daba la orden:

—¡Vire!

Después, tras una larga pausa:

—Cinco nudos y medio, mi teniente.

—Márcalo.

Después oí el chirrido de la tiza en la pizarra de bordadas. ¡Cinco nudos y medio! Más de ciento treinta millas al sudeste en veinticuatro horas, y todo con las velas de un solo mástil. Sin duda, dentro de poco encontraríamos los vientos de poniente y llegaríamos de una tirada a la Sydney Cove.

Había hombres formando a proa. Siguió un período de ritual automático con el cambio de la guardia. El señor Smiles y el joven Tommy Taylor traspasaron la guardia del castillo de popa al señor Askew, el artillero. Eran las ocho de la mañana y al este ya había amanecido del todo. Después vi a mi amigo, el teniente Summers, y al teniente Benét, que subían las escaleras desde el castillo, y era evidente que se había producido un desacuerdo entre ellos. Charles, que era la persona más tranquila del mundo, parecía encolerizado. En cambio, el señor Benét parecía todavía más animado y dinámico que de costumbre. Tras ellos aparecieron el señor Gibbs, el carpintero, y Coombs, el herrero. ¡Aquello era algo nuevo! Benét dio un paso atrás con un gesto de aparente cortesía para dejar al primer oficial la precedencia en las escaleras, pero en su sonrisa y en la cara malhumorada de mi amigo no se advertían ninguna amistad ni consideración. No cabía duda. El astuto señor Benét estaba triunfando. Llevaba en las manos un objeto pequeño y bastante complicado. Parecía estar hecho de madera y metal. Charles avanzó a grandes zancadas hasta el vestíbulo y bajó las escaleras sin mirarme. El señor Benét y el herrero se quedaron hablando con el señor Gibbs, que se llevó los nudillos a la frente y después siguió al primer oficial. El señor Benét dejó el modelo en manos del herrero y le indicó que fuese a proa.

Aquello era demasiado. Tenían que informarme, y además...

—Buenos días, señor Benét. ¿Se está preparando algo?

—Efectivamente, señor Talbot.

—¿Puede decírmelo? ¿Va usted a conmemorarlo en versos?

—No estoy muy seguro de que se le deba comunicar a usted, señor Talbot.

Después de todo, es usted del partido del primer oficial, ¿no es verdad?

—¿Partido? ¿Quiere usted decir «facción»? ¿Qué es todo esto?

—Ya sabe usted que nosotros somos muy absurdos, pero así son las cosas.

Desde que logré quitar las algas con la sonda y en contra del consejo del primer oficial...

—¡Le arrancó usted un trozo de maderamen a la quilla!

—Y le añadí más de un nudo de velocidad.

—Sólo un nudo, como dijo el primer oficial.

—Pase lo que pase, ahora él y yo estamos destinados a seguir en bandos enfrentados, respaldado yo por quienes creen que estoy salvando nuestras vidas, y él por quienes creen que he corrido un riesgo demasiado grande.

Yo no quería pelearme con aquel hombre. Después de todo, en cierto sentido era el único vínculo que todavía me quedaba con cierta jovencita.

—¡Pero habla usted de «facción», señor Benét! ¡Como si el barco fuera un país en miniatura!

—¿Y no es así?

—Él es su superior. Lo que es más, esos cables que hay tensados por cubierta (atortorados, como dice él) son lo que impide que este barco se haga pedazos.

—Esa idea es más vieja que el andar a pie, señor Talbot. Atribuye usted demasiada imaginación al primer oficial.

—Y ese objeto que le ha dado usted a Coombs. ¿Tiene algo que ver con la discusión?

—Todo. Es un modelo del peralte de sobrequilla, el calzo del trinquete, y la parte inferior del trinquete en sí. Ver para creer. He ideado un plan no sólo para asegurar el palo —pues ya sabe usted que sigue moviéndose hagamos lo que hagamos—, sino también para devolverlo a su estado anterior. Si tengo éxito, lograremos desplegar sus velas otra vez, y en consecuencia equilibrarlo con velas en el palo mesana. ¡Otros dos nudos, señor Talbot, con un viento moderado!

—¡Y le ha enseñado usted el modelo al capitán Anderson!

—Ver para creer. Está convencido.

—¡Pero Charles no! ¡Yo tengo fe en él, señor Benét!

—Ah, sí. Pero es un... bueno; es amigo de usted y no voy a decir más.

Como para indicar su resolución de no hablar por una vez, el señor Benét se tapó la boca con una mano, esbozó un saludo marinero con la otra y después se fue corriendo, saltando sobre los cables del atortoramiento, y desapareció en el castillo de proa. Bajé a toda prisa las escaleras que llevaban a la cámara. Allí estaba Charles, mirando por nuestro ventanal de popa, con su indiferencia habitual a nuestros balanceos. Cuando me oyó abrir la puerta se dio la vuelta.

—¿Qué es todo esto, Charles?

Se abstuvo de fingir ignorancia.

—Esta vez Benét quiere devolvernos un par de mástiles, nada más.

—¿Y el capitán está de acuerdo?

—Ah, sí. El señor Benét es un joven muy persuasivo. Si sobrevive llegará muy lejos.

—¡Si no lo mata alguien antes! ¿Pero qué arriesgamos?

—En resumen, el palo de trinquete ha partido la carlinga, el bloque de madera en el que se apoya. Por eso se mueve la base del mástil. Lo hemos fijado en los puentes inferiores con aparejos de fuerza, calzos, cuñas y codales para

reducir un poco sus desplazamientos. Benét quiere reducirlo totalmente.

—¿Qué peligro hay?

—Al más mínimo error, la base del mástil puede resbalar y perforar la quilla del barco. Sencillamente.

—¡Hay que impedirlo!

—Lo que es más, su método implica utilizar fuego, metal al rojo... ¿Comprendes mis objeciones? Es igual que lo de la sonda. Puede tener éxito, pero el peligro es demasiado grande.

—¿Quién más está en tu facción?

—¿A eso hemos llegado?

—¡Yo también soy de tu facción!

—No debes hablar así. ¿No comprendes? ¡No tienes derecho a emplear ese término!

—Lo empleó Benét.

—No debería haberlo hecho. Sobre todo, no debería haberlo empleado contigo. Tú eres un pasajero y no tienes derecho a tener opinión en este asunto.

No se me ocurrió una respuesta. Él se dejó caer en la silla frente a mí. Sonrió amargamente.

—Harías que todo el mundo se enterase.

—Que tú me reproches...

—No quiero reprocharte nada, sólo advertirte. El capitán ha escuchado nuestros argumentos en torno a una cuestión profesional y ha tomado su decisión. Hemos de obedecerla.

—Me huele que hay problemas.

—No te metas en ellos.

—Somos amigos, ¿no? ¡Tengo que ayudarte!

Negó con la cabeza.

—Creo que voy a llegar hasta formular una protesta oficial en su momento. Coombs ya está preparando los hierros. Son dos placas grandes (para las que apenas tenemos metal suficiente), cuatro barras de hierro terminadas en forma de tornillo con tuercas para fijarlas...

—¡No me cuentes más, porque lo entiendo todo! Va a hacer lo mismo que hizo mi padre con las casitas viejas junto al río: unas barras de hierro al rojo para juntar unas paredes que se estaban separando. Lo recuerdo bien, porque lo vi cuando era niño: cómo las cruces que había a los extremos de las barras hicieron juntarse las paredes cuando se enfrió el metal caliente. ¡Fue más divertido que un día de feria!

—¿Eran de madera las casas?

—De ladrillo.

—Supongo que te habrás dado cuenta de que nosotros somos de madera. Sus barras van a clavarse al rojo vivo en cuatro pies de madera... ¡Casi he oído cómo se te desencajaba la mandíbula! Naturalmente, hará que perforen agujeros más anchos que las barras y jura que el calor no producirá nada dentro de la

carlinga, salvo una delgada capa de ceniza. Debo reconocer que su modelo ha funcionado. También produjo mucho humo.

—¡Pero hace sólo un rato que el capitán Anderson elogiaba a Benét por no emplear hierros, cables de cadenas ni vapor! ¡Un buen tipo, todo cabos, motones y lonas!

El primer oficial pegó un golpe en la mesa con la palma de la mano.

—¡Escúcheme, Edmund! ¡Seguimos corriendo un peligro mortal, aunque el mástil no perfora la quilla! ¿Has visto alguna vez la chapa trasera de un horno cuando va apagándose el fuego? ¿Cómo se mueven las chispas en la capa de hollín que hay en el metal, como si estuvieran vivas? ¿No has visto nunca cómo un incendio que aparentemente estaba apagado revive y vuelve a estallar? El fuego se va a quedar encerrado ahí: en la carlinga. ¡Y tenemos que seguir navegando alegremente, con ese problema además de los demás! Además de esa quilla podrida, del aparejo de fortuna, de la distancia, del tiempo terrible hacia el que nos vamos acercando como podemos y que necesitamos porque es la única fuerza que nos llevará a tierra y a buen refugio antes de que nos quedemos sin agua dulce e incluso sin comida...

Hizo una pausa para tomar aliento y en aquel silencio se oyó claramente el ruido del agua que corría y golpeaba en los costados de nuestro casco.

—Perdóname, Edmund. Ese muchacho me resulta insoportable. Cree que puede averiguar nuestra longitud por la distancia lunar... Cree que... ¡Ay, cree todo género de cosas! No debería haber hablado tanto. He caído en el mismo error en contra del que...

—A mí me puedes decir lo que quieras y me sentiré muy honrado de proteger tus secretos con mi vida.

Aquello le hizo sonreír.

—No, no. Basta con que no digas nada, amigo mío. Olvídate de todo. Es lo único que te pido.

—No diré nada. Pero no puedo olvidarlo.

Se puso en pie y fue al ventanal de popa.

—¡Edmund!

—¿Qué pasa?

—¿Confías en mí?

—Pareces nervioso... ¿Otro peligro? ¡Claro que sí!

Volvió rápidamente a la mesa.

—Ve y vístete normal (nada de impermeables), vete al combés y quédate allí al aire libre; no te muevas pase lo que pase... ¡Aprisa!

Fui corriendo a mi camarote prestado, me quité el capote y el camisón, me puse a toda velocidad la ropa y volví a salir tras cambiarme a más velocidad que en toda mi vida. Llegué al combés totalmente sin aliento y tuve que agarrarme a los obenques para recuperarlo. Vi al señor Brocklebank que se arreglaba su raído capote de viaje y avanzaba tambaleándose hacia el vestíbulo. En el combés no parecía haber nada que justificara el nerviosismo de Charles.

Me apoyé en la barandilla y miré a popa.

—¡Bien!

Lo que teníamos a popa y con el viento de cara era la nube más negra que he visto en mi vida. Acá y acullá mostraba pinceladas de un gris agrio, que la daban el mismo aspecto que el agua sucia cuando ya ha hecho uno todo lo que se le ha ocurrido con ella y el camarero viene a retirarla de la incómoda vista. Además, aquella nube se acercaba rápidamente y traía con ella su propio viento, como pude advertir ahora. Pues nuestras velas restallaron y volvieron a henchirse mientras nuestras amuras se balanceaban frente al horizonte de estribor a babor. La nube parecía llegar hasta el agua y al cabo de un segundo pareció que nos envolvía. El agua estaba mortalmente fría y siseaba sin cesar, como si la corriente de todo un río me cayera encima y me dejara sin aliento una vez tras otra. Me empapó la ropa totalmente de manera que solté mi asidero en los estayes y fui a trompicones hacia el vestíbulo, pero recordé la prohibición de Charles y volví, también a trompicones, pues lo comprendí en parte, aunque lo maldije por primera y última vez en mi vida. El torrente me seguía cayendo encima, la ropa empapada se me pegaba al cuerpo y el agua me salía a chorros por la ropa interior, como si ésta fuera una serie de tuberías. De pronto sentí más frío, cuando un nuevo viento me pegó todavía más la ropa al cuerpo. Luego, como por arte de magia, el agua cesó de atronar en cubierta. Levanté la cabeza. El viento me daba fuerte en la cara, y el mar y el cielo estaban igual de oscuros: en la entrada del vestíbulo de pasajeros estaba Webber, el camarero de la cámara de oficiales. Sonreía como una gárgola.

—Saludos del señor Summers, caballero. ¡Puede usted entrar ahora que ya se ha dado el baño!

(3)

«¡Baño!»

Entré a trompicones en el vestíbulo, estrujándome el agua de la ropa, y me resbalé en la que yo mismo chorreaba. Tropecé, maldiciendo, con la puerta de mi antiguo camarote, recordé a Zenobia, enferma y silenciosa, trastabillé al otro lado del vestíbulo hasta el camarote de Colley y entonces recordé que seguía alojado en el camarote de la cámara de oficiales que me habían prestado. Bajé cuidadosamente las escalas. Webber tenía la puerta abierta.

—Me llevaré su ropa, caballero.

También estaba Phillips.

—¡Con los saludos del primer oficial, caballero!

Era una toalla enorme, áspera como una estera y más seca que una piedra. Desnudo, me envolví en ella tras sacarme la ropa empapada. Empecé a reír, y después a silbar, mientras me pasaba la toalla en redondo, hacia abajo, arriba y abajo, desde el pelo hasta los pies.

—¿Qué es eso?

—De parte del primer oficial, caballero.

—¡Dios mío!

Uno: una camiseta, aparentemente de hilaza. Dos: una camisa áspera, como la que podría ponerse un suboficial. Tres: un jersey de estambre de lana de un grosor de una pulgada aproximadamente. Cuatro calcetines para botas de agua, casi igual de gruesos. Cinco: un par de calzones de marinero, ¡debo decir que no calzoncillos, calzones! Por último: un cinturón de cuero.

—¿Se cree que voy a...?

De pronto me sentí lleno de un magnífico humor y de animación. Era como cuando de niños nos «disfrazábamos» con un gorro de papel y una espada de madera.

—Muy bien, Webber y Phillips: llevaos toda esa ropa mojada y ponedla a secar. Esta vez me vestiré solo.

No cabía duda. Uno no estaba acostumbrado al contacto con aquel tipo de prendas en la piel, pero por lo menos estaban secas y, al contrario que las otras, daban calor. Sospeché que si no regulaba el número de capas de ropa que llevaba ahora, aquel calor se iba a hacer insoportable. Pero cuando me quedé completamente vestido, me reconcilié totalmente con el cambio. ¡Naturalmente que nadie podía tener un porte elegante con tales atavíos! Una ropa así obligaba a quien la llevase a comportarse con poca formalidad. De hecho, yo dato mi propio escape de una cierta rigidez antinatural, e incluso una cierta *hauteur*, de aquel día exactamente. También comprendí por qué, aunque los soldados de Olmeadow siempre formaban en líneas muy rectas y parecían tener insertada la baqueta en la espalda, cuando formaban nuestros buenos marineros, aunque lo hicieran regularmente y mantuvieran unas filas aproximadas, nunca podían imitar el aire entrenado y ceremonioso de los soldados con sus uniformes imponentes. Lo que yo llevaba era ropa de marinero, de hecho la de «faena». Tantas curvas y arrugas desafiaban a toda organización geométrica.

Salí hacia la cámara. El primer oficial estaba sentado a la mesa grande, con un montón de papeles extendidos ante él.

—¡Charles!

Me miró y sonrió al verme.

—¿Qué te parece esa ropa?

—Es cálida y está seca, pero, por Dios, ¿qué aspecto tengo?

—No estás mal.

—Un marinero corriente... ¿Qué diría una dama? ¿Qué *van a decir* las damas? ¿Cómo lo has logrado? ¡En este barco empapado! ¡Pero si no puede haber ni un rincón seco ni una pulgada seca de ropa!

—Bah, siempre hay soluciones... un cajón o una caja con sacos de un material adecuado. Pero no hablemos de eso. No se puede hacer lo mismo para toda la tripulación y no es cuestión de andar diciéndolo por ahí.

—Jamás me ha emocionado tanto la amabilidad de nadie: es exactamente como la historia de Glauco y de Diomedes en Homero. Ya sabes que cambiaron de armaduras: la armadura de oro del uno contra la de bronce del otro; mi querido amigo, yo te he prometido la armadura de bronce de la protección de mi padrino y tú me has dado la tuya de oro.

—No había leído esa historia. Pero celebro que estés contento.

—¡Bendito seas!

Sonrió un poco inseguro, me pareció.

—No es nada, o en todo caso no es mucho.

—¿Quieres acompañarme al vestíbulo para darme apoyo en mi primera aparición en público?

—¡Vamos, vamos! ¿Ves estos papeles? Agua, galleta, carne de vaca, de cerdo, alubias... quizá tengamos que... y después tengo que ir a ver cómo le va a Coombs con sus hierros, y después tengo que hacer la ronda...

—No digas más. Me voy yo solo. Bien. ¡Ahí vamos!

Salí de la cámara de oficiales, subí la escala sin mirar a un lado ni a otro y entré en el salón de pasajeros. Allí estaba Oldmeadow, nuestro oficial del ejército. Se quedó mirando durante un momento antes de reconocermé.

¡Dios mío, Talbot! ¿Qué has hecho, hombre? ¿Te has enrolado en la marina? ¿Qué van a decir las damas?

—«Dicen... lo que dicen... ¡Que digan lo que quieran!»

—Lo que van a decir es que los marineros deben quedarse en la parte de proa y no entrar en la sala destinada a quienes son sus superiores. Más vale que te quedes en esta parte del barco, o algún suboficial te va a pegar un latigazo por andar perdiendo el tiempo.

—¡Ah, no, nada de eso, señor mío! Los caballeros no necesitan un uniforme para que se los reconozca como tales. Me siento cómodo, presentable y, lo que es más, seco, señor mío. ¿Puedes tú decir lo mismo?

—No. Pero, claro, yo no soy uña y carne con los oficiales de a bordo.

—¿Qué significa eso?

—Demasiado tiempo me lleva cuidar de mis hombres para andar pidiendo a la marina que me vista con la ropa del almacén. Bueno, tengo que marcharme.

Salió del salón, defendiéndose bastante bien contra los balances y los cabeceos. Me pareció que se marchaba para evitar una discusión. Era, y quizá siga siendo, una persona bastante tranquila. En sus palabras había advertido yo una nota de aspereza. Pero claro que con la creciente decrepitud de nuestro buque y la evidencia cada vez mayor de que nuestras vidas estaban en peligro, se había ido produciendo el cambio correspondiente en el carácter de los pasajeros y un cambio en la relación entre nosotros. Por así decirlo, nos *irritábamos* los unos a los otros. El señor Brocklebank, que antes era un mero objeto de diversión, también se había vuelto irritante. Los Pike —padre, madre, hijas pequeñas— parecían estar divididos entre ellos. Oldmeadow y yo...

—Edmund. Domínate.

Miré por el ventanal de popa. El mar había cambiado, estaba más oscuro hasta la línea del horizonte, pero también sembrado de crestas blancas que trataban de seguirnos, pero que se quedaban rezagadas respecto de sus propias olas y desaparecían de la vista. En medio del viento constante soplaban rachas más rápidas, pues de repente había rayas de gotas que cruzaban la dirección de las olas que se iban reuniendo para seguirnos y alcanzarnos.

Temblé involuntariamente. Con los nervios producidos por el cambio en el atavío de un marinero, no había advertido que el aire, incluso en el salón, estaba más frío que antes.

Se abrió la puerta del salón. Me di la vuelta. La pequeña señora Brocklebank se me quedó mirando, después avanzó y se quedó con los brazos en jarras.

—¿Dónde se cree usted que está?

Me puse de pie. Dio un chillido.

—¡Señor Talbot! No sabía... No quería...

— ¿Quién creyó usted que era, señora?

Durante un momento se quedó mirándome con la boca abierta. Después se dio rápidamente la vuelta y se marchó corriendo. Al cabo de un momento empecé a reírme. Era bastante atractiva y podría darse uno con un canto en los dientes si... Claro que si no fuera por... Evidentemente, el hábito hace al monje.

Me volví a sentar y a contemplar el mar. La lluvia golpeaba en el ventanal y las olas ya habían empezado a seguir una nueva dirección. Las crestas eran más abundantes y galopaban durante un período más largo en las olas que las habían engendrado. Me pareció que había aumentado nuestra velocidad. Se oyó un golpe al otro lado del ventanal.

Estaban largando la corredera. El cable se fue alargando cada vez más a nuestra popa. Se abrió la puerta del salón y entró Bowles, el pasante. Se sacudió las últimas gotas de agua del capote. Me vio, pero no manifestó mucha sorpresa al ver cómo iba vestido.

— Buenos días, señor Bowles.

— Buenos días, caballero. ¿Ha oído usted la noticia?

— ¿Qué noticia?

— El palo de trinquete. El señor Benét y el herrero se están retrasando en la preparación de los hierros. O sea, que hay que aplazar la peligrosa tarea de devolver su antigua eficacia al mástil.

— Créame que celebro saberlo. Pero, ¿por qué?

— El carbón para calentar los hierros. El barco no lleva suficiente. El primer oficial verificó por casualidad esa parte de las provisiones y ha averiguado que se ha utilizado más de lo que se creía.

— Pues puede ser una buena noticia y darle tiempo al capitán para reflexionar. ¿Qué van a hacer?

— Pueden hacer más carbón. Me han dicho que la carlinga del trinquete se ha agrietado y desean utilizar la enorme fuerza del metal cuando se encoge al enfriarse para volver a juntar la madera.

— Eso me dijo el señor Summers.

— Ah, sí. Bueno, usted no podía dejar de saberlo, ¿no? Algunos creen que el señor Summers no lamentó tener que informar de que había tan poco carbón. Al señor Benét no le agradó y pidió que se le permitiera volver a verificar la cantidad por si el primer oficial había cometido un error. Se le negó tajantemente.

— ¿No se da cuenta Benét de lo peligroso que es eso? ¡Es un imbécil!

— Eso es lo malo, señor Talbot. No es un imbécil... precisamente.

— Sería mejor que se quedara con su poesía, que no puede hacerle daño a nadie, salvo quizá a un crítico sensible. Dios mío, un barco averiado, un capitán malhumorado...

— No tan malhumorado, señor mío. El señor Benét, creo —y no pretendo disculparlo—, le ha alegrado la vida.

— ¡Señor Bowles! ¡Favoritismo!

—No pretendo disculparlo, señor. Cumbershum no es partidario del hierro al rojo.

—Ni el señor Summers.

—Ni nuestro viejo carpintero, el señor Gibbs. Naturalmente, es partidario de la madera y cree que lo mejor es mantenerse lo más lejos posible de un hierro al rojo. El señor Askew, el artillero, lo aprueba. Dice: «¿Qué más da un poco de metal caliente entre amigos?»

—Cada uno habla según su carácter, igual que en una comedia antigua.

De pronto me sentí inquieto y me puse en pie.

—Bueno, señor Bowles, tengo que dejarlo.

Salí del aire frío del salón al viento del vestíbulo y volví a bajar la escala hacia la cámara de oficiales, donde el aire estaba algo más caliente. Charles se había ido y Webber me trajo un coñac. Me quedé con las piernas abiertas mirando por el ventanal. ¡Con qué rapidez acepta uno como normal un estado que antes se deseaba desesperadamente! ¡Se me había olvidado el picor!

Un golpe en el ventanal. Estaban sacando la corredera del agua.

—¡Ese hombre es un imbécil!

Era el señor Benét. Había entrado en la cámara sin hacer ruido.

¿El contramaestre?

—Tendría que echar la corredera al largo. Si sigue así va a romper todos los cristales.

¿Cómo va el carbón?

—¡Así que también usted se ha enterado! ¡Este barco resuena como la caja de un violonchelo! De eso se está encargando Coombs. Yo tengo que esperar. Depende de él.

—¿No de usted?

—Yo llevo el control general. De lo único que me alegro es de que Coombs supiera exactamente cuántas plantas de hierro tenía antes que alguien que yo me sé pudiera medirlas.

—En todo caso, debe usted de alegrarse de tener un tiempo libre en medio de tantas actividades.

—El trabajo me permite olvidar la pena, señor Talbot. No lo envidio a usted, que tiene veinticuatro horas de ocio al día en las cuales sentir el dolor de la separación.

—Muy amable por su parte recordar mi situación. Pero, señor Benét, dado que ambos sufrimos el mismo dolor... recordará usted aquellas brevísimas horas en que el *Alcyone* se vio obligado por la calma chicha a quedarse junto a nosotros...

—Cada momento, cada instante, lo llevo grabado a fuego en el corazón.

—Y yo en el mío. Pero debe usted recordar que después del baile yo estaba delirante en mi camarote.

—No lo sabía.

—¿No lo sabía? ¿No se lo habían dicho? Me refiero al momento en que

volvió el viento y el *Alcyone* se vio obligado a abandonarnos...

—«A toda vela». No sabía que le hubiera pasado nada, señor mío. Yo tenía mi propia pena. La separación del Objeto Bienamado...

—¡Y también la señorita Chumley! ¡Debe de haberse enterado de que yo estaba... yacente en el Lecho del Dolor!

—La verdad es que con mi repentina... partida... de un barco y la llegada a otro... mi intercambio por uno de sus tenientes...

—Jack Deverel.

—Y con mi separación de la que representa más para mí que todo en el mundo... pese a la calidez de la bienvenida de su bondadoso capitán...

—¡Bondadoso! ¿Podemos estarnos refiriendo al mismo hombre?

—... No tuve más solaz que mi Arte.

—¡No podía usted saber que iba a tener una oportunidad para su afición a la ingeniería!

—Mi musa. Mi poesía. La partida hizo brotar en mi interior versos igual que el hierro hace saltar chispas del pedernal, o viceversa.

El señor Benét puso la mano izquierda en la mesa grande y se apoyó en ella. Se llevó la otra mano a la parte del pecho donde me han dicho que yace oculto el corazón. Después alargó esa mano hacia el mar, cada vez más atormentado.

*La despedida que me hizo, separados por la mar:
 ¡Ay, aquella despedida sí que fue un adiós fatal!
 Por su rostro resbalaba una lágrima furtiva,
 Que vislumbré desde cerca y que cayó fugitiva.
 Se limitó con gran calma a contemplar altanera
 Cómo la marinería retiraba la escalera.
 ¡Y yo sentí el corazón hendido por una daga,
 Mientras a nuestras dos naves el océano alejaba!
 Se iban izando las velas, se aflojaban los motones,
 Y el viento que ya soplaba hendía los corazones.
 Nos separaba una vara de la procelosa mar
 ¡Mas para mí todo aquello era, por siempre, el final!*

—Estoy seguro de que todos los versos parecerán muy bonitos, señor Benét, cuando estén bien escritos y corregidos.

—¿Corregidos? ¿Hay algo que le parezca mal?

—He podido detectar un cierto *enjambement*, pero eso no importa. Ella estaba con la señorita Chumley. ¿No dijo nada la señorita Chumley?

—Lady Somerset y la señorita Chumley estaban hablando. Fueron corriendo a ver a Truscott, el cirujano, en cuanto llegó del barco de ustedes.

—¿No oyó usted lo que decían?

—Inmediatamente después de separarse el *Alcyone*, sir Henry abandonó la

cubierta. Entonces lady Somerset vino a popa y, apoyándose en la regala, hizo este gesto.

El teniente Benét se irguió. Se llevó la mano abocinada a la boca y depositó algo en ella. Después, con un giro femenino del cuerpo, se pasó la mano derecha sobre el hombro y, abriendo la palma, pareció tirar algo por nuestro ventanal de popa.

—Parece una forma complicada de deshacerse de un escupitajo, señor Benét. Por lo general, la gente hace lo que el joven señor Tommy Taylor califica de «echarlo al agua».

—Bromea usted, señor mío. ¡Ese fue el Saludo!

—Pero la señorita Chumley... ¿no pudo oír lo que dijo?

—Yo estaba abajo, colocando mis cosas. Cuando oí los silbatos de los contramaestres supe que había llegado el momento... le di un empujón a Webber... subí las escalas corriendo... demasiado tarde. Ya se habían retirado los esprines y las amarras de través. Señor mío, no dudo que tendrá usted sensibilidad para comprender la totalidad de la separación entre dos barcos cuando se han largado las amarras. Podrían ser dos continentes separados; los rostros más familiares se convierten inmediatamente en los de desconocidos. Su futuro es diferente e incógnito. ¡Es como la muerte!

—¡Creo ser tan sensible como el que más, señor mío!

—Es lo que he dicho.

—Pero la señorita Chumley ¿no dijo nada?

—Acudió a la borda y allí se quedó mientras se alejaba el *Alcyone*. Parecía compungida. Yo diría que se volvía a sentir mareada, pues ya sabe usted, señor Talbot, que según se dice el mareo era un martirio para ella.

—¡Ah, pobre niña! Se lo ruego, señor Benét. No voy a explicar las noches bañadas en lágrimas, los deseos, los temores de que haya otro hombre, la necesidad de comunicar con ella y la actual imposibilidad de hacerlo. Ella va rumbo a la India y yo a Nueva Gales del Sur. Sólo la conocí unas horas de aquel día milagroso en el que nuestros dos barcos estaban inmovilizados por la calma chicha; después bailé con ella a bordo de aquel barco; ¿se ha celebrado alguna otra vez un baile así en mitad del Atlántico? Y después me derrumbé... conmoción... caí enfermo... estuve delirante... pero nos habíamos separado... si pudiera usted comprender cuán preciosa sería para mí alguna descripción de los días que pasó en el *Alcyone* cuando usted estaba... cortejando a lady Somerset...

—Adorando a lady Somerset.

—Y ella, la señorita Chumley, me refiero a su conocida, incluso su aliada en aquel reprehensible... ¿qué estoy diciendo?... Aquel tierno afecto...

—El amor de mi vida, señor mío.

—¡Pues sepa usted que aquel día me hizo iniciar una nueva vida! En el instante que la vi me sentí golpeado, atacado, o, si conoce usted la expresión, fue el *coup de foudre*...

— ¿Qué es eso?

— *Coup de foudre*.

— Sí, la expresión me resulta conocida.

— Y antes de separarnos me declaró que me estimaba más que a nadie a bordo de los dos barcos. Todavía después recibí un *billet doux*...

— ¡Por Dios, un *billet doux*!

— ¿No era eso darme aliento?

— ¿Cómo voy a saberlo si no sé qué contenía?

— Tengo las palabras aquellas grabadas en mi corazón. *Una jovencita recordará durante el resto de sus días el encuentro entre dos barcos y ruega que algún día puedan echar anclas en el mismo puerto.*

El señor Benét negó con la cabeza.

— Señor mío, no considero que sea ningún aliento.

— ¿Ningún aliento? ¡Vamos! ¿Cómo...? ¿Ninguno?

— Muy poco. De hecho me parece algo así como un *congé* — si es que conoce usted el término —. Probablemente usted lo pronunciaría «conyé», o algo así.

— ¡Una despedida!

— Quizá con un cierto matiz de alivio...

— ¡No lo creo!

— Una determinación de que el asunto terminara de la forma menos dolorosa posible.

— ¡No!

— Repórtese, señor Talbot. ¿Me oye usted a mí quejarme o lloriquear? Y sin embargo no tengo esperanza alguna de volver a ver al Objeto Bienamado. Lo único que me consuela es mi inspiración.

Con estas palabras, el señor Benét se dio la vuelta y desapareció en su propio camarote. Me sentí abrumado por una oleada de indignación furiosa.

— ¡No creo ni una de las palabras que ha dicho!

Pues allí estaba, vívidamente, ella... no la Idea de una jovencita cuyas facciones no podía yo recordar por mucho que lo intentase mientras me retorció en mi litera, sino allí, con un aroma a lavanda, con los ojos brillantes en la oscuridad y aquel susurro bajito pero apasionado...: «¡Ah, desde luego que no!».

Benét no la había visto así, no la había oído así.

— ¡Ella sentía lo mismo que yo!

(4)

Así que me quedé contemplando los océanos de la separación hasta que se me pasó la ira... ¡pero persistió la pena! Oí que detrás de mí se abría y se cerraba una puerta, los pasos rápidos de Benét, y que se abría y se cerraba otra puerta cuando salió de la cámara de oficiales. No me di la vuelta. Evidentemente, aquel hombre quería provocarme, y además era de la otra facción. Aunque Charles prohibiese el término, no me podía impedir que lo utilizara en su nombre para mis adentros. Necesitaba mi apoyo. Con aquella idea llamé a Webber y le hice ayudarme a ponerme el capote de hule y las botas de agua. Después me abrí camino hasta el combés y traté de encontrar a Charles, al cual no se veía por ninguna parte. Pero lo que resultó evidente de inmediato fue que habíamos cruzado alguna frontera invisible en la mar abierta. El agua tenía un tono verde claro, en lugar de azul o gris. El aire se había enfriado mucho y unas gotas de espuma que me dieron en las mejillas parecieron quedarse heladas en ellas. Ahora el viento soplabá del suroeste y nosotros avanzábamos hacia el sureste. Ya no era una borrasca, sino un ventarrón que nos lanzaba las olas contra el costado. Bajo las nubes a ras de agua empezaban a acercarse a nosotros hilachas de niebla desde el invisible horizonte occidental. Nuestro barco había vuelto a iniciar aquel cabeceo rápido que era el resultado de llevar unos palos tan acortados y de no tener suficiente velamen. Pero, por lo menos, no parecía cabecear y los cables que Charles había hecho pasar por la quilla seguían tensos e inmóviles. La tripulación estaba ocupada. No me refiero a la parte de la guardia que estaba disponible para cambiar las velas y que comprendía los vigías y los timoneles. Me refiero a la otra parte, que estaba echando apresuradamente barloas de mal tiempo desde el saltillo del castillo de proa hasta las bitas del palo mayor, y después desde allí hasta el castillo de popa y las escalas que llevaban a la toldilla. Aquello era sugerente. Mientras lo contemplaba, vi que Charles Summers salía del castillo de proa y se quedaba hablando con el señor Gibbs, que al cabo de un momento se llevó la mano a la

frente y volvió a entrar en el castillo de proa. Charles vino hacia popa hasta el trinquete, examinó las cuñas y después habló con el suboficial que dirigía a los hombres que montaban las barloas. Después examinó los cabos, apoyándose en ellos acá y acullá. Hubo una charla acerca de uno de los puntos de amarre, pero por fin Charles pareció estar satisfecho. Subió y habló con alguien que estaba junto a la campana del castillo de proa, me vio y levantó el brazo a modo de saludo. Respondí de igual modo, pero no fui a proa. Charles habló con otra gente en el castillo de proa. Después les volvió la espalda y vino rápidamente hacia mí, en el combés.

—¿Sigues estando seco?

—Como puedes ver, y este hule lo llevo tanto para que me aporte calor como para seguir seco. El aire está mucho más frío.

—Es la zona de los huracanes. Por fin la hemos encontrado, pero mucho más al sur de lo que debería estar.

—El cambio ha sido muy repentino.

—Según dicen, siempre hace frío. Las aguas tienen sus propias islas, sus continentes y sus caminos. Esto es un continente.

—Estas barloas son ominosas.

—Es una precaución.

—Pareces muy animado.

—No debería estarlo, pero sí. Pues... ¿puedo hablarte en voz baja? Ahí a proa, en el puente inferior, Coombs está haciendo carbón, lo cual le va a llevar varios días. Suma a eso el tiempo, que al ir empeorando hará que resulte demasiado peligroso hacer la faena del trinquete...

—¡Nuestra facción va ganando!

—¡No uses esa palabra!

—Lo siento. Se me olvidó.

—¿Con qué clase de reputación llegarías al gobernador si el capitán Anderson le dijera que habías creado problemas en el barco?

—¡No hará tal cosa mientras recuerde mi diario, que va a leer mi padrino!

—Se me había olvidado. ¡Es como si todo eso hubiera pasado hace años! Pero, te lo pido por favor, evita palabras que pudieran sugerir que existe una división entre nosotros. No quería decir más que celebro que se haya aplazado un peligro innecesario.

—Reconozco que yo deseaba que aumentara nuestra velocidad. Pero eso era antes de que comprendiera lo que podría costarnos.

—¿Me permites un consejo? No te pongas el hule más que cuando haga falta: para seguir seco. Te da mucho calor y sudas. Y después, antes de que te enteres, se borran los efectos de aquel baño.

Hizo un gesto de amonestación y después volvió hacia el castillo de proa. Me dije para mis adentros:

—Basta con una sugerencia. Antes olía queapestaba.

Me di cuenta de que el viejo señor Brocklebank estaba a unas dos yardas de

mí. Se refugiaba (en la medida de lo posible) junto a los obenques de estribor y había pasado el brazo derecho por un seno de un cabo. Había encontrado o alguien le había dado un gran capote de viaje antiguo, gastado y sucio. Se lo había embozado de tal modo que sugería un efecto escultural. Tenía el sombrero atado con un trapo que pasaba por encima de la copa y se anudaba bajo la barbilla. ¡Creo que era una media de señora! Tenía un gesto melancólico en la cara regordeta mientras miraba al vacío, o quizá a su interior. Decidí que no quería tener una conversación con él, pues, como mínimo, no podría añadir nada a lo que ya sabía yo de la señorita Chumley. En consecuencia, pasé a su lado con sólo un gesto y entré en el vestíbulo de los pasajeros. La puerta de la «conejera» a la cual había yo proyectado con tanta nobleza regresar estaba abierta. Cuando me acerqué, salió Phillips con una escoba y un cubo y fue al combés de babor.

No había entrado en aquel camarote desde que Wheeler lo escogió para su último, trágico y criminal acto. Con una repentina decisión de terminar con el asunto, abrí la puerta y entré. El lugar parecía estar igual que antes, salvo que todo estaba más limpio y más claro. Pues los mamparos, el costado del buque y el lado de cubierta —o, mejor dicho, las paredes y el techo— ya no estaban pintados de aquel tono mostaza que parecía ser lo mejor que se le ocurría a la marina cuando llevaba pasajeros, sino de esmalte blanco y brillante. Resultaba bastante animado. Lo toqué en unas cuantas partes y vi que estaba seco. Ahora ya no había excusa para no volver. Me senté en la silla de lona y traté de hacer como si aquel lugar fuera normal y no tuviera ninguna relación con su propia historia. No lo logré. Pese a mis esfuerzos, mi mirada se volvía al perno en el costado del buque tan cerca de la cabecera de la cama. Allí había colgado la mano derecha del muerto, ¡allí había estado su cuerpo, como fundido con la ropa de cama! Intenté olvidarme de Colley, pero lo único que logré fue ver inmediatamente a Wheeler a mi lado, con la cabeza levantada, con el extremo dorado del trabuco a sólo una pulgada o dos de la cara... ¡No había forma de olvidar aquello! Era como si el valor absurdo de aquel hombre al enfrentarse con el disparo de su autodestrucción también me sostuviera a mí, con la barbilla levantada, mirando al techo, como si lo último que él había visto fuera lo último que fuera a ver yo, únicamente las tablas enormes y gastadas del techo.

Sentí frío, pese a mi vestimenta de marinero y mi capote de hule, frío por algo que no tenía que ver con la temperatura que hacía. Por muy cuidadosamente que se aplique una pintura blanca, puede disimular una rozadura, pero no una deformación. La viga central del techo tenía unos profundos agujeros por encima de donde había estado la cabeza de Wheeler. Los sesos y el cráneo oponen poca resistencia a una carga impulsada por la pólvora a una distancia de una pulgada o dos. En uno de aquellos agujeros, pintado de blanco con un pincel, no se podía ocultar, sin embargo, la punta de un objeto pequeño, como un cuchillo, que sobresalía del fondo del agujero. El marinero que había aplicado cuidadosamente el pincel en el agujero había

pintado, al hacerlo, la superficie de aquel horrible *memento mori*. Vi otras huellas y pronto la mirada me dio un conocimiento detallado del que podría haber prescindido perfectamente. Me quedé *impregnado* de la explosión y de las trayectorias y comprendí íntimamente cómo le había estallado la cabeza. Aquél no era sitio para dormir. ¡Pero tenía que dormir allí, o ser objeto de la irrisión de todo el barco y, después, de toda Nueva Gales del Sur!

Se movió la cubierta bajo mis pies, un movimiento sinuoso que me levantaba una de las botas y hacía deslizarse a la otra. Llegó un gemido del camarote de Prettiman. Pese a lo angustioso que era, casi celebré que me recordara el mundo fuera de aquella conejera. ¡El idiota de Prettiman! ¡Menudo filósofo! «Bueno», pensé apartando mis pensamientos de los muertos, «ahora está purgando su estupidez». ¿A qué facción pertenecerían él y su prometida, la señorita Granham? Empecé a dividir mis pensamientos entre los dos camarotes. Si una dama de ideas tan firmes consentía en convertir a Prettiman en el más feliz de los hombres... Pero, por otra parte, él era persona acomodada, y esa gente siempre corre peligro de que se casen con ellos por su dinero. En todo caso, si *ella* tuviera que dormir aquí, lo haría sin plantearle problemas. Esa idea me reanimó en aquel entorno morboso, de forma que me puse de pie y salí al vestíbulo. Por la abertura que daba al combés vi que por lo menos parte de la cubierta estaba inundada y el agua se deslizaba de un costado al otro. ¡Por fin hacía el tiempo que tanto habíamos deseado! Empecé a dirigirme, con las piernas abiertas y apoyándome en la barandilla del vestíbulo y después en la de las escaleras, hacia la cámara de oficiales.

—Webber, por favor, ayúdame a quitarme este capote. Después puedes llevar mis cosas al camarote para volver con los demás pasajeros.

—Caballero, el primer oficial ha dicho...

—Lo que haya dicho el primer oficial no importa. Ya está seca la pintura y esta noche voy a dormir allí.

Sonó un golpetazo de agua contra los paneles del ventanal de popa.

—Se está poniendo feo, ¿eh, señor? Y todavía se va a poner peor.

—Sí. Ahora, Webber, haz lo que te he dicho.

—Es el camarote en que se mató, ¿no? ¿Y antes que él el cura?

—Sí. Ahora, en marcha.

Webber se detuvo un momento y después hizo un gesto de asentimiento, creo que más bien para sí mismo que para mí.

—Ah.

Desapareció en el camarote que me habían prestado. No cabía duda. Todo se combinaba para inquietarme. Pero, despojado ya de mi capote, decidí ir al salón de pasajeros, aunque era demasiado temprano para comer. ¿A quién me iba a encontrar más que al pequeño Pike, caído de bruces en la mesa? Con el cabeceo del barco, cayó al suelo un vaso de vino.

—¡Pike! ¡Richard! ¿Qué pasa?

No replicó y se tambaleó con el movimiento del barco. Su intoxicación me

pareció repulsiva, ¡pues nadie es tan crítico de las bebidas fuertes como un bebedor reformado! Pero eso no importa.

—¡Richard! ¡Repórtate!

Apenas decirlo lo lamenté. La verdad es que una vez que ya se había intoxicado, lo mejor era dejar al pobre diablo sumido en el triste olvido que había escogido. ¿Quién era yo para decidir si había de dormir o despertar? Un pasante que de algún modo había logrado pagar su pasaje, el de su mujer y el de sus hijas, a los antípodas... dos hijas que probablemente estaban muriéndose y una mujer que, según parecía, se estaba convirtiendo en una arpía o en algo peor... No. Que hiciera lo que quisiera.

Se abrió la puerta y entró Bowles, siempre tan respetable.

—¿Bien, señor Bowles? ¿Qué noticias hay del palo de trinquete?

—Más bien debería usted preguntarme qué pasa con el carbón, señor mío. No pueden destilarlo, o reducirlo o quemarlo (o lo que sea que se hace con la madera para convertirla en carbón) más que a trocitos. En el castillo de proa no se oyen más que voces a favor o en contra.

—Entonces ha ido usted allá.

—Créalo o no, me pidieron que diera mi consejo sobre la redacción de un testamento. Después, supongo que en pago de ello, me llevaron abajo para enseñarme la base rota del trinquete en la carlinga.

—¿Hay división de opiniones?

—Ah, sí. Hay una gran discusión, que no se lleva a cabo con el debido procedimiento legal, o quizá debiera decir parlamentaria.

—¿Está usted de acuerdo con el primer oficial o con el señor Benét?

—Con ninguno de los dos. Me asombra la facilidad con la que personas no informadas adoptan una opinión fija y apasionada cuando no tienen elementos de juicio.

—Yo creo que no lo deberían intentar. Es demasiado peligroso.

—Sí. Es lo que opina el primer oficial. ¡Debería ver usted la carlinga! Es gigantesca. Y me temo que también lo es la grieta, y resulta aterrador. Lo mismo digo de los ruidos que hace el mástil al moverse y hundirse en la madera y trazar ese círculo pequeño, irregular, imparable. No sé qué es lo que deben hacer. En todo caso, no hacen más que tomar un cúmulo de medidas provisionales. Algunas las puede comprender un profano y otras son totalmente inescrutables. Hay vigas clavadas entre el eje del mástil y el maderamen más grueso del costado. Hay cabos retorcidos en torno al mástil, tan tensos que parecerían hechos de metal. Y sin embargo, el mástil se mueve, pese a las vigas, a los cabos, los motones y aparejos, los pies de cabra, los bordones y los flechastes. Es un espectáculo aterrador. Pero cuando se ve ese pequeño movimiento, resulta todavía más aterrador.

—¿Todavía más?

—Es pavoroso.

No dijo nada más, sino que se quedó mirando las olas por el ventanal de

popa.

—Bueno, señor Bowles, creo que nos hemos convertido en una serie de débiles mortales. Pike está borracho y es incapaz de nada. Oldmeadow está consumido por el mal humor y prefiere la compañía de sus hombres en lugar de la nuestra. Nos hemos convertido... ¿en qué?

—En unos seres aterrados.

—Prettiman prefiere seguir en la cama...

—No es eso. No puede salir de ella. He sufrido una caída muy mala. Como no tenemos un cirujano a bordo, y no hay más que la comadrona de los emigrantes para cuidarlo...

—¡No puedo imaginar que eso le sirva de algo!

—Yo tampoco. Pero los marineros y los emigrantes se empeñaron en que hiciera lo que pudiera, y creo que se ha limitado a murmurar unos encantamientos y a ponerle al pobre hombre un collar de ajos.

—¿La enviaron los marineros y los emigrantes?

—Prettiman goza de gran predicamento entre ellos.

—¿Me habré equivocado al considerarlo un payaso? ¡Ah, no, seguro que no!

Llegó Bates, el camarero, a servirnos la comida que todavía quedaba para quienes seguían con apetito... Cerdo salado, frío, porque había que conservar combustible para hacer carbón, alubias empapadas también frías y la infame galleta del barco, que puedo atestiguar que todavía no tenía gusanos, una cerveza ligera o agua salobre mejorada con una gota de coñac. Comí, y lo mismo hizo Bowles. Pike siguió durmiendo hasta que Bates llamó a Phillips y entre los dos lo llevaron a su camarote. Según me dijeron, Oldmeadow se comió la ración de la marinería en el castillo de proa junto a sus hombres. El mar se agitó y empezamos a movernos más. Por encima de nosotros resonaban las faenas diarias del barco, que debían continuar pasara lo que pasara: los cambios de la guardia, las llamadas de los contramaestres, las campanadas, las pisotadas de los oficiales con sus botas de agua y las pisadas de los marineros descalzos en el maderamen, interminables como el viaje, como el tiempo mismo, mientras iban pasando las horas preñadas de ansiedad. Bates —no sé si era su servicio o no— llevó platos de comida a las damas confinadas en sus literas.

Bowles fue a su camarote. Entró el señor Brocklebank, envuelto en su capote de viaje, y se sentó a mi lado. Me hizo una descripción de los procesos que intervenían en los grabados en piedra, cobre, zinc, junto a las diversas dificultades que entrañaba cada una de esas operaciones. No escuché ni la mitad y por fin el anciano se levantó y se fue. De vez en cuando una ola golpeaba explosivamente el costado del barco.

Hacia las nueve de una noche oscura me puse en pie y me dirigí cuidadosamente a mi camarote recién pintado. Allí estaba Webber, haciendo como que me alisaba la colcha, pero en realidad esperando para que le diese algo de dinero por cumplir con su deber.

—Gracias, Webber. Eso es todo.

Para mi sorpresa, no se fue.

—O sea, que aquí fue donde lo hizo. No me extraña.

—¿Qué significa eso, Webber?

—Los sitios tienen hambre después de probarlo y éste se lo quería tragar, ya me entiende, cuando se enteró de lo que pensaba...

—¿De qué hablas?

—Wheeler. Nosotros le llamábamos Joss. Era mi compañero.

—¡Fuera de aquí!

—Cuando les viene a la cabeza no hay forma de pararles, ¿verdad? Me dijo que era como un consuelo. Era raro, el Joss. Creo que debe de haber vivido entre señores antes de venir a la mar. Hablaba muy raro... decía que había vivido en la universidad hasta que dejó el empleo.

—¡A mí nunca me dijo nada! Y ahora...

—Me dijo que había una especie de agujero. «Siempre está ahí, Webber», me dice. «Es como un agujero y sabes que si se pone mal la mar puedes usar el agujero, meterte en el agujero, esconderte y dormir», me dice. «Siempre está ahí. Porque no voy a volverme a ahogar.»

—¡Dios mío! Algo así dijo... algo de...

—Pero, ¿por qué fue aquí? La verdad es que el camarote le llamaba. Lo sabía, ya me entiende.

—¡Largo, Webber!

—Ya me voy, caballero. Yo no me quedaría aquí de noche, aunque me pagaran, caballero... Pero ya se ve que usted no me va a pagar.

Se quedó parado un momento, esperando algo, pero no le di nada y se fue. Sin embargo, me resultó difícil cuando cerró la puerta. Volví a salir y me abrí camino hasta el combés para mirar por la borda. Las olas estaban organizadas en líneas tan rectas que parecían trazadas a cordel. La luz de una luna pálida iluminaba aquellas crestas tan ordenadas y las convertía en escuadrones de acero.

(5)

— Señor Talbot.

Phillips llevaba unas velas en una mano y un farol encendido en la otra.

— Aquí, Phillips.

— ¿Quiere usted una luz, señor?

— Sí... ¡no! Todavía no. Bien, Phillips, llévate la vela y déjame el farol.

— ¡Ay, eso no puede ser, señor Talbot! Ya sabe usted que los pasajeros no pueden tener fanales; sólo velas, porque...

— ¿Porque si las velas se caen se apagan solas? Sí, ya lo sé. Y ya me conoces, ¿no? Espera un momento. Ten. Con eso te pago el farol. Quiero quedarme un farol como recuerdo del viaje.

Una expresión de comprensión cambió el gesto habitualmente adusto de Phillips.

— Sí, señor.

— Cuelga el farol de ese gancho. Apaga la mecha.

Naturalmente, un barco nunca duerme. Siempre hay, como mínimo, una parte de la guardia de servicio, por no hablar del oficial de la guardia y de su compañero. Me puse el capote de hule y me dirigí ayudado por la luz de la luna a la toldilla. El teniente Benét estaba acodado en la barandilla de proa.

— ¡Suba usted, señor Talbot! ¿Qué le parece este viento? Nos viene fenomenalmente, ¿verdad?

— ¿Cómo lo toma el barco?

— Está haciendo más agua, naturalmente. Es lo lógico. He estado pensando. Deberíamos montar una especie de molino de viento para bombearla.

— ¡Ay, no! ¡Basta ya! ¡No nos aterre con más trucos! Sondas, planchas, barras al rojo... Tenga compasión de nosotros, señor Benét. ¡Somos muy frágiles!

El señor Benét se quitó el gorro de hule y abrió los brazos en cruz.

— ¡Mire a su alrededor, señor Talbot! ¿No es magnífico este panorama? ¡La luz de la luna sobre estas aguas en movimiento, las nubes plateadas, las

distancias inimaginables ahí arriba... esos cuerpos brillantes que centellean sobre nuestras cabezas! ¿Dónde está su sentido de la poesía? ¿No infunde el peligro, el temor que todos sentimos, un sabor mejor a esta delicia embriagadora?

—Si de eso hablamos, ¿dónde está *su* poesía? ¡En los últimos días no hace usted más que atosigarme con ella!

—Es usted un crítico severo. Entonces, adopte un punto de vista utilitario. Esta luna significa que posiblemente al amanecer el horizonte se habrá aclarado y podremos medir la latitud por las estrellas, cosa que no nos vendría mal.

—Creía que había algún problema con la navegación... unos cronómetros erráticos, o no sé qué.

—Es usted muy detallista, ¿verdad, señor mío? Pero por lo menos podemos averiguar la latitud, que es casi como ganar la mitad de la batalla, aunque no toda.

—¡Es ése de ahí el señor Willis! Espero que te hayas recuperado, mozo. Señor Benét... ¿no le puede ayudar el señor Willis con la navegación?

—Prefiero tomar eso como una broma, señor mío. ¿Me permite ahora? Estoy ocupado con una Oda a Natura, tema de tal magnitud y profundidad que apenas puedo introducirme en él... ¡ni salirme de él!

—Más vale eso que hacernos naufragar de golpe.

—Supongo que habla usted del palo de trinquete. Iniciaremos la operación cuando dispongamos de suficiente carbón y cuando se haya apaciguado esta mar.

En aquel momento el extraño joven se sacudió los rizos y preparó:

—*Espíritu de la Naturaleza...*

—¿Está usted seguro, señor Benét? La última vez... no, la penúltima, fue *Espíritu de la Mujer*; es usted muy ahorrativo.

El señor Benét no me hizo caso.

—*Espíritu de la Naturaleza, cálido, ardiente o frío. Solidez...*

—¡No, no, señor Benét! No merezco yo tamaño honor... ¡ni tampoco el señor Willis! Permítame que le prive a usted de la compañía de Willis. Él habla en prosa.

—Lléveselo. Haga lo que quiera con él. Después haga el favor de devolverme lo que quede de él. Nunca se sabe lo que se puede aprovechar.

Willis me siguió, malhumorado, a la toldilla.

—Bien, señor Willis. ¿Se ha recuperado usted del todo?

—Estoy sordo de la oreja derecha, donde me arreó el capitán. Y si alguien me dice que vuelva a subirme a un palo, tendrá que llevarme por la fuerza.

—¡Dios mío, muchacho, le ha cambiado la voz! Supongo que debería felicitarlo. ¿Que no va a volver a subir a un palo? ¿Ha perdido usted el valor, muchacho?

—¿A usted qué le importa? Es asunto mío, no suyo, y ya me ocupó yo de eso.

— ¡Le agradecería que se sirviera usted ser más educado, jovenzuelo!

— ¿Por qué? Es usted un pasajero. Lo que llamamos en la marina un «cerdo». No tengo que aguantarle insolencias. Ya lo ha dicho el señor Askew, el artillero. «Son pasajeros», dice, «nada más». «No estamos en un barco de la compañía», va y dice, «y no tiene que hacerles caso, ni siquiera a los señoritos como el lord Talbot ese», dice.

— Sin embargo, le pido que sea educado, señor Willis, aunque sólo sea porque soy mayor que usted. Lamento saber que se ha quedado usted sordo, pero supongo que es un estado pasajero. ¡Por Dios! Tommy también se quedó un poco ensordecido cuando yo le pegué. No creo que haya un escolar ni un guardiamarina del mundo que no haya visto alguna de sus facultades perturbadas en un momento u otro. ¡Así son las cosas, jovencito, y no tiene usted por qué quejarse!

— Bueno, pues me quejo. Ojalá estuviera en casa. Y allí es donde estaría si Papá no tuviera una cuenta con uno de los jefes de los muelles y no hubiera querido convertirme en un caballero. Seguiría sirviendo azúcar y tan contento con las mozas de los almacenes. Ahora que ha terminado la guerra, tendrán que desguazar todo este maderamen podrido y entonces lo único que van a ver de mí es el culo.

La luna se escondió tras una nube, y con el cambio, pareció más oscura la noche. El señor Benét gritó desde la toldilla, bajo nosotros.

— Señor Willis, hágame el favor de hacer que enciendan los fanales del través. Después, podrá contarme lo que pasa media hora antes del amanecer.

— A la orden, señor. Ayudante de contramaestre...

Agarré a Willis de la manga, y le murmuré:

— Media hora antes del amanecer es el principio del Crepúsculo Náutico.

— ¡Ya lo sabía! ¿Me cree usted idiota?

Evidentemente, aquel chico no sabía lo que es un comportamiento amable. Por eso estaba a punto de despedirlo cuando llegó todo un grupo de hombres a la toldilla. Charles venía con ellos. Llevaron a popa un montón de cosas, entre las cuales parecían figurar una vela perigallada a una gruesa verga, un enorme montón de hierro para transportar el cual hacían falta tres hombres y varios rollos de cable grueso.

— ¡Edmund! ¡Todavía no te has acostado!

— Evidentemente. ¿No paras nunca de trabajar? ¿Qué es todo eso?

— Es un ancla de capa.

— Primera vez que lo oigo.

— Cuando hace muy mal tiempo, un barco puede aguantarse a una ancla así...

— ¡Pero esto es la popa!

— Nuestras circunstancias no son muy normales. Eso es todo. Quizá necesitemos montar el ancla por la popa para frenar el avance y ver que no se viene abajo. Claro que no con un tiempo así... ¡Está amainando! Pero más al sur,

donde verdaderamente hace mal tiempo... es una precaución.

Los marineros estaban perigallando el aparejo a la barandilla de popa.

—¿Son órdenes del capitán?

—No, esto es algo que puedo hacer yo solo. Mira, mi profesión es muy antigua y sus deberes están bien definidos. Pero ya son casi las seis campanadas de primera... ¿Por qué no te has acostado?

—Es que... ¡esto de dar explicaciones es muy aburrido! Estoy muy contento de tener ropa seca y hacía luna, por no mencionar que estamos meneándonos menos, etcétera.

Charles me miró atentamente.

—¿Has vuelto a la zona de pasajeros?

—Sí.

Charles asintió y se volvió hacia sus hombres. Se dio la vuelta, según vi, y verificó personalmente la seguridad de las ligaduras que mantenían en condiciones de disponibilidad todo aquel aparejo pesado. ¡Si nuestra supervivencia dependía de su atención y su previsión, podíamos sentirnos a salvo! Comprendí de repente la diferencia entre Benét y Charles, el uno poniéndonos brillantemente en peligro, mientras que el otro, serena y constantemente, *cuidaba* de nosotros.

Charles volvió a hablar.

—Muy bien, Robinson. Hemos terminado.

Se volvió hacia mí.

—¿Vas a bajar?

—¿Tú no?

—Bueno, tengo más cosas que hacer. No creo que pueda acostarme antes de medianoche.

—Bueno, entonces... sí, voy a bajar. Buenas noches, Charles.

Fui de mala gana hacia el vestíbulo. Ahora había un fanal puesto en el palo mesana, justo encima del ejemplar de las órdenes permanentes del capitán, en su vitrina de vidrio. Alguien había dejado debajo dos montones enormes de cabos. Abrí la puerta de mi conejera y entré en ella. Si la dejaba abierta, del fanal del vestíbulo me llegaba luz suficiente para ver las cosas. Revolví en el cajón de arriba, saqué la caja del pedernal y conseguí encender el fanal que le había comprado a Phillips. Cerré la puerta y me senté en mi silla de lona. He de confesar que ya me sentía como cuando está uno a punto de lanzarse al agua fría... a un agua muy fría. Me quité el capote de hule y las botas de agua con más lentitud que si fuera un anciano. Recuerdo haberme inclinado para descalzarme como si aquel esfuerzo fuera doloroso y se tratara de algo que hubiera de llevar mucho tiempo. Pero por fin me quedé en ropa de faena. Todavía quedaba otra forma de aplazar el desagradable momento. Fui a nuestro excusado del lado de estribor, ajusté la lamparilla azul de aceite que había en el mamparo, me ajusté los calzones y me senté en el agujero más cercano a la puerta. Apenas acababa de sentarme cuando se abrió la puerta y entró un

suboficial gigantesco.

—¡Vaya, maldita sea!

—¡Perdóneme, señor!

—¡Fuera!

—Orden del primer oficial, caballero.

El hombre insertó el extremo de un cabo en el agujero de más allá y procedió a bajarlo. Me subí airado los calzones, me abroché la hebilla y salí. En el vestíbulo había más marineros. Una de las cuerdas del montón que había junto a mis pies iba desenrollándose. Otra iba entrando del mismo modo en los excusados «femeninos» del lado de babor. Aquello era un manicomio. Un marinero joven, vestido de faena como yo, salió rápidamente del excusado de babor corriendo hacia la puerta de la señorita Granham. ¡Aquello ya era demasiado! Llegué a su lado con dos zancadas y lo agarré del hombro.

—¡Ni hablar de eso, mozo!

Le di la vuelta... ¡Dios mío! ¡Era la señorita Granham! Incluso a la pálida luz del fanal tenía la cara de un rojo escarlata.

—¡Suélteme usted inmediatamente, señor mío!

—¡Señorita Granham!

Le solté la mano del hombro huesudo, como si hubiera tocado con ella una serpiente. Un cabeceo imprevisible me hizo perder el equilibrio. La señorita Granham asió el pomo de su puerta. Yo caí hacia atrás y sólo me salvé de una herida mortal gracias a aquellos rollos de cuerdas que, aunque ya habían disminuido, bastaron para frenar mi caída. Me puse de rodillas y avancé hacia ella.

—Por favor, señorita Granham... por favor señorita Granham... perdone... Creí que era usted un marinero que quería hacerle daño... permítame... le cerraré...

—No podré cerrarla yo, señor Talbot, mientras tenga usted la mano en la jamba. ¡Se cae usted con mucha facilidad, señor mío! No es que quiera dar consejos...

—Pero no me hago daño, señora. De todos modos, siempre le agradezco su consejo acerca de lo que usted desee.

Se detuvo, dándome la espalda, con la puerta entreabierta.

—¿Es eso un sarcasmo, señor Talbot?

Aquella caída me había encendido los ánimos.

—¿Por qué siempre se me comprende mal?

Se dio la vuelta. Continúe:

—No dice usted nada, señora. Durante este viaje lo que cada uno opinamos acerca de nuestros compañeros y conocidos se ha modificado... ¡debe de haberse modificado! Y eso se aplica tanto para mí como para los demás. Lo que he dicho ha sido una simple expresión de la verdad acerca de... de mi respeto y de su... su...

—¿Mi edad, joven?

Se dio la vuelta para mirarme de frente. Con aquella luz pálida, los estragos del tiempo no eran visibles en su bello rostro. Sonreía y un mechón de pelo se había escapado del pañuelo con que se tapaba la cabeza, y le cubría la cara. Lo levantó y un juego de aquella media luz le hizo parecer tan joven como yo, ¡incluso más joven! Abrí y cerré la boca. Tragué saliva.

—No, señora.

—Entonces, volvamos a hacer como que nos conocemos por primera vez, señor Talbot. De hecho, sería lo procedente. Quizá le hiciera a usted menos indiferente a dónde y cómo se cae... ¡Ahora no me haga gestos, señor mío! ¡Escúcheme! Quizá tenga usted más cuidado si ve cuál puede ser el resultado de una caída. El señor Prettiman desea verlo. Yo... la verdad es que le recomendé que preguntase por otra persona. Veo que quizá me equivoqué.

Creo que me eché a reír.

—¿El señor Prettiman desea verme? ¡Dios mío!

—Así que, si está usted de acuerdo, mañana por la mañana le llevaré a usted a verlo.

—Sí que estoy de acuerdo, señora. ¡No puedo concebir mayor placer!

Se le había vuelto a escapar el mechón de pelo. Lo volvió a recoger, frunciendo el ceño.

—¿Por qué dice usted eso, señor Talbot? ¿Es ese el tipo de observación que hace a las personas de mi sexo?

Hice un gesto negativo. Pero rápidamente recuperó aquella sonrisa.

—No responde, señor Talbot. Ni tiene por qué. Yo le intimido a usted. Ya veo lo que se le está ocurriendo: «Quien nace institutriz muere institutriz». He cometido un error, señor mío, y le hago una reverencia, observará usted, como la más humilde de las criadas.

Con esas palabras cerró la puerta. Me quedé donde estaba, aferrándome a la barandilla, divertido. No cabía duda. La señorita Granham tenía la capacidad de anonadarle a uno, ¡y sin el más mínimo esfuerzo aparente! Pero volvíamos (¡lo había dicho ella misma!) a ser amigos. No me considero belicoso, y aquel cambio me colmó de un alivio y un placer desusados. Fui a la puerta que daba al combés y miré. La cubierta estaba bañada por la luna, blanca. Las estrellas que la luna no apagaba trazaban grandes curvas entre el aparejo, como abejas plateadas. Me las quedé mirando hasta marearme. Parpadeé y miré hacia abajo. Unos marineros, aferrándose a una barloa de seguridad que no paraba de agitarse, venían trabajosamente hacia popa, pues transportaban una pesada carga que parecía obstaculizarlos. Se abrieron camino hasta la toldilla con algo que parecía ser el cadáver de algún animal recién muerto, y muy grande. Charles llegó corriendo sin nada en las manos, no me vio y subió rápidamente las escaleras tras los marineros. Me di la vuelta, entré en mi conejera y cerré la puerta tras de mí. Contemplé con desagrado la litera recién hecha. No cabía duda. Volver a aquella conejera iba a ser toda una prueba. Era como aquella vez, cuando yo era un muchacho, y fui al cementerio al atardecer montando un

pony indiferente que me llevó demasiado cerca de las tumbas. Igual que ahora. Aunque yo había supuesto que el mundo y la vida humana estaban organizados, vi que aquella conejera a la que me había condenado tenía un aire, una *atmósfera*. Me pareció oler a inquietud. Ciertamente, en comparación con la luz de la vela a la que estaba acostumbrado, mi lámpara de aceite, colgada fija en la pared, resultaba positivamente brillante, en tanto la pared, acompañando a los movimientos del barco bajo nosotros, se movía a su vez y proyectaba sombras que se dibujaban en tinta negra sobre mí y las blancas paredes. Bajé la llama hasta que no quedó más que un leve brillo. Me dije que no me desvestiría hasta después de un rato, sino que esperaría para que la familiaridad hiciera que el lugar fuera un poco más mío que *de ellos*. ¿No dicen que la mejor forma de curar un dedo quemado es sostenerlo junto a un fuego para que éste le extraiga el calor? Y Colley había estado sentado allí. Su codo, su pluma, su tintero, su salvadera... Allí había conocido él los extremos del temor y del dolor, de la humillación, la mortificación... ¡Había experimentado unos sufrimientos muy superiores a mi capacidad de imaginación! Si aquellos sufrimientos, aquel torbellino de dolor humano, habían desaparecido sin dejar huella, como me decía mi razón, ¿por qué de pronto sentía yo el invierno en la piel? Volví en mí desde aquel estado, murmurando algo acerca de un pobre muchacho que había sido demasiado sensible... ¡O, dicho en otros términos, demasiado sensible! Aquello me hizo sonreír, pero con algo que debió de ser algo más que una mueca. «¡Compartir el destino común de los demás pasajeros que algún día formarían parte de quienes estaban a mi cuidado!» Aquel era un sentimiento noble. Me encontré hablando en voz alta.

«En el futuro, muchacho, evita los sentimientos nobles. Son como sacar las cartas al azar. Se puede sacar cualquier cosa, desde el comodín hasta...»

Sin embargo, yo soy un ser racional.

Había sido un día muy largo. Debería de haber resultado fácil dormir. Pero no quise quitarme la ropa y meterme inmediatamente en la litera. Un hombre desnudo está indefenso. No se puede salir corriendo desnudo a una cubierta bañada por la luz de la luna. Salvo que se esté delirando. Bueno, pensé, para más seguridad, lo haré poco a poco. Me eché, con toda la ropa de faena puesta, encima de la colcha de la litera. Me puse boca arriba. Tenía el perno —aunque Charles me ha dicho que tengo que llamarlo «vigota»— a unas pulgadas de la cara. Cerré los ojos, pero las leves intimaciones de luces y sombras que me pasaban por encima me alteraban. En consecuencia, abrí los ojos, y decidido a no hacer caso de la vigota, centré la mirada en el techo pintado de blanco. Me encontré examinando detalladamente la herida superficie inferior de un bao de cubierta, un agujero del fondo del cual sobresalía algo puntiagudo.

Me di la vuelta para yacer boca abajo, pero los cabeceos del barco y sus balanceos irregulares me hacían rodar incómodamente. Busqué como pude el costado de la litera con una mano y el del barco con la otra. Agarré algo. Naturalmente, era la vigota. Se me pusieron los pelos de punta. ¡Hubo un

momento en el cual podría haber saltado de la litera y salido corriendo en busca de Charles o de alguien, de alguien cálido y vivo, que respirase y hablara! Pero en aquel instante de miedo adopté una decisión y me quedé donde estaba, agarrado tan fuerte que me temblaba todo el cuerpo. Con los ojos cerrados, allí me quedé, en la misma posición que un moribundo, y tan frío como un moribundo.

El cambio fue gradual. La petrificación del miedo se fue convirtiendo en inquietud, y después en una aceptación gris. Así había sido. Así era.

Oí un quejido que llegaba de alguna parte, de Prettiman en su litera. Solté el perno y volví a ponerme boca arriba. La grieta en el bao de cubierta ya me decía menos. Cerré los ojos.

No me di cuenta del paso desde la vigilia al sueño. Pero parece que en algún momento antes de que llegara la luz, debí de caer en una especie de sueño, o de trance, o en algún lugar.

Él estaba diciendo algo. La voz sonaba distante. Una voz conocida, ahogada por sollozos. No podía saber de quién era, pero sabía que debía saberlo. ¿Quién, en nombre de Dios? Yo estaba en un lugar iluminado por una luz brutal que se encendía y se apagaba, una vez tras otra. La voz sonó más cerca:

«Podrías habernos salvado.»

Aquella voz era la mía. Estaba despierto, la llama chisporroteaba tras el cristal del farol. La apagué y volví a acostarme, esperando al amanecer.

(6)

Cuando amaneció me vestí bastante *pensativo*. ¡Pero la vida ha de seguir adelante, y ni siquiera la tristeza del autoconocimiento puede interponerse totalmente entre uno y su estómago!

En el salón de pasajeros no había nadie más que el pequeño Pike. Estaba sentado bajo el ventanal, con los brazos cruzados sobre la mesa y la cabeza apoyada en ellos. Pensé que estaba bebido otra vez, pero cuando entré levantó la cabeza, sonrió adormilado y volvió a bajarla. ¡O sea, que había otro camarote en el cual le resultaba difícil a la gente hallarse a gusto! Le pedí a Bates una jarra de cerveza —no había nada más— y me bebí el «desayuno» al antiguo estilo. Volví a mi conejera, me puse el capote de hule y las botas de agua y estaba a punto de ir al combés cuando vi que allí, a la sombra de las cadenas de mayor de babor, estaba el señor Brocklebank. Me había usurpado el sitio. Entonces me senté en mi silla de lona, con el capote y todo, y contemplé los pocos libros que tenía en el estante al pie de la litera. Recordé a Charles y cómo me había regalado el traje de faena que ahora yo llevaba. En consecuencia, saqué la *Iliada* y leí en el libro *zeta* la historia de Glauco y Diomedes. Habían intercambiado armaduras temerariamente, según parecía, al cambiar una de bronce por otra de oro. No podía decidir si mi determinación de conseguirle un ascenso a Charles era de oro o de bronce... ¡desde luego, la forma en que había cuidado de mí, haciendo que me bañara y cambiara de ropa como si fuera mi antigua niñera, era de oro en aquellas circunstancias! Seguí leyendo, pero de pronto vi que se me borraban las palabras. Había sido una noche breve e inquieta. Recordé que Charles me había dicho que no me pusiera el capote de hule más que para protegerme del agua, así que volví a poner el libro en su sitio y salí al combés. Me quedé bajo la protección de las cadenas de mayor para dejar que el viento me refrescara.

Salió el señor Benét rápido desde el vestíbulo.

—¡Bien, señor Talbot, seguimos adelante!

—Supongo que sigue haciendo un tiempo demasiado malo para que pueda usted hurgar en el trinquete... o debería decir arreglarlo.

—De momento. Pero el viento va amainando. Y, afortunadamente, estos movimientos no impiden a Coombs preparar carbón.

—Quédese, señor mío. Un momento. He oído decir que en situaciones de emergencia se pueden cortar los palos.

—¡Ha estado usted hablando con el primer oficial!

—Desde luego, pero él no ha dicho nada de eso. Es idea mía: se corta el trinquete y se ahorra usted el trabajo de arreglar la carlinga. Sabrá usted que a veces también yo tengo ideas propias.

—No me cabe la menor duda, caballero. Pero si cortamos el trinquete, probablemente tendríamos que cortar el palo mesana para equilibrar las cosas. Y los mástiles no caen exactamente donde uno pretende. ¡Imagínese que el trinquete cayera por la borda, todavía amarrado al navío, y lo perforase haciendo una vía de agua! Podríamos zozobrar y naufragar en unos segundos. Bravo, señor Talbot, pero no, señor mío. Esa no es una solución. En cuanto sea posible encajaremos la carlinga. Puede usted seguirse mordiendo las uñas una guardia o dos más.

No me agradó aquel tono, pero no parecía que pudiese hacer nada al respecto. Sin embargo, era cierto que teníamos intereses en común: intereses centrados en dos damas que ahora estaban en ruta hacia la India en otro barco. Benét se marchaba. Corrí tras él.

—Señor mío, quería pedirle que explicara cierto episodio en el cual usted y lady Somerset y la señorita Chumley...

—Más adelante, señor Talbot. ¡Ay, qué tiempo! ¡Le dan a uno ganas de echarse a cantar!

Fue corriendo por cubierta y desapareció en el castillo de proa entre un balanceo y el siguiente. Charles apareció desde el vestíbulo. Con él venían un suboficial y dos marineros. Al verme se detuvo.

—¿Bien, Edmund?

—Una mala noche, me temo.

—Estás muy pálido. ¿Es este movimiento?

—No. He pasado una mala noche, nada más.

—Podrías volver a la cámara de oficiales.

Sentí que me ruborizaba, pues era evidente que él comprendía hasta cierto punto en qué había consistido mi «mala noche».

—¿Y que se rieran de mí? No.

—Cuando se está inquieto y en peligro, la gente celebra tener algo de lo que reírse.

—O sea, que seguimos en peligro.

Se volvió hacia el suboficial y le dio una orden. Aquél se llevó la mano a la frente y el grupillo fue corriendo —supongo que debería decir a paso ligero— por cubierta hacia el castillo de proa.

—Sí, Edmund. Seguimos en el mismo peligro que antes.

—Por lo menos está mejorando el tiempo.

—¡Mi querido amigo! Esto no es más que una pausa y dará tiempo a Benét para hurgar en el trinquete. No me gusta nada este tiempo. Ahí arriba hay algo que nos está buscando. Bueno, tengo que seguir.

—Permíteme ir contigo.

—No, no. Imposible. No puedes acompañarme en la ronda.

Me hizo un saludo al estilo naval y avanzó a proa por cubierta. Las barloas de seguridad vibraban ahora blandamente, en lugar de agitarse. Charles no los utilizó.

—Señor Talbot.

Me di la vuelta. La señorita Granham, con su ropa de faena y unas botas de agua demasiado grandes para ella, estaba a la entrada del vestíbulo.

—Buenos días, señora. ¿En qué puedo servirla?

—Quería llevarlo a usted a ver al señor Prettiman. ¿Le viene bien?

La señorita Granham abrió ligeramente la puerta de su prometido, miró y volvió a cerrarla.

—Ha vuelto a dormirse. Es el láudano. Quizá...

Pareció titubear. Pero yo no advertí ningún motivo de demora.

—¿No puedo entrar y esperar?

—Si lo desea.

Entré en el camarote de Prettiman y cerré la puerta detrás de mí. El camarote era igual que todos los demás, una litera, un estante para libros, un lavabo de lona con un espejito y, al otro extremo, una mesita para escribir con los aditamentos de rigor. Bajo el lavabo había un cubo y delante de la mesita una silla de lona. El señor Prettiman había señalado su excentricidad durmiendo del revés: tenía la cabeza hacia popa y los pies hacia proa. En consecuencia, tenía la cabeza justo encima del cubo, lo cual quizá fuera su intención inicial al dormir así. Desde luego, yo tenía recuerdos vívidos y lamentables de nuestras primeras semanas a bordo y de las náuseas que me habían invadido, al igual que a los demás pasajeros.

Prettiman dormía tan profundamente que resultaba difícil creer que hubiera podido estar despierto aquella mañana. El aire era denso, como debe serlo en todas las habitaciones de enfermos, supongo, dado que el aire libre es tan nocivo para un cuerpo enfermo. Aunque no cabía imaginar que nuestras damas, acostumbradas como debían de estar al tratamiento de enfermedades infantiles, dejaran al paciente sin lavar, de aquel hombre emanaba un hedor evidente que hacía desagradable su proximidad. Comprendí, con resignada determinación, que *me había tocado* una experiencia bastante desagradable. Sin embargo, oso decir que los acontecimientos apenas descriptibles de la noche me habían hecho comprender algo más mi capacidad no deliberada para causar la destrucción. En consecuencia, me senté cuidadosamente, con una vaga sensación de que mientras él durmiese yo estaba haciendo lo que quería la

señorita Granham, con sólo estar presente. El hedor de su cuerpo competía con otro que no me costó trabajo identificar con el paregórico, o láudano. No era raro que durmiese. Tenía la ropa de la cama subida hasta el cuello. La cabeza calva la tenía hundida en una almohada mucho más blanda que la que me habían dado a mí. Por encima de la barba rubia y los escasos mechones de pelo, tenía la cara muy pálida. Era una cara que yo había visto muchas veces enrojecida cómicamente por una cólera apasionada. Aquella máscara de carne y hueso en la cual se exhibían tan a menudo sus emociones para que todos pudieran verlas era muy irregular. La nariz puntiaguda distaba tanto del largo labio superior como la de un irlandés de caricatura, un *paddy*. Tenía la boca ancha y firme, de manera que allí se veían grabadas las arrugas tanto de la decisión como de la cólera. La enfermedad le había ido haciendo adelgazar y eliminando buena parte de los aspectos cómicos. Aquellos ojos que podían fulminar con la locura del fanatismo social estaban tapados por unos párpados oscuros y hundidos bajo unas cejas frenéticas. Quizá resultara posible reírse del hombre despierto. Pero aquella efigie, yacente como si descansara en la losa de una tumba, no tenía nada de risible. ¿Dónde estaba el Prettiman ridículo, terco, a veces frenético, indignado al lado de su extraña prometida? Pero ésta había experimentado un cambio radical sin necesidad de sufrir una caída, había pasado de ser una solterona severa a convertirse en alguien hermoso, digno, sensato... ¡y femenino! Incluso aquel hombre... Debió de llegar fuerte en medio de aquel viento una ola que se iba calmado, pues el camarote padeció una brusca sacudida. Aquel mismo grito que había oído yo cuando estaba despierto en el camarote junto a la cámara de oficiales... aquel grito que me había llamado... la angustia... el temor... me puse en pie. Aquello era insoportable. Me vi condenado a seguir sentado en medio de aquel hedor y a crisparme una vez tras otra cada vez que aquel hombre se despertara y soltara aquel grito. Agarré el picaporte.

— ¿Quién es?

Era una voz débil a mis espaldas. Me di la vuelta.

— Soy Edmund Talbot.

Aquel hombre volvía a hundirse en el estupor. Me sentí exasperado. Y había dicho que esperaría. ¡Y sólo esa noche había averiguado, sabido, a lo que tenía que enfrentarme! Volví a dejarme caer en la silla de lona. Él tenía la ropa de cama hecha un lío en torno al cuerpo, cuya silueta escondían las sábanas. Más abajo, los pies y las piernas levantaban las mantas. El olor a paregórico era mayor que cuando había gritado. El espíritu que se había semidespertado en aquel cuerpo atormentado había vuelto a sumirse en las profundidades. Durante un momento le temblaron los párpados y después se detuvieron. Se le abrió la boca, pero aquella voz no emitió más ruido que el de un suspiro.

Me recosté y lo contemplé yacente en la litera. Bajo los párpados se le movían los ojos de un lado a otro. Respiraba de forma irregular, jadeaba. Pensé que iba a abrir los ojos, pero no lo hizo. Murmuraba en sueños, o como

desmayado. Hablaba con gran lentitud:

—... John Laity durante todo el resto de su vida. Hamilton Moulting, baronet, como coronel de dragones ligeros, emolumentos de masita... gastos de regreso a su destino... Mungo Fitz-Henry, procurador de Cancillería vitalicio, cuatro mil seis libras...

Dios mío... ¡era mi primo, aquel *pelmazo* perfecto! ¿Qué diablo quería decir aquel hombre? Me puse en pie de un salto. Agarré el picaporte y vi que giraba desde el otro lado. La señorita Granham asomó la cabeza. Susurró:

—¿Señor Talbot? ¿No ha despertado todavía?

—No.

Se volvió a oír aquella voz débil:

—¿Letitia? ¿Eres tú?

—Ha venido a verte el señor Talbot, Aloysius.

—William Collier, catorce años por reunión ilegal...

—Soy yo, señor Prettiman, Edmund Talbot. Me han dicho que quería usted verme. Bien, aquí me tiene usted a su disposición.

Detrás de mí, la señorita Granham cerró la puerta.

—¿Letitia?

—La señorita Granham ha salido. Ha supuesto que quería usted hablar conmigo, aunque no sé qué he hecho yo para merecer un honor tan imprevisto.

Estaba girando la cabeza inquieto y rechinaba los dientes.

—No logro sentarme.

—No se incomode. Si me pongo aquí podrá usted verme.

—Siéntese, muchacho. ¡Siéntese!

Aquel hombre pretendía darme órdenes, no cabía duda al respecto. Podría decir que me senté para darle el gusto a un enfermo, pero la verdad es que mi cuerpo se sentó antes de que yo me diera cuenta de lo que ocurría. Un leve balanceo del camarote hizo que volviera a rechinar los dientes de forma audible. Poco a poco se le fue despejando el gesto. Hablé abruptamente, irritado por mi involuntaria obediencia.

—Como ya le he dicho, espero saber qué es lo que usted desea.

—Ya sabrá usted que la señorita Granham y yo...

Volvió a callarse. No supe si lo que le habría interrumpido era algún dolor o si sentía una vergüenza natural en cuanto a plantear el tema con un desconocido. Creí que lo mejor sería ayudar a aquel enfermo en lo que pudiera, pues de lo contrario aquella irritante entrevista se iba a prolongar eternamente.

—Estoy al tanto, al igual que todos los presentes en este buque, de que la dama ha consentido en convertir a usted en el más feliz de los hombres. Creo que ya he presentado mis parabienes a la dama. Permítame felicitar...

—¡Deje usted de andarse con circunloquios necios!

—¡Perdóneme usted, señor mío!

—Ha consentido en casarse conmigo.

—¡Eso es lo que estaba diciendo yo!

— *Ahora mismo, quiero decir.* ¿Se ha vuelto usted imbécil?

— ¡Pero si no tenemos cura!

— El capitán Anderson puede celebrar la ceremonia. ¿Es que no sabe usted nada de nada?

Me callé. Evidentemente, la forma más breve de llegar hasta el final era escuchar y no interrumpir. El señor Prettiman se pasó la lengua por los labios y después los chasqueó.

— ¿Quiere usted beber algo? Esta agua...

Entonces volvió la cabeza y me miró directamente a los ojos, examinándome el rostro igual que había hecho yo con el suyo. Un simulacro de sonrisa, bastante amarga, hizo que se le marcaran las arrugas en torno a la boca y a los ojos.

— No estoy siendo justo, ¿verdad?

Sonreí, aunque de mala gana, ante aquel repentino vuelco de las cosas.

— Lo que ocurre es que está pasando usted por un momento muy malo, eso es. Cualquiera... quizá cuando mejore el tiempo pueda usted salir...

— Estoy muriéndome.

— ¡Pero señor Prettiman! Una fractura...

Me gritó:

— ¿Podría usted renunciar a ese necio hábito de contradecirme? ¡Cuando digo que me estoy muriendo quiero decir que me estoy muriendo y que voy a morirme!

El final de aquel exordio vociferante se confundió con otro grito que surgió de las profundidades de sus sufrimientos, que estoy persuadido de que en aquella ocasión se había infligido a sí mismo con algún movimiento prohibido. El grito no era sólo la expresión de una angustia desesperada, sino de un resentimiento furioso.

— ¡Señor Prettiman, se lo ruego!

Volvió a yacer en silencio, pero la transpiración le surcaba el rostro. Detrás de mí se abrió la puerta y volvió asomar la señorita Granham. Cruzó el umbral, introdujo la mano bajo la almohada, sacó un pañuelo y se lo pasó por la cara. Ésta recuperó su sonrisa. Con una voz mucho más suave que la que había utilizado conmigo murmuró:

— Gracias, gracias.

Cuando la señorita Granham se retiraba, volvió a hablar él:

— Letty, no hace falta que sigas de vigilia. Estoy bastante bien y la dosis todavía me alivia algo. Por favor, vuelve al camarote y trata de dormir. Estoy seguro de que lo necesitas. Me inquieta pensar que sigues despierta sólo por mí. Ella me miró, luego le sonrió a él, asintió y cerró la puerta al salir.

— Señor Talbot, deseo que sea usted testigo.

— ¿Yo?

— Usted y Oldmeadow. De la ceremonia... del matrimonio.

— ¡Eso es absurdo! ¿No tenemos ningún cargo oficial en el barco? En

cambio, Charles Summers o el señor Cumbershum... estoy dispuesto a hacer de padrino si lo desea usted... ¡lo que usted quiera!

—No hace falta que haga usted de padrino. El padrino será el señor East.

—¿El señor *East*? ¿El *impresor*?

—¿Quiere usted escuchar? ¿O pretende usted que esta entrevista se prolongue indefinidamente?

Eran muchas las respuestas que podría haber dado yo a aquella pregunta, pero mientras elegía la mejor, perdí la oportunidad. Él había vuelto a cerrar los ojos y siguió hablando:

—Los oficiales de a bordo se perderán por el mundo. ¿Quién sabe adónde irán a parar? En todo caso, correrán peligros. Desde luego, no irán muy lejos con este viejo buque. Usted y Oldmeadow se quedarán en Sydney Cove. ¿No comprende usted, señor Talbot? Por modesta que sea mi fortuna, la señorita Granham la heredará. Pero si no existen testigos irrecusables, y a una distancia de dieciocho mil millas de nuestros tribunales, con lo corruptos que son...

—¡No, no lo son! ¡Eso es inadmisibile! La justicia británica...

Abrió los ojos de golpe.

—¡Sostengo que lo son! Bueno, en lo que respecta al dinero, puede uno fiarse de ellos, pero son corruptos en todo lo demás debido al privilegio, al sistema de tenencia de tierras, a un sistema perversamente inadecuado de representación...

Todo aquello lo había dicho en voz cada vez más alta. Pero, como si supiera lo cerca que estaba de él el ángel de la agonía, bajó la voz repentinamente de un modo que podría haberme parecido cómico hacía solo unos minutos.

—Huelga entrar en todo eso, Talbot. Después de todo, estoy hablando con un representante de... bueno, basta. En resumen: usted y Oldmeadow garantizarán la herencia de ella en virtud de su condición de testigos de la boda.

—Celebraré hacer a la dama cualquier favor que esté en mi mano —¡y mientras lo decía advertí que era cierto!—... Sí, efectivamente, señor mío. Pero confío en que pasen muchos años antes de que...

Le había aparecido en las mejillas el color de la ira.

—¡No diga usted necedades! No me quedan muchos días, ni quizá horas.

—Las amonestaciones...

—En estas circunstancias se puede prescindir de ellas. Baste con lo dicho. Nos quedamos en silencio un rato. Después se agitó inquieto. Yo medio me levanté de la silla, pero él levantó la mano.

—No he terminado. No me gusta pedir favores. Pero ahora...

—Puede usted hacerlo, señor mío. Por la dama.

—El señor Summers me ha dicho que usted sostenía creer al menos en el «juego limpio». Es un término infantil...

—Es un término concreto, señor Prettiman. Lo que es «juego limpio» en lengua de los niños es la «justicia» entre los adultos.

—Cree usted en la justicia.

Se produjo otra pausa. Contemplé el estante de libros que había sobre su cabeza. Eran muy serios.

—Soy inglés.

—La señorita Granham me ha hablado en términos favorables de su progreso...

—¿Mi qué?

—No sé hasta qué punto serán civilizadas las *mores* de una colonia, pero sospecho lo peor. Creo que será difícil hallar una conducta civilizada. Le pido que se encargue de que se trate a la dama como debe hacerse en una sociedad civilizada.

—El contar con la amistad de la dama sería un privilegio para mí, señor mío. Le doy mi palabra de que haré todo lo posible por protegerla.

Sonrió fatigado, pues iba perdiendo fuerzas.

—En muchos sentidos no necesita protección alguna. Pero hay cosas en las cuales una dama, debido a la injusticia de la Naturaleza, estará siempre en desventaja. Creo que la colonia quizá no se haya acostumbrado a lo que es la actitud correcta para con el carácter femenino.

—No lo sé.

—Otra cosa.

Esperé un momento, pero él permaneció en silencio.

—¿Otra cosa, señor mío?

No dijo nada, pero parecía hallarse algo incómodo.

—¿Me permite que lo ayude a ponerse más cómodo, señor mío? Este revoltijo de ropa de cama que tiene usted en la cintura...

Él movía la cabeza de forma inquieta en la almohada.

—No es un revoltijo de ropa, sino una enorme inflamación del abdomen inferior y de la parte superior de las extremidades inferiores.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

—¿Ha de comenzar usted cada frase con una imprecación? No puede usted moverme. El moverme el cuerpo, incluso para los fines más necesarios, es una tortura que está acabando conmigo, terminando conmigo.

Volvió a quedarse en silencio un rato. Después:

—Esta otra cuestión. Es confidencial. He preguntado a mi conciencia y creo que lo que hago es lo correcto. Acérquese.

Aparté la mano con la que me estaba apoyando en el mamparo y acerqué la silla de lona a la litera. Bajé la cabeza hacia la suya. El hedor de la litera y de su cuerpo era de lo más desagradable. ¿Se trataba ya del terrible comienzo de la putrefacción? Yo no sabía lo suficiente al respecto.

—Tengo un documento para usted.

—¿Ah?

—Un documento firmado por mí. Ya ve usted en qué situación me encuentro, indefenso y moribundo. Habrá gente que impugne el testamento... Siempre la hay, parientes lejanos que nunca se han dado a conocer. Podrían

argumentar que el matrimonio no se había... no se había podido consumar, que era nulo y que, en consecuencia, la dama no tenía derecho a nada.

Siguió una larga pausa.

—No entiendo qué he de hacer yo, señor Prettiman.

Pareció sentirse muy inquieto.

—He escrito una declaración explícita de que he tenido conocimiento carnal de la dama durante el viaje y antes del matrimonio.

—¡Dios...!

—¿Iba usted a decir, señor mío?

—Nada. Nada.

Exclamó:

—¿Cree usted, muchacho, que un rito supersticioso como la ceremonia de matrimonio significa algo para personas como ella y como yo?

Abrió la boca para hablar, aunque no sé lo que hubiera dicho. Pues tal era su ira que había vuelto a hacerse daño en todo el cuerpo. ¡Juro que rugió de dolor, como si se estuviera viendo castigado por su blasfemia! Ahora me resulta divertido, pues yo no creía en ninguno de aquellos ritos supersticiosos y consideraba que sólo servían para mantener el orden. El bautizo, la boda y el entierro: son las señales que distinguen a los hombres de los animales y nada más.

Pero él se iba recuperando.

—En el cajón de arriba hay una cartera de cuero verde. Por favor, démela.

Lo hice. Se la llevó al pecho, sacó un papel doblado y sellado que se llevó a los ojos.

—Sí. Este es.

—¿Para qué hace falta este documento? Igual daría que fuera yo a un tribunal y jurase que me había dicho cómo estaban las cosas entre usted y la dama.

—No me fío de ellos... eso es todo.

¡Tuve en la punta de la lengua hablar como un moralista! Sentí deseos de decir con todas las fuerzas de que podía disponer un miembro de la sociedad que él detestaba: «¡Debería usted haberlo pensado antes!» O: «¡Entonces, los ritos supersticiosos valen para algo, señor mío!», pero no lo hice. Aquello era tanto más extraño cuanto que me sentía cada vez menos solidario con él y con ella, y en especial con ella. ¡Una dama, una dama a quien yo tenía en cierta estima, comportarse así, como una cualquiera! No sabía si reír o qué hacer. Aquella mujer me irritaba. Era algo muy triste. Su... caída me inspiraba tristeza y cólera.

—Creo, señor Prettiman que no tenemos nada más que decirnos. Supongo que me comunicará la fecha del rito supersticioso.

Giró la cabeza y me contempló con un gesto como de sorpresa.

—¡Naturalmente!

Volví a colocar la cartera de cuero verde en el cajón y me puse en pie.

—Acepto guardar este documento y presentarlo en las circunstancias que contempla usted. No tengo deseo alguno de leerlo.

—Gracias.

Me costó trabajo hacerle una reverencia. No había llegado a abrir la puerta cuando volvió a hablar.

—Señor Talbot.

—¿Señor mío?

—La señorita Granham no conoce la existencia de ese documento. Deseo que siga desconociéndola todo el tiempo que se pueda.

Volví a inclinarme y salí a trompicones de aquella conejera fétida.

(7)

Me encontré junto a la salida al combés contemplando la prenda andrajosa con la que se arropaba el señor Brocklebank. No sabía cómo había llegado allí. Hacía un viento frío que me penetraba incluso a través de mi ropa de marinero.

¡Aquella confluencia sexual furtiva entre personas de mediana edad tenía algo especialmente repelente! Él podría tener más de cincuenta años y ella...

— ¡Asqueroso, bestial, vicioso!

Aparentemente el anciano no oyó nada, sino que estaba sumido en alguna contemplación que debía de ser melancólica a juzgar por su expresión. Empecé a razonar conmigo mismo. ¿Por qué debía importarme? Contemplé la nota sellada que llevaba en la mano. Aquello, por lo menos, por despreciable que me pareciese, era un deber que tenía. Lo llevé a mi camarote, abrí la puerta de golpe y la cerré igual. Lancé el documento al cajón de abajo y después me dejé caer en la silla de lona con tal fuerza que, de haber tenido la corpulencia del señor Brocklebank, la habría partido por la mitad.

Llamaron a la puerta.

— Pase.

Era Charles Summers.

— ¿Tienes un momento?

— Naturalmente. ¿Quieres sentarte ahí? O en la litera, si prefieres. Lamento que Phillips no la haya hecho todavía. ¡Todo está tan sucio, tan desordenado, tan horrible! ¡Ay, qué cansado estoy de esta travesía! ¡De tanta agua! Ojalá pudiera caminar sobre ella. ¡Bueno, lo siento, lo siento! Bien, ¿en qué puedo complacerte?

Se sentó cuidadosamente en la cama desarreglada.

— Tengo una proposición que hacerte. ¿Te gustaría ser guardiamarina?

— ¿Hablas en serio?

— Medio en serio, digamos. Permíteme explicártelo. Con sólo otros dos tenientes, Cumbershum y Benét, y un oficial de cubierta en condiciones de

desempeñar las mismas funciones que ellos... me refiero al señor Smiles, el navegante...

—Nunca he comprendido qué puesto es ese.

—Es una especie de... ¿digamos anomalía? Es el último de su especie, con un despacho concedido por el Almirantazgo en una época en que la navegación estaba pasando a ser cada vez más función de los oficiales de Su Majestad. Pero no es más que el tercero. El señor Askew puede hacer una guardia de vez en cuando. Ahora, si yo tomo una guardia, podemos dividir las guardias entre cinco, en beneficio de todos...

—¡Salvo el tuyo! ¡Dios mío, te pasas la vida recorriendo el barco! ¿Cuándo duermes? Estoy convencido de que esa actividad incesante tuya no es necesaria.

—Pues te equivocas. ¿No dicen los campesinos que el ojo del amo engorda el caballo? Pero resumamos: si yo hago la de media, que ya deberías saber que es...

—... De medianoche hasta las cuatro de la mañana.

—Exactamente. Un oficial de guardia tiene que hacer una de cuartillo. ¿Desearías hacerla conmigo como guardiamarina?

—¿Y te gustaría a ti dejar el barco a mi cargo?

—Mejor que el pobre Willis ya lo harías. Bien. ¿Lo aceptas?

—¡Pero has sumado cuatro horas a tus funciones! Es demasiado. ¡Pese a eso me has animado inmensamente!

—¿Por qué necesitas ánimos? ¿Por el peligro que corremos?

—¡Ah, eso! No. Me han... dicho cosas. Hay una jovencita por la cual yo... parece que estaba más al tanto de una relación delictiva de lo que debiera y... hoy alguien ha dicho algo que me lo ha recordado de manera tan dolorosa... bien. ¿Cuándo empezamos?

—Voy a decirle al contraestre que te despierte a las doce menos cuarto.

—¡Para hacer una guardia! ¿Me vas a asignar alguna función?

—Quizá te encargue la bordada.

—¡De verdad que no me he sentido tan nervioso desde que salí de casa! «Señor Presidente. Quienes entre nosotros hemos tenido el honor de estar encargados de la guardia de media de uno de los navíos de línea de Su Majestad...»

—¿Y si cuando estás de guardia cometes una equivocación bestial? «Señor Presidente. Quienes entre nosotros hemos tenido el honor de haber sido pasados por la quilla en uno de los navíos de línea de Su Majestad...»

—Ya veo que si es necesario puedes convertirte en un tirano terrible.

—Efectivamente.

—A propósito, ¿qué tal le va a Coombs con el carbón?

—Ya tienen suficiente. El capitán Anderson sólo espera a que la mar se calme un poco más y dará la orden de que se arregle el calzo.

—Tengo que ver ese palo de trinquete con su calzo.

—Ahora quieres ir a meterte donde nadie te llama. ¿Quieres recibir una

orden directa?

—Eso me tentaría. Pero, ¿esperas que el tiempo mejore todavía más?

—Sí. Ya. Durante el día te recomiendo que duermas por lo menos cuatro horas para compensar las que vas a pasar en vela de noche. De hecho, creo que ésa va a ser mi primera orden.

—¡A la orden, señor!

Hizo un gesto de asentimiento y se fue. Me quedé sentado un rato y me sentí absurdamente nervioso. Aquella perspectiva era como esas de la niñez en las que la idea de *quedarse despierto toda la noche* tiene algo de misteriosamente atractivo: la experiencia de cómo un día va convirtiéndose gradualmente en otro. Aquello tenía algo de... ¡de adulto! Era una invitación al mundo de los hombres que hacen cosas tan raras no por desafío ni como un descubrimiento, sino porque es su deber. Son quienes dominan las horas tenebrosas. ¡Tiene algo así como el atractivo de una sociedad secreta! De hecho, mi mayor problema en aquel momento parecía ser el de cómo encontrar una ocupación entre entonces y la medianoche. Comí algo y oí a Bates hacer una serie de comentarios de cómo dentro de poco no iba a quedar nada de comer. Dirigí una sonrisa helada a la señorita Granham en el vestíbulo, pero pareció que no la veía. Obedecí a la «retreta», dado que me había convertido en un marino sometido a prueba, por así decirlo, con un derecho prescriptivo al idioma del mar, y dormí nada menos que dos de las cuatro horas que Charles había estipulado. Me puse a escribir cartas. Traté de componer una para la señorita Chumley, cuya mera visión había vuelto del revés mi mundo y mi futuro, pero no logré decir lo que quería. Pues no podía decir sin más: «¿Eres una persona corrupta?» Cada vez que se me aparecía ante los ojos del corazón aquella imagen encantadora e inocente, se negaban a ver la conjunción odiosa que trataba de presentarles. Además, ¿por qué hacerlo? No existía garantía alguna de que la carta le llegara jamás. Abandoné la tentativa, pensé en escribir unos versos en su lugar, pensé en los del señor Benét, en Glauco y Diomedes, revolví entre mis libros, vi que el lomo de las *Meditaciones entre las tumbas* se había agrietado y me pregunté cómo habría ocurrido. Leí la *Ilíada* hasta que se me cerraron los ojos. Me tendí en la litera y volví a dormir y no me desperté hasta que sonó una voz en mi oreja y el contraamaestre me dio una sacudida. La lámpara estaba baja de luz, la bajé al mínimo y salí.

La nave era un fantasma, un espíritu de plata y marfil. Ante mí, el combés era como una charca que vadear. Salí, y al darme la vuelta para subir las escalas la luna cerosa me resplandeció en la cara. Las velas eran insoportables, su blancura parecía invadirme hasta las niñas de los ojos. Subí y me vi alcanzado por marineros que trotaban a proa para ponerse a la rueda del timón o para actuar como mensajeros de los oficiales de guardia. Charles subió la escala y relevó formalmente al señor Cumbershum. La campana del buque tañó Ocho veces.

—Se presenta el señor guardiamarina Talbot, mi comandante.

—Celebro que hayas venido, Edmund. Con una luz así podríamos hasta leer, ¿no crees?

—Sin duda. Se han apagado todos los fanales.

—Se ha apagado el central, pero los de la toldilla están sólo rebajados. Hemos de preservar el aceite, igual que tantas otras cosas.

No supe qué responder a aquello, pues como poseedor ilegal y comprador nominal de una lámpara de aceite que aquel mismo momento estaba ardiendo en mi camarote, me pareció que se trataba de un tema delicado.

—¿Dónde estamos?

—¿Quieres decir cuál es nuestra posición? ¡Ojalá pudiera decírtelo! Si te vale de algo, sabemos a qué latitud. El propio Colón nunca llegó a saber más que eso.

—¿La longitud?

—Los cronómetros (y te ruego que no se lo digas a nadie) ya no son dignos de confianza. Al cabo de tanto tiempo, la acumulación de sus movimientos diarios es absurda. Además, les ha entrado agua muchas veces.

—¿No habías subido uno a cubierta?

Me pareció que Charles se sentía un tanto incómodo al recordarlo.

—Yo... nosotros... quizá hubiera sido lo mejor. Pero quizá hubiera sido lo peor. En cuanto a la longitud, hemos de considerar lo que podrías calificar de «estima en punto muerto».

—¡Subrayando el «muerto»!

Alargó una mano para asir la barandilla y después la apartó como si aquélla hubiera estado ardiendo.

—¡No hubiera debido hacerlo! ¡En un adulto es una superstición vil!

—Mi querido amigo, eres demasiado escrupuloso. Si el tocar madera te reconforta, ¿por qué no tocarla?, digo yo.

—Bueno, pues eso. La navegación sigue siendo un arte inexacto, aunque quizá mejore. Pero no se me ocurre cómo.

—¿No podría el Almirantazgo designar al señor Benét para eso? ¿O examinar más de cerca las obras del reverendo Swift?

—No sé qué tiene que ver el reverendo Swift con la navegación. En cuanto al señor Benét, te sobra la razón. ¡Cree que puede averiguar nuestra longitud sin contar con nuestros tres cronómetros mojados!

—¡Entonces estamos perdidos!

—No, no. Nos hallamos en una zona que mide unas diez millas de ancho y unas cincuenta millas de largo.

—¡Para mí, eso es estar perdidos!

—Bueno, es lógico. Te ocurre lo mismo que a mí cuando empecé de guardiamarina y consideré que tenía el pie en el peldaño de una escala, por corta que fuera, pues en aquellos momentos el llegar a teniente me parecía algo notable...

—Y lo es, lo es.

—El conocimiento de la mar ya lo tenía, pues era poco lo que había de la administración de un barco que no supiera ya. Conste que no presumo.

—Es lo que me dijo el señor Gibbs el otro día: «Es el hijo de la mar; tiene los pelos de estopa; en los dedos lleva plomo; no tiene sangre en las venas, sólo brea de Estocolmo».

Charles se echó a reír.

—¡Nada de eso! Pero de lo que no sabía nada era de los aspectos teóricos y de cómputo de la navegación. Una mañana apareció el primer oficial con su propio sextante. Se llamaba señor Bellows. Estábamos en el estrecho de Plymouth... Era antes de que construyeran el rompeolas, de manera que nuestro horizonte al sur estaba totalmente despejado. El señor Bellows me mostró cómo manejar el instrumento. Al terminar me dijo: «Bien, señor Summers. Hágame usted el favor de utilizar este sextante para averiguar dónde estamos a mediodía hora local». «Bueno, señor Bellows», dije yo, pensando que estaba jugando conmigo, «estamos en el estrecho de Plymouth». «Pues demuéstrela», dijo. «Ahí tiene usted el sextante, en la bodega están los cronómetros y sin duda el señor Smith tendrá la amabilidad de prestarle a usted su reloj de bolsillo.» «Pero, señor Bellows mi comandante», dije, «¡estamos anclados!» «Ya me ha oído», dijo y se fue.

—¡Lo recuerdas palabra por palabra!

—De hecho lo tengo grabado en el corazón. No puedes ni imaginarte con qué cuidado sostuve aquel precioso instrumento en mis manos... ¡No, Edmund, no puedes! No era sólo un sextante. Era... no sé cómo expresar lo que quiero decir.

—Puedes creerme si te digo que te entiendo.

—No sé. Estoy seguro de que quieres comprenderme. Pero tomé la altura del sol... bueno, docenas de veces, creo, antes y después del mediodía. No soy un personaje nervioso, Edmund...

—¡Desde luego que no!

—De hecho, creo que soy bastante imperturbable. Pero cuando las mediciones iban aumentando y después disminuyendo entonces vi que me resultaba verdaderamente difícil contenerme, no llorar, no temblar, no dejar que me castañetearan los dientes, no echarme a reír a carcajadas por cualquier cosa... No, es imposible que lo comprendas.

—Habías hallado tu vocación.

—Imagíneme allí, tomando la altura del sol una vez tras otra, mientras el joven Smith anotaba la hora de cada toma con su reloj de bolsillo: primero los segundos, después los minutos, después la hora, y después el ángulo, los segundos, los grados. Y después, yo... ¿para qué seguir? Me leí entero el *Epítome de la Navegación*, de Norie. Es el libro que más respeto después de la Biblia.

—Me siento mareado, literalmente.

—Entonces me puse a buscar nuestra posición, y, ¡sí, estábamos en el estrecho de Plymouth! Lo puse en la carta de marear, una serie de líneas

cruzadas, cada una de ellas aproximadamente una décima de pulgada de largo, y tracé un círculo en medio de ellas con el lápiz más fino que había a bordo. Cuando el señor Bellows volvió a bordo, salí de un salto del camarote del navegante, me puse en posición de firmes y saludé. «A sus órdenes, señor Bellows, he hallado nuestra posición mediante el sextante, los cronómetros y el Norie». «Vamos a ver», dijo él, metiéndose en el camarote que tenía la carta de marear encima de la mesa. «Dios mío, señor Summers, ¿tiene usted un microscopio? Esto apenas se puede ver a simple vista. Tendré que conformarme con unas gafas, supongo.» Se puso las gafas y volvió a mirar. «Esto debe de ser nuestra toldilla», dijo. «No me extrañaría que fuera exactamente este camarote. ¿Estaba usted arriba cuando tomó la altura?» «No, mi comandante», respondí yo. Después rebuscó en sus bolsillos y se sacó de ellos lo que quedaba de un lápiz tan grueso como su pulgar. Lo sostuvo como si fuera un puñal, más bien. Trazó un enorme círculo en torno a mi «posición». «Y ahora», dijo, «creo que podemos decir que no estamos en Dartmoor ni más allá de cinco millas fuera de los acantilados de Eddystone, pero sólo Dios sabe dónde nos hallamos dentro de ese círculo».

—No fue nada amable.

Charles rió:

—Ah, no. Fue una lección que no me agradó, pero con el tiempo la aprecié. Se la he transmitido al joven Tommy Taylor, que la necesita, y que se imagina que conocemos nuestra latitud con un margen mínimo, aunque en todo lo demás es un auténtico marinero y hará mejor carrera en el servicio que cualquiera de nosotros.

—Supongo que aquella lección te reveló la necesidad de actuar con cautela.

—Exactamente. Y raras veces he hallado en este servicio circunstancias en las que la cautela no me permitiera detectar cuál era exactamente mi deber.

—¿Por eso no quieres que se repare el trinquete?

—¡Pues claro que quiero que se repare! Y si cayera poco a poco el viento hasta llegar a la calma chicha...

—¿Por qué poco a poco?

—Si cae de repente queda una mar tan agitada que no hay medio de controlar un barco. No sería un momento para ponerse a apuntalar y reforzar mástiles.

—Qué luna... podría uno bañarse en ella, nadar en ella. ¿Has visto jamás algo más bello? La Naturaleza está tratando de atraernos hacia la Fe de todos los modos posibles, hacia todos los anodinos filosóficos posibles.

—No conozco ese término.

—¿Cuándo voy a aprender a navegar por las estrellas?

—Me temo que para eso habrá que esperar.

—Lo estudiaré en tierra. Pero entonces no tendría horizonte. Bueno... me ajustaré al tiempo.

—No hace falta. Puedes tomar la altura al medir el ángulo entre, digamos,

el sol y su reflejo en un baño de mercurio.

— ¡Y dividir el ángulo por la mitad! ¡Qué ingenioso!

— ¿Cómo es que lo has comprendido inmediatamente?

— Bueno, es evidente.

— Al joven Willis no le parece tan evidente una cosa así, ni, ahora que lo pienso, al joven Taylor.

— Naturalmente, el señor Benét no necesitaría un sextante. Se limitaría a hacer una estimación aproximada o a hacer un baño de mercurio para él solo.

— Las estimaciones no tienen nada de malo si sabes lo que estás haciendo. El señor Bellows era capaz de hablar como un libro cuando quería y tenía una frase muy idónea para eso. Me la hizo escribir en un cuaderno y aprendérmela de memoria: «Han sido más los marinos sorprendidos por la precisión de las estimaciones que los desconcertados por sus imprecisiones».

— ¡Desde luego que era capaz de hablar como un libro!

Nos vimos interrumpidos por la necesidad de hacer que largasen la corredera. Era algo que hacían a cada hora y se me asignó la función de levantar solemnemente la cobertura de lona del cuaderno y escribir los resultados. Pero en aquel momento me interesó mucho el proceso, aunque al cabo de poco tiempo se convirtió en algo tan habitual que apenas me daba cuenta de lo que hacía. En aquella primera ocasión se vio seguido de un largo silencio en el cual ninguno de nosotros sintió la necesidad de hablar. De vez en cuando, unas nubes gruesas oscurecían la luna, pero tenían los bordes desflecados y nos dejaban casi tanta luz como cuando no cubrían la luna. Subí a la toldilla y contemplé nuestra débil estela. Aquel «órgano» que había visto subir tan laboriosamente hasta la toldilla yacía ahora atado a la barandilla del lado de estribor. De él pendía una cuerda, de hecho dos cuerdas, que llevaban a la regala y caían a popa. ¡Naturalmente! Una era la cuerda del excusado, pero la del otro lado resultaba muy misteriosa. De pronto, nuestra débil estela estalló en un esplendor de diamantes. De pronto, nuestra débil estela estalló en un esplendor de diamantes. La luna iba saliendo del extremo de una nube. Me di la vuelta y bajé a la toldilla, donde Charles estaba junto a las escaleras de popa. Estaba a punto de preguntarle algo cuando me interrumpieron.

— Charles, ¿qué es eso?

— Es la guardia de servicio.

— ¿Cantando?

Podía ver a los marineros, que no estaban agachados bajo la barandilla ni bajo la protección de un mástil, sino agrupados junto al cabrestante del castillo de proa. Se apoyaban contra él. La música — pues tal era aquello, con armonía y todo — nos llegaba, tan suave como la estela y el viento, tan mágica como la luz de la luna. Me adelanté a la barandilla de la toldilla y me incliné sobre ella para escuchar. Como si hubieran visto que tenían público y lo celebrasen, parecieron darse la vuelta (o al menos me dio la impresión de que había muchos rostros blanqueados por la luna que me miraban) y aumentó el volumen del sonido.

— ¿Qué pasa, Edmund?

Charles se había acercado, y ahora estaba a mi lado.

— ¡Esa música!

— No es más que la guardia de servicio.

Se habían callado. Del castillo de proa había salido alguien que los hablaba. Evidentemente, había terminado el concierto, pero se seguían viendo la luna y las estrellas y el brillo del mar.

¡Qué impresionante pensar que de hecho utilizamos todo eso, que utilizamos las estrellas y hablamos del sol con toda tranquilidad como si no fueran más que balizas!

Charles habló con voz titubeante y, según me pareció, un tanto tímida.

— Nadie puede contemplarlo sin recordar a su Creador.

Una nube volvía a comerse la luna. El agua y el buque quedaron oscurecidos.

— Sin duda ese concepto es ingenuo. ¡Cuando yo consulto mi reloj no pienso *invariablemente* en el hombre que lo hizo!

Se dio la vuelta para mirarme. Llevaba una máscara de luz de luna, al igual, supongo, que yo. Habló con bastante solemnidad:

— Cuando veo Tus cielos, obra de Tus dedos, la luna y las estrellas que Tú formaste...

¡Pero eso es poesía! ¡Ni Milton podría escribirla mejor!

— Y los salmos son prosa.

— Sin embargo, ¿por qué el poner algo en términos poéticos lo hace más cierto que decirlo con cifras, como hacía tu señor Norie?

— Edmund, eres demasiado culto para mí.

— No pretendía serlo... ¡ay, qué grosero acabo de ser! ¡Perdóname!

— ¿Me has insultado? No me había dado cuenta. Existe una cierta diferencia entre el cielo y un reloj de bolsillo.

— Sí, sí. Es verdad. Estaba tratando de hallar un objeto de debate, que supongo es uno de los resultados más detestables de la educación de los señoritos. La poesía en sí es un misterio... lo mismo cabe decir de la prosa, de todo. Antes pensaba que la poesía era una diversión. Es algo más, mucho más. ¡Ay, Charles, Charles, estoy tan profunda, tan desesperada, tan profunda, tan profundamente enamorado!

(8)

Charles Summers no dijo nada. Las máscaras de luz de luna que nos ocultaban los rostros hacían que aquella confesión nocturna fuera inevitable. Se me había escapado sin que yo lo quisiera.

—No dices nada, Charles. ¿Te he molestado? Te pido perdón por mezclar algo que debe parecer trivial en medio de todo lo que está ocurriendo en nuestro derredor... por introducirlo también en una charla sobre religión, que es algo tan importante para ti. De hecho, no sé por qué has de tener la gentileza de escucharme. Pero la tienes.

El primer oficial fue al timón y habló con los hombres que había allí. Se quedó contemplando la bitácora un rato. Me pregunté si algo iba mal, pero al cabo de unos minutos volvió lentamente hacia mí.

—Es la damisela que conociste a bordo del *Alcyone*.

—¿Quién iba a ser si no?

Pareció reflexionar. Después...

—Efectivamente, ¿quién? No me cabe duda de que será tan virtuosa como encantadora...

—¡No hables de la virtud como si fuera cosa de ancianos! Pero, ¿será alegría o carcoma?

—No comprendo.

—Cierta persona estuvo fornicando con cierta mujer... Ella, Marion Chumley, hizo de centinela, debe de haber consentido, debe de haber visto, debe de haber participado en... ¡Ay, me parte el corazón pensar en ello!

—No te referirás a...

—Si participó, aunque fuera pasivamente, es totalmente distinta de la persona a la que vi, a la que conocí, con la que hablé. ¡Y encima yo voy rumbo a Sydney y ella a Calcuta! Dificilmente se las podría arreglar el mundo para separar más a dos personas. No sabes lo que siente uno.

—En todo caso, conozco a la damisela. La he visto. Recordarás que, como

no sé bailar, preferí hacer la guardia durante las horas de la función y el baile. Os vi bailar.

—¿Y?

—¿Qué quieres que diga?

—No sé.

—También la vi al día siguiente, a primera hora. Había venido al costado de estribor del *Alcyone* y miraba hacia nosotros como si pudiera ver lo que pasaba en nuestro barco. Tú estabas a bordo, inconsciente o delirante. Se estaba preguntando por ti.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Y por quién si no?

—¿Benét?

Hizo un gesto despectivo.

—Ni en un millón de años.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Nadie. Lo sé, ¿comprendes?

—¡Ay, no lo dices más que para consolarme!

La voz de Charles era sonriente, por así decirlo.

—Entonces es la señorita «que tenga diez o doce años menos que yo, de buena familia, rica...».

—¿He dicho yo eso? Antes de conocerla, desde luego eso era lo que pensaba yo de forma fea y calculadora. Debes despreciarme.

—No.

Se acercó a la barandilla y se quedó allí un rato, mirando por encima. Después regresó y se apoyó en el castillo de popa.

—Está bajando la luna.

Se volvieron a oír canciones desde el castillo de proa, muy bajas. Hablé yo también, en voz igual de baja.

—¿Sabes? Por muchos años que viva recordaré la guardia de media. Pensaré en ella como una especie de... isla, fuera de este mundo, hecha de luz de luna, una hora para las confidencias, cuando los hombres pueden decir a... a una cara transformada lo que jamás dirían durante el día.

Siguió en silencio.

—¡Imagínate, Charles! ¡Si Deverel no hubiera bajado a tomarse una copa, no habríamos perdido nuestros masteleros y ella habría pasado toda su existencia sin conocerme!

Rió abruptamente.

—¡Os habríais pasado la vida sin conoceros! Acabo de vislumbrar otra vez al antiguo «lord Talbot».

—¿Estás riéndote ahí, al abrigo de la toldilla? Pero eso no tiene sentido. Podríamos habernos conocido como es debido, en un salón. En lugar de lo cual... ¿Volverá ella a caer en ese sueño de niñez hasta que algún otro...? ¡Ah, no, es imposible!

—No te va a olvidar.

—Es muy amable de tu parte que lo digas.

—No. Yo comprendo a las mujeres.

Aquello me hizo reír.

—¿Lo dices de verdad? ¿Cómo es posible? Tú eres un auténtico lobo de mar de la cabeza a los pies, un hombre que domina una profesión honorable y que sabe todo lo que se puede saber de un barco.

—Y ya sabes que los barcos son femeninos¹. Pero comprendo a las mujeres, comprendo su pasividad, su amabilidad, su forma de recibir impresiones como la cera... sobre todo su apasionada necesidad de dar...

—¿La señorita Granham? ¿La señora Brocklebank? ¡Por no hablar de las «literatas»! ¡Ese no es ningún rasgo de la personalidad femenina!

Se quedó callado un rato y después habló en tono sombrío, como si lo hubiera derrotado en una discusión y lo hubiera desanimado.

—Supongo que no.

Se alejó y al cabo de un rato los del alcázar estaban ocupados echando la corredera otra vez.

—Cinco nudos y medio, Edmund, anótalo.

—Cuando recuerde este viaje, si vivo para contarlo, pensaré que, pese a todos los peligros, también tuvo sus compensaciones.

—Sean las que sean, te han ayudado a pasar la mitad de él, o casi.

—¿A qué viene decir ahora eso?

Pero se había dado la vuelta y, evidentemente, por el momento le interesaban más los asuntos del buque que los míos. Sonaba un silbato y se movían hombres acá y allá. La guardia siguiente estaba empezando a formar en la toldilla del castillo de proa. El señor Smiles, el navegante mayor, apareció con el señor Tommy Taylor, que bostezaba como un gato. Smiles y Charles hicieron su intercambio ritual. La guardia de servicio rompió filas y se dispersó hacia el timón, la toldilla y otros lugares por toda la cubierta superior. La guardia fuera de servicio iba dispersándose y desapareciendo en el castillo de proa. Sonaron ocho campanadas en cuatro series de a dos.

Charles volvió hacia mí.

—Bien, señor guardiamarina Talbot, puede usted quedar fuera de servicio hasta medianoche de mañana.

—Entonces buenas noches, o buenos días. Recordaré esta guardia durante todo el resto de mi vida... ¡cincuenta años o más!

Se echó a reír.

—¡Veremos lo que dices cuando las hayas hecho durante un año o dos!

Pero la razón la tenía yo, no él.

Así que salí de guardia, repentinamente vencido por el sueño a las cuatro

1 En inglés, la palabra *ship* (barco) se utiliza en género femenino cuando denota una actitud afectiva del que habla. (*N. del E.*)

de la mañana y bostezando igual que el señor Taylor. Abrí la puerta de mi conejera y vi que el fanal se había apagado, bien consumido, bien por un golpe de viento. Pero era como si siguiera hablando con Charles. Me quité el capote de hule y las botas de agua como pude en la conejera sin luna, me dejé caer en la litera, me di un golpe en una vigota y la maldije adormilado. Nada podía impedirme caer en un sueño profundo.

Pasaron muchos días antes de que, en mi ignorancia, comprendiese lo que había ocurrido. ¡Charles, que tanto cuidaba de mí, había aceptado la carga de la guardia de media en parte, quizá, para dar descanso a los demás oficiales, pero, sobre todo, estoy convencido, para evitar que yo pasara las horas de tinieblas en aquel terrible camarote! Era como cuando me había proporcionado ropa seca. Aquel individuo extraordinario, cuando se consideraba apreciado, respondía con tanta generosidad, con unas atenciones tan cálidas y viriles, como no había experimentado yo desde la época de la «vieja Dobbie», o incluso antes. Era capaz, por así decirlo, de unas atenciones que lograban grandes resultados con cosas aparentemente prosaicas. Era una especie de ciencia o estudio de la generosidad doméstica, de cosillas conservadas, economizadas, de pequeños planes, pequeñas maniobras, que por nada del mundo habría dado a conocer a otros, pero que al fin un beneficiario sensible había de reconocer. Era un aspecto extraño en un marino de guerra, pensé; pero no tan extraño cuando se piensa que la mayor parte de su carrera había transcurrido como oficial ejecutivo de un barco, que es un tendero y agente para el aspecto «doméstico» de un buque en puerto o el oficial del barco más responsable de la economía interna de éste y que más se ocupa de ella.

De forma que me quedé dormido y la luna se puso y salió el sol, aunque no en mi conejera oscura. Phillips tuvo que sacudirme para despertarme. No me dejó volver a dormir, sino que siguió dándome sacudidas.

—Vete ya. Déjame en paz.

—¡Caballero! ¡Despierte, caballero!

—¿Qué diablos te pasa?

—Tiene usted que levantarse, caballero. El capitán le llama.

—¿Para qué?

—Van a casarse esta mañana.

¡Una boda en el mar! Evidentemente, esa idea provoca inmediatamente una serie de comentarios, y fue lo que ocurrió en nuestro barco, creo. ¡Comentarios! ¡Ya se habían producido bastantes cuando se comprometieron! Pero ahora... si el propio lector no hubiera tenido sino la más elemental información del hecho, su primera idea podría ser: «¿No podían esperar?» La siguiente sería la contraria: «¡Ah, de forma que no podían esperar!» Pero todo el barco sabía algo más que ese mero hecho. Todos sabían que un hombre (¡respetado *a proa!*) estaba muriéndose. Los motivos por los que se casaba no podían provocar comentarios jocosos. Pero a popa, descubrí que las opiniones tendían a ser neutrales o

favorables a él. Claro que la dama con la que se casaba había cambiado mucho. La señorita Granham, educada en circunstancias que algunos habrían considerado acomodadas, se había visto forzada, a la muerte del canónigo Granham, a adoptar el comportamiento y las apariencias de una mera institutriz. Expuesta inesperadamente a la perspectiva de una alianza con un hombre más acomodado que un canónigo de la Iglesia de Inglaterra, se había despojado tanto del aspecto como del comportamiento de institutriz a toda la velocidad posible. O ¿puedo estar tan seguro en lo que respecta al comportamiento? Creo que era por naturaleza una mujer de gran dignidad, inteligencia y... austeridad. También, como estaba empezando yo a descubrir, tenía una cierta calidez, tan imprevista como digna de celebrar. ¡Dado todo aquello, el que hubiera cedido a los asombrosos avances de aquel hombre me hería más de lo que podía yo comprender! Creo que había sido la primera dama que me había dado una visión correcta de la dignidad que podían tener las de su sexo y yo me sentía... desilusionado. ¡Ah, aquel joven! Sin embargo, el matrimonio podía dar pocos motivos de celebración. Quizá provocara esas lágrimas que las hembras de más baja condición están siempre dispuestas a derramar.

Informaré como pueda del acontecimiento. Pues desde luego ha de ser un informe como el del capitán Cook, aunque los participantes fueran blancos en lugar de negros salvajes, y algunos de ellos personas de buena familia. Era como si todo el barco estuviera decidido a exhibir como mínimo un poco de la naturaleza humana en su estado natural: ¡su innata superstición, su ceremoniosidad, su alegría cuando se ve obligada por la necesidad de la procreación a celebrar lo que tiene de animal el hombre!

Seré preciso. Aquí queda más constancia de la mujer que del hombre. La señorita Granham recibió visitas a primera hora de las señoras East, Pike y Brocklebank. Me han dicho que hubo que persuadirla para que se quitara su ropa de marinero, de faena. ¡Todo el sector femenino de nuestra compañía estaba decidido a que estuviera correctamente ataviada para el sacrificio! ¡Sí, aquello era una representación! El hombre estaba muriéndose y, aunque no lo supieran, el sacrificio ya se había... pero eso es más complicado. En todo caso hubo un estallido de observaciones pícaras, *risqués*, incluso claramente lascivas, amén de algunas copas, como es de costumbre en esas ocasiones. Como era inevitable, fue el joven señor Tommy Taylor el que se sobrepasó más allá de lo correcto, incluso en una boda. Pues, contemplando una luna de miel hipotética, imposible, observó con una voz sin aliento e interrumpida por su habitual risa de hiena (la llamo habitual, pero a medida que iban pasando los meses parecía que empezaba a desaparecer el muchacho y a sustituirlo la «hiena»)... pero me he perdido. Observó, y en presencia de por lo menos una dama, que la señorita Granham estaba a punto de quedar igual que la fusta de un almirante. Cuando se le preguntó osadamente en qué consistía ese parecido, replicó que la dama estaba a punto de quedar «preparada, enfundada y desenfundada». Me

repugnó tanto que me encargué de darle un golpe en la cabeza que debió de resonarle en toda ella y que, según celebré observar, lo dejó bizco durante nada menos que un minuto.

La congregación reunida en el vestíbulo era al mismo tiempo galante y patética. Apareció una procesión de emigrantes por el camino que les estaba prohibido, la escala que llevaba de la cubierta de baterías al vestíbulo de pasajeros. Se mezclaron, sin que nadie los invitara, con los pasajeros, entre ellos el señor Brocklebank, que llevaba un corbatín de color de rosa ¡y se había despojado de su capa de viaje! Los hombres llevaban prendas festivas, algunas, según creo, que databan de la «función». Las mujeres se habían esforzado e iban muy aseadas, aunque nada más. Como es natural, yo me puse un traje adecuado para la ocasión. Bowles y Oldmeadow siempre habían mantenido un atuendo correcto. No se veía al pequeño señor Pike. Todo el mundo charlaba y reía.

Entonces se produjo el cambio más extraordinario, ¡como si «el Cielo hubiera sonreído» a la ceremonia! Pues se produjo un ruido totalmente nuevo. La guardia de cubierta estaba quitando la cobertura de lona y después las planchas de la claraboya. Las tinieblas del vestíbulo cambiaron de modo que durante un momento quedamos en esa especie de luz diurna modificada que se encuentra en las viejas iglesias de los pueblos. Estoy seguro de que aquel cambio, aquel recordatorio de lugares remotos, provocó tantas lágrimas como sonrisas.

Sonaron las seis campanadas de la guardia de la mañana. Se sacó la silla de lona del camarote de Prettiman. El ruido que hacían los reunidos disminuyó de pronto. El capitán Anderson apareció, tan sombrío como siempre, o incluso más. Lo seguía Benét, que llevaba bajo el brazo un gran volumen de cubiertas marrones que supuse, con razón, era el diario de navegación. El capitán llevaba aquel uniforme bastante espléndido que se había puesto para comer en el *Alcyone*. Tuve una visión mental del señor Benét (imagen perfecta de ayudante de almirante murmurándole: «creo, mi capitán, que lo procedente sería que se pusiera usted su uniforme de gala»). Desde luego, Benét se había puesto el suyo, y quizá estuviera pensando en hacer un homenaje cortés y poético a la novia. El novio, naturalmente, seguía acostado y no podía hacer nada. El capitán Anderson entró en la conejera de Prettiman.

Apareció la señorita Granham. Se escuchó un respingo general y un murmullo y después se volvió a producir el silencio. ¡La señorita Granham iba de blanco! Es posible que el vestido fuera suyo, aunque naturalmente no lo puedo saber. Pero el velo que le ocultaba la cara era el que había llevado la señora Brocklebank para protegerse el cutis. De eso sí estoy seguro, pues había sugerido entonces una ocultación incitante. Tras la señorita Granham y saliendo de la conejera de ésta —¿cómo habían logrado hacinarse en ella?— se acercaron las señoras East, Pike y Brocklebank. La novia cruzó los pocos pies que separaban su conejera de la del novio con una cierta gracia serena, nada

disminuida por el hecho de apoyar la mano cautelosamente por la barandilla. A su paso, las mujeres le hacían una reverencia o inclinaban la cabeza; los hombres se inclinaban o saludaban llevándose los dedos a la sien. La señorita Granham cruzó el umbral y entró en el camarote de su prometido. Benét se quedó al lado. Oldmeadow y yo nos abrimos camino hacia la puerta. Benét contemplaba la espalda de la señorita Granham, sumido en una especie de trance. Lo agarré de la manga.

—Somos los testigos, háganos el favor de retroceder.

Benét obedeció por fin y de la multitud surgió un murmullo que fue apagándose. La señorita Granham estaba junto a la litera, a la altura de los hombros de Prettiman, y de pronto se me ocurrió una idea muy sencilla, tan sencilla que parecía que nadie había pensado en ella. ¡Prettiman yacía con la cabeza hacia popa!

La señorita Granham se retiró el velo. Creo que no es lo habitual que la novia se ponga de frente a la congregación, pero es que allí no había nada de habitual. Tenía la cara muy sonrojada, creo que por el apuro. Aquel color no parecía ser producto de afeites.

Ahora he de informar sobre una serie de conmociones que experimentó Edmund Talbot. Para empezar, tras retirarse el velo, la novia meneó la cabeza. Eso hizo que se le movieran los pendientes. Eran granates. La última vez los había visto ornamentando las orejas de Zenobia Brocklebank durante aquel infortunado episodio en que tuve relación con ella. ¡Recordaba claramente aquellas cadenitas que giraban en torno a las orejas de Zenobia en los extremos de su pasión! Aquello era desconcertante, pero he de reconocer, y debe de haber sido la influencia del ambiente general de lubricidad legalizada, que lo encontré halagüeño.

La señorita Granham llevaba un ramillete. No sabía qué hacer con él, pues no tenía damas de honor y la única receptora *plausible* públicamente era la señorita Brocklebank, que ahora estaba enferma en su camarote. El ramillete no era de tela, como los adornos que lucían algunos de los congregados. ¡Eran flores de verdad, con su verde y todo! Lo sé, pues, a falta de una dama de honor, la novia miró en su derredor y después ¡me alargó el brazo y me lo puso en las manos! Todo el mundo sabe lo que ocurre a la afortunada que recibe el ramo, y se produjo una exclamación de Oldmeadow y luego una risotada entre los congregados. Inmediatamente me sonrojé mucho más que la señorita Granham. Agarré aquello y sentí la suavidad y la frescura de hojas y flores de verdad. ¡Procedían, debían de proceder, del paraíso privado del capitán Anderson! Benét debió de ser el que indujo al sacrificio. «¡Creo, mi capitán, que todo el barco lo celebraría si honrase usted a la dama con una o dos flores de su jardín!»

La segunda y última conmoción se la produjo el capitán a todos quienes lo oyeron. Levantó el libro de oraciones, carraspeó y comenzó:

—El hombre nacido de mujer...

¡Dios mío, era el servicio funerario! La señorita Granham, siempre tan

inteligente, pasó del sonrojo a una palidez mortal. No sé lo que hice yo. Pero cuando volvía a mirar las flores, estaban casi aplastadas. Si a aquel terrible error siguieron algunas palabras, no las oí entre los chillidos y las risas histéricas seguidos por el roce de las ropas cuando nuestro contingente irlandés empezó a persignarse una vez tras otra. Benét trató de ponerse delante de mí y tuve que echarlo atrás. El capitán Anderson empezó a pasar las hojas del libro, que había abierto de manera tan irreflexiva o que se había abierto por sí solo en la página fatal, lo dejó caer, lo recogió y volvió a mirar. Incluso sus manos, acostumbradas a todas las emergencias y todos los peligros, estaban temblorosas. Habían quedado al descubierto las raíces de nuestra naturaleza y teníamos miedo.

Habló con voz firme y decidida:

—Hermanos míos...

El servicio se había puesto en facha y tardó algún tiempo en recuperar el norte. El señor East, murmurando algo que debió de ser una excusa, pasó por delante de Anderson y de mí y puso la mano de la novia en la suya. Benét estaba tratando de entrar y yo lo retuve, pero me susurró:

—¡El anillo lo tengo yo!

Y así se celebró la ceremonia. ¿Detecté yo una leve huella de burla en la cara de la novia cuando se encontró literalmente entregada? Quizá lo imaginé. Todo el mundo se mantuvo en el mayor silencio posible. Cuando nadie tuvo nada que objetar, aquella soltera y aquel soltero quedaban ya listos para los asuntos del mundo y podían hacer juntos lo que quisieran o pudieran. Anderson no felicitó al novio ni congratuló a la novia. Supongo que, en cierto sentido, aquella omisión era correcta, dada la poca felicidad que ambos podían esperar del matrimonio. Sin embargo, se inclinó sobre el tablero de escribir y empezó a revolver documentos. Abrió el diario de navegación, firmó unos papeles por encima de la página abierta y después pasó el libro abierto al enfermo. Prettiman se las arregló como pudo para firmar el nombre del revés. La señorita Granham fue en contra de la costumbre y firmó su nuevo nombre, Letitia Prettiman, con firmeza y letra clara. Firmé yo, firmó Oldmeadow. El capitán presentó sus «papeles» a la novia, como si le estuviera dando un recibo. Lanzó un gruñido a Prettiman, hizo un saludo general y se marchó con el diario de navegación, que a su juicio, sin duda, resultaba ahora un tanto ridículo con aquella anotación tan desusada.

Ahora teníamos que terminar nuestro asunto. Felicité a la señora Prettiman en voz baja y le tomé la mano al señor Prettiman. La tenía fría. Le corrían arroyos de sudor sobre los ojos cerrados. Cuando recordé mi gran idea para mejorar su condición abrí la boca para explicarla. Pero un empujón desde atrás me dijo que les estaba cortando el paso a Benét y Oldmeadow. Me di la vuelta malhumorado, esperando pelea, aunque es difícil comprender por qué. La congregación trataba de entrar y me costó cierto trabajo alejarme de la litera. Aquella gente no sabía lo que era correcto y parecía no desear más que darle la mano al moribundo. De hecho, el primero trató de besársela, pero aquél se lo

impidió con un leve reproche:

—¡No, no, amigo mío! ¡Todos somos iguales!

Salí como pude. Necesitaba aire libre. Llevaba el ramito aplastado de hojas y flores en la mano. Una flor me pareció curiosamente extraña; creo que era de esas que llaman orquídeas. Salí al aire libre para tirar todo aquello, pero no pude. Phillips, mi sirviente, salía de la conejera de Prettiman.

—Phillips. Pon esto en agua. Después déjalo en el camarote de la señorita... de la señora Prettiman.

Abrió la boca, probablemente para objetar, pero me adelanté a él, entré en mi camarote y cerré la puerta. Volví a ponerme la ropa de marinero y me senté al tablero de escribir. No podía concebir qué estaba haciendo allí. Me llevé la cabeza a las manos un rato, después busqué un libro, lo hojeé y lo volví a dejar en su sitio. Me eché en la litera, totalmente vestido, pensando en nada y sin hacer nada.

Acabo de mirar estas últimas palabras. ¡Qué raras son, qué extranjeras! Podrían ser chinas o hindúes: sin hacer nada, sin hacer nada. Nada, nada, nada. Me eché a reír. Fue un auténtico «caquino» que me salió espontáneamente de los pulmones. Charles me había asegurado que la señorita Chumley no me olvidaría. La señorita Granham —la señora Prettiman— me había dado un auténtico augurio. ¡Me había lanzado sus flores! ¡Yo sería el primero que se casaría!

Sin embargo, mientras seguía allí, echado de espaldas, de las comisuras de los ojos me empezaron a brotar lentamente lágrimas que me humedecieron las orejas y la almohada.

(9)

¡Y después me dormí! El motivo era el comportamiento totalmente inesperado de nuestro mundo. Vivíamos en medio de ruidos de un tipo u otro. Siempre oyendo el sonido del mar contra el casco, los ruidos del barco, las pisadas en la cubierta, los silbatos, acá o allá una voz alta y viril que maldecía, chirridos y golpes del aparejo, gruñidos del maderamen; en aquellos días con demasiada frecuencia los ruidos de una pelea en una u otra parte del barco; una vez, una pelea de verdad. Pero lo que me ayudó a caer profundamente dormido fue sencillamente el silencio. Quizá en nuestra parte del barco la gente estuviera agotada por la boda, pero no sé si ése era el motivo. Charles dio a la tripulación un respiro y mantuvo el menor número posible de marineros de guardia. Como suelen hacer ellos en estos casos, el resto se fue a dormir y yo también.

¡Lo que me devolvió al mundo de la realidad fue el ruido que hacían al ponerle los grilletes a Deverel! Me desperté alarmado y después comprendí que aquel golpeteo metálico procedía del extremo de proa, de los ojos del barco, y que debía tratarse de Coombs, el herrero, que trabajaba en su forja. ¡Había llegado el momento! Como estaba totalmente vestido, salté de mi litera, me puse las botas de agua y fui corriendo al combés. El mar se extendía ante mí como una capa de moaré, de un azul claro, y cierta neblina reducía el sol a un redondel blanco, muy parecido a la luna llena. No había ni un soplo de viento. ¡Benét y el capitán habían hallado su calma chicha! Saqué el fanal del camarote, lo encendí y después fui bajando la llama. Bajé las escalas, más allá de la cámara de oficiales y volví a dirigirme a la santabárbara. Por primera vez la encontré vacía, salvo por la presencia del anciano guardiamarina Martin Davies, que me sonrió vacuamente desde su hamaca. Le devolví la sonrisa, dado que era imposible no hacerlo, y después me fui abriendo camino hacia proa. Inmediatamente tuve que subir la luz del fanal. Fue un avance goteante y húmedo, pero aquella vez, por fortuna, constante. Incluso aquellos fanales que bailaban en la santabárbara estaban inmóviles y ahora, entre el fanal y la calma

chicha, podría haber ido corriendo por las estrechas tablas entre los montones de provisiones. Vi cosas que hasta entonces solamente había sentido, u oído o escuchado: una enorme columna que debía de ser el cabrestante de arrastre, el brillo empavonado de cañones de veinticuatro libras, todos ellos «con sus tapabocas, engrasados e inclinados hacia abajo», y, más allá de ellos, pues no se trataba más que de tubos de hierro, el brillo calmo del agua y el barro de nuestras sentinas. Dos muros, en su mayor parte de madera e irregulares, de cajas de embalaje, cajones, sacos y bolsas de todos los tamaños, algunos aparentemente suspendidos sobre mi cabeza... pero no hay forma de describir aquella bodega, apenas entrevista, parcialmente comprendida, con un camino estrecho de tablas que llevaba desde allí hasta la sobrequilla. A mi derecha había una escala que el señor Jones había fijado con cuerdas como entrada a aquella especie de desván que había confiscado para utilizar como dormitorio, sala de estar y oficina. Preferí no hacerle caso y me fui abriendo camino hacia la inmensa mole del palo mayor y las bombas...

—¡Alto ahí! ¿Quién va?

—¿Qué diablo?

—¡Rediez! Pero si es lord Talbot, quiero decir el señor Talbot, caballero. ¿Qué hace usted aquí, caballero? Casi le hago un agujero en la barriga, con su permiso, señor.

—Voy a...

Sonó un ruido atronador por encima de nosotros. Tuve que gritar:

—¡Voy a proa!

El cabo también tuvo que gritar:

—Órdenes, señor, ¡lo siento, señor!

Cesaron los ruidos durante un momento.

—Mira: el primer oficial debe de estar ahí a proa. ¡Ve a preguntarle!

El suboficial parecía dudar, pero el cabo que estaba con él tenía algo más de sentido y envió a uno de sus dos hombres a decirle a Charles que me había presentado yo. Volvió diciendo que tenía que esperar, lo cual me bajó un tanto los humos, pero me apoyé en algo que había a mano —no sé lo que era— y esperé, tratando de adoptar el aire más despreocupado posible. Sin darme cuenta, apagué el fanal. El grupito no hizo ningún comentario.

A proa de nosotros se veían luces y se oían ruidos. Parte de las luces eran del día, como si se hubieran abierto escotillas y claraboyas dada la importancia de la operación. Otras luces echaban humo y de vez en cuando emitían un resplandor rojo. Incluso vi cómo saltaban una o dos chispas al otro extremo del espacio abierto, donde estaba realizando el trabajo. Éste se convirtió en un golpeteo constante de martillo sobre hierro, como si estuvieran poniéndole herraduras al barco. Entre aquella luz humeante y los ruidos metálicos me sentí volver repentinamente al mundo de establos y arneses y caballos, y al calor del fuego de un herrero. Pero aquello pasó rápidamente, pues lo que hacían empezó a producir otro tipo de sonido: un golpeteo monótono, como el de un

mallete sobre madera. Guiñando los ojos hacia la luz, y elevando tontamente el fanal apagado es imposible no alzar un fanal al mirar, cuando se lleva uno—, logré ver entonces algunas de las estructuras que se habían levantado para impedir que el mástil se desplazara. Aquellas enormes cuerdas que iban tan tensas desde el mástil hasta los pernos al costado de la bodega estaban *adrizándolo*. Los tablones apoyados en el ángulo contra él actuaban como cuñas de apuntalamiento. Mientras miraba, paró de repente el golpeteo monótono, se oyó un grito y cayó uno de los tablones, con una reverberación atronadora. Me asustó y asustó a todos los que lo oyeron, pues surgió un clamor repentino en torno al mástil, pero quedó sencillamente reducido por el famoso «rugido» del capitán, que, a decir verdad, celebré mucho oír, pues sugería la seguridad y la conciencia de lo que se debía hacer. Al cabo de un momento —con un resplandor más brillante y más golpeteo sobre hierro y después sobre madera— cayó otro tablón, pero esta vez sobre algo más blando, pues no sonó más que un leve choque. Después esperé largo rato, mientras primero aumentaba y después disminuía la luz llena de humo, que por último desapareció.

Entonces empezaron los chirridos y los crujidos del metal que golpea sobre metal. Se repitieron una vez tras otra. Después, silencio. Estaba empezando a desaparecer la luz.

¡Bang! Era metal que se contraía, creo. A ello siguió otra vez el chirrido del metal y después otro golpetazo.

Oí un repentino clamor interrumpido por otro «rugido» del capitán. Estaba allí: ¡podía verlo, podía verle la cabeza con el tricornio! Estaba junto al pie, la carlinga, la coza, la espiga, o lo que fuera, y una vez más, al caer el último tablón, su rugido fue superior al ruido que hizo aquél.

—¡Silencio!

Bang.

Bang.

¡Bang!

Silencio.

El capitán habló con su voz normal:

—Adelante. Sí, señor Benét, adelante.

La voz de Benét:

—¿Qué te parece, Coombs?

—La última l'ha hecho un bujero, mi comandante.

Un nuevo silencio. El quejido de un metal que se contrae y enormes chirridos y rozaduras del palo.

La voz de Benét:

—Agua. ¡Inmediatamente!

¡Un chisporroteo enorme y constante! Surgía vapor en el espacio abierto.

Se produjo otra pausa, que pareció interminable a medida que iba elevándose y desapareciendo el vapor. El mástil chirrió y crujió.

—Bien, muchachos. Adelante.

Una tras otra, las sombras oscuras de los marineros treparon por las escalas. Entonces se oyó la voz del capitán. Hablaba en voz alta y *quería* que todos los oyeran.

—Bien, señor Benét, puede usted estar contento. Creo que ésta fue idea suya. También tú, Coombs.

—Agradecido, mi capitán.

—Mencionaré a ustedes en el diario de navegación.

—Muchas gracias, mi capitán.

—Señor Summers. Venga conmigo.

Vi cómo sus formas oscuras ascendían la escala justo a proa del palo de trinquete. Llegó un marinero en mi busca:

—El señor Benét dice que ya puede usted venir a proa, señor.

—¿Ah, sí? ¿De verdad?

Avancé hacia el palo y miré en mi derredor. Allí estaba Benét. Incluso con aquella luz vi que tenía la expresión de triunfo más absoluta que jamás había visto yo en rostro humano. Miré en torno a mí con profunda curiosidad. Evidentemente, la operación había tenido éxito. No podía hacer más que examinar y tratar de comprender el método seguido. El enorme cilindro del palo de trinquete atravesaba el techo de cubierta y parecía penetrar en un bloque cuadrado de madera. Como el palo tenía una yarda de diámetro, cabe imaginar las dimensiones del bloque de madera en el que se asentaba. Supongo que tendría algo así como seis pies cúbicos. ¡Qué árbol! No había visto un bloque de madera así en mi vida. A su vez, éste descansaba en un madero que recorría el barco a todo lo largo por encima de la quilla: la sobrequilla. Frente a mí, al lado de popa de la carlinga, había una plancha de hierro de la cual sobresalían unos pernos enormes. O sea, que aquellos eran los pernos puestos al rojo vivo, o al blanco, en medio de toda aquella madera seca como *yesca* con peligro de convertir a todo el barco en una hoguera. En la superficie de la madera ya no se veía la enorme grieta causada por el balanceo del palo. ¡Como mínimo estaba cerrada y bien cerrada! ¡Dios mío, la mera fuerza del hierro al enfriarse había aplastado aquel enorme bloque de madera, de forma que la superficie se había elevado en todas partes en forma de arrugas paralelas! Era impresionante. Me salieron las palabras sin que yo lo quisiera:

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

La expresión del señor Benét no había cambiado. Contemplaba el hierro. No movía más que los labios:

*Bellísima forma, velóse tu faz,
Con calor y frío secó la humedad,
Son modos... son modos...*

Se le fue apagando la voz. Por fin pareció verme y no creo que su abstracción fuera fingida. Adoptó un gesto de persona sociable.

—Bien, señor Talbot. ¿Comprende usted lo que está viendo?

—Supongo que existe otra placa como ésta al otro lado del bloque... de la carlinga.

—Y los pernos atraviesan las dos.

—¡Dentro tiene que estar ardiendo!

Desechó mi comentario con un gesto de la mano.

—Durante un momento, nada más.

—¿Pretende usted hacernos morir a todos en un incendio antes de que terminen con nosotros los demás peligros? ¿O se propone usted mantener éste en reserva por si logramos superar los otros riesgos que corremos?

Tuvo la amabilidad de sonreír.

—Cálmese, señor Talbot. El capitán Anderson padeció el mismo error, pero gracias a nuestra maqueta, Coombs y yo logramos convencerlo. Los conductos son mucho más anchos que los pernos. No puede entrar el aire. Cuando al aire se le priva de oxígeno (que es su aire vital, señor mío) comienza a enfriarse y dentro de los conductos no queda más que una capa de carbón. Pero, ¿ve usted de cuánta fuerza disponemos?

—Es aterrador.

—No hay nada que temer. Raras veces he visto algo tan majestuosamente hermoso. ¡El palo quedó tieso en cuestión de minutos!

—De forma que ahora podemos utilizar el mástil. Y el palo mesana. Aumentará nuestra velocidad. Llegaremos antes.

Me sonreía amablemente.

—Está usted empezando a comprenderlo.

Tuve en la punta de la lengua una respuesta irritada, pues empezaba a molestarme su condescendencia, pero en aquel mismo momento llegó del interior del hierro o de la madera un ruido fuerte que me alarmó.

—¿Qué ha sido eso?

—Algo que se ajusta. No importa.

—¡Sin duda ya estaba previsto!

Mi sarcasmo no tuvo éxito.

—Ese ruido era el final de una fuerza moderada. *Bellísima forma, velóse tu faz...*

Era evidente que el señor Benét ya no estaba dispuesto a seguir conversando. Apoyé la mano descuidadamente en la plancha de hierro y la aparté inmediatamente.

—¡Eso debe de estar ardiendo todavía!

—No, no. Hay espacio de sobra. Mi primer verso es un tetrametro. ¿Cómo diablo llegué a pensar que era un pentámetro yámbico? ¡Nos falta un pie! *¡Natura, se vela tu faz, tu admirable Forma!* Ahora me va a costar trabajo la rima, porque tras personificar a Natura y mencionar a la «Forma», todo ello es platónico, que no era lo que yo deseaba.

Señor Benét, comprendo que está usted absorbido por la marinería, la

ingeniería y la poesía, pero celebraría que tuviera usted la amabilidad de continuar nuestra conversación anterior. Ya sé que nadie debe entrometerse en los asuntos privados de un caballero, mas en cuanto hace a su servicio en el *Alcyone*, cuando conoció usted a la señorita Chumley...

Pero aquel extraño individuo había vuelto a quedar arrebatado.

—Norma, forma, horma. Esa sería una rima consonante. O calma, salma, alma, rimas populares insoportablemente vulgares. El seco frío, el calor húmedo... ¿por qué no la seca humedad, el caliente frío...

Era inútil. Los hierros volvieron a golpear y se oyó un eco apagado desde arriba. Empecé a subir las escalas hacia aquella luz diurna modificada y después salí a cubierta, donde el sol estaba ahora totalmente oscurecido por las nubes, y el mar más que rizado. La parte de proa del combés estaba llena de gente. Allí estaban los soldados de Oldmeadow, agrupados junto a la barandilla del lado de babor. Tenían en las manos sus mosquetones. Oldmeadow tiró una botella vacía lo más lejos que pudo al agua, ante lo cual un tipo disparó, produciendo un volumen prodigioso de humo y de ruido, y levantó un chapoteo de agua de mar. Ello le valió grititos de temor y de admiración de las muchachas que los contemplaban, mientras la botella iba alejándose lentamente. ¡Así que avanzábamos! Miré hacia arriba y vi que las velas del palo mayor estaban henchidas. Unos marineros estaban ajustando una gavia en el trinquete. Oldmeadow lanzó otra botella, se produjo otra explosión y otro chapoteo de agua cuando la segunda siguió a la primera. Sugerí entonces a Oldmeadow que echara las botellas al agua con una cuerda, de forma que le bastara cada vez con una sola, pero no me hizo caso. La compañía de la soldadesca ignorante no estaba haciendo ningún bien ni a su inteligencia ni a sus modales. No había pasajeros por allí. Evidentemente habían decidido que la mejor forma de pasar aquel momento de tranquilidad y sin problemas era dormir en sus literas.

Me acarició la mejilla algo de viento. Volví al vestíbulo a ver quién había en el salón. No había nadie sentado a ninguna de las mesas; ni siquiera el pequeño Pike.

—¡Bates! ¿Dónde se halla el primer oficial habitualmente a esta hora del día?

—No sé decirle, caballero. A lo mejor ha ido a echarse.

Bajé a la cámara de oficiales.

—Webber, ¿dónde está el señor Summers?

Webber hizo un gesto con la cabeza hacia el camarote de Charles y habló en susurros:

—Ahí, señor.

Fui corriendo al camarote y llamé.

—¡Charles! ¡Soy yo!

No oí respuesta. Pero, ¿para qué son los amigos? Volví a llamar y después abrí la puerta. Charles estaba sentado en el borde de la litera. Agarraba con

ambas manos el canto de madera. Estaba contemplando el mamparo de enfrente, o algo más allá. No cerró los ojos ni me miró. Bajo la piel curtida se advertía un color cetrino y pálido.

—¡Dios mío! ¡Por el amor del cielo! ¿Qué pasa?

Entonces volvió la cabeza, descompuesto.

—¡Charles, amigo mío!

Le temblaron los labios. Me senté inmediatamente a su lado y puse la mano en el dorso de la suya. Le surcó la frente una gota de sudor que me cayó en los dedos.

—¡Soy yo... Edmund!

Alzó la otra mano, se la pasó por la cara y la volvió a bajar.

—¡Cuéntame, por el amor de Dios! ¿Te pasa algo?

Siguió en silencio.

—Oye, Charles, ¡hay buenas noticias! ¡Están izando velas en los tres mástiles!

Entonces dijo:

—Obstrucción.

—¿Qué obstrucción?

—Obstrucción. Es lo que ha dicho. Tengo que desistir de mi obstrucción.

—¡Anderson!

Tembló como si tuviera frío. Aparté la mano.

Murmuró algo.

—Ya veo cómo avanzamos. Ha tenido suerte, ¿no? Calma chicha para hacer el trabajo y ahora... otra vez sopla el viento. Dos nudos más, dice Anderson. Me ha dado razones. Fríamente.

—¿Razones?

—Para lo que ha dicho. Obstrucción. Estoy... no sabía que fuera posible quedar tan aplastado. La sonda... pero arrancó parte de la quilla. ¿Quién sabe? Y ahora, por un nudo y medio, por dos nudos, Benét ha clavado hierros al rojo vivo en el maderamen y los ha dejado puestos.

—Dice que no harán más que revestir de carbón el interior de los conductos.

Me miró a los ojos.

—¿Has visto a ese hombre? ¿Has hablado con él?

—He...

—No debo obstruirlo, ¿entiendes? Un oficial joven y brillante... ¡mientras que yo! Gris, demasiado viejo...

—¡No puede haberte dicho eso!

—¡Dirá cualquier cosa si se trata de defender a su favorito! Todavía no va a adoptar medidas, pero tengo que andarme con cuidado... —hizo una pausa momentánea y después dijo con furia sibilante de la cual jamás habría yo pensado que era capaz—: *¡Andarme con cuidado!*

—¡Te juro que lo vamos a aplastar! Voy a... voy a levantar a todo el gobierno

de la colonia en contra suya. Voy a...

Dio un respingo y después susurró:

—Calla. Nada de motines.

—¡Es lo justo!

Se produjo una pausa. Se llevó la cara a las manos. Casi no oí lo que decía, por la pena que su voz expresaba.

—No deseo justicia.

Durante un momento, ninguno de los dos dijo nada. Después...

—Charles, ya sé que no soy más que un pasajero, pero esta monstruosa...

Rió amargamente.

—¡Ah, sí, no eres más que un pasajero, pero todavía puedes ponerte en peligro! Y, si fuera posible hacer lo que acabas de decir, ¿supones que me volverían a dar un destino alguna vez, por no hablar de un ascenso?

—Benét es una especie de meteoro, un resplandor pasajero. Los meteoros siempre caen.

Charles se enderezó y se cruzó de brazos.

—¿No ves cómo avanza incluso con tan poco viento? Casi va a doblar nuestra velocidad. Y, no lo olvides, ¡cada nudo que añada duplicará la entrada de agua!

—Está escribiendo una Oda a Natura.

—¿Ah, sí? Bueno, pues dile que la Naturaleza nunca hace favores gratuitamente.

—Se lo diré, aunque tal afirmación le resultará extraña viniendo de mí. Creo que reconocerá la fuente.

Los labios de Charles habían recuperado algo de su color.

—Bendito seas, viejo amigo... ¿puedo seguirte llamando así?

—¡Cielos! Puedes llamarme lo que quieras.

—Eres un amigo de verdad. Es típico tuyo venir a buscarme para tranquilizarme cuando nadie... bueno. Perdona. No me estoy portando como un hombre.

—Vales más que cien Benét... ¡que doscientos Anderson!

—¿Es ése mi fanal?

Aquella pregunta me desconcertó. Seguí su mirada y levanté la mano derecha con el fanal en ella.

—No, de hecho...

No tenía ganas de seguir. Al cabo de un momento, Charles se encogió de hombros.

—Viene de los arsenales. Bueno, ¿qué más da?

De pronto se golpeó una mano con el puño de la otra.

—¡Ha sido un reproche tan humillante, tan vergonzoso! Ha sido tan injusto... ¡porque lo único que he hecho yo ha sido manifestar una opinión diferente de un subordinado mío!

—¿Lo oyó alguien?

Negó con la cabeza.

—Ha observado las normas. Por eso no puedo hacer nada, ¿comprendes? Cuando llegamos a la toldilla me habló en tono formal: «Hágame usted el favor de venir a mi camarote, señor Summers». Allí me hizo frente. Se me quedó mirando fijo bajo esas gruesas cejas y lanzó la barbilla adelante.

—¡Entiendo! ¡Ya he visto eso!

—«Dios castiga sin piedra ni palo». Eso es para niños. Lo que me dijo ha sido peor que una paliza.

—Cuéntamelo, te hará bien. Te está destrozando, lo veo. Pero he jurado que se va a hacer justicia... ¡juego limpio! ¿Recuerdas?

—¡Ah, sí! Hace mucho tiempo, cuando vivía Colley.

—Ahora, ¿qué hacer en este momento? ¡Creo que te veo sonreír!

—¿Tú crees? Está arreciando el viento. Bueno, el capitán y el oficial de guardia... que se las arreglen ellos. Pero imagínate, Edmund, si este viento hubiera llegado dos horas antes... ¡apenas puedo creer en mi propia iniquidad! Me he encontrado deseando... no, no. ¡El mástil está reparado, ha aumentado nuestra velocidad y yo lo celebro!

—Todos debemos celebrarlo.

—Pero te digo, Edmund, que con ese fuego en el calzo voy a hacer que se mantenga una guardia ahí mientras queden rastros de calor en el hierro. Es lo único que se puede hacer. Habré de tragarme todo y obedecer las órdenes hasta el final... ¿por qué habrá personas a quienes unas cuantas frases de un hombre airado nos importan más que la perspectiva de la muerte?

—Nadie debe saber, cueste lo que cueste...

—¿Qué? ¿En este barco? ¡Nunca he visto otro tan lleno de ecos y tan plagado de rumores!

—Esto debe quedar olvidado.

—Sin duda, esta travesía se recordará, pues promete ser la más larga de la historia.

—Bueno, en todo caso, a ti no se te debe recordar más que como el teniente que con el tiempo se convirtió en el capitán Summers, y después, en un famoso contraalmirante.

Charles se había ruborizado.

—Eso es un sueño, y me temo que debe seguir siéndolo.

—Cuando me salvaste la cordura al proporcionarme ropa seca (¿sabes que ya no siento picor?), hablé de Glauco y Diomedes. Dudo que te hayas tropezado con esa historia, igual que yo no me he tropezado con lo que son las partes de un mástil ni los detalles de la navegación por las estrellas. Bueno. Hubo una batalla y, en ella, aquellos dos enemigos se encontraron con que eran parientes...

—Como ya te he dicho, no tengo ningún pariente, ¡y lo prefiero a tenerlos como Benét o Anderson!

—¡Vamos! Así está mejor. Eso es una amargura muy humana. ¡Cuánto mejor sería si te encontraras con que, además, Benét era un gabacho! Pero yo

comparo a esos dos guerreros contigo y conmigo.

—¡Ah! Perdona.

—Dejaron de combatir y se intercambiaron las armaduras para recordarse mutuamente. ¡Los dioses los privaron de los sentidos, de modo que nunca advirtieron que la armadura de bronce se había cambiado por la de oro! Yo creía que aquello no era más que para animar el relato, pero, ¿sabes, Charles? ¡Ahora comprendo que es una profunda alegoría de la amistad! ¡Los amigos se dan los unos a los otros cualquier cosa que haga falta y no le prestan la menor atención!

—¡Efectivamente!

—¡Yo *creo* que tu regalo de un traje de faena de marinero fue como una armadura de oro! ¡Pues recibe la mía de bronce! El primer navío que regrese de Sydney Cove no llevará sólo mi diario, en el cual se te describe con tanta admiración, sino una carta para mi padrino con explicaciones y en la cual declararé que mereces que te den «un mando» inmediatamente.

Primero se ruborizó y después palideció.

—Te lo agradezco de todo corazón. Naturalmente, es imposible. La suerte y los ascensos me han dejado de lado. ¿Estás en condiciones de hacer algo así?

—Exactamente como te he dicho.

—Bueno... trataré de creerlo. ¡*Voy* a creerlo! No sé, estoy tan poco acostumbrado a... ¿qué? A los privilegios... a...

—A llevarte lo que mereces.

Se puso en pie.

—¡Es como cuando el almirante Gambier me hizo guardiamarina!

Llevó la mano al estante y tocó un libro; parecía ser de oraciones.

—Creo que todavía no puedo enfrentarme con mis colegas.

—¿Qué vas a hacer? ¡Ah, ya veo! Deseas meditar.

—Y tú, Edmund... ¿harás la guardia de media?

—Naturalmente. ¡Pero si ya he dormido una siesta en previsión!

De pronto me tambaleé y caí en la litera. Rió:

—¡Ya ves que hace viento! ¡Eso va a someter su trinquete a buena prueba!

—Creo... sí, creo que más vale que salga al aire libre.

(10)

Salí con cuidado a la cámara de oficiales. Webber estaba limpiando una esquina de la mesa larga con una aplicación desusada y de hecho inútil, pues la madera estaba demasiado manchada y rayada para sacarle brillo. Subí al vestíbulo y celebré llegar al combés y agarrarme a los estayes. Efectivamente, íbamos avanzando. Las cosas debían de haber sido todavía más propicias mientras yo estaba allá abajo con Charles, pues estaban arriando las arrastraderas en el palo mayor, en previsión de que siguiera arreciando el viento. Vi mucha luz a proa, pero a popa había unas nubes irregulares que no parecían tanto avanzar hacia nosotros como erguirse en forma de absurdos castillos en la tormenta. Podría haberme dado otro baño, pero no lo hice. Me mantuve a resguardo, pero contemplando aquello, hasta que vi que llegaba el primer golpetazo de lluvia a cubierta y salté para protegerme. A ello siguió al cabo de menos de un minuto una granizada de forma que los que estaban de guardia se refugiaron donde pudieron o se protegieron la cabeza con los brazos. Vi que uno de los hombres había saltado hacia la campana y estaba agachado allí, riéndose de los demás. El granizo desapareció incluso con más rapidez de con la que había llegado. Lo siguió, como si alguien hubiera descorrido el telón en una representación teatral, el viento, no la lluvia. En unos minutos el mundo quedó en tinieblas y el mar de color gris sucio. Después, asombrosamente, todo aquello desapareció y nos encontramos en medio del viento y del sol, de un sol esplendoroso, un sol de atardecer, un sol duro, amarillo brillante, sin rayos y yacente en el horizonte como una moneda de oro de una guinea. Pero fue desvaneciéndose al caer, al interponerse entre él y nosotros unas nubes pálidas, de modo que al mirar hacia atrás por el costado del buque, por el castillo de popa, vi que el sol se iba poniendo por un ángulo hacia el norte. Advertí unas finas nubes, justo en el cenit, que parecían avanzar lentamente mientras el viento soplaba moderado pero constante, aparentemente en su plenitud y anunciando que iba a soplar más.

Sonó la campanada del final del primer cuartillo. Se realizó el ritual en medio del viento y con el barco balanceándose otra vez. El señor Smiles y el señor Taylor bajaron de la toldilla.

—Bien, señor Smiles. ¿Qué le parece a usted este tiempo?

Pero, aparentemente, el señor Smiles no tenía opiniones en absoluto.

Me dirigí, como de costumbre, al salón de pasajeros.

Bowles y Pike estaban sentados a la mesa larga, bajo el ventanal de popa. Por la fuerza de la costumbre, el puesto central, mirando *a proa*, se había convertido en el mío, no sé por qué. Me había sentado allí al principio y así había seguido siendo siempre. Bowles, de forma parecida, se sentaba siempre al extremo de estribor de la mesa, que se extendía ante él. En cambio, Pike era un objeto móvil y se sentaba donde podía. ¡Y ahora estaba ocupando *mi* asiento!

—Cámbiese de sitio, señor Pike.

Tenía los codos apoyados en la mesa y la barbilla en las manos. Llevaba el sombrero ladeado. Cuando me oyó empezó a deslizarse en el banco, con los codos todavía en la mesa. Iba moviendo todo el cuerpo torpemente hacia Bowles.

—¿Qué le pasa, Pike... quiero decir Richard?

Bowles respondió en su lugar.

—Señor Talbot, por desgracia, el señor Pike se excedió un poco anoche.

—Le duele la cabeza ¿eh? ¡Dios mío, antes usted no bebía en absoluto! ¡Bueno, algo le hemos enseñado! Richard, cuando le duele a uno la cabeza, lo mejor es echarse...

Pero el señor Bowles estaba negando con la suya.

—¿Qué pasa, Bowles?

—No es el mejor momento. ¿Qué opina usted de este tiempo, señor mío?

—No sé si me creerá, pero el señor Smiles no ha tenido nada importante que decir.

El señor Bowles meneó la cabeza malhumorado.

—¡Nunca creí que fuera posible tener tanta hambre y sin embargo resignarme! ¡Nunca creí que pudiera soportar un estado constante de temor!

—Igual que Wheeler.

—No le envidio a usted su camarote, señor mío.

—A mí no se me aparta de mi deber por temor a las supersticiones.

—En un caso así puede venir bien la insensibilidad. ¿De qué deber habla?

—¿Insensibilidad? Permítame decirle, señor Bowles...

El barco cabeceó de repente y volvió a erguirse con igual prontitud. Al señor Pike se le cayó el sombrero de la cabeza. No intentó recuperarlo.

—¿Qué deber, señor Talbot?

—¡Eso es asunto mío, señor Bowles!

Tras aquello quedamos los tres en silencio. El único movimiento lo hizo el pequeño Pike. Cerró los ojos.

Entró Bates, abriendo mucho las piernas para contrarrestar el movimiento

del buque, que ahora era incesante.

— ¿Qué te parece este tiempo, Bates?

— «Tiene que empeorar antes de mejorar, caballero.»

Recogió los dos fanales y desapareció con ellos. Sonó el tamborileo de la lluvia en el ventanal.

— Todos dicen lo mismo.

— ¿Quiénes, Bowles?

— Todos... Cumbershum, Billy Rogers, ahora Bates.

— O sea, que nos espera una buena.

Se produjo una larga pausa. Volvió Bates con los dos fanales. Uno de ellos estaba encendido.

— ¿De qué lado lo quieren, señores?

Bowles tenía un codo apoyado en la mesa. Señaló hacia arriba con un dedo de esa mano. Bates llevó el fanal encendido al lado de estribor y lo colgó, después tomó el otro y lo colocó enfrente. Nuestras sombras iniciaron sus movimientos implacables sobre aquella mesa nada festiva. Parecía como si el movimiento fuera en aumento a cada minuto.

— Por lo menos los mástiles...

— Aguantan. Sí, señor Talbot. Fue una idea brillante y brillantemente ejecutada por parte de un oficial joven. Creo que los pasajeros deberíamos asegurar que no se quede sin recompensa.

— Dejemos que la armada cuide de sí misma, señor Bowles.

— ¿Ha pensado usted siempre lo mismo, señor Talbot?

El barco dio un salto. Reapareció Bates.

— Tengo que servir a las damas en sus camarotes, señores. ¿Quieren ustedes comer sus alubias con cerdo como de costumbre?

— ¿Qué crees tú, Bates? ¡Tráelo aquí!

Me di la vuelta en el asiento, me protegí la vista del fanal y traté de ver qué aspecto tenía el mar. Había mucho oleaje. Ninguno de nosotros tuvo nada que decir.

Volvió Bates con platos de alubias con cerdo. Pike se levantó tembloroso, fue tambaleándose y cayó en el banco colocado detrás de la mesa más pequeña. Clavó en él los codos y volvió a adoptar la misma postura que antes. Examiné mi plato con desagrado.

— ¡Esto es poquísimo, Bates!

Bates hizo una pequeña pirueta de baile, gracias a lo cual se mantuvo en donde estaba.

— Ah, señor, es verdad, pero está muy duro y le llevará el doble de tiempo comérselo que si le dieran a usted la misma cantidad en su casa.

— ¡Vete al diablo!

— A la orden, caballero. ¿Qué pasa, señor Bowles?

— Más vale que te vuelvas a llevar este cerdo, Bates. No estoy en condiciones.

—Con su permiso, señor Bowles, sería mejor que lo comiera. Es lo único que tenemos, señor, y mientras pueda usted retenerlo, tanto mejor.

—Para mí coñac, Bates.

—El coñac está bien, caballero. Tenemos mucho coñac. Pero se nos ha acabado la cerveza fuerte y tendremos que conformarnos con la ligera, señor. ¿Quiere usted coñac para mejorar el gusto del agua, señor Talbot?

—Suponiendo que sea posible.

—El señor Cumbershum utiliza el coñac para reforzar algo la cerveza, caballero.

—Pues voy a probar su sistema. ¡Dios mío! ¡Este cerdo debe de ser de hierro!

Para mi gran asombro, Bates se fue corriendo hacia atrás. Al final de su carrera, cuando estaba un poco más elevado que los que estábamos sentados a la mesa, volvió a correr hacia adelante. Bowles se llevó las manos a la boca, se puso en pie y volvió a sentarse de golpe.

—¿Está usted bien, Bowles?

Bowles gruñó:

—¡Qué pregunta más idiota!

Volvió a ponerse en pie y se fue tambaleando. Bates le abrió la puerta.

—Creo, Bates...

También yo me puse en pie y fui cuidadosamente hacia la puerta. Logré llegar al camarote sin vomitar, pero después cambié de idea y me acerqué a trompicones al combés. Me agarré a los obenques de mayor... a veces los llamo obenques y a veces cadenas, términos ambos que son imprecisos, aunque no contradictorios. Nunca me he molestado en comprender la complejidad de aquella parte del aparejo, salvo el hecho de que mantenía tieso el palo mayor y que hasta cierto punto se podía ajustar según las circunstancias. Siempre me agarraba a lo que pudiera. Aquella vez fue una cosa enorme de madera que tenía un agujero, creo que lo llaman *vigota ciega*, o algo así. Me quedé agarrado a aquello y vi ante nosotros un horizonte que unas veces se inclinaba de un lado y otras de otro. Había arreciado el viento, pero no mucho. Llevaba varias horas aumentando, pero lentamente, y empecé a percibir aquel aumento inexorable como el motivo de la respuesta malhumorada y aprensiva a la pregunta que hacíamos siempre los pasajeros.

«Tiene que empeorar antes de mejorar.»

Una vez más, es cosa de la marinería, de ese idioma tan económico y expresivo. Lo mismo podrían decir: «¡parece que sopla!» «¡Parece que va a moverse!» Pero en la frase de advertencia se advierte un reconocimiento de ignorancia, como si esos seres cubiertos de sal reconociesen que el mar siempre puede hacer más de lo que uno espera y dentro de nada va a hacerlo.

Me di la vuelta y miré, entornando los ojos, hacia el castillo de proa del lado de babor. Lo que se avecinaba estaba allí, sobre aquel horizonte ya invisible. El viento era constante como el propio fluir del tiempo, e igual de

inexorable. De pronto, me sentí muy cansado. No era el hambre ni el mareo. Era una terrible conciencia del peligro que corríamos y de la prueba todavía mayor a la que estaba a punto de hacer frente nuestro viejo barco absurdo. No deseaba nada más que lograr la inconsciencia, y para ello no había más que un lugar al que ir. Volví a trompicones, *bajé* por el vestíbulo y me dejé caer en la litera.

Cuando me desperté ya no sentía náuseas, pero me quedé donde estaba, pues el movimiento había aumentado mucho. Por fin me hice fuerte, fui al salón de pasajeros y comí como pude lo poco que había. Estaba solo. No me aventuré hacia el combés, pues veía cómo corría el agua por cubierta. Unos minutos antes de medianoche, cuando me abrí camino hacia la toldilla, me había recuperado del peligro de sentir náuseas. Supongo que aquellas horas de inmovilidad, o de relativa inmovilidad, si es posible tal cosa, habían recordado en demasía a mis extremidades lo que era estar en tierra, y ahora tenían que readaptarse a la triste realidad de nuestra situación. La noche no estaba oscura, pues aunque la luna estaba tapada por las nubes, éstas no eran lo bastante densas para impedir que aquella luminaria derramase su luz por todas partes. No era una noche blanca como la anterior, pero sí una noche clara. Aquel viento constante que soplaba interminablemente desde el oeste había ido aumentando su fuerza, y las olas sucesivas quedaban silueteadas, con espuma en las crestas. Charles estaba delante de mí y me hice a un lado mientras se realizaba el pequeño ritual del cambio de guardia. Una vez entrada en servicio la nuestra, Charles se acurrucó al abrigo de la popa. Fui a apoyarme en la escala a su lado.

— ¿Te sientes algo mejor?

No respondió durante un momento. Miraba hacia las amuras, pero no creo que viese el barco en absoluto.

— Sé buen chico, Edmund.

— ¡Claro! Pero, ¿cómo?

— Olvídate de este asunto. Totalmente. A mí me resulta doloroso y para ambos resulta peligroso.

¿Pero cómo puedo...?

— ¡Déjalo!

— Sí, claro. Si lo deseas.

Tenía la escala a mi lado. Subí lentamente por ella a la parte superior de la toldilla. Aquel brillo difuso iluminaba ahora nuestra nube de velas en los tres palos. No cabía duda de que nuestro viejo barco estaba haciendo todo lo posible por llevarnos hacia Sydney Cove. Repelió una ola con una amura, y otra al nivel aproximado del palo de mesana. La estela era visible, un agua al mismo tiempo lisa y agitada ante la cual morían las olas al ir llegando éstas hacia nosotros. Debajo de mí, Charles salió de su refugio y fue a la regala de la toldilla de proa. Allí se quedó, con las manos metidas en los grandes bolsillos de su capote de hule y las piernas muy separadas. Evidentemente, esta guardia de media iba a ser diferente de la otra, y no sólo por el tiempo que hacía. Me pareció que Charles necesitaba ánimos.

— ¿A qué velocidad vamos, Charles?

— No había oído que me acercaba, pues se alarmó al oír mi voz.

— No lo sé. Siete nudos. Quizá siete y medio.

— Aproximadamente ciento ochenta millas en veinticuatro horas. ¿Nos está entrando más agua?

— El arca de bomba se llena en una hora. La naturaleza nos está metiendo prisa y cobrándonos la cuenta por su ayuda.

— ¿No deberíamos, pues, reducir velamen?

— ¿No tienes hambre tú igual que todos?

— Ya entiendo. Claro. Verdaderamente nos hallamos en una situación infernal.

— Y todavía falta lo peor, Edmund. Detrás de este viento hay algo.

— ¿Cómo puedes saberlo?

— Me refiero a una cuestión de escala. Esta vez el viento va en aumento... y también la calidad del viento.

— Ahora me preocupas de verdad.

Lo dije para darle una oportunidad de olvidar sus propios problemas al tratar de que yo me deshiciera de los míos. Pero no lo logré. Siguió sin mirarme a mí, sino a las amuras que, en la medida que yo pudiera ver, no necesitaban para nada su atención, y se limitó a asentir. Aquello se parecía extrañamente a lo que el señor Benét habría llamado un *congé*. Fui al cuaderno y examiné las cifras escritas en él. Ocho nudos, siete y medio, ocho y medio. Abajo estarían bombeando, no por guardias, sino por horas. Como si hubieran sentido lo que yo estaba pensando, el personal de la toldilla realizó el ritual de largar la corredera. Ocho nudos. ¡El contramaestre me comunicó a mí sus cifras! Se las repetí solemnemente a Charles, que de hecho debió de oírlas con tanta claridad como yo.

— Anótelas, señor Talbot.

— A la orden, señor.

¡En el castillo de proa la campana del barco sonó dos veces y después otra!

— ¡Charles! ¡Se ha equivocado! ¡Debería ser una sola campanada!

— Por el amor del cielo, hombre, ¿no has oído nunca hablar de la «distancia navegada al este?» Avanzamos una hora cada quince grados de longitud que corremos hacia el este. Aproximadamente una vez por semana perdemos una campanada en la de media, con lo cual hemos de iniciar la guardia de salida con tres campanadas.

— Supongo que la gente que está ahí en el castillo de proa piensa que pierden una parte de sus vidas, igual que cuando se sustituyó el calendario juliano por el moderno.

— No me interesa lo que piensen. ¡Que cumplan con su deber y piensen lo que quieran!

— ¡Señor Summers! ¡Charles! ¡Eso no es digno de ti! ¡Vamos! ¡No me desilusiones, viejo amigo! ¡Pero si yo te considero la personificación de la

ecuanimidad!

Quedamos ambos en silencio durante un rato. Después se apartó de la borda y se irguió.

—El hierro sigue caliente.

Ahora me correspondió a mí quedar en silencio, pues era evidente que él no podía dejar de pensar en el trinquete y en Benét. No supe qué hacer y me dediqué a pasearme sin rumbo por la toldilla para matar el rato. Al cabo de una hora se volvió a largar la corredera y todo se repitió, sólo que ahora el barco avanzaba algo más de ocho nudos, dijo el hombre, pero no lo suficiente para apuntarlo. Anoté ocho nudos y volví a apoyarme en la escala de popa. Aquella guardia duró tres horas, en lugar de cuatro. Charles pasó la mayor parte de ella sin hablar y sin ni siquiera mirarme. Aquello me irritó y me preocupó tanto que cuando salíamos de la guardia y bajábamos de la toldilla se lo reproché.

—El silencio lo puedo soportar, Charles. Pero que no se me mire... ¿Qué he hecho yo?

Se detuvo en el escalón más alto de la escala de bajada a la cámara de oficiales, pero seguía sin mirarme.

—Tú no has hecho nada. Me siento humillado, y nada más.

Siguió bajando, como abrumado. Yo, tan abrumado como él, me fui a la litera, pero la pena no bastó para mantenerme despierto.

Era casi mediodía cuando sonó un golpe a mi puerta y me desperté en la litera, totalmente vestido, ¡con capote y todo! ¡Me había bastado con poner la cabeza en la almohada!

—¡Pase!

Era Charles, pero ahora más alegre, con el rostro animado en la mañana.

—¡Repróchame lo que quieras, Edmund! Pero he estado dando vueltas al barco, mirando a la gente a la cara, mirándolos a los ojos. ¡Anderson, Cumbershum, incluso Benét! ¡Pero si está medio dormido! ¡Ven!, tengo que enseñarte algo.

Estaba a punto de expresar mi sorpresa cuando nos vimos interrumpidos por un grito terrible lanzado por Prettiman. Incluso Charles, pese a que debía de estar inmunizado contra los sufrimientos de los otros, hizo una mueca al oírlo.

—Vamos a cubierta. ¡Vamos, Edmund! Tienes que ir con cuidado. El tiempo ha empeorado, como me sospechaba.

Avanzó delante de mí hacia el combés, donde el agua espumarajeaba a la altura de las rodillas y después desaparecía.

—¡Dios mío!

—¡Arriba!

Ahora empezaba por fin yo a comprender lo que era el Mar del Sur. No teníamos más que una fracción de velamen. Parecíamos cabecear menos. Subí la escala como pude en contra del viento y, cuando salimos al espacio abierto de la toldilla, experimenté algo que no me hubiera parecido posible. El viento, que en

otras ocasiones me había parecido lo bastante fuerte para abrirme la boca con su impacto, ahora me hacía lo mismo en los ojos, y por mucho que apretase los párpados, los hacía abrirse un poco, de modo que no podía ver más que una luz confusa. Fui al refugio de popa y aprendí a hacerme una visera con las manos, lo cual me permitía ver con más o menos claridad.

—Arriba del todo. ¿Te atreves?

Subió trabajosamente la escala, y yo lo seguí. Eso era aire libre. Vibraban hasta los fanales en su obra de hierro pintado. Avanzamos aferrados a la barandilla, y después, con los ojos abiertos por la fuerza del viento, nos volvimos de lado y tratamos de percibir algo, pero sin éxito. No era extraño. No parecía haber nada que distinguiera el viento del agua, el agua pulverizada de la espuma, las nubes de la luz, el rocío de la lluvia. Bajé la cabeza y me examiné el cuerpo. Seguía teniendo una sombra. Pero no se debía a la ausencia o la disminución de la luz, sino a la ausencia de niebla, de lluvia, de agua pulverizada. Charles tenía la misma sombra, y ahora, al mirar yo de lado contra el viento, vi que todos los elementos de la barandilla, los soportes de carga, la propia barandilla, tenían la misma sombra.

—¿A qué hemos venido aquí? ¡No hay nada que ver! ¿No basta con la guardia de media?

No se dio la vuelta ni replicó, sino que hizo un gesto de silencio, quizá irritado. Los marineros arrastraban y levantaban aquellos mismos pellejos curiosos y tambaleantes que tanto se parecían a cuerpos humanos en la semioscuridad. Ahora vi que estaban llenos de un líquido y atados a cuerdas. Charles llevaba un gran punzón de velero en la mano y pinchó varias veces los pellejos.

—¡Al agua con ellos!

Los hombres apoyaron los pellejos en la barandilla y los echaron al mar. Surgió una ola, toda una meseta de agua en movimiento. En su superficie apareció una ola secundaria, se vio arrancada por el viento atronador y se lanzó contra nosotros como una tormenta de lluvia.

—¡Firmes!

Me di la vuelta y miré a proa a tiempo para ver cómo ésta se deslizaba hacia abajo desde la meseta, que había corrido más que nosotros. Sentí que se levantaba la popa. Me di la vuelta y vi que nos seguían otras mesetas, cada una de ellas ocultando en parte a la siguiente, una procesión monstruosa que iba cubriendo incesante el mundo y creando un lugar que desde luego no estaba hecho para los seres humanos.

—¿Qué has hecho?

—Mira.

Seguí la dirección que me indicaba. Una de las mesetas se había levantado lentamente, con toda la agitación del agua atormentada en su superficie, dispuesta para lanzarse contra nosotros. Después, en el extremo más distante de lo visible, vi un brillo plateado. Estaba extendiéndose, formando una especie de

senda a nuestra popa, no muy distinto de la senda de luz que vemos en el agua bajo la luna o el sol. Pero era de un plateado muy suave, brillante y sin matices. Era tan clara como una senda en tierras arcillosas. Brillaba bajo las contorsiones de la espumilla, las olas sobre olas que volaban al aire como aves de pesadilla.

—¡Aceite!

Un lugar no hecho para el ser humano; quizá para los dioses marinos; para esa grande y última fuerza que sin duda debe apoyar a todo el universo y ante la cual los hombres no pueden hacer más que expresar las palabras que definen la vida y controlan la experiencia de los que viven.

—Aceite para calmar las aguas.

(11)

Y así era. Por mucho que las olas nos persiguieran y trataran de alcanzarnos, cuando llegaban a aquella franja plateada ésta las domeñaba más de lo que hubiera podido hacer un peñasco o —de haber sido posible— un rompeolas o un muelle. ¡Es una maravilla del mundo físico cómo un aceite vegetal, exprimido de la más tierna y efímera de las invenciones de Natura, puede someter la ira de una tempestad, igual que Orfeo hizo dormir a Hades! Ya sé que se opina de esto que es un lugar común, ¡pero sólo lo opinan aquellos cuyas vidas no se han visto salvadas por una capa tan fina y tan frágil! El sendero de plata se extendía ya hasta unas cincuenta yardas de nuestra proa, y el maligno mar no tenía tiempo en aquellas cincuenta yardas de agua sin aceite para organizar su furia. Seguíamos subiendo y bajando. El agua seguía elevándose sobre nuestros flancos y convirtiendo en una bañera el combés, encima del cual vibraban y se retorcían las negras barloas de seguridad, pero nuestro movimiento se había suavizado de una forma que salvaba nuestras vidas.

—¡Charles! ¡No lo hubiera creído!

Me hizo una seña para que bajáramos del castillo a la toldilla. Bajé y me condujo al refugio del mamparo.

—Quería que vieras que también yo tengo mis ideas.

—¡Jamás lo he dudado!

Se rió nervioso.

—Normalmente, tendríamos que ponernos al paio y lanzar el aceite sobre las amuras, ¿comprendes? Entonces el barco se quedaría más o menos quieto y tendríamos una enorme superficie de aceite a barlovento, pero ahora no nos podemos permitir tanto tiempo. Tenemos que seguir adelante. He de decirte que nuestras reservas de aceite vegetal son limitadas, pero mientras duren, podemos correr a salvo la tormenta que nos sigue, aunque esta seguridad sea relativa.

— ¿Mientras dure el aceite?

— Exactamente.

— ¿Y el bombeo?

— El bombeo tendrá que aumentar, naturalmente. Pero no demasiado.

Hizo un gesto con la cabeza, avanzó laboriosamente por la toldilla, habló con el contramaestre y después, impulsado por el viento, descendió rápidamente y a trompicones al combés y desapareció de la vista. Yo hice lo mismo, a mi vez, sin decirle nada al oficial de guardia, por una vez con rara obediencia a las órdenes permanentes del capitán. Entré en el salón de pasajeros y llamé a gritos a Bates, que me trajo alubias y un poco de cerdo.

— Y también coñac, Bates.

Se fue a buscarlo y yo seguí sentado, protegiendo la comida, pero volviéndome a un lado para contemplar nuestro aceite, nuestra senda de plata. A lo lejos volvía a escuchar aquel grito terrible del moribundo Prettiman. Le deberían haber dado como regalo de boda el láudano, pensé. Todos lo necesitábamos. Aceite o no, lo mejor para todos nosotros sería la inconsciencia. Me quedé sentado varias horas, atontado por el mar, hasta que por fin la oscuridad me hizo ir a la litera. ¡Ahora parecía como si la regularidad misma de nuestros movimientos, por inmensos que fueran, nos dieran tiempo para la reflexión! No puedo decir que durmiera. Tenía conciencia de que el barco seguía cabeceando y de que estábamos vivos. Nada más. Creo que la falta de sueño casi me hizo perder la cabeza.

Es poco lo que recuerdo de la guardia de media de aquella noche, aunque para mí fue breve. Cuando me llamaron, me fui abriendo camino en medio de aquel viento constante hasta la toldilla y me acurrugué al refugio de popa. Sí recuerdo la luz, pues era una luz de tormenta e indescriptible, que es uno de los motivos por los que la gente que nunca la ha visto, no cree en ella. ¡Parecía algo inherente a la atmósfera misma!

Al cabo de un rato Charles se me acercó y se acurrucó también.

— Vuelve al camarote, Edmund. Aquí no puedes hacer nada.

— ¿Cuándo va a parar?

— ¿Cómo voy a saberlo? Pero tienes que bajar. Cumbershum se ha caído.

— ¡Ah, qué terrible! Si hasta Cumbershum...

— No se ha hecho daño. Quiero decir que si alguien tan acostumbrado a este tipo de cosas... ¿comprendes? Vamos. Iré contigo al castillo. A ti lo que más te conviene es la litera. ¡Quédate en ella!

Aquella conversación no fue precisamente heroica. Lo único que puedo aducir es que si me atreví a salir a cubierta durante aquellas veinticuatro horas, eso fue más de lo que lo hizo ningún otro pasajero. Dudo que tuvieran más miedo que yo. Quizá es que sencillamente tenían más sentido común. En el salón de pasajeros Bates me dijo que los emigrantes y los marineros que no estaban de guardia habían recibido permiso de Charles para seguir teniendo las hamacas tendidas y para yacer en ellas. No puedo imaginarme en qué estado se

hallaba aquel puente hacinado, pues de vez en cuando las olas parecían invadir el combés y bajar al castillo de proa como una cascada. Cabeceábamos algo, pero, aparte de eso, el barco parecía moverse arriba y abajo sin hacer guiños, como si fuera recorriendo un estrecho canal que le negara cualquier otro movimiento.

Por fin fui a mi camarote, caí en la litera y me quedé en ella, agotado, aunque no había hecho nada. Incluso logré dormir y me desperté en medio de una gris luz matutina mientras el viento seguía atronando. ¡Cómo me oprimió el pobre corazón aquel despertar a un ruido implacable y con aquel movimiento! ¿Qué efecto les estaría haciendo a las niñas? ¿O podrían sus padres y amigos persuadirlas de que todo iba bien? ¡Ah, no! Las pálidas caras, las temblorosas bocas hablaban en un idioma más claro que las meras palabras. La voz que trata de susurrar, que después se vuelve repentina e imprevistamente alta, los ataques de ira, las lágrimas, la histeria... ¡no, no creo que las niñas dejaran de darse cuenta, pobrecillas!

Empezó la tarde sin que se modificara nuestra situación antes de que lograrse animarme lo suficiente para salir de la litera. Lo hice impulsado por la más baja de las necesidades; después, con capote y todo, fui al salón. Allá estaba el señor Bowles, sentado bajo el ventanal y contemplando el vacío. Me senté a su lado y empecé también a contemplar el vacío, pero el sufrimiento ante aquel vacío tenía un matiz de camaradería. Al cabo de un rato habló:

—Bombeo.

—Sí.

—Dentro de poco nos necesitarán también a nosotros.

—Sí.

—Francamente...

Se produjo otro largo silencio. Después Bowles carraspeó y volvió a hablar:

—Francamente, me pregunto si debería abandonar toda esperanza, irme a rastras y agazaparme en mi litera...

—Yo ya lo he hecho. No sirve de nada.

Se abrió de un golpe la puerta del salón. Entró tambaleándose Olmeadow, el joven oficial del ejército, que se lanzó hacia el banco que había ante nosotros. Jadeaba. Tenía toda la cara manchada.

—Supongo... que ustedes creen que el barco entero está a su servicio.

—¿Eso es un insulto?

—¡Eso es digno de usted, Talbot! ¡Cuando tenga usted las manos así, entonces podrá hablar!

Las abrió para enseñárnoslas. Tenía las palmas llenas de ampollas y de sangre.

—Es del bombeo. ¡Se ha llevado a mis hombres sin ni siquiera pedirme permiso! «Sus hombres a bombear», fue lo que dijo.

—¡El señor Summers!

—Su compadre, el maldito teniente Summers...

— ¡Retire usted lo dicho!

— ¡Señores, señores!

— ¡Estoy harto de usted, Oldmeadow! ¡Tendrá usted que responder de esto!

— ¿Cree usted, Talbot, que le voy a pegar un tiro, para evitarle la molestia al mar? Le dije a Summers: «¿Por qué no puede usted llevarse a los pasajeros, Bowles, Pike, Talbot, Weekes, Brocklebank?» Hasta ese viejo borracho podría aguantar un minuto o dos. Yo estoy...

Oldmeadow se derrumbó sobre la mesa. Bowles se levantó y se dirigió trabajosamente hacia él. Oldmeadow gruñó:

— ¡Déjeme en paz, maldito sea!

Se irguió y se dirigió a trompicones a su conejera. Bowles subió la pendiente, después la bajó hacia su asiento y cayó en él cuando el barco subía y lo golpeó. Allí nos quedamos sentados los dos sin decir nada.

A media tarde me separé de Bowles y fui al excusado, donde me senté junto a la cuerda vibrante que ayudaba a arrastrar tras nosotros los pellejos de aceite. Pese a aquella senda, el lugar parecía pasar tanto tiempo bajo el agua como sobre ella. Cuando volví al salón en medio de una cascada de agua, Bowles se había ido. Apenas había llegado a mi asiento cuando se abrió la puerta y entró Pike. Tenía muy poco que lo hiciera agradable a la compañía de otros hombres, pero no cabía duda: su diminuta estatura lo ayudaba claramente a no caerse. Esta vez llegó patinando, o quizá levitando, por la inquieta cubierta, y aterrizó en el banco frente a mí como un pájaro en una rama. Estaba pálido, pero parecía sereno.

— Buenas tardes, Edmund. Es una tempestad terrible.

— Ya pasará, señor Pike.

— Ay, Dios. Bowles, Oldmeadow... ¡y ahora tú! Sea: Richard.

— Parece más natural, Edmund, ¿no crees?

— No, no creo.

— Como más amistoso.

— Bueno, en... ¿cómo está tu familia... Richard?

— La señora Pike... quizás hayas sabido, Edmund, que hemos tenido unas palabras. Ocurre en todas las familias, Edmund, entre los casados...

— Lo dudo.

— Pero es que tú no estás casado, ¿o sí?

— ¿Qué diablos quieres decir con eso?

— Los casados lo comprenden. Desde que el señor y la señora East han empezado a ayudar a la señora Pike, nuestras niñas van mejor, no cabe duda.

— Ya era hora de oír buenas noticias.

— Sí. ¿Sabes?, estoy convencido de que hace unas semanas, cuando la sonda arrancó un pedazo de la quilla de balance...

— Señor Pike, habla usted como un marino profesional.

— ... Yo estaba convencido de que iban a morir. Pero desde que adoptamos la idea del señor Benét, han mejorado inmensamente.

— ¿Otra de las ideas del señor Benét?

— Dijo que se estaban debilitando por el mareo y por el movimiento continuo. Dijo que a Nelson le pasaba lo mismo.

— ¡Ay, no!

— Dijo que Nelson hizo que le preparasen un catre de forma que se desplazara con el movimiento del barco. Dijo...

Me había puesto en pie y caí de lado.

— ¡Pero esa idea la tuve yo!

— Dijo que si las poníamos en hamacas, los movimientos les resultarían más soportables y creerían que se trataba de un juego...

— ¡Pero ésa fue exactamente la idea que tuve yo!

— No importa quién tuviera la idea, Edmund. Ha funcionado y desde entonces no cesan de mejorar.

— Fui allí, fui al camarote. Llamé y abrí la puerta. Estaba la señorita Granham. Me miró cuando abrí la boca para contarle esa misma idea, pero antes de que pudiera decir una palabra me... ¡me hizo callar! ¡Aquella mirada acerada! «Váyase, señor Talbot. No diga nada.»

— Como te digo, Edmund, no importa quién tuviera la idea, ¿no? Lo que importa es que están mejorando.

— ¡Voy a estrangular a esa mujer!

— ¿A quién, Edmund?

— Sólo porque él tenga el pelo amarillo y cara de niña... ¡que Dios fulmine y condene mi alma a la eterna perdición!

— ¡Edmund, Edmund!

Me senté de golpe. Sentía calor bajo el capote y saltaba en el asiento. Volví a maldecir y me abrí el capote.

— ¡Se ha dedicado deliberadamente a humillarme desde que nos conocimos!

— ¿Por qué te enfadas? ¡Están mejor!

— Me alegro, Pike...

— Richard.

— Sea, Richard. Me alegro mucho. Tus niñas están mejor y eso es lo único que importa. Voy a...

— La señora East es muy amable. Les canta canciones y se las enseña. Creo que Phoebe no está dotada para la música, pero Arabella canta como un jilguero. Yo también tengo muy buena voz, ya sabes.

— Lo supongo.

— Estás hablando muy raro, Edmund. ¿Has estado bebiendo?

Supongo que siguió hablando. No le hice caso. Era muy difícil no hacerle caso. Cuando volví en mí, estaba solo.

— ¡Bates! ¿Dónde diablo está mi coñac?

— Tenga, caballero. Me lo ha dado Webber. Tenemos que administrarlo con cuidado.

—Tráeme más.

—¿Caballero?

Le alargué la copa vacía y se la llevó. Allí empezó todo. Se trata de un período que todavía me avergüenza y que seguirá haciéndolo, creo. Una rabia alimentada por la rabia. Naturalmente, era culpa de la señora Prettiman... pero él, Benét, con aquel robo descarado de mi idea para ayudar a las niñas... la había aceptado de él, había aceptado de él lo que no quería aceptar de mí. «Váyase, señor Talbot. No diga nada.» Los dos coligados...

Llegó un momento en el que me encontré en pie en el vestíbulo sombrío, con el agua trazando diagonales y triángulos que se consumían contra las puertas y los mamparos. Tuve la idea de enfrentarme con ellos, pero, ¿dónde estaba Benét? Por eso fui a buscarlo y salí torpemente al aire, donde los pasamanos negros temblaban sobre el agua y bajo ella, y allí, como ordenado por el Destino, llegó precisamente él, quizá saliendo del castillo de proa, donde había estado, quizá, haciendo algo con su obra de hierro. No pareció verme, sino que se quitó el sombrero, se sacudió el pelo amarillo con aparente alegría al verse liberado del hedor de las cubiertas inferiores y, justo cuando estaba yo a punto de dirigirme a él, pasó apresurado a mi lado como si yo no existiera. Lo seguí inmediatamente al vestíbulo. Benét estaba examinando gravemente las órdenes permanentes del capitán, balanceándose al mismo ritmo que el barco mientras el agua de mar le bañaba las botas.

—¿Es que no conoce usted ya las órdenes permanentes del capitán, señor Benét? Más vale que se vaya a ocupar de sus cosas: robar ideas, arrancar pedazos del barco o agujerear la quilla con uno de los mástiles.

El señor Benét me miró «de arriba abajo». Si lo logró, pese a mi estatura, se debió a que yo me aferraba a la barandilla junto a mi camarote.

—El que haya un agujero o dos en la quilla de un barco no tiene importancia, Talbot. Si saca uno la estopa de un bote y clava un cuchillo en medio, si el bote va lo bastante rápido, toda el agua que se cuele va desapareciendo.

—¿Dónde ha robado usted esa idea?

—¡Yo no robo ideas!

—No estoy seguro de ello.

—El que esté usted seguro o no poco importa.

—Las niñas corrían peligro. ¡Todos corremos peligro, idiota!

—¡No me llame idiota! ¡Señor mío, no me insulte!

—¡Pues es usted un idiota!

—¡No se lo consiento! ¡Tendrá usted que responder por eso!

—¡Escuche, Benét!

Fue en aquel momento cuando, al menos en lo que a mí respecta, toda la conversación se fue haciendo incoherente. No quiero decir ininteligible, pues cada observación o frase por sí mismas tenían sentido. Pero juntas resultaban confusas. El señor Benét parecía estarme relatando la historia de su familia en

tono cada vez más acerbo, mientras yo lo acusaba de deshonestidad. Él replicó que yo era un pérfido, *¡como todos los de mi raza!* Repliqué con una amenaza de violencia e hice concretamente la sugerencia de pegarle un tiro a un joven de origen francés. A ello replicó él con una breve descripción:

—¡Ah, los ingleses! Cuando los ve uno por primera vez los encuentra desagradables, ¡pero cuando llega a conocerlos, el desagrado se convierte en auténtico odio!

Se abrió la puerta del camarote de Prettiman y asomó la señora Prettiman. Había vuelto a ponerse en traje de faena. Vio quiénes estábamos allí y volvió a desaparecer rápidamente. La abundante cabellera de la señora Prettiman estaba totalmente despeinada. Casi no habíamos visto de ella más que la cara y los cabellos. En el silencio entre Benét y yo que siguió a aquella aparición y repentina desaparición oímos un grito del señor Prettiman. Pero el silencio aclaró nuestra confusión y exacerbó la disputa.

En resumen, Benét y yo seguimos discutiendo junto a la puerta. Yo lo acusé claramente de robarme la idea para tratar a las niñas de Pike: hamacas, al estilo de Nelson. Lo negó diciendo que había llegado a la misma conclusión que yo, pero por su cuenta. ¡Decía creer más bien que yo le había arrebatado la idea de él, en lugar de lo contrario! Llegamos a una situación absurda, de mutuos empujones, durante la cual afirmé saber cómo ayudar al señor Prettiman, en cuyo momento creo que afirmó saber lo mismo y que había ido al vestíbulo pensando en ello. En aquel momento apareció en la puerta la señora Prettiman, con los cabellos decentemente tapados, y nos hizo unos reproches que nos habrían hecho calmarnos de no haber estado tan furiosos. Discutiendo y empujándonos al mismo tiempo, con voces y golpes, entramos en el camarote. Dijimos al hombre y la mujer lo que nos proponíamos, pero ambos al mismo tiempo. Prettiman gritó:

—¡Cualquier cosa, lo que sea, para poner fin a esta agonía! ¡Sí! ¡Denme la vuelta si ustedes quieren!

Benét lo tomó de los hombros, mientras la señora Prettiman nos gritaba. Él tenía las piernas fuera de la litera y trataba de no gritar. Le pasé un brazo bajo la cintura hinchada... la piel resultaba repugnante al tacto, dura como la madera y ardiente como un plato de comida. Benét me dio un empujón gritando algo, y yo me caí sobre las piernas del pobre Prettiman. De no haberlo sostenido el reborde de la litera, lo habría tirado al suelo. Ante mis ojos, el hombre se puso blanco, como si se le hubiera retirado la sangre de la cabeza. Se desmayó. Benét y yo, ahora compungidos y avergonzados, dimos la vuelta a aquel cuerpo exánime, volvimos a colocar las almohadas, ajustamos la ropa de cama con el máximo cuidado... La señora Prettiman habló con aquella voz acerada de institutriz:

—Lo ha matado usted.

Es verdad que los ojos pueden relampaguear. Yo lo vi.

(12)

Fui yo el primero en salir del camarote. Salí a trompicones, sin osar enfrentarme con aquella mirada ni con lo que aquella mujer pudiera decirme. Al salir no le vi la cara a ella, sino únicamente a Benét, estupefacto, pálido y preocupado. Llegué a mi camarote y me metí en la litera como si fuese una urna en la que me pudiese refugiar. Creo que me tapaba las orejas con las manos. *Lo ha matado usted*. Inútil describir la angustia que sentía yo. Durante la travesía había sufrido varias conmociones y averiguado acerca de mí mismo unas cuantas cosas que no me agradaban demasiado. Pero aquel nuevo acontecimiento era como caer en las tinieblas de un pozo insondable. La verdad es que al final, en algún punto de aquellas tinieblas, me encontré articulando unas plegarias espontáneas, que según me salían de los labios sabía que eran inútiles, pues se dirigían a un Dios en el cual yo no creía. Supongo que fue así como se inventaron los dioses, pues me encontré rezando para que ocurriese un milagro: *¡que no hubiera ocurrido aquello!* No creo que deban interpretarse de ningún modo aquellas «plegarias», salvo que se considere que la única respuesta adecuada es ridiculizarlas. Contenían muy poca consideración por Prettiman, alguna por la señora Prettiman, viuda incluso antes de lo que ella esperaba; ¡pero, en suma, aquellas «plegarias» eran por Edmund Talbot! Éste llegó incluso a pensar en la ley tal como se aplica a conceptos de asesinato, homicidio, lesiones y *premeditación*. No fue sino con gran lentitud, mientras el viento atronador iba sonando con notas todavía más bajas, como vi que legalmente nada de aquello era aplicable y que la pena más grave que podía sufrir yo sería la desaprobación de los pasajeros y los oficiales y el desagrado implacable, la enemistad femenina enconada de la señora Prettiman. Que sea éste un relato cabal de mi locura: ¡incluso me vi, tras la muerte de aquel hombre, ofreciendo mi mano, el último sacrificio de todos los imaginables, a aquella dama! Pero incluso en mi desesperación, aquello no encajaba. Sería una viuda acomodada y podría elegir donde quisiera, y, desde luego, su elección no

sería la de Edmund Talbot. ¡Podría ser —y con un relámpago de percepción positiva me sentí seguro de que así sería— Benét! ¡Compraría a Benét, con su pelo amarillo!

Cuando osé salir de mi camarote ya atardecía. Me deslicé al salón vacío y fui a buscar a Bates, lo encontré y le pedí agua con un susurro. En el camino de vuelta, tras bebérmela, hice una pausa furtiva junto al camarote de Prettiman, pero no oí nada. No había oído su voz, ni un grito ni un gemido, desde aquella ocasión fatal. Fui a mi camarote y me senté en mi silla de lona. La verdad era que no quería hacer daño a la dama. Por mucho que censurase su moral, no quería que sufriera. De hecho, me dije que quienes tienen el techo de cristal no deben lanzar piedras, pero esto no es sino un indicio de la confusión de ideas y de sensaciones en que me hallaba. Si yo había «mariposeado» no era más que lo previsible en un joven, mientras que la señora Prettiman... ¡ah, cuán diferente era aquello!

Más adelante, hacia las once de aquella misma noche, osé salir una vez más. Seguía sin oírse ningún ruido en el camarote de Prettiman. Tabaleé suavemente en la puerta, pero ni la señora Prettiman vino ni Prettiman respondió. Fui al salón, pensando que podría beber algo, lo cual a su vez me permitiría enfrentarme con algún alimento, pues sabía que tenía que comer, pese a mi estado de ánimo y a lo que había pasado. Abrí la puerta del salón y allí me quedé sin poderme mover. La señora Prettiman estaba sentada en mi sitio de costumbre, junto al ventanal de popa. Bates le estaba retirando un plato y un cuchillo. Éste me miró al darse la vuelta, pero no dijo nada. Tampoco yo.

—Entre, señor Talbot.

Bates cerró la puerta detrás de mí. Avancé cuidadosamente hasta la mesa más cercana y me senté en el banco, dándole la cara. De los dos fanales que se balanceaban juntos del techo, sólo estaba encendido el del lado de babor. Le iluminaba el lado izquierdo de la cara. Ella esperó.

—Lo siento terriblemente, señora.

Se mantuvo en silencio.

—Señora, ¿qué puedo decir?

Me contemplaba y seguía sin decir nada.

—¡Por el amor del cielo, señora! ¿Está... ha...?

Seguía inmóvil como un juez.

—Respira.

—¡Ay, gracias a Dios!

—Sigue inconsciente. Casi no tiene pulso.

Ahora me tocaba a mí permanecer en silencio, imaginando cómo el corazón se le iba parando cómo el pecho apenas se podía levantar para introducir el aire rancio del barco. La señora Prettiman juntó sus manos, manos pequeñas, en la mesa ante ella. Era más una postura enjuiciadora que de oración.

—Está con él la señora East. Ahora vuelvo yo allí. El señor East ha dado a conocer la noticia por todo el barco.

—¿La noticia, señora?

—El señor Prettiman está muriéndose.

Creo que lancé un gemido o un suspiro. No hablé.

La señora Prettiman volvió a hablar. Pero le había cambiado la voz. Ésta vibraba con una ira enorme y apenas controlada.

—Usted no comprende, ¿verdad? Nunca lo ha comprendido, ¿verdad? Este viaje, señor Talbot, será famoso en la historia... no por usted, no por ninguno de ellos, sino por él. Usted creía que era una comedia, señor Talbot. Es una tragedia... ¡Ah, no por usted! Lo es por el mundo, por este nuevo mundo al que nos acercamos y al que esperamos llegar. Las preocupaciones de usted quedarán olvidadas y desaparecerán, igual que desaparece la estela de un barco. ¡Yo vi cómo llegaba usted a bordo, con todos sus privilegios, con un aura de gloria ficticia! Ahora ha entrado usted con sus torpes pasos en un lugar que no comprende y donde no es usted bien recibido. Él lo considerará a usted con indiferencia, no como un hombre, sino como un agente de su muerte, igual que una percha caída del mástil. Estará por encima de negarle a usted el perdón. Pero yo estoy por encima de ello, señor mío, ¡y jamás, jamás, lo perdonaré!

Se puso en pie tambaleándose. Traté de erguirme, pero me detuvo con un gesto.

—No me insulte usted poniéndose en pie en mi presencia. Una vez, recuerdo, cuando el barco se movía demasiado para mis débiles extremidades, me ayudó usted a llegar a mi camarote. No se ponga en pie, señor Talbot. ¡Y, sobre todo, no me toque!

Esto último lo dijo en un tono tan mortífero que me puso los pelos de punta. Se marchó rápidamente. Oí cómo se abría y se cerraba la puerta, pero no me di la vuelta. Me quedé caído sobre la mesa —que ni siquiera era la mía de costumbre—, aplastado por la humillación y el dolor. Todo lo que hubiera podido decir, mis excusas, incluso quizá la osadía del desprecio, habían caído con mis «torpes pasos».

No sé cuánto tiempo pasó hasta que sentí una mano en el hombro y una voz conocida al oído.

—Tenga usted, caballero. Coñac, caballero. Lo necesita.

La amabilidad de aquel hombre era demasiado para mí. Entre las manos me cayeron en la mesa lágrimas ardientes.

—Gracias, Bates... gracias...

—No se ponga usted así, caballero. Da miedo, ¿verdad? ¡No me gustaría ser un niño a su cuidado!

Aquello me hizo reír, aunque después me atraganté.

—A mí tampoco, Bates. ¡Pero te aseguro que me hizo sentirme como un niño!

—Así son las señoras, caballero. Las mujeres corrientes son distintas. Si una

mujer se pone tonta, siempre se le pueda dar una guantada.

—Hablas como un experto.

—Estoy casado, señor.

—Gracias, Bates. Puedes retirarte.

Volví a quedarme solo, con la copa en las manos. Me pareció que, si acaso, el barco se movía más, pero no me importaba. Puedo decir sinceramente que en aquel momento no me importaba que nos hundiéramos o no.

En alguna parte sonó el silbato de un ayudante de conrmaestre. Era mi guardia, la hora de hacer la de media con Charles en aquella oscuridad que nos aislaba. Llevé la copa al vasar, la coloqué en un hueco adecuado y salí al vestíbulo. Había gente, pero no era la de la guardia de servicio. Cuatro de los emigrantes —tres mujeres y un hombre— esperaban junto al camarote de Prettiman. Vi de qué se trataba. ¡Habían venido, al cabo de tan poco tiempo de felicitarlo por su boda, para decir adiós a un moribundo! Aquello era demasiado. Fui a tientas hasta el combés y después me agaché para protegerme del viento. Otros estaban haciendo lo mismo, entre ellos Charles. Relevé al señor Cumbershum de la guardia. Me apoyé en el mamparo bajo el castillo. Al cabo de un rato llegó Charles, que hizo lo mismo a mi lado.

—Ha amainado algo el viento. Creo que seguirá bajando poco a poco. Pero quizá tarde bastante.

Se separó del mamparo con un esfuerzo, fue al costado del barco y contempló nuestra estela. La luz del farol había bajado. Volvió otra vez.

—Todavía nos queda aceite. De hecho, creo que de momento casi ni lo necesitamos. Pero seguro que si subimos los pellejos, el viento se vuelve a levantar y tendremos que volverlos a echar. Es un problema. Lo importante, además de rebajar las crestas de las olas, es que estamos seguros de que no sube el aceite a bordo. Por eso insistí en este sistema tan complicado de echar los pellejos de aceite bajo la popa, y no por la proa. Si los hubiéramos echado por la proa, cada vez que nos entrara agua, o incluso espuma, habría quedado una película de aceite en cubierta. ¡Imagínate, con este tiempo, tratar de mantenerse en pie si tuviéramos que pisar en una capa de aceite!

Se quedó callado un momento, fue al otro lado del barco, miró a popa y a proa y regresó.

—Por lo menos avanzamos bastante para un barco casi sin velamen. ¡Casi cinco nudos! A mí me bastaría... pero eso lo sabes tú igual que yo. Bueno, mantengamos el ánimo hasta que pase algo.

Se acercó el ayudante del conrmaestre.

—Un mensaje del señor Cumbershum, señor. Hay mucho movimiento en la cubierta de baterías, señor. Es gente que trata de ir a popa para ver al señor Prettiman y casi no pueden pasar por culpa de las hamacas. El señor Cumbershum pide que se prohíba el paso por el combés a todos los que no sean de la guardia, por si a esa gente se les ocurre pasar por allí, señor.

El hombre dejó de hablar y soltó una bocanada de vapor.

— ¡Lo has dicho muy bien, ayudante!

— Gracias, señor.

— Dile al señor Cumbershum que estoy de acuerdo. No tiene que haber en cubierta más hombres de los necesarios con este tiempo.

— Y mujeres, señor.

— Con más razón. Adelante.

El marinero se fue corriendo a llevar el mensaje. Durante un instante nos llenamos de espuma blanca, en medio de la cual se veían las barloas que cruzaban tensas el combés.

— No dices nada, Edmund.

Tragué saliva, pero no hablé.

— Vamos, Edmund. ¿Qué ha pasado?

— He matado a Prettiman.

Charles no dijo nada durante un momento. Fue hacia proa, contempló la bitácora, fue a un costado a contemplar nuestra brillante estela y después volvió a mi lado.

— Estás hablando de la pelea que has tenido con Benét.

— Mato lo que toco. Mato a la gente sin saberlo.

— Eso me parece un tanto teatral.

— Colley, Wheeler y ahora el tercero... Prettiman.

— Que yo sepa, no has matado a nadie. Si de verdad hubieras matado a alguien, como hacen a veces los marineros, no hablarías de ello.

— Ay, Dios.

— Vamos. ¿Estás seguro de que ha muerto?

— Está inconsciente. Casi no tiene pulso ni respira. La gente corre a verlo. Ella...

— ¿Estabas borracho? ¿O «achispado», como tú dices?

— Me había tomado dos copas de coñac. Nada excesivo. Estaba cambiándolo de popa a proa...

Para mi gran asombro, Charles soltó una carcajada. Se controló inmediatamente.

— ¡Perdona, amigo mío, pero, verdaderamente, «de popa a proa»! ¡Dominas el idioma del mar mucho mejor que un marinero! Ahora ten calma. No has matado a nadie y no tienes por qué organizar una tragedia.

— Es que ellos (los emigrantes y, según creo, los marineros) van todos a verlo para decirle adiós.

— Se han adelantado tanto como tú. Que yo sepa, tú estabas tratando de ayudar...

— ¿Cómo lo sabes?

— Dios mío, ¿acaso crees que la noticia de vuestra pelea y su resultado no se conoció inmediatamente en todo el barco? Por lo menos, hizo que dejaran de pensar en nuestra situación.

— Me caí encima de él.

—Verdaderamente, manejas bastante mal tus extremidades, amigo mío. Prefiero creer que aprenderás a controlarlas cuando... seas mayor.

—¿Cuánto falta?

—¿Para qué?

—Para que muera.

—Me conmueve la fe que tienes en mí, Edmund. No sabemos si va a morir. El cuerpo humano es algo misterioso. ¿Te sentirías más tranquilo si enviase a alguien a preguntar cómo está?

—Te lo ruego.

Charles llamó al ayudante de contramaestre y le ordenó que bajase. Esperamos en silencio. Charles contemplaba el aparejo con aire preocupado. Desde la última vez que había estado yo en cubierta habían aparecido nuevas velas. Había incluso una gavia nueva en sustitución de la que había visto yo salir volando de las relingas. También había algo distinto en lo que podía yo distinguir del agua en nuestro derredor: las formas de las olas, donde, antes, parecía que la superficie estaba aplanada y alisada.

Volvió corriendo el ayudante del contramaestre, inclinado contra el viento.

—La señora dice que no ha habido ningún cambio, señor.

—Muy bien.

El marinero volvió a su puesto junto al cairel de proa de la toldilla. Charles se volvió hacia mí.

—¿Has oído? O sea, que no hay que preocuparse antes de que sea necesario.

—No puedo evitarlo.

—¡Buena la he hecho! Muchacho, has sido torpe, impulsivo, un poco tonto. Si se muere, o más bien cuando se muera...

—¡O sea, que se va a morir!

—¡Ya se estaba muriendo antes de que tú le cayeras encima! Dios mío, ¿creías que en unas circunstancias así un hombre puede sobrevivir con el cuerpo hinchado como un melón y con el color de una remolacha demasiado madura? Está reventado por dentro, donde dudo que ni un cirujano pudiese hacer nada. Quizá hayas acelerado el proceso, nada más.

—Ya basta con eso. Ella me odia, me desprecia. ¿Cómo puedo seguir en el mismo barco que ella?

—No te queda otro remedio. Sé sensato. Por Dios santo, ojalá tuviera yo tan pocas cosas que lamentar como tú.

—Eso es una bobada. Nunca he conocido hombre tan bueno como tú.

—¡No digas eso!

—Puedo decirlo y lo he dicho. Me he dado cuenta de que la guardia de media es un buen momento para el intercambio de confianzas de hombre a hombre. Creo que cuando recuerde esta travesía, estas guardias de media serán para mí unos recuerdos preciosos, viejo amigo.

—También para mí, Edmund.

Después de esto ninguno de los dos habló durante un rato. Por fin, Charles rompió el silencio entre nosotros.

—De todos modos, hemos vivido en mundos tan diferentes que resulta asombroso que tengamos algo que decirnos.

—Yo he reconocido tus cualidades, que no tienen nada que ver con ningún «mundo», aunque tú te empeñes en mezclarlo en la conversación...

—Bueno. Creo que eso es algo todavía más misterioso que el cuerpo. No hablemos más de eso. Además —con voz sonriente—, ¿quién no se haría amigo de un joven caballero que le promete la luna y las estrellas?

—El ascenso es algo mucho más terrenal.

—Y ¿cómo definirías tú la forma en que yo ascendí (pues eso pareció ser, y de hecho fue) de marinero a guardiamarina? Y todo se ha debido a mis problemas.

—¡No puedo creer que jamás hayas tenido problemas!

—¡Qué aburrido me haces parecer! Bueno, quizá lo sea.

—Cuéntame.

Me miró con un rostro que resplandecía en la oscuridad.

—¿No te reirás de mí?

—¡Deberías conocerme mejor!

—¿Tú crees? Bueno... ya sabes que en el castillo de proa hay que vivir y dejar vivir, pues apenas hay sitio para tender la hamaca. A nadie le importa que alguien se ponga a leer un libro, sea el que sea. ¿Me escuchas?

—Soy todos oídos.

—Estábamos fondeados. Era un momento de respiro, pero yo formaba parte de la guardia del ancla. El que me pusiera a leer no tenía nada de malo, pero el oficial de guardia me pilló. Me estaba haciendo reproches para mostrar cuán estricto era, cuando de repente mandaron ponerse firmes a todos. Había llegado el almirante Gambier.

—¿Jimmy el Pelma?

—Es lo que le llamaban algunos. Ese *sí* que era un hombre bueno. Me preguntó qué había hecho de malo y le dije que leer cuando estaba de guardia. Me dijo que le enseñara el libro, así que lo saqué de detrás de la espalda y lo miró.

«Hay un momento y un lugar para cada cosa», me dijo, y se marchó. El jefe de la guardia le dijo al suboficial que me asignara un servicio de policía durante aquel tiempo, como castigo. Pero antes de que terminara el día, me mandó a buscar al capitán Wentworth.

«Summers, has sido muy listo», me dijo. «Prepara tus cosas. Te vas al buque insignia como guardiamarina. Me avergüenzo de ti, Summers. No vuelvas.»

—Pero, ¿qué libro era? ¡Ah, ya veo! ¡La Biblia!

—El capitán Wentworth no era muy religioso.

—Y ¿así fue como empezaste a ascender?

—Exactamente.

Me sentí estupefacto. ¡Nos separaban millas de distancia! No se me ocurría qué decir. Ahora me tocaba a mí avanzar hacia la borda y quedarme contemplando la estela. Volví e hice como si contemplara preocupado el estado de nuestro velamen.

—Tienes razón, Edmund. Podemos soltar un rizo.

Llamó al ayudante del contraestre, que hizo sonar la orden desde la regala de la toldilla de proa, y después volvió a trompicones ayudándose de una barloa de seguridad, con el agua hasta las rodillas, e hizo lo mismo en el castillo de proa. Sombras oscuras de hombres subieron hacia los flechastes y por las gavias.

—¿Vamos más rápidos así?

—No más que antes.

Volví a callarme.

—Por lo menos, Edmund, no te has reído.

—No encaja contigo. ¡No te haces justicia!

—Ah, sí. Todo lo que soy se lo debo a aquel hombre bueno... ¡es decir, después de ti!

—¿A Gambier? Supongo que me consideras un cínico, pero creo que más vale que el relato de la actitud del capitán Anderson y de cómo Gambier te hizo guardiamarina quede entre nosotros.

—Lo primero, sí. Pero, ¿por qué lo segundo?

—¡Amigo mío! La recomendación de Jimmy el Pelma podría servirte de algo si hubieras optado por la Iglesia... ¿qué pasa?

—Nada.

—¡Pero no te va a servir de mucho en un servicio de combate! ¡Dios mío! Sería como si el pobre Byng fuera testigo de tu valor.

—¡Eso no dice mucho del servicio!

—¡No, no!

—Bueno, por lo menos hemos logrado que te olvides de tus problemas de momento. Ya puedes salir de guardia e irte a dormir.

—Tengo que terminar la guardia contigo.

Pareció sorprendido ante mi tono serio y decidido, e incluso se rió un poco. Como he dicho, creo que entonces no había comprendido todavía por qué me había dado una excusa para sacarme del camarote durante cuatro horas de la noche, ¡y yo creía de verdad que hacía un servicio útil! Ahora me rió un poco, igual que él entonces. Pero, efectivamente, la guardia cambió poco después de que dijera él aquello. Fui a mi litera, vadeando entre aguas que corrían y *cantoneaban* de un lado a otro del vestíbulo. El viento rugía, pero por lo menos no atronaba. No puedo decir que durmiese, pues me quedé a la escucha de Prettiman, que creo debe de haber estado sumido en un sueño inducido por las drogas, pues no dio ni un grito.

El resto de la noche lo pasé mal. Por fin me dormí, pero a una hora en la que ya debía de ser pleno día fuera. Sin embargo, me desperté decidido a

quedarme donde estaba y donde parecía que por lo menos no podría hacerle daño a nadie. Pensé que ahora podía dar un tipo de grito que Prettiman ya no podía dar.

(13)

Cuando por fin consulté el reloj de repetición, hallé que ya eran las diez menos cuarto. Saqué el instrumento de debajo de la almohada y lo examiné con una cierta incredulidad, pero, desde luego, las agujas confirmaban el mensaje sonoro. Llegué a la conclusión de que efectivamente había dormido, pero no podría imaginarme cómo ni cuándo. Tampoco sentí los efectos benéficos del sueño. Estaba completamente vestido y me reproché a mí mismo este abandono de mis propias normas. ¡Cuando uno empieza a meterse en la cama «todo aparejado», por así decirlo, no se sabe dónde va a terminar! A partir de ahí se puede caer en las normas, o más bien en la falta de normas, del Continente. Sin embargo, ya no cabía reparar aquella omisión. Me levanté de la litera, me puse las botas de agua, que ya estaban dispuestas, y fui primero al excusado y después al salón de pasajeros. Aunque todavía no era mediodía, allá estaba el pequeño Pike con un vaso de coñac en la mano. De hecho, pronto resultó evidente que, en lo que a él respectaba, no era temprano, sino tarde. Después me enteré de que su poco amante esposa lo había echado del camarote — aunque parece más probable que se hubiera echado él mismo — y que él había despertado a Bates para que le diera de beber a una hora verdaderamente impropia. Estaba muy bebido y no le preocupaban los rugidos del viento ni el mar. Me ofreció «invitarme a una copa», lo cual rechacé claramente, al mismo tiempo que le preguntaba cómo iba su familia.

— ¿Familia, señor Talbot? Me *fashtidian lash familiash*.

Me contempló parpadeante.

— Me odia.

— Creo, señor Pike, que no está usted bien y que no debería decir cosas que después va a lamentar.

Pero el señor Pike había apartado la mirada y parecía reflexionar. Después, como si hubiera llegado a una conclusión satisfactoria, se volvió hacia mí, ayudado por un desplazamiento del barco.

—Pero no he dicho *ná* malo, ¿verdá? Me *fashtidia*. Me *fashtidia*. Que le den. Mejorando lo presente.

—Creo que...

—A *ellash* no. Pero *ellash* me odian porque ella *lesh* dice, *lesh* dice...

Me irrité y me cegué. Lo digo conscientemente. Después empecé a ver, pero lo veía todo rojo. Lo veía rojo. Literalmente rojo. Abrí la boca y me puse a darle gritos. Le solté todo tipo de improperios, todos los insultos que pude recordar, y cuando terminé, no sabía lo que había dicho. Aquello me dejó sumido en un estado de debilidad momentánea. Apenas podía soportar el movimiento del barco, aunque estaba sentado. Pike estaba con los codos apoyados en la mesa, riéndose débilmente y lagrimeando. Me señaló con el índice derecho, con el codo todavía apoyado en la mesa. Tenía la mano caída, como si tuviera que soportar el peso de una pistola pero apenas lo consiguiera. Entre el movimiento del barco y la borrachera, por no mencionar su risa idiota y débil, trazaba círculos con el dedo como... ¡como las cacholas de un trinquete con la base rota! Recuperé el aliento. En lugar de sentir que debería pedirle excusas por mi estallido de ira, consideré que éste estaba plenamente justificado.

—De hecho, Pike, eres un individuo repugnante.

Pero él seguía riéndose débilmente.

—¡*Esho mishmo* dice ella!

Más risas. Apareció lealmente Bates, el camarero, con mi jarra de cerveza ligera en mano y una servilleta al otro brazo. Entró como pudo, resbaló en el agua, evitó hábilmente la caída y después *bajó* por el salón debido a una «force majeure» para terminar colocando la jarra equilibrada a mi alcance. La tomé y me la bebí de un trago, pero Bates se había ido con tanta habilidad como había llegado. Ahora Pike reía a carcajadas.

—¡*Batesh!* ¡*Batesh!*

Después, como si hubiera cambiado de opinión, el pobre idiota apoyó la cabeza en la mesa y pareció dormirse. Se le cayó la copa, que fue rodando hasta el otro lado del salón, donde quedó tintineando un rato antes de volver hacia nosotros. Traté de pararla con el pie, pero sin éxito. Dio en el otro lado del salón y por fin se rompió. Se abrió la puerta. Entraron trabajosamente Bowles y el joven oficial del ejército, Oldmeadow, seguidos de agua por todas partes cuando una ola golpeó el calzo de la puerta. Bates, como si lo hubiera previsto, llegó con tres jarras de cerveza, dos en una mano y una en la otra. Se quedó balanceándose y gesticulando junto a la mesa, como si estuviera a punto de hacer un ejercicio de prestidigitación. Quizá, de hecho, la hiciera, pues logró servirnos a los tres y volvió a marcharse sin romper un vaso ni partirse una pierna. Pike fue resbalando hacia Oldmeadow.

—¿Ha muerto?

—Una borrachera mortal.

Oldmeadow hizo a un lado aquel hombre, que se desplazó un pie o dos y volvió hacia él.

—Ojalá estuviera yo así, Talbot, se lo juro.

—¡Ah, no! Ya tenemos bastantes problemas. Cumbershum se ha caído y creo que debemos tratarnos como si fuéramos objetos preciosos y ayudarnos los unos a los otros.

Oldmeadow le dio a Pike un empujón verdaderamente malintencionado, que lo dejó en una postura en la cual le caía un brazo al extremo de la mesa y le impedía volver con los cabeceos del barco.

Bowles me miró por encima de su jarra.

—Según la señora Prettiman, el señor Prettiman está muy mal. Está en unas condiciones terribles y no puede durar. Ya ni siquiera grita.

—Entonces, Bowles, está muriendo en paz. Celebro que por lo menos sea así.

—Señor Oldmeadow: ¿ha visto usted a la señora Prettiman?

—No, no la he visto, Bowles. La evito desde que se ha empezado a vestir como si fuera un marinero. Es una indecencia.

—¡Bates! ¡Bates! ¿Dónde diablos estás? ¡Llévate estas jarras!

—¡Calma, Talbot! ¡Todavía no he terminado la mía! ¡Dios mío... como si no bastara con Summers!

Como generalmente Oldmeadow es tan sosegado, me resultó fácil perdonar su irritación.

—¿Qué pasa? ¿Qué ha hecho Charles!

—Me ha quitado a mis hombres para siempre, eso es lo que ha hecho. Le dije que no me parecía bien que empleara a mis hombres cuando había tantos emigrantes. ¿Por qué no puede obligar a trabajar a esa partida de vagos? No quiso ni oírme. «Sus hombres tienen disciplina», me dijo. «Son jóvenes y fuertes, y muchas veces se ha quejado usted de la dificultad de encontrarles algo que hacer para que no se metan en jaleos. Le prometo que si pasan unas horas al día en las bombas van a quedarse más mansos que corderitos.»

—¿Y quedó ahí la cosa?

—¿Qué cree usted, Talbot? ¿Cómo iba yo a permitir que un maldito marino me quitara el mando! Le dije que antes que eso le desafiaba y le propuse que fuéramos a ver al capitán para dejar constancia de mi protesta en el diario de navegación.

—¡Esa amenaza es terrible para un oficial de la marina! ¡Podría poner en peligro toda su carrera!

—¡Bueno, eso ya lo sé! Pero no pasé de ahí, pues me dijo tan tranquilo: «Si sus hombres, caballero, no siguen ayudando con el bombeo, nadie se va a enterar de su protesta». De manera que las cosas están bastante mal.

Bowles nos sonrió a ambos.

—Nos han dicho muchas veces que el peligro hace que la gente se sienta más unida. No percibo ninguna muestra de ello.

—Usted y yo somos civiles. ¿Por qué va a preocuparse la Armada de nosotros? Este barco no es de la Compañía, y los oficiales no saben exactamente

qué actitud deben adoptar. Los hombres de Oldmeadow no son infantes de marina. Willis me ha dicho... pero supongo que debería decirle que yo ya no soy civil. Lord Talbot se ha visto ascendido a guardiamarina.

—Lo dirá usted en broma, caballero.

—¡Dios mío, Bowles, bromas ahora! Colley, Wheeler y ahora Prettiman... ¡Ah, bueno! Volvamos a los hechos: la realidad es que estoy haciendo de guardiamarina del primer oficial durante la guardia de media. La guardia de media es la que...

Para mi gran sorpresa, Bowles, aquel hombre tan tranquilo y calmado, me interrumpió a gritos:

—¡Sí, señor, ya sabemos lo que es esa guardia! Dios se apiade de nosotros. ¡Se convierte a los soldados en marineros y ahora se deja el barco en manos de los pasajeros!

—Después de todo, Bowles, no puede hacer mucho más daño al barco que ese nuevo oficial, como se llame... Benét. Ese tipo se ha cargado la quilla del barco y prácticamente ha incendiado la parte delantera. Ahora quiere averiguar dónde estamos sin utilizar los relojes y todo eso. Le voy a decir una cosa, Talbot: ¡deberíamos hacer que todo esto se planteara en la Cámara! ¡Dios mío, qué barco! En la toldilla está ese imbécil de Smiles que sonrío al ver el tiempo que hace como si éste fuera favorable, y ese viejo imbécil de Brocklebank apostado junto a la puerta del vestíbulo en medio del viento y de la lluvia, con el agua hasta las rodillas y esperando a tirarse el primer pedo de la mañana...

—¡Ah, es por eso! Ya me preguntaba yo... todos los días se queda ahí en el combés, haga bueno o malo...

—Bueno, pues es eso. ¡Las muchachas no le dejan quedarse en el camarote hasta que pega el cañonazo de salvas, como un cañón de ceremonia!

Bastó con aquella imagen para que los tres nos echáramos a reír como hienas.

—¿He oído a alguien pronunciar mi nombre?

Era el tipo en persona. Las planchas se nos hundieron bajo los pies mientras él se agarraba al picaporte. Después de todo, era un anciano. Oldmeadow y yo nos acercamos a él antes de que cayera y lo arrastramos hacia la mesa, mientras Bowles cerraba la puerta para que nos protegiera contra los caprichos del mar. Creo que el viejo recuperó el aliento antes que ninguno de nosotros.

—Caballeros, no lo he podido aguantar más tiempo, de verdad. Empapado por encima de la cintura, golpeado, casi lanzado al mar, con este buen capote de viaje que me ha protegido tan bien, y que ahora está tan mojado por dentro como por fuera...

—¡Pero, señor Brocklebank, debería estar usted en su camarote... en su litera de ser posible!

—La verdad es que necesito estar entre hombres.

—Dios mío, caballero, cualquiera que tenga el privilegio de la compañía de la señora Brocklebank...

—No, señor Talbot, no es así. Trata de animarme, pero la verdad es que ya me mira con ojos de viuda.

—¡Vamos, señor mío! He visto muchas veces a la señora Brocklebank en el barco y nunca deja de sonreír, ¡siempre tan alegre!

—A eso me refiero, señor Talbot, aunque usted exagera un poco. Quizá esté alegre con usted, pero conmigo no. Señor mío, no me gustan las viudas y siempre he tratado de evitarlas de la única forma auténticamente lógica. Pero, pese a ello, Celia, en la intimidad de nuestro camarote, siempre tiene ese aire de triunfo entristecido, esa sonrisa casi santurrón con la que una viuda contempla un *trabajo* bien hecho, una cuenta pagada, y eso —y el anciano adoptó un aire apasionado—, ¡eso es algo a lo que no tiene derecho!

—¡Señor Brocklebank!

—Ahora va usted, señor Talbot, a acusarme de adoptar una conducta indigna de un caballero. En todo caso, no voy a decir nada más al respecto. Pero les comunico que no puedo soportar el volver allí, aunque hubiera hecho lo que me ha exigido Celia. ¡Sí, Bates! ¡Mi buen Bates, soy yo! ¿Le has puesto el coñac?

Bates le entregó la jarra, pero pareció preocupado por lo que decía el señor Brocklebank.

—Una gotita, caballero, como si dijéramos una chispa.

—Bates, maldito, le has estado dando coñac de la cámara de oficiales mientras que yo...

—¡El suyo venía de mi ración, señor Talbot!

—Por mí, señor Talbot, compartiría mi jarra con usted, pero padezco la manía del temor al contagio.

—¡Al diablo! ¡Creo que el contagio sería más bien al revés!

La cubierta se hundió monstruosamente bajo nosotros. Me aferré a la mesa, pero vi que a quien me había agarrado era a Bowles. Éste se liberó de mí justo en el momento en el que volvía a alzarse la cubierta y lo golpeaba. Juró de una forma que jamás habría creído posible en un hombre así.

—Y la comida —dijo el señor Brocklebank, siguiendo una corriente de ideas que hasta entonces no había expresado—, la comida es igual de mala. Pero si el otro día, cuando traté de morder, o debería decir fracturar como un ladrón, un pedazo de cerdo frío, ¿qué hubo de ocurrirme más que esto?

El viejo repulsivo buscó entre la multitud de pliegues que lo envolvían y sacó de algún lugar recóndito un diente negro.

—¡Dios mío, verdaderamente esto es demasiado!

Me puse en pie de un salto y fui a la puerta, donde me vi sometido a un diluvio de espuma llegada de la tabla que debía impedir la entrada del agua en el salón. Allí estaba Benét. Al igual que todos los pasajeros y tripulantes, estaba agarrado, aunque sólo con dos dedos, a la barandilla que discurría entre las puertas de camarotes. Contemplaba el del señor Prettiman. Movía los labios, y supongo que estaba sumido en lo que se califica de los dolores de la composición. Aquella visión me airó. Todavía no sé por qué.

— ¡Señor Benét!
 No pareció verme más que como algo molesto.
 — ¡Señor Benét, deseo recibir una respuesta clara!
 Fruncía el ceño, perplejo.
 — ¿He aceptado yo sus excusas?
 — ¡Es *usted* quien debe presentarlas! La relación entre usted y una determinada señora ha hecho que otra determinada señora... es decir, ha hecho que yo... que mi opinión de ella... yo mencioné su apellido...
 — ¿Tiene usted algo contra mi apellido, señor mío? ¿Lo dice usted en son de burla?
 — Mencioné su apellido...
 — ¡Y van dos! Me siento muy orgulloso de mi apellido, señor Talbot, y si mi padre lo utilizó con pesar, como recuerdo de su huida...
 — ¡Me está usted dando largas! Me importa un higo su apellido, que supongo es francés. Quiero una respuesta clara. ¿Qué fue lo que vio? ¿Existió algún vínculo culpable?
 — Vamos, señor Talbot, tras nuestras recientes diferencias...
 — ¡Quiero saber con toda claridad cuál ha sido la relación entre usted y una cierta dama!
 — Se refiere usted a la señorita Chumley, supongo. Ay, Dios. Bueno, como ya le he dicho, hizo *cave* por nosotros, si no conoce usted la lengua latina...
 — ¡Le aseguro que sí!
 Ahora se está usted ruborizando como el pobre Prettiman.
 Combatí mi irritación, que era cada vez mayor.
 — ¡Me preocupan mucho más usted y una dama de edad más madura!
 — ¡Así que me ha descubierto usted! Es... ah, es...
 El señor Benét pareció quedarse sin palabras. Cerró los ojos y empezó a recitar:

*Desde que te despojaste
 De tus femeninas prendas
 Y al aire dejaste
 Tu hermoso cabello,
 Mis ojos llorosos
 Y mi amor son riendas...*

— ¡Así que existió una relación culpable! ¡La señorita Chumley lo sabía efectivamente! ¡Lo vio efectivamente!
 — ¿Qué relación?
 — ¡Lady Somerset!
 — La comprensión mutua es buena para los sentimientos. Pese a lo profunda que es mi estima de esa dama...
 Grité. Quizá fuera una suerte que con aquel tiempo nadie más que él

pudiera oír mis palabras.

—¿La poseyó usted? ¿Lo *presenció* la señorita Chumley?

Le iluminó el rostro un gesto de comprensión compasiva.

—Señor Talbot, podría yo lamentar sus palabras, tanto en nombre de ella como en el mío. Evidentemente, no puede usted levantar la mirada más allá del nivel de los establos.

—¡No me hable usted de establos!

—Le embarga la pasión y no es responsable de lo que dice. Me arrodillé ante la dama. Me ofreció la mano derecha. La tomé en la mía y osé imprimir un beso en ella. Después (y le ruego comprenda que en aquel gesto estaba implicada una castidad apasionada), recordando mi infancia y cómo mi bien amada mamá venía a darme las buenas noches en el cuarto de los niños, con una llama irresistible de emoción, di la vuelta a aquella blanca mano, deposité un beso en la palma inmaculada y cerré en torno a ésta aquellos finos dedos.

—¿Y después? ¿Después? ¡Calla usted, señor mío! ¿Fue aquello todo? ¿Fue aquello todo, señor Benét?

—Vuelve usted a adoptar un tono enemistoso, señor Talbot. ¡Es la segunda vez, igual que cuando se ha referido a mi apellido de forma insultante!

—¡Una respuesta clara, por favor, a una pregunta clara!

—Eso fue «todo». Aunque para cualquier persona dotada de un mínimo de sensibilidad...

—Explique por qué se quitó la ropa. ¡Explique eso!

—¡Lady Somerset no se quitó nada!

—«¡Desde que te despojaste de tus femeninas prendas!»

Se produjo un estallido de agua. Nos quedamos bañados en espuma. Benét se la quitó de la cara.

—Ya lo entiendo. Sus groseros pensamientos impiden que usted lo comprenda. Claro que la dama se «despojó» de sus «femeninas prendas...».

*Desde que te despojaste
De tus femeninas prendas
Y al aire dejaste
Tu hermoso cabello,
Mis ojos llorosos
Y mi amor son riendas,
Hallaron refugio
En tu alma tan tierna.
¡Letitia! Conozco de sobra
Que tu mano has dado,
Mas es mi consuelo
Viajar a tu lado...*

—¡La señorita Granham! ¡La señora Prettiman!

— ¿Quién iba a ser? Todavía hay que pulir los versos.

— ¡Está usted escribiendo poemas a la señora Prettiman!

— ¿Se le ocurre usted un objeto más digno? ¡Posee todo lo que siglos enteros han buscado!

— Señor mío, aspira usted a besarle la mano. No me cabe duda de que se lo permitiría. Después de todo, ya ha hecho favores a otros caballeros... El señor Prettiman, su marido... Pero, ¿qué tiene que ver eso con la poesía? Él está en su litera y no puede salir de ella. No me cabe duda de que si llamara usted a su puerta y se lo pidiera con buenas palabras, podría usted encontrarse besándole la mano, tanto en el dorso como en la palma, ¡y durante toda una guardia media por el reloj de arena! — Me da usted asco.

Debí de gruñir:

— No cabe duda, señor mío. Pero por lo menos yo no voy babeando por los océanos dando besos en las palmas de las manos a mujeres que podrían ser mis madres.

Aquello pareció dolerle. Se apartó del mástil y se quedó balanceándose.

— Señor Talbot, más vale que se limite usted a las niñas de escuela.

— ¡No acepto ese plural! ¡Para mí no existe más que una dama!

— Señor Talbot, usted no sabe amar. Ese es su defecto más grave.

— ¿Que no sé amar? ¡Pues yo le digo, «ja, ja», señor mío! ¿Me ha oído?

— No está usted en sus cabales. Ya continuaremos esta conversación cuando esté usted sereno. Tenga usted un buen día.

Desapareció con lo que yo podría calificar de celeridad asistida camino de la cámara de oficiales, camino de la cual se cruzó con el señor Smiles. Le grité, cual un niño:

— Señor Smiles, ¿puede usted oírme? ¡Estamos enamorados de nuestras madres!

El señor Smiles pasó a mi lado con paso firme, sin mirarme ni hablarme. Igual podría haber sido un fantasma que tenía una cita en algún otro lugar del mundo.

Fui a mi camarote. El paso del tiempo, el mero paso del tiempo, resultaba insoportable. Me puse el capote y salí a cubierta. Inmediatamente, una ola me depositó en las cadenas de mayor y allí me habría dejado, de no haberme soltado yo. Aquello calmó mi furor insensato. Me quedé agarrado mientras el océano hacía su labor. A nuestros costados pasaban las crestas de las olas, me pareció, a una altura mayor que nuestras cabezas. A veces nos metíamos de lado en ellas, de modo que el combés se inundaba, a veces íbamos hacia el otro lado y se producía un golfo en el cual un ave solitaria quedaba suspendida sobre la oscuridad entre colinas de un verde espumeante. Después, la lluvia horizontal y la niebla borrraban incluso al ave, y el agua caía en cascadas de la toldilla, como de los desagües de una catedral.

Aquello me enfrió y me calmó. Los cables que mantenían unido el barco y nos impedían ahogarnos estaban ante mis ojos como recordatorio de cómo y

dónde nos hallábamos. Me reproché mi ira y el haber demostrado mi miedo hasta tal punto. No era lo que yo esperaba de mí mismo.

«Ahora vas a ir a tu camarote y a quedarte allí. Vas a leer.»

Y eso fue lo que hice. Sentado con el capote puesto, leí la *Iliada* hasta que se me escurrió de las manos y cayó. Después la levanté y me recosté en la litera hasta que me fui quedando dormido.

(14)

Lo que me despertó de un sueño de cuevas arriba y abajo, fue un golpe brutal. Me hallé sobre las planchas junto a mi litera, de la cual había caído o me habían tirado, y mientras trataba de levantarme, la silla de lona se me derrumbó encima, de forma que fuimos resbalando juntos hasta golpear la amura junto al tablero de escribir. No sé cómo logré ponerme en pie, y el ángulo que ahora marcaba mi fanal, con su base lastrada, me aterró tanto que durante un momento me quedé casi inmóvil. No pude interpretar aquel ángulo sino como información de que en ese momento nos íbamos deslizando hacia atrás — ¡cayendo a popa! — al mar, y que allí íbamos a desaparecer. Me resbalaron los pies y quedé colgando de la litera, con aquel fanal idiota proyectado por encima de mí, como si se hubieran suspendido las leyes de la Naturaleza del señor Benét. A partir de aquel momento creo que no supe exactamente lo que hacía. Se me ocurrió que el barco ya había naufragado y que en cualquier momento empezaría a entrar agua por todos los orificios. Junto con esto se confundía la idea de que ya era la hora de la guardia del media, yo me había retrasado y Charles no disponía de un guardiamarina. Y, a medida que fui aclarándome las ideas, tampoco fueron mejorando las cosas, pues era evidente que nos hallábamos en una emergencia. Se oyeron ruidos. Las niñas de Pike lanzaban chillidos agudos, y lo mismo hacia otra mujer, probablemente Celia Brocklebank. Se oían gritos de marineros. También se oían otros ruidos, el tronar y el golpeteo de velas, los choques de motones entre sí, cristales que se rompían y caían. Salí al vestíbulo y me encontré colgado de ambas manos de la barandilla... literalmente colgando, como si el barco hubiera volcado. Aparté una mano de la barandilla e inmediatamente un tirón repentino me arrancó la otra. Salí dando volteretas por el vestíbulo y aterricé con un golpe que me atontó contra la amurada de proa. Alguna fuerza me tuvo sujeto allí durante un momento, de modo que pude ver cómo Oldmeadow trataba —sin éxito— de salir del salón de pasajeros. Después disminuyó algo la presión y aproveché un

respiro para ir como pude al combés y quedarme aferrado a mi asidero habitual, los estayes de babor —como si buscara la tranquilidad en las cosas conocidas—. Pero nada era igual que antes y lo que logré ver no me tranquilizó en absoluto. Alguien maldecía cerca de mí, pero no puede ver quién. Las velas que nos quedaban brillaban ahora ante mí, a medida que la vista se iba acostumbrando a la escasa luz ambiente. Era otra vez aquella luz fantástica de la tempestad, que no servía para iluminar tanto el barco como lo que parecían ser unas murallas sólidas de nubes que nos rodeaban por todas partes y ascendían hasta un espacio en el cual las estrellas flotaban erráticamente juntas. ¡Las velas brillantes estaban vacías! Bajo ellas, aquel mundo de agua no tenía ningún sentido, pues no había más que montañas apenas visibles a proa y popa de nosotros: montañas negras. Después, en los primeros momentos de mi contemplación, la que había a popa cambió de forma, se hundió y quizá desapareció: ¡Digo «quizá», pues no la vi irse! Cuando la montaña se hundió, sentí un tirón cada vez mayor en las extremidades, de manera que me pareció estar colgado, esta vez de los obenques. Todo el combés desapareció bajo mis pies bajo otra montaña que había surgido ante la proa, que había surgido ante nosotros y amenazaba caer sobre nosotros. Las gavias se hincharon con restallidos y la vela mayor siguió su ejemplo con explosiones como de artillería. Subimos a la cima del mundo.

Fui corriendo hacia las escalas y llegué a ellas, aferrándome a la barandilla. Cuando el barco se enderezó, llegué a la cumbre de las escalas y levanté la cabeza por encima del nivel de cubierta. ¡No vi a nadie!

¿Fue aquél el momento más aterrador de mi vida? No... ya llegarían otros. Pero aquél, que habría podido ser el principal candidato, quedó enmudecido y matizado por mi absoluta incapacidad para creer en él. La toldilla desierta... ¡ay, Dios, el timón! Bajé a trompicones por la escala, que de pronto había quedado en posición horizontal, y me enderecé —¿me erguí?, ¿me puse de lado?— para dirigirme hacia el timón.

—¡Edmund! ¡Ay, gracias a Dios! ¡Ayúdame!

Era evidente lo que había que hacer. Pisé el cuerpo de alguien, muerto o inconsciente. Charles estaba colgado del lado de estribor del timón, empujándolo.

—¡A estribor!

Aquél fue el principio de un período durante el cual no tuve tiempo para sentir temor. Durante lo que en realidad fueron minutos, pero me pareció eterno, utilicé todas las fuerzas a mi disposición para contribuir a los esfuerzos que hacía Charles por manejar el timón en aquella mar por sí solo, y aumentarlos. Y sí que ayudé. Sentí que el timón se movía con mis esfuerzos y en varias ocasiones lo que el propio Charles no podía sino iniciar, le ayudé yo a llevarlo a su conclusión. ¡El comienzo del movimiento del timón es fácil! ¡De eso se encarga el pinzote! Pero después, tras utilizar la fuerza para moverlo, siempre llega un momento en el cual parece que nada, sino la mera

determinación ciega de derrotar a un monstruo invisible, permite que los músculos de uno lo lleven a su final. No sé cuántas veces movimos el timón entre los dos. Nuestros movimientos eran torpes, pues el barco no se quedaba un momento inmóvil, dado que los soplos de aire que le henchían las velas en las cumbres de aquellas montañas eran suficientes para no darnos sino un instante la arrancada necesaria para gobernar. Al cabo de un momento Charles dejó de darme órdenes, pues era evidente que yo podía hacer lo que él necesitaba sin necesidad de palabras. Las necesidades del timón me hablaban con su propio idioma.

—Ya estamos aquí, señor.

Era un marinero. Otros dos tomaron el timón de nuestras manos. Alguien estaba de rodillas, sacudiendo el cuerpo inconsciente que había pisado yo. El capitán estaba en el combés. Tenía la cara ensangrentada y una pistola en la mano. Estaba destocado y contemplaba las velas.

—¡Timón al medio!

Y después, con voz calmada:

—Tomo el mando, señor Summers.

Fui arrastrándome del timón a las escalas. El señor Summers se reunió conmigo, a gatas.

—¡No me han llamado para la de media!

Habló agotado:

—No es la de media. Es la de mañana. No puedo hablar.

—¿En nombre de Dios, qué...?

Meneó la cabeza. Me quedé callado, contento de tener una barandilla a la que aferrarme.

—¿Estás bien, Charles?

Asintió. Me sentía lleno de la sensación de ser útil, de ser capaz de hacer algo más que quedarme aterrado en la litera.

—Voy a ver qué hay que hacer. Quizá...

Fui como pude hacia la toldilla. El capitán y el teniente Cumbershum estaban junto a la barandilla de proa. Fui avanzando por allí y grité innecesariamente a Cumbershum:

—¿Puedo ayudar en algo?

Todavía estaba en el aire el gruñido con el que me respondió cuando alguna fuerza me arrancó de la barandilla y me tuvo suspendido durante un momento en auténtica levitación.

—¡No se meta en problemas!

Caí *sobre*, no *contra*, las escaleras que subían a popa. Gatee y me enredé en la barandilla de aquella parte del buque, que era la más alta. Soplaban un viento flojo, pero suficiente para henchir las velas cuando tenía la oportunidad. Por lo demás, aquella visión era suficiente para mandarlo a uno corriendo a la sentina, con objeto de no ver el final que se le acercaba. Las olas escondidas, o incluso batidas por la furia de la tempestad, se acercaban ahora. Al amainar el viento les

había permitido formar filas. Vi que nuestro mundo se limitaba a tres olas, tres oleadas, una a popa, y otra que nos sostenía entre las dos. Después, cuando nuestra popa se hundía, las dimensiones y las direcciones se confundían. La proa se erguía sobre nosotros y después caía hasta que parecíamos estar colgados sobre ella. Aquella visión era insoportable y cerré los ojos. En consecuencia, y como dicen los libros, me hice «todo oídos». Cuando la popa se hundió debajo de mí escuché el gualdrapeo y el restallido sucesivos de una vela tras otra según iban perdiendo el viento. Aquel tronar como de cañones pesados era el de nuestras velas que se henchían cuando nos levantábamos una vez tras otra en el más leve de los aires... ¿de proa?, ¿de popa? Los que iban al gobernalle debían tener en cuenta aquellos movimientos, pues éstos podrían hacer que el timón funcionara del revés, circunstancia que los timoneles no podían permitir. Y, sin embargo, el más pequeño error en aquella mar permitiría que el buque zozobrara, naufragara, se hundiera... ¡O sea, que por eso un oficial tenía que pasar hora tras hora ejercitando su juicio y minuto a minuto arriesgando las vidas de todos nosotros en función de él!

Abrí los ojos y apenas me resultó posible mantenerlos abiertos. En las mejillas me soplaba la más suave de las brisas. Estábamos, según vi, encima de una cresta, aunque en la oscuridad tras los párpados me había parecido que nos estábamos hundiendo. Volvimos a caer y pareció que se abría un golfo bajo la popa... no había luz en aquel abismo hacia el que nos lanzábamos y *apreté* los ojos para mantenerlos cerrados, mientras aquellas aguas tenebrosas volvían a dejar al barco nivelado, después lo inclinaban y lo lanzaban hacia el otro lado, hasta que quedó hendiendo las aguas con el bauprés.

Por fin logré volver a abrir los ojos. La huella de nuestro aceite brillaba a popa por encima de una cordillera que era lo único que se podía ver incluso cuando estábamos en la cima de la siguiente. Aquellas cordilleras no echaban espuma, no lanzaban rocío. Eran una masa de pedernal negro.

Una vez tras otra.

De vez en cuando se veían brillos y resplandores, de la luna sobre el agua o de alguna extraña cualidad de la propia agua.

Una vez tras otra.

Se detectaba un sonido. No era un sonido del barco, de las velas, del viento. Era un *choque* al que después seguía un rugido prolongado pero en disminución. Yo no podía comparar aquel sonido con nada que jamás hubiera experimentado, pese a todo el tiempo, todos aquellos meses, que habíamos pasado con el limitado repertorio de las perspectivas los ruidos del agua...

¡Naturalmente! ¡Era algo sólido! ¡Era una de aquellas cordilleras horribles que nos golpeaban con sus peñas! Me puse en pie, abriendo la boca para gritar... pero las botas de agua resbalaron bajo mis pies y en un momento recorrí deslizándome la escasa extensión de la toldilla y tropecé con la barandilla de popa bajo el final de babor. Había abierto la boca para gritar algo, o para aullar, pues la inferencia de solidez de toda aquella agua era algo terribilísimo, pero

me había quedado sin aliento por el golpe. No sé si estuve a punto de romper la barandilla y acabar mi carrera desesperadamente en un manchón de agua oleaginosa, pero al menos el barrote con el que tropecé no estaba podrido, dijeran lo que dijeran del resto del barco. Volví aprisa al lugar que ocupaba anteriormente, como si fuera más seguro. Aquello era un pánico que me dejaba sin ningún sentido del honor ni del heroísmo, además de sin ningún aliento.

Miré en mi derredor. Íbamos ascendiendo otra cordillera —debían de distar un cuarto de milla las unas de las otras— y no vi nada más que un pedernal negro y horrible por encima del cual había un cielo opaco de amanecer, un pedernal opaco, un pedernal líquido... ¿Cómo expresar el mero horror que inspira el *tamaño*? Pues, después de todo, las tres montañas móviles entre las que estábamos viviendo no eran más que rizos, ¡pero ampliados, multiplicados en tamaño más allá de lo enorme, de lo colosal, hasta el punto de resultar abrumadoramente monstruosas! Era una nueva dimensión en la naturaleza del agua. Aquella naturaleza parecía permitirnos vivir... apenas; no era nuestra enemiga, no iba, por así decirlo, a molestarse en hacernos daño. Durante un momento de locura creí que si pudiera acercar una oreja a aquella negrura brillante y móvil, podría escuchar su mero ser, escuchar, quizá, el movimiento fricativo de una partícula contra la otra. Pero entonces recordé cómo estábamos literalmente vinculados por nuestras ataduras, y en mi alma no quedó espacio más que para el terror. Pues escuché el mismo *choque* repentino, después una disminución crujiente de alguna parte en el horizonte más amplio —el que podría ver uno si osaba escalar un mástil, idea que me ponía enfermo imaginar—; digamos, pues, un horizonte visible para algún gigante que estuviera hecho a la misma medida que nuestras cordilleras líquidas. ¿Acaso estábamos cerca de tierra?

La aurora se estaba nublando. La luz se levantaba de la tierra, de modo que el propio mar iba recogiendo las tinieblas dondequiera que se lo permitía un hueco temporal. Trataré de hallar las palabras que describan lo que sucedió en aquel momento de suspensión entre el día y la noche. Estábamos en la cumbre de una cordillera cuando empezó a ocurrir algo nuevo a la cordillera que nos perseguía. Ni siquiera ahora puedo decir cuál fue la causa. No estábamos en aguas poco profundas, de eso no cabe duda. En todo nuestro derredor, y a una distancia de centenares quizá millares de millas hacia abajo, la tierra sólida estaba a millas de profundidad bajo la majestad del líquido elemento. ¿Se produjo quizá alguna confusión, o incluso alguna contrariedad en aquella corriente con sus ondulaciones incesantes que pasaban de una era a la otra al girar en torno al fondo del mundo? Fuera de lo que fuese, la cordillera que nos perseguía empezó a agudizarse e intensificarse. Salvo el hueco trivial en el que yacía nuestro aceite, toda la ola —y la llamo «ola» porque no conozco palabra mejor— se levantó frontalmente. ¡A lo largo de una milla, quizá a ambos lados, se mantuvo dispuesta, después trazó una lenta curva y cayó! Escuché el sonido sibilante del agua en el aire cuando descendía, y después el golpe de agua sobre

agua, a lo largo de acres, de millas, con un ruido que era algo más que un ruido. Pues aquella caída fue una sensación, un golpe en cada oído, después del cual no pude oír nada. Pero me quedaban los ojos. En el momento de la caída, como si el aire invisible fuera algo sólido, por todo el mar se fue difundiendo una línea de espuma y de salpicaduras. *Era* aire, era el aire desplazado por la caída de la montaña y lanzado en todos los sentidos, a tanta velocidad como una bala de mosquete. Pero ahora, a ambos lados, el mar enloqueció, rugiendo a nuestros costados más alto que el combés, más alto que la barandilla de la toldilla, que la del castillo de proa. Lo único que había por encima del agua era el castillo de popa, en el cual estaba yo abrazado a la barandilla. Pero entonces, como si el aceite la hubiera frenado, el agua que había yacido en nuestro surco de seguridad, pese a no espumarajear, se irguió y saltó también por encima de la popa. Supongo que fue un momento en el cual un ave marina que se deslizara sobre aquellos golfos sin sol, no habría visto más que la espuma y tres mástiles proyectados por encima de ella. Miré hacia proa en cuanto me abandonó el agua y vi que nuestro barco empezaba a levantarse, con el agua deslizándose desde el castillo de proa, antes de que reapareciese el combés. Había dos velas más desgarradas. ¿Había sido aquel terrible golpe de viento?

Ya no era posible seguir allí solo. Me moví y me resbalé. Era un peligro nuevo y ridículo. Pese a todo el cuidado que se había tomado Charles, su precaución de colgar los pellejos de aceite a popa en lugar de a proa, nuestra senda oleaginoso había llegado por fin a bordo. Me deslicé hacia la escala siguiendo la barandilla, o más bien me arrastré, pues la mayor parte del tiempo fui resbalando y deslizándome sobre las rodillas. Por encima de mí «hablaban» las velas.

El capitán Anderson estaba gobernando el buque. Estaba justo a popa del timón. Cumbershum se tambaleaba junto a la barandilla de babor, un brazo pasado por ella, las piernas abiertas sobre la cubierta. Miró hacia el capitán. Decía algo, pues vi que movía los labios. Hasta entonces no comprendí que me había quedado literalmente ensordecido por la caída de la ola. Me quedé al resguardo de la popa hasta que poco a poco recuperé el oído. A proa vi que el señor Benét tenía a unos marineros ya subidos en el aparejo entre velas desgarradas, aunque pensé que no había nada que hacer. ¿No habíamos sufrido un golpe mortal? Atribuí, supongo, a nuestro barco unas sensaciones y supuse que en cualquier momento podría decidir que iba a abandonar aquel desigual combate con un océano en el que jamás había previsto nadie navegar, y especialmente que navegara una carraca lista para el desguace que calaba como una bota vieja.

Miré hacia las velas. Las que habían escapado a la destrucción estaban hinchadas, y los hombres de Benét estaban cambiando las vergas. Había viento, suficiente para gobernar el buque, incluso para tener seguridad. Hasta las cordilleras, como si aquella monstruosa elevación que había roto en torno a nosotros como algún cataclismo marino fuera lo máximo posible, la ola

definitiva más allá de toda ola definitiva, se estaban viendo sucedidas por otras más pequeñas.

Oí que Charles hablaba con voz ronca, como si hubiera sufrido algún daño en la boca.

— El viento está pasando a un largo, mi capitán. Podríamos poner escotes.

El capitán miró a lo largo, y después volvió a mirar a Charles.

— ¿Está usted bien?

Charles se puso en pie.

— Creo que sí, mi capitán.

— Entonces, escotes... El capitán se volvió hacia mí y pareció estar a punto de decir algo, pero cambió de opinión y se adelantó a la barandilla de proa.

(15)

Al capitán Anderson y sus oficiales les llevó aquel día que estaba amaneciendo, y el siguiente también, restablecer algo de orden y de rutina en el navío. Para empezar, la eliminación de aquella película omnipresente de aceite exigía el esfuerzo de toda la tripulación, el de los soldados y el de los emigrantes.

Estaba en todas partes, subía incluso quince pies por el palo mayor, o por lo menos eso nos dijo Bates. En el vestíbulo llegaba a una altura de tres pies por las mamparas y las puertas, por las cuales había logrado penetrar algo en los camarotes. La mera necesidad hacía que el pánico general de la marinería, que había llegado a casi hacernos ahogar, quedara olvidado, aunque estoy seguro de que el capitán estaba rabioso ante la situación con la que se encontraba. Desde luego, abandonar los puestos asignados era un delito que se debería haber castigado con la mayor severidad. No lo digo indignado, sino con un sentido frío de lo que otro barco podría esperar de su tripulación con un ejemplo tal. Repito, no cabe duda de que hubo hombres que abandonaron sus puestos y trataron de esconderse del mar. Como había dicho Charles una vez, «los hombres, igual que los cables, tienen su punto de ruptura». La tripulación había cometido el delito más grave de todos los posibles entre la marinería, salvo el motín.

Pero, ¿qué hacer al respecto? Una minoría, incluso una minoría que posea la autoridad natural del mando, no puede garantizar la obediencia en cuanto a hacer que el cuerpo político se autoimponga un castigo. Nadie podría negar que se habían visto sometidos a duras pruebas. Además del mal tiempo, aquella travesía nuestra tan larga llevaba aparejado que escaseara la comida y que casi no hubiera qué beber. Nos quedaba poco combustible, de manera que el agua caliente era un lujo que ya no estaba ni siquiera a disposición de las damas. El barco se balanceaba. El bombeo, pese a no ser tan constante como en los peores momentos, era una dura prueba para hombres que se estaban debilitando a

fuerza de pasar tanto tiempo a la intemperie, de tanto trabajo y de tener una nutrición insuficiente.

Sin embargo, se hizo lo necesario. El barco se frotó, se raspó, se limpió y se secó hasta que por lo menos alguien que tuviera el sentido del equilibrio propio de un marinero pudiera mantenerse en pie. Las velas que se podían arreglar se remendaron, y las otras se izaron. Faltara lo que faltase en aquel barco, estaba bien provisto de cuerdas y de lona. Se pescó mucho durante aquel tiempo algo mejor por el que atravesamos, aunque a mí no me tocó nada de lo que se capturó. Parece que a los peces no les agradan los anzuelos lanzados desde un barco grande. ¡Quizá hubiera llegado a las tribus escamosas algún rumor sobre ese pez, el más raro de todos, el Hombre! Sin embargo, sí que veíamos ballenas con bastante frecuencia, y se dijo que el señor Benét había sugerido varias formas de matarlas. Los tripulantes, aunque entre ellos estaban representados muchos oficios y especialidades, no sintieron muchos deseos de hacerle caso, especialmente después de oír su loca idea de un arpón con una carga explosiva de pólvora.

Mi propia sugerencia de utilizar nuestros cañones pesados y disparar, en la medida de lo posible, una andanada contra los monstruos tampoco tuvo mucho éxito. En consecuencia, nos conformamos con nuestras raciones mínimas y nos sentimos consolados únicamente por la idea —por el hecho— de que seguíamos avanzando. El trinquete había atravesado triunfalmente la más grave de las pruebas posibles. Cuando el viento ligero era suficiente al largo, no sólo poníamos los focos, sino también las arrastraderas, grandes superficies triangulares de lona estiradas entre los mástiles, en lugar de sobre ellos. Creo que durante varios días nunca avanzamos a menos de seis nudos.

¡El lector que no sea marinero debe aceptar mis excusas por estas prolongadas recaídas en el relato detallado de la capacidad y la destreza de esos hombres! La verdad es que pierdo constantemente de vista lo que trato de expresar. Cuando la vida depende de ello, no hay placer como el ir avanzando hacia la meta, como la forma en que el agua se hiende ante la proa y las velas se hinchan, como el movimiento diurno y nocturno de una masa de maderamen inteligentemente montada que debe de llegar a cerca de las dos mil toneladas. Los propios marineros andaban con paso más animado y respondían más rápido a las órdenes. Todo el mundo parecía estar contento, incluso los oficiales... salvo quizá Charles. ¡He de decir que éste se aferraba a la idea de que había una chispa que iba adentrándose en la carlinga bajo el trinquete! Durante otra de aquellas guardias de media que tanto me agradaban, se lo reproché.

—Confíesalo, Charles. El mástil está a salvo. ¡Sigues empeñado en la idea de que después de todo el señor Benét puede haberse equivocado!

—No puede tener razón siempre. Nadie puede tenerla. Dado que se ha equivocado en el método que ha propuesto para averiguar nuestra longitud...

—¿Equivocado?

—La teoría es correcta; pero, ¿comprendes tú la dificultad, la cuasi

imposibilidad de medir la separación angular de dos cuerpos celestes... uno de los cuales por lo menos cambia de forma a cada momento?

—He pedido al navegante mayor que me explicara el método del señor Benét, pero no ha querido.

—Se trata de una cuestión de paralajes y demás. Parece que intervienen la luna, el sol, los planetas, e incluso las lunas de los planetas; una telaraña de mediciones. ¡Ese tipo es brillante, pero está loco!

—Pero antes ha tenido razón. Charles, te ruego que no permitas que tu desagrado por él te ciegue a sus méritos. ¡No puedo soportar que te rebajes! Perdón... ahora soy yo el que está sermoneando.

—Puedes seguir. Mi objeción al método del señor Benét para averiguar nuestra latitud sin referencia a los cronómetros se basa en la razón, no en el desagrado. Si las mentalidades más eruditas e intelectuales de nuestro país han abandonado ese método, es porque el método no es exacto. ¿Está loco él o lo estoy yo?

—Tú no, te lo ruego... ¡tú eres nuestro puntal y nuestro pilar en todo lo que respecta al sentido común bien informado!

—Bien. Tenemos un corredor que mide como mínimo cien millas de ancho entre las pocas islas de este océano. El saber la latitud basta para mantenernos a salvo entre ellas. No podemos haber llegado todavía lo bastante lejos para correr el peligro de superar nuestro objetivo antes de verlo. Cada cosa a su tiempo.

El señor Prettiman ya no gritaba ni rugía cuando el barco cabeceaba. Mi sencillo plan de «ponerlo de popa a proa» parecía haber tenido éxito. Quizá se estuviera muriendo, pero en paz. Yo había tratado de eludir a la señora Prettiman desde la vez en que ella —¡ay, lo sentía de forma demasiado profunda para hablar de aquello en el lenguaje de los lobos de mar!—, en que ella había pronunciado lo que opinaba de mí en el tono comedido de un magistrado. Una vez fue al salón cuando estaba yo allí, pero se marchó antes de que tuviera yo ni siquiera tiempo para ponerme en pie. Una vez la vi corriendo *cuesta abajo* debido a un cabeceo del barco, y cuando vi que llegaba a salvo a la barandilla entre las puertas de los camarotes, desvié la vista y seguí adelante. Seguía con su «ropa de faena» y yo no podía por menos de aplaudir su decisión. Una vez que se ha acostumbrado uno a una visión que al principio resulta escandalosa, hay poco que lo pueda desconcertar ante el espectáculo de una dama que lleva «calzones». De hecho, si se tienen en cuenta las posibles incomodidades y *revelaciones* que el atavío correcto de una dama en tierra podría provocar en un barco que cabecea, guiña y se balancea, los calzones, o una forma adecuada de ellos para las damas, podrían resultar más adecuados que las faldas. Lo que es más, sin duda son más seguros, dado que las damas ya no tienen que oponer la corrección, y no digamos la decencia, a la seguridad, y preferir la muerte a la inmodestia, como aquella niña del cuento francés.

En todo caso, estaba destinado a volver a enfrentarme con ella y en

circunstancias que más recordaban, aunque ella estaba consagrada al enfermo, a una comedia. Había estado yo paseando, o más bien tambaleándome, por el combés, pues ahora el tiempo parecía tan bueno que, cuando era posible, había cesado de hacer uso de las barloas de seguridad. A veces, la cubierta oscura y empapada estaba bañada en el blanco sucio de la sal bajo la cual el viejo maderamen mostraba astillas enmohecidas y acá y acullá la estopa entre la brea de las costuras, como si fueran cabellos. No era, cabría pensar, un lugar en el cual la mente humana pudiera contemplar otra cosa que su final definitivo. Pero, en la medida en que lo pudiera ver yo, nadie lo hacía. Nos habíamos acostumbrado al peligro; a algunos de nosotros ya nos era indiferente; algunos —por ejemplo, Bowles— se hallaban en un estado de pavor permanente, otros nos sentíamos endurecidos por él y otros consideraban que era una fuente de diversión, como el joven señor Taylor, que cantaba, silbaba y reía de una forma que los más reflexivos de nosotros, como yo mismo, considerábamos positivamente demencial. Uno, por lo menos, parecía estar por encima de asuntos tan triviales como la muerte. Era el señor Benét. Una vez que volvía yo de intercambiar unas palabras con el señor East en el frontón del castillo de proa vi que aquél salía de guardia y bajaba la escala de la toldilla. Llevaba en la mano un papel, tenía los ojos muy abiertos, mirando mucho más allá de nuestro mundillo sucio, y le iluminaba la cara una sonrisa de éxtasis. No me hizo caso cuando me acerqué a él, y siguió a toda prisa hacia el vestíbulo. Como, en la medida en que sabíamos todos, el trinquete estaba asegurado, pensé que había dedicado su atención a otra locura, a aquel plan demencial de hallar nuestra posición sin emplear un cronómetro. Era un plan que me pareció perfectamente posible comprender y corrí tras él. Llegué a la puerta del vestíbulo justo cuando él acababa de llamar a la puerta de la señora Prettiman y evidentemente había recibido respuesta, pues abrió la puerta de par en par, entró en el camarote y *¡cerró la puerta tras él!* Aquello era demasiado. Si *a él* no le importaba la reputación de la dama, *¡a mí sí!* Aunque de momento estábamos «cuesta arriba», yo me hallaba a tres cuartos del camino a la puerta y mi ira me hizo tan descuidado que un corcoveo de la nave me tiró boca abajo en la cubierta resbaladiza. Creo que quedé atontado un momento, pues no había hecho más que ponerme de rodillas cuando se abrió la puerta del camarote de la dama y, con un claro restallido de sus prendas enceradas, salió Benét trastabillando. Ya no llevaba papeles en la mano. La puerta se cerró de golpe tras él. La ondulación siguiente a la que me había hecho caer lo envió volando cuesta abajo, de forma nada marinera, al otro lado del vestíbulo. Ya no sonreía. Golpeó en el gran cilindro del palo mesana y quedó balanceándose por encima de mí. Después, cuidadosa y silenciosamente, bajó las escalas hacia la cámara de oficiales y desapareció.

¡Pero yo lo había visto! En la mejilla izquierda tenía unas huellas pálidas en la piel curtida, y durante los escasos momentos en que siguió estando visible, vi que aquellas huellas se convertían en la forma sonrosada de la mano de una

dama.

Sin embargo, mi deber estaba claro. El señor Prettiman no se hallaba en condiciones de defender a la dama. Ese ofrecimiento debía proceder de mí. Fui a la puerta y llamé. Al cabo de unos momentos, no diré que la abrieron, sino que la abrieron de golpe.

¡La verdad es que aquella dama me intimidaba! ¿Sería su edad? No lo creo. Ahora estaba allí, contemplándome como si yo hubiera sido Benét. A medida que la travesía se iba prolongando durante casi un año, sus propios años se habían ido haciendo cada vez menos evidentes a ojos de un espectador casual. Es cierto que el sol y el viento le habían oscurecido la faz hasta imprimirle un tostado uniforme más apropiado para una campesina que para una dama de la rectoría. El cabello, que solía atarse con un pañuelo, en lugar del gorrito que antes consideraba adecuado para su condición, tenía la costumbre de escapársele, pues era abundante. Tendía a atraer irritantemente la mirada. Ahora le colgaba en torno al rostro y los hombros. Por lo demás estaba totalmente impecable.

No tuve tiempo para ofrecerle mis servicios. Tenía las mejillas bañadas con el color escarlata de la indignación, pese a las atenciones del sol.

—¿Es que todos los jóvenes de este barco se han vuelto absolutamente locos?

Abrí la boca para replicar cuando ambos nos vimos interrumpidos.

—¡Letitia!

Era el señor Prettiman, que llamaba desde su lecho del dolor, y que ahora repetía la llamada en un tono que no parecía el propio de un inválido.

—¡Letty!

La señora Prettiman cerró la puerta tras ella y abrió la del camarote de su marido. Habló por encima del hombro:

—Quédese, señor Talbot, por favor. Deseo hablar con usted.

Cerró la puerta tras ella. De manera que allí me quedé, e, igual que un escolar que no sabe si ha de ir a hacer un recado o va a verse castigado por algo malo, pero teme lo peor, y alarga la oreja para oír (si puede) una pista acerca de cuál va a ser su destino, pero no logra traducir los sonidos que le llegan tan débiles desde un mundo de adultos, tampoco podía yo lograrlo. Pues, sin duda, el primer sonido que oí fue el de una ¡risa! ¡Él... un moribundo! ¡Ella, su devota esposa! Yo...

Se abrió la puerta del camarote de él y salió ella. Le abrí la puerta de su camarote para que pasara. Entró y se quedó junto al lavabo de lona, contemplándose la mano derecha. Con una exclamación de desagrado agarró un pedazo de tela y se frotó la mano vigorosamente. Vio que la miraba, se detuvo y después se dejó caer en la silla de lona de una forma que, de haber sido ella una muchacha, yo habría calificado de melindrosa. Se atusó parte del pelo con la mano derecha, pero sin ningún éxito, pues le volvió a caer encima de los ojos.

— ¡Cáspita!

Volvió a mirarme y tuvo la delicadeza de sonrojarse un poco.

— Ay, entre, señor Talbot. Tenga la bondad de dejar la puerta entreabierta. Hemos de actuar con decencia. No debemos manchar esa reputación de usted...

Supongo que se me había abierto la boca, pues pareció irritada.

— ¡Siéntese en la litera, por el amor del cielo! No puedo quedarme mirando al techo todo el tiempo.

Hice lo que me ordenaba.

— Por favor, señora Prettiman, no deseaba más que brindarle mis servicios. Al considerar que el señor Prettiman estaba incapacitado por sus lesiones...

— ¡Efectivamente, lo está!

— Por puro azar vi que el señor Benét importunaba a usted con sus atenciones...

— No diga usted nada más, señor mío.

— Le importunaba con sus ridículos versos...

La señora Prettiman suspiró.

— Eso es lo malo, señor Talbot. No son ridículos, salvo cuando se dirige a mí llamándome «Egeria». Es un joven de talento. El señor Prettiman y yo deseamos que se olvide este asunto. Sin embargo, me acuso en parte de él. Por lo general no soy persona irrazonable, pero que se dirijan a mí en esos términos, que me cojan la mano de ese modo, y que eso lo haga un hombre lo bastante joven para ser... para ser un hermano menor, señor Talbot.

— ¡Se merece que le den de latigazos!

— Nada de violencia, señor mío. ¡De una vez por todas, no estoy dispuesta a tolerarla!

— Tendría que avergonzarse de...

— Yo me avergüenzo. No estoy acostumbrada a esos sentimientos. Celebro decir que no los he merecido nunca.

Abrió la boca para manifestar mi acuerdo... y volví a cerrarla. Continuó ella:

— Estos extraordinarios acontecimientos: este tiempo horrible... esa multitud de almas sencillas que van a rendir homenaje al señor Prettiman... el acto de usted, bien intencionado, pero torpe...

Hizo una pausa un momento.

— Le ruego continúe.

— ¡Es que ya no se está muriendo! Desde que le golpeó usted en la pobre pierna rota, está bajándole la hinchazón. Quizá no pueda volver a andar. No está fuera de peligro. Pero el dolor se está haciendo soportable. ¿Cómo puedo sentirme avergonzada de que esté recuperándose? ¡Estoy encantada y avergonzada! ¡También él ha reconocido que, en algunos sentidos, si no fuera porque han cesado los dolores, también él se avergonzaría de ir mejorando! Él y yo, entienda usted: la situación nos ha hecho *conscientes*. Todo esto es absurdo, compéndalo usted. ¡Pero es verdad!

— ¡Lo comprendo, claro que sí! ¡No se muere! Pues toda nuestra situación

tiene un aire de comedia mágica. ¡El intelecto desdeña lo que el corazón sabe perfectamente! ¡Eso lo sé!

—¡Señor Talbot!, y eso lo dice usted a quien yo había considerado incapaz de...

—Sí, señora, totalmente. Pero, como dice usted, han ocurrido tantas cosas y, después de todo, el mundo está del revés, ¿no? ¡Todo está dado la vuelta!

—¡Eso son imaginaciones! Todos cambiamos. Es el peligro, supongo, que nos muestra a cada uno como es auténticamente; nuestro adusto capitán, el hombre adecuado para hacernos llegar a nuestro destino, este barco podrido que logra seguir a flote, y todos los planes cuidadosamente trazados por el señor Prettiman que se van al garete.

—¡Pero está mejorando!

—Es muy posible. Pero no logro concebir que jamás logre utilizar la pierna como antes. ¿Cómo va a ir a examinar la situación de los desterrados? ¿Cómo podrá soportar las dificultades de la exploración, de conducir a un grupo de delincuentes arrepentidos y de colonos al interior de ese continente en busca de su tierra prometida?

—Comprendo.

—¡Aloysius Prettiman, que iba a ser al mar del Sur lo que Tom Paine fue al Atlántico, cojo y con necesidad de ayuda cuando había esperado ser el líder!

Lo que se me ocurrió inmediatamente fue pensar *«esto es una fantasía»*, pero no lo dije.

—¡Estoy seguro de que nuestro gobierno ayudará, señora!

Ella había estado mirando, por así decirlo, al otro lado de la amurada, como hacia un panorama remoto. Entonces se volvió hacia mí y me sonrió, me pareció que amargamente.

—¿A fundar la Ciudad Ideal? Señor mío, tiene usted una inocencia que resulta encantadora. ¡El señor Prettiman me ha revelado todas las conspiraciones y las maniobras del gobierno! Tenga usted la seguridad de que conocían sus intenciones antes incluso de que zarpáramos. Ahora no importa que sepa usted lo que quizá les hayamos ocultado, pero él... nosotros... llevamos una imprenta a bordo.

Pareció como si el aire en mi derredor, y especialmente en torno a las orejas, me ardiera, pero no supe qué decir. Pareció como si todo mi yo quedara repentinamente abierto para que lo inspeccionara ella. Volví a verme en aquel despacho de altos techos ante el enorme escritorio.

«A propósito, Talbot. Va usted a ir en el mismo barco que Prettiman con su imprenta. Esté usted atento.»

—¿Ha dicho usted algo, señor mío?

—Yo voy a formar parte, por pequeña que sea, de ese gobierno.

—¡Mi querido señor Talbot! ¡No estaba pensando en usted! Ahora creemos que tienen un espía a bordo.

—¡Un espía!

—Un agente del gobierno, si prefiere usted los eufemismos. De hecho —y en aquel momento miró primero por la puerta abierta y después se volvió otra vez hacia mí—, el señor Prettiman cree que el accidente que lo ha dejado inválido quizá no fuera un simple accidente.

—¡Eso es imposible!

—Acerque usted un poco la cabeza, señor mío. Voy a hablarle en voz baja. Cree que la mascarada del señor Bowles, fingiendo que es pasante de abogado, es transparente.

—¡Bowles!

—Es natural que se asombre usted. Bueno, así están las cosas. ¿Qué debemos hacer?

—Creo que deberían volver los dos a casa.

—¿Cree usted que únicamente en Inglaterra, en Europa, va a hallar los cuidados médicos que podría devolverle un mínimo de movilidad? ¡No lo van a desviar de su propósito con tanta facilidad!

—De todos modos, es una buena noticia que esté mejorando. Volvamos al señor Benét. Si sigue molestándola, puede usted indicármelo. Cogeré sus versos y lo invitaré a...

—Ojalá fueran las cosas así de sencillas. Como he dicho, sus versos no son en absoluto ridículos. Éste concretamente, aunque me mencione a mí como su «Egeria», es pomposo, pero fluido y muy superior a lo que cabría esperar de un oficial de la Armada. Si se suma a sus dos invenciones, que según se dice han salvado nuestras vidas...

—Yo mencionaría en primer lugar el atortoramiento inventado por el teniente Summers. Ese, sobre todo, ha sido el agente principal de nuestra salvación. ¡Pero si incluso en la última tempestad logró mantener el barco sin desencuadernarse! Créame que el señor Summers...

Levantó la mano, sonriendo.

—Lo comprendo a usted. No necesita seguir. ¡Créame usted *a mí* que incluso en los momentos en que sus desconsideradas presunciones han sido más irritantes, ha seguido usted siendo tolerable por la evidente admiración que sentía por ese hombre tan digno!

Aquello fue como una bofetada. Pero, claro, pero como ya he dicho, la señora Prettiman sabía muy bien cómo aplicar los castigos. Me sentí irritado y debería haber dicho algo así como: «Para una dama que se dedica a las cópulas premaritales...», pero no lo hice. Mientras aquellas palabras me resonaban en la cabeza, me escuché utilizando otras.

—¿Le parece imposible dejarme leer los versos dirigidos a Egeria?

—Totalmente imposible. Se dirige a mí en términos tales que me hacen sonrojar.

Una vez más, las palabras que me vinieron a la cabeza quedaron desplazadas por otras:

—A lo mejor yo estaría más de acuerdo con los versos de lo que pudiera

usted suponer, señora Prettiman.

¡Ah, aquello era intolerable! ¡Me contemplaba totalmente estupefacta!

—Desearía pedirle algo, señora. ¿Puedo ver al paciente?

—Creo que está dormido... eso espero. Como ya no nos queda láudano el sueño es algo precioso y difícil de hallar.

—Entraría en silencio y me quedaría a su lado hasta que se despertara.

Pareció dudarlo. Insistí.

—Créame, cuando lo conocí, al principio supuse toda una serie de cosas acerca de su marido que podrían proceder de las caricaturas políticas más groseras. Pero la primera vez que lo vi en la cama... bien. Ahora recuerdo la forma en que le golpeé en la pierna (aunque quizá sin saberlo lo haya ayudado a recuperarse) como un momento que me perseguirá toda la vida: el momento en que le infligí tal agonía que se desmayó.

—¿Y...?

—No sería yo humano si no deseara felicitarlo por su mejoría, condolerme por su impedimento y manifestarle mi hondo pesar por los sufrimientos que le causé.

—Imposible decir palabras más justas, señor Talbot. ¿Es que ha estado usted pensando esos períodos tan graves y los había dejado en reserva?

No dije nada. De pronto empezó ella a hablar, no sé de qué, pues ahora me tocaba a mí levantar una mano.

—No diga más, señora Prettiman. Mi carácter me lleva a hablar así a veces. Por lo general hace que la gente me crea de más edad que la que tengo.

—Eso supongo. Pero ya se le pasará.

Me quedé un momento callado. ¿Quién era ella para criticarme? ¡Una dama, una mujer, que se había comportado como una vulgar mujerzuela!

—No deseo que «se me pase». Y ahora, señora, ¿puedo visitar al paciente?

Me miró inexpresiva mientras manifestaba su asentimiento.

(16)

Salí del camarote de la señora Prettiman y cerré la puerta a mis espaldas, sin volverme a mirarla. Me quedé unos momentos en el tambaleante vestíbulo y reflexioné. Había pretendido ser en todo momento digno y severo con ella... ¡Pero así son las cosas!

Recordé la carta que me había dado aquel hombre cuando pensaba que estaba a punto de morir. ¿No desearía recuperarla ahora que iba mejorando? Pero en mi traje de faena no tenía bolsillos en los que llevar la carta sin arrugarla, y no deseaba llevarla abiertamente en la mano. Podría mirar ella, verla y hacer preguntas que pondrían en marcha una serie interminable de complicaciones y confusiones. En consecuencia, abrí la puerta del señor Prettiman tan silenciosamente como había cerrado la de ella, aunque se produjo un golpeteo sibilante del otro lado de la pared cuando una lengua del agua que nos cercaba golpeó en la quilla y cerró la puerta de golpe detrás de mí. Como ya he dicho, seguía yacente de proa a popa, tal como lo habíamos dejado. Avancé cautelosamente y me senté en la silla de lona a su lado. Ya no había un bulto que le levantara la ropa de cama a la altura de la cintura. También habían desaparecido las mantas. No estaba cubierto más que por una sábana de algodón y un chal tejido. El aire no era precisamente tonificante. ¡Tal adjetivo estaría fuera de lugar en el cuarto de un enfermo! Pero al verlo tan poco tapado adquirí una conciencia repentina del otro cambio producido en nuestras circunstancias. Podíamos seguir teniendo agua en torno a los pies y los tobillos, podía haber condensación que después bajaba por las paredes, por las mamparas, ¡pero por fin nos estábamos acercando, si es que no habíamos llegado ya, a la primavera del sur! ¡De continuar así, pensé, nos íbamos a encontrar nuevamente aparejados para la «calma chicha»!

El señor Prettiman tenía cerrados los ojos y respiraba con calma. Seguía demacrado y con profundas arrugas, pero ahora en aquellas mejillas hundidas se veía una débil huella de color cuando antes no había más que sombras. Tenía

las manos fuera de la sábana, una de ellas sobre un libro abierto. Me incliné hacia adelante por natural curiosidad, pero debí de molestarlo en algo. Volvió la cabeza en la almohada y se le modificó la respiración, que se hizo más difícil. Me quedé inmóvil cual una estatua, por temor a haberlo vuelto a hacer daño. Pero después regularizó la respiración, retiró la mano del libro y se levantó una de las páginas, de forma que pude ver de qué se trataba.

—¡Dios mío! ¡Píndaro!

Abrió los ojos y giró la cabeza.

—Usted. El joven Talbot.

—La señora Prettiman dijo que a su juicio no importaría a usted que viniera a tomar asiento junto a su litera hasta que se despertara usted, señor mío.

—Tenía que moverse, ¿verdad? ¿Tenía que hablar? ¿Tenía que despertarme?

—¡No, señor Prettiman! Lo dije... involuntariamente.

Apareció la huella de una sonrisa.

—¿Y qué suponía usted que quería decir yo? Pero no importa. Dijo usted «Píndaro».

—Sí, señor. Ahí junto a su mano.

—Cuando hay que yacer de espaldas, sólo el hecho de sostener un libro se convierte en una prueba. Estaba mirando una cita y me adormilé. Es algo que hay en la sexta olímpica. Dice: «φύονται δέ και νέοις έν άνδρασιν πολιαί...»

Reconocí las palabras.

—«Nacen canas incluso entre los jóvenes» y sigue diciendo: «acá y acullá, antes de la edad que les corresponde». Pero no es la sexta. Es la cuarta, justo al final. ¿Me permite...? ¡Ahí!

—¡Usted lo sabe!

—Bueno, señor mío todos lo estamos pasando bastante mal, ¿no? Supongo que también yo podría encontrar una cana o dos si buscara.

—¡No me refiero a eso, muchacho! ¡Griego! Ha seguido usted estudiándolo... ¿por qué?

—Es que me gustaba, señor mío, supongo. Lo leo de vez en cuando.

—Un muchacho de su edad que sigue sabiendo griego puede ser totalmente torpe, quizá tonto, pero con algún atisbo de una visión más amplia.

—¡No soy precisamente un muchacho, señor Prettiman!

—¡Tampoco es usted precisamente un hombre maduro! No me responda. Debo presentarle mis excusas por no mirarlo a los ojos todo el tiempo, pero tengo que yacer de espaldas, usted comprende. Es la pierna. Supongo que tendré que cojear durante toda mi vida. ¿Cómo se puede viajar así? Supongo que los cirujanos me entablillarán. ¿Cree usted que podré montar a caballo?

—No puedo decirle.

—A lo mejor puedo montar a lo amazona. La señora Prettiman montaría a horcajadas, claro, con sus calzones —se le inició una risa en el pecho que nunca llegó a la superficie, salvo para sacudirla una o dos veces—. «Aquí llegan los

Prettiman», dirán. «¿Cuál es cuál?»

—He venido a decirle, señor mío, que deseo felicitarlo por su mejoría y presentar excusas por mi participación en ella.

Ahora sí que se rió, con una larga carcajada. Se le saltaron las lágrimas.

—«¡Presentar excusas por mi participación en ella!» ¡Ay, la cadera!

—Comprendo lo que dice usted, señor mío, y efectivamente resulta divertido... o eso pensaría yo de no haberlo dicho yo mismo. Pero lamento sinceramente el horrible dolor que le causé.

—Desde luego, me dio usted un buen golpe, Talbot. Pero sin él, seguiría estando muy mal. El que le metan a uno de golpe el fémur en el tronco no resulta muy divertido, se lo aseguro. Bien. De forma que sabe usted más griego que el que le obligaron a aprender. Latín, naturalmente. Pero no hablemos del latín. Es un idioma para sargentos. Entonces, ¿por qué lee usted en griego? ¡Vamos!

—No lo sé. Quizá por entretenerme. No, no es eso. Glauco y Diomedes...

—¿Por esnobismo intelectual? ¿Por saber más que los demás? ¿Por pertenecer a una élite?

—Sí, hasta cierto punto. ¡Pero también hay otras cosas, como sabe usted muy bien!

—¿Ambiciosa usted llegar a obispo?

—No, señor. Pero no se preocupe usted por mí, señor Prettiman. Ya le he dicho cuán sinceramente lamento el dolor que le causé. Y ahora me marcho.

¡Dios mío, yo estaba hablando exactamente igual que el cura Colley! Pero el enfermo hacía unos movimientos nerviosos de negación con la mano derecha.

—¡No se vaya!

—Creo que no soy un interlocutor adecuado para usted, caballero, de forma...

—¡Mi querido señor Talbot! ¿Le gusta a usted que lo llame así? Si llevara usted días obligado a contemplar un techo pintado de blanco a sólo dieciocho pulgadas de la cabeza, no sé como lo llaman los marineros...

—Los lobos de mar, señor mío, lo llamarían «el entarimado de cubierta». ¡Debo decir que me siento halagado de que se me considere algo más interesante que unas tablas pintadas de blanco!

—Sus opiniones me interesan mucho. Algunas de ellas se me han comunicado, mientras que otras debo confesar las he oído involuntariamente, ¡pues ya sabe usted que tiende a hablar con una voz muy alta, por no decir autoritaria!

—Como evidentemente...

—¡Le he dicho que no se vaya!

—¡Eso sí que ha sido autoritario!

—Efectivamente. Tenemos que ser amables el uno con el otro. Vuélvase a sentar, ¡por favor! Eso es. Bien. ¿Para qué hace usted el viaje?

—Hace unos meses habría dicho que era a fin de prepararme para ocupar

un puesto de responsabilidad en el gobierno de mi país. Ahora mis ambiciones han cambiado algo.

—Desde que el *Alcyone* llegó a la deriva con sus damas... ¡Bueno, siéntese! ¿Cree usted que algo así se puede mantener en secreto? ¡El matrimonio es una declaración pública! ¡Yo debería saberlo!

—No puedo sino desear que efectivamente hubiera sido una cuestión de matrimonio... pero no creo que nuestras circunstancias sean las mismas.

—¡Desde luego, espero que no! La alianza considerada de dos personas consagradas a mejorar la condición humana no se debe comparar a la ligera con...

—«¡Ay de quien enseña a las llamas a arder!»

—Inició usted su viaje con la objetividad de la ignorancia y lo termina con la subjetividad del conocimiento, el dolor, la esperanza de indulgencia...

—Y usted, señor mío, lo inició con la intención confesada de provocar la agitación, de perturbar esta sociedad de las antípodas creada únicamente para su propia mejora. ¡Es un noble gesto que brinda libertad y rehabilitación incluso a los elementos criminales de nuestra propia sociedad!

—¿Conoce usted «nuestra propia sociedad»?

—¡He vivido en ella!

—Escuela, universidad. Casa de campo. ¿Ha visitado usted alguna vez un barrio bajo?

—¡Dios mío, no!

Las casas de los jornaleros en las fincas de su padre. ¿Duermen los jornaleros en camas?

—Están acostumbrados al suelo. Les agrada. ¡No sabrían qué hacer con una cama, con las cuatro patas y todo eso!

—No sabe usted nada.

—Evidentemente, señor Prettiman, posee usted la verdad universal. ¡A algunos no nos resulta tan fácil hallarla!

—Algunos no intentamos encontrarla.

—El orden establecido...

—¡Es perverso!

Lo dijo con una especie de grito que lo dejó convulso. Lo sucedió... lo apagó uno de aquellos gritos espantosos que tanto me habían desconcertado. El cuerpo que antes se había agitado bajo la ropa se estremecía ahora como en un extremo de pasión, pero era de dolor. Había vuelto a palidecer. Le corría el sudor mientras rechinaba los dientes. Se abrió la puerta y entró corriendo la señora Prettiman. Miró rápidamente de él hacia mí. Después le sacó un gran pañuelo de debajo de la almohada y le enjugó la cara. Le murmuró algo. No entendí más que la palabra «Aloysius» y la palabra «calma». Pareció que le empezaba a remitir el dolor. Estaba volviendo a levantarme de la silla para retirarme de aquella escena privada, cuando él sacó la mano y me agarró de la muñeca con firmeza.

—Quédese, Talbot. Letty, aquí tenemos un espécimen. ¿Qué dices? ¿Probamos a ver si se puede hacer algo con él?

La palabra «especimen» tenía una connotación médica exacta, que yo supiera. Pero, para mi sorpresa, el señor Prettiman siguió agarrándome de la muñeca, en lugar de dejarme salir. En cambio, la señora Prettiman —y ahora advertí que llevaba los cabellos correctamente cubiertos y ocultos— no dijo nada, sino que asintió solemne y después se retiró. Temí que estuvieran a punto de obligarme a hacer alguna de esas desagradables cosas médicas, pero el enfermo se limitó a continuar nuestra conversación de antes.

—¿Entonces, qué es lo que *conoce*, señor Talbot?

Reflexioné.

—Conozco el miedo. Conozco una amistad que cambiaría una armadura de oro por otra de bronce. Sobre todo, conozco el amor.

—¿Ah, sí? ¿No se estará usted pavoneando? ¿No estará usted presumiendo? ¿No estará usted persiguiendo sus propios intereses?

—Quizá, pero sin él no sería más que un cuerpo insensible. Y, mucho antes que San Pablo, ¿no afirmó Platón que podemos ascender de un amor al otro?

—¡Bien dicho, muchacho! ¡Muy bien dicho! Encima de la cama tengo un libro. Creo que es el tercero. Por favor, bájelo. Gracias. ¿Querría usted leerme?

—Está en francés.

—¡No hable usted despectivamente de un idioma sólo porque conozca usted otro superior!

—Si le he de decir la verdad, mi padrino me hizo leer tanto a Racine que logró que me desagradara toda la literatura francesa.

—Esta obra es de un maestro que podría compararse con cualquiera de los clásicos, salvo los más grandes.

—Muy bien, señor mío. ¿Qué quiere usted que lea?

Y así, moviéndonos entre cabeceos y guiñadas, en medio de los chirridos del maderamen y el rugido del viento, me hallé, mientras íbamos avanzando hacia la costa desconocida, sentado junto al lecho de un hombre igual de desconocido y de extraño, y leyendo en voz alta, con un acento que parecía satisfacer al señor Prettiman, aunque poco se parecía al señor Benét, el *Candide* de Voltaire. Me había dicho, y ahora veo que era inevitable, que le leyera los pasajes relativos a Eldorado. Mientras leía, empezó a percibirse en el señor Prettiman un cambio asombroso. Asentía de vez en cuando, movía los labios, y sus ojos, como si no se limitaran a recibir la luz, sino que pudieran modificarla, parecían brillar como una fuente interna de luz propia. Se le iluminó la cara, parecía murmurar palabras, pero no las pronunciaba, por la atención con que escuchaba. Cuando le leí las palabras del *bon vieillard*: «no rezamos a Dios, él nos da lo que necesitamos, le estamos eternamente agradecidos, ¡no necesitamos sacerdotes, todos somos sacerdotes!», me interrumpió al fin y exclamó:

—¡Sí, sí, eso es!

Ahora me tocaba a mí interrumpir.

—¡Pero, señor Prettiman! Esto no es más que una ampliación de lo que dice Píndaro: lo de las islas Afortunadas; lo tiene usted ahí mismo, bajo la mano, ¡permítame!

Tomé el libro, encontré el lugar y se lo leí: «ἀπονέστερον ἔσλοί δέκονται βιοτον, οὐ χθόνα ταρασσοντες ἐν χειρός ἀκμφ...», etc.

Cuando terminé, recuperó el libro, contempló el texto sonriendo y murmuró una traducción:

—«Reciben una vida fácil, sin perturbar la tierra con sus manos robustas ni agitar el agua salada para arrancar magro sustento...»

—¡Y el resto, señor mío! ¡Se regocijan ante la *presencia* de los dioses! Está la torre de Cronos; las brisas del mar, las flores doradas que resplandecen...

—Sí, sí, lo recuerdo. Podría decirle a usted, Edmund, que tuve que aprenderlo todo de memoria por obligación y ni siquiera aquello bastó para estropearlo. Ha sido... muy perceptivo por su parte compararlo con Eldorado. Ha leído usted mucho, muchacho... ¡y además lee muy bien!, pero no olvide usted la diferencia entre Píndaro y Voltaire. Píndaro habla de un país mitológico...

—¡Y también Voltaire, sin duda!

—¡No, no! ¡Bueno, no me cabe duda de que, hablando literalmente, Sudamérica era muy diferente del país que descubrió Candide! ¿Cómo podría ser de otro modo en un país devastado por la Iglesia Católica Romana?

—No habían llegado allí.

—Pero sí que había un Eldorado y lo volverá a haber.

—Se está excitando usted demasiado, señor mío. ¿Quiere que...?

—Para eso es este viaje, compéndalo. ¿Lo entiende? ¿Cómo voy a...? Estoy inválido. No será para mí, para mí no. Yo quizá llegue a ver la tierra prometida, ver una de las distantes cumbres de Eldorado, ¡pero el país en sí será para otros!

—¿Y de *eso* se trata este viaje?

—¿Qué si no? Habríamos ido con una caravana de presos liberados, con nuestra imprenta, inmigrantes de buena voluntad, mujeres presas o pobres jóvenes que siguen a sus hombres ignorantes...

—Está usted febril, caballero. Voy a llamar a la señora Prettiman.

—Quédese.

Permaneció en silencio un rato. Yacía callado y después habló con la cabeza sobre la almohada y los ojos cerrados.

—Parece que voy a... sobrevivir si sobrevive el barco. Cierta documento que le confié...

—Me lo estaba preguntando, señor mío. ¿Quiere que se lo traiga?

—Espere. ¿Por qué trata usted siempre de adelantarse a las cosas? Estoy obligado a seguir en cama. La señora Prettiman está consagrada a mi cuidado. No se le debe perturbar con la visión de tal misiva, no debe *siquiera saber* que la confié a sus manos.

—Naturalmente, señor mío.

—O sea, que no la traiga usted al camarote. Tírela al mar.

—Si eso es lo que usted desea, señor mío.

—Le repito que espere. Esto me resulta... difícil. Debe usted saber, Edmund, que la dama es como la tierra a la que nos acercamos.

—¿Dice usted?

—¡Dios mío! ¿No tiene usted cabeza, muchacho? ¡Inmaculada, señor mío!

—¡Ah, *eso*! Yo... celebro saberlo, señor mío. Naturalmente...

Me interrumpió, contemplándome con aquella ira que tan rápidamente le llegaba al corazón y a la boca.

—¿Lo celebra? ¿Lo celebra? ¿Por qué lo «celebra»? ¡Y nada de «naturalmente», señor mío! De no haber tenido yo la mala suerte de dislocarme la cadera, ahora la dama no sería inmaculada... es decir...

—Ya entiendo, señor mío. No necesita decir más. Lo haré inmediatamente y con la mejor voluntad...

—Sin prisas, con naturalidad, muchacho... Debería decir hombre, ¿no?

—Espero que sí, señor mío. Pero sería mejor que me llamara Edmund y de tú.

—No podemos hacer que un joven vaya corriendo por el vestíbulo, blandiendo un papel en el aire como si fuera, como si fuera...

—¿El teniente Benét? Seré discreto.

—Y, Edmund: lees muy bien.

—¡Gracias, señor mío!

—También la señora Prettiman. Pero, naturalmente, no sabe griego. Es demasiado para el cerebro de una mujer.

—Lo dudo en el caso de la señora Prettiman, señor mío. ¡Ha habido algunas damas...! Pero lo entiendo. Celebraré mucho, incluso me sentiré halagado de leerle a usted en su lecho del dolor. Y ahora, si me permite...

—Siempre que desees volver... si no estoy durmiendo...

Me marché con toda una serie de sensaciones encontradas de las cuales la mayor, por extraño que parezca, era la alegría. Era una sensación que a partir de aquel día relacionaría con él y con ella. Cuando me volví a acordar de la señorita Chumley —¡la jovencita más adorable y de más sentido común!— lo único que pensé es que ella habría estado de acuerdo conmigo en que eran agradables aunque estuvieran equivocados, mientras que yo...

¿Qué voy a decir? Por muchas tonterías que dijera el señor Prettiman —y nunca me he convencido del todo de que fueran tonterías—, quien las escuchaba se marchaba con una sensación de bienestar, de ilustración, de sentir que *sí*, que era verdad, que el universo era algo grande y glorioso y que aquellas aventuras del cuerpo y del cerebro eran la mayor de las cosas... ¡sensación que iba desapareciendo naturalmente, desde luego, cuando otras consideraciones las superaban y las ocultaban!

Y así, pues, empezó la que fue para mí la aventura más extraña de nuestra

larga travesía. Todavía renqueantes, pero con un tiempo que no parecía pasar nunca del nivel de una ventolina favorable, seguíamos corriendo hacia el este, hacia nuestro objetivo, y la vida seguía *irradiada* por el carácter de ambos, pues a veces ella traía su propia silla de lona y se sentaba a mi lado mientras yo le leía a él. ¡Eran completamente distintos de toda la gente que había conocido yo antes! Él era como un viejo profesor, pero no tenía nada de risible, salvo su capacidad para la cólera explosiva. Aparte de aquello, su mente recorría con agilidad el universo del espacio y el tiempo, al igual que el otro universo de los libros. ¡Y ella seguía su orientación, pero no tenía empacho a la hora de diferir de él y a veces nos llevaba hacia donde no se nos había ocurrido ir! La Corona, el principio de los honores hereditarios, los peligros de la democracia, el cristianismo, la familia, la guerra... ¡De hecho, había ocasiones en que me parecía que me había despojado de toda mi educación, igual que podría uno irse despojando de su armadura y quedar desnudo, indefenso, pero libre!

Después, tras una siesta al atardecer, pasaba la guardia de media con Charles, le llevaba ideas y las sometía a la prueba de su absoluta integridad. ¡Me encontré con que yo nunca había examinado una idea antes de entonces! ¡Haber leído a Platón y no haber sometido a prueba una sola idea! Parece imposible, pero no lo es, pues yo lo había hecho.

(17)

No podían haber pasado más de un día o dos después de conocer mejor al señor Prettiman, cuando advertí un cambio en Charles. Guardaba más silencios que antes. Al principio creí que le preocupaba el estado del barco, pero no era eso. El hecho era que consideraba mi repentina estima por el filósofo social extraña, por no decir incomprensible. Charles no generalizaba. No quería examinar las ideas de la libertad, la igualdad y la fraternidad, sino que despreciaba ese moderno trío debido a la forma en que lo había aplicado la Raza Gálica por medio de la guillotina y de la espléndida maldad del Corso. Él siempre pensaba en lo práctico.

—¡Edmund, no te vas a hacer ningún favor con el gobernador de una colonia penal si vas expresando esas ideas como si las aprobaras!

La verdad es que Charles pisaba terreno muy firme. Al contrario que las mías, sus ideas se habían visto sometidas a prueba en el fuego de su religión, las de Prettiman en las crueldades y las tempestades de la condena social, el ridículo, el rechazo. Habían pasado pocos días después de haber empezado yo a leer y a discutir con Prettiman cuando reproché a Charles sus silencios. Su respuesta —si se me permite, en solidaridad inconsciente con él, volver a hablar a lo lobo de mar— *¡me fondeó con todo el aparejo!*

—Te estás distanciando de mí, Edmund. Nada más.

Lo agarré del brazo.

—¡No! ¡Jamás!

Pero era verdad. Me seguía agradando igual, seguía estando dispuesto a hacer todo lo posible por él. Pero en el contexto del mundo que Prettiman estaba abriendo a mis ojos, Charles quedaba... empequeñecido. Yo comprendía su enfoque práctico, la manera en que se aferraba, preocupado, a su posición en el barco, su batalla contra los celos y el despecho, su consagración a las *costumbres del servicio en la mar*, que no le permitían criticar a su capitán, ¡ni siquiera cuando su capitán se equivocaba! Veía, y admiraba, su sencilla bondad.

Sin duda, me decía a mí mismo, es más que suficiente. Recordaba la forma en que me encontró ropas secas en un momento en que aquello parecía un milagro en un buque empapado. Pensando en ello fue cuando advertí por primera vez cómo había logrado liberarme de mi conejera fantasmal cuatro horas de cada noche. ¡Entonces recordaba a Glauco y Diomedes, la armadura de bronce que me diera Charles y la armadura de oro que yo había jurado darle! La única armadura que Charles consideraría de oro sería la del ascenso a capitán de navío.

¿Pero, Charles? No me cabía duda de su valor. Sus conocimientos de la economía de un barco eran totales. Pero, ¿Charles como capitán de un navío, al mando de un barco, un barco de guerra con el futuro de nuestro mundo en sus manos?

Osé plantear mi problema al señor y la señora Prettiman. Prettiman me pidió que realizara la labor de *desenredar* el asunto para volver hasta donde había comenzado y comprendí, por fin, que sencillamente yo había prometido más de lo que podía o debía prometer o realizar. El señor Prettiman se negó a ayudarme.

—Naturalmente, debes hacer lo que te parezca correcto. Si no crees que merezca estar al mando de un barco, debes decírselo.

¡Naturalmente, yo no podía decírselo! ¿Quién era yo para hacer eso? El resultado fue que entonces yo también guardaba períodos de silencio durante la guardia de media, que se sumaban a los silencios que guardaba Charles. ¡Ah, y pensar que yo había considerado aquella travesía como una simple aventura! ¡Cuántas ramificaciones había tenido, cuántos efectos en la mente, en el carácter, cuánta emoción, cuánto aprendizaje triste, cuántas tragedias por futesas y cuántas comedias dolorosas en nuestra vieja carraca filtrante! ¡Qué conocimiento tan vergonzoso de uno mismo! Pues al reflexionar sobre mi problema, incluso imaginé que alguien pudiera decir en el futuro —cuando por fin mi marino recomendado hubiera demostrado que no tenía capacidad como capitán de navío—: «*ya se sabe, uno de los recomendados de Talbot*». A veces pensaba, y con gran amargura, que la única cualidad humana cuyas profundidades no tenían límites era mi mezquindad personal.

Aquellas reflexiones se vieron interrumpidas por otro cambio en nuestra sociedad. Era la cuestión de la longitud en la que nos hallábamos. Yo sabía que Benét y el capitán estaban inmersos en altas teorías de navegación, pero no había pensado mucho en ello. El sombrío Bowles me puso al día. Me demostró con agua que vertió sobre la mesa del salón el problema que se le planteaba al capitán. Tarde o temprano teníamos que acercarnos al nuevo continente. Pero, aunque sabíamos dónde estábamos a babor o estribor, por así decirlo, no podíamos definir nuestra posición a proa y a popa. Por decirlo en una sola frase, ¡si no sabíamos exactamente cuál era nuestra longitud, podíamos dar en tierra antes de verla! La solución adoptada por los marinos en épocas anteriores había consistido en ponerse al paio en las horas de la noche y no avanzar hasta

que había suficiente luz. Naturalmente, ése era un lujo que nuestro capitán, con la tripulación a una media ración que sólo los que tuvieran buenas dentaduras podían aprovechar, no podía permitirse. Añádase a nuestra incertidumbre la corriente circumpolar, que podría o no estar ayudándonos a llegar a nuestro destino, y se verá la exacerbación adicional que me infligió la confiada afirmación del teniente Benét de que podía averiguar nuestra longitud sin un cronómetro. Traté de prescindir del disgusto que me inspiraba aquel hombre y, como sabía a qué hora le tocaba guardia, lo abordé desde mi puesto habitual junto a las cadenas de mayor.

—Desearía unas palabras con usted, señor mío.

—¿Un duelo?

—No de momento...

—¡Ah! O sea, ¿que volvemos a hablarnos?

—Esa cuestión de la longitud y los cronómetros...

—Creía que se trataba de pistolas. ¡Dios mío, señor Talbot! ¿Cree usted que el capitán Cook llevaba cronómetros?

—¡Naturalmente!

—¡Pues no!

Con esas palabras subió de un salto las escaleras, porque la guardia de servicio iniciaba el ballet que interpretaba cada cuatro horas durante el minuto o los dos minutos antes de que sonara la campana. Lo seguí, pero ya estaba sumido en una conversación con Anderson. Incluso cuando cambió la guardia y el señor Askew descendió de la toldilla, Benét y Anderson siguieron hablando acerca de las lunas de Júpiter. Hablaban de astronomía como si fuera una partida de pelota: eclipses, paralajes, perigeos y apogeos, y empecé a tener la incómoda sensación de que ambos tenían conciencia de mi presencia y me excluían deliberadamente.

—Distancia lunar, señor Benét. De acuerdo. Pero la verificación...

—El paso de Calypso. Se lo exponremos a sus señorías: ¡el método Anderson-Benét!

¡Anderson lanzó una carcajada! ¡Lo juro!

—¡No, no! ¡Es todo mérito suyo, muchacho!

—No, mi capitán... ¡insisto!

—Bien. Más vale que primero consiga usted que funcione.

El mensaje estaba claro. Incluso así, el contraste entre aquella pareja tan animada —fuera su «método» práctico o no— y el pobre Charles, atento sólo a su deber, era tan evidente que resultaba doloroso. Me quedé allí, contemplando ostensiblemente el oleaje, tanto tiempo que me fatigué. Pero aquellos dos siguieron sin hacerme caso, y al final no me quedó más remedio que irme. Fue una de esas derrotas que resultan tan fáciles de describir en cuanto a sus resultados y tan imposibles de resumir en cuanto a sus efectos totales. Bajé, sabiendo que habían hecho caso omiso de mí en relación con un asunto que no sólo afectaba a la Armada, sino a todos los hombres, mujeres y niños del barco.

Habría necesitado algo más que toda aquella seguridad que sentía yo cuando llegué al barco para interrumpirlo; pero no se me ocurría exactamente por qué.

Bajé cautelosamente las escalas, pues aquel día el barco se movía más. El agua entraba a bordo incluso en el combés, cosa que antiguamente me habría parecido notable, aunque ahora resultaba corriente. Varias pulgadas de agua transparente se desplazaban a cada cabeceo sobre el maderamen recién limpiado del aceite de Charles; un maderamen entre cuyos intersticios, cada vez que pasaba bajo nosotros alguna molesta configuración marina, la estopa suelta se agitaba a uno y otro lado, como gusanos en un campo inundado. Iba avanzando malhumorado hacia el salón, cuando vi que el viejo señor Brocklebank, con las piernas separadas, con su figura alta y gruesa envuelta en el sucio capote de viaje, abría la puerta, y decidí que no quería intimar más con él. En consecuencia, fui a la puerta del señor Prettiman y le pregunté si podía leerle algo. Se alegró de verme, dijo, pues había pasado la noche en vela, ahora que se había agotado el paregórico o láudano. Sus dolores no eran grandes, pero sí persistentes, me dijo, lo cual resultaba fatigoso. Me pareció que tenía aspecto febril, pues ahora tenía mucho color en el rostro y los ojos le brillaban de forma poco natural. No quiso que le leyera nada. Dijo que no podría fijar la atención. En cambio, sí quería saber cuál era el estado del barco. Dijo que notaba que el tiempo había vuelto a empeorar. Le comuniqué que, efectivamente, las aguas se movían más, pero que avanzábamos magníficamente. Seguí diciendo —y entonces entró la señora Prettiman— que la gran cuestión *política* del barco era la propuesta del señor Benét de averiguar la longitud sin consultar los cronómetros. Me reí al comentarlo y la señora Prettiman manifestó su acuerdo conmigo, diciendo que comprendía la utilidad de aquellos globos, pues había tenido que instruir a los jóvenes acerca de su valor. Sin un conocimiento exacto de la hora en el meridiano de Greenwich, no había ingenio en la tierra que pudiera averiguar nuestra longitud.

—Te equivocas, Letitia.

Se quedó tan desconcertada como yo.

—Benét dijo que el capitán Cook no tenía cronómetro.

—Tiene razón, Edmund. Antes de que se inventara o, mejor dicho, que se perfeccionara el cronómetro, se utilizaba la distancia angular entre la Luna y el Sol para hallar la longitud. El defecto del método residía en que hacían falta grandes conocimientos para utilizarlo.

—¡De manera que Benét vuelve a tener razón!

—¿Se ha tomado su propuesta en serio Anderson?

—Muy en serio, me pareció... que incluso con entusiasmo. Pero claro que todo lo que propone nuestro Adonis marino cuenta con la seguridad de una recepción entusiasta por parte de él.

La señora Prettiman abrió la boca para decir algo, pero la volvió a cerrar. Prettiman frunció el ceño y miró al techo, unas pulgadas por encima de su cabeza.

—Anderson no es tonto. Me han dicho que es un magnífico marino.

—Y también el señor Summers, caballero. El señor Summers dice...

Sentí que mi voz iba apagándose. Al cabo de un momento intervino la señora Prettiman:

—Todos estamos en deuda con el señor Summers, señor Talbot. Por cómo ha cuidado de nosotros y del barco.

—Y además es muy valeroso, señora. ¡Recuerdo aquella última tempestad terrible, cómo entre aquellas montañas de agua se hizo con el timón con sus propias manos y solo en medio de mayor peligro! ¡Podría haber muerto!

El señor Prettiman carraspeó.

—Nadie duda de que el primer oficial sea todo lo que dices tú. Pero comprende. No creo que hayas experimentado la diferencia entre un hombre que tiene una aptitud natural para las matemáticas y otro que no. La diferencia es absoluta: no es cuestión de cantidad, sino de calidad.

No tuve nada que responder a aquello. Habló la señora Prettiman:

—Me han dicho, señor mío, que ayudó usted al señor Summers con el timón. Parece que, como siempre, en mi condición femenina debo manifestarle mi gratitud.

—¡Dios mío, señora! ¡No fue nada! Nada en absoluto...

—¡Dado que ha habido momentos en que he debido expresar otros sentimientos y opiniones, celebro decirle que considero su conducta admirable y muy viril!

Pero el señor Prettiman volvía la cabeza de un lado para otro sobre la almohada.

—No acabo de entender el método... ¿utilizará el paso de un satélite para verificarlo? Pero, ¿cómo? No es tan fácil...

—Aloysius querido, ¿no deberías tratar de dormir? Estoy segura de que el señor Talbot...

—Naturalmente, señora. Me voy inmediatamente...

—Quédate, Edmund. ¿Qué prisa tienes? Mentalmente estoy bien, Letty, ¡y veo esos Cielos de ellos con tanta claridad como te veo a ti! ¡Pocas cosas mejores puede hacer un hombre que reflexionar!

—Creo que no debería usted excitarse, caballero.

—«*Ese techo majestuoso, tachonado de fuegos dorados...*»

—Si se trata de eso, caballero: «*el piso del cielo está incrustado de patenas de oro reluciente*».

—¿Es así como lo ve el señor Benét por su sextante?

—Ese joven es un poeta, Aloysius. ¿No es cierto, señor Talbot?

—Escribe versos, señora, ¿y quién no?

—¿Usted?

—Sólo en latín, señora. No oso revelar lo magro de mis ideas en la desnudez y la sencillez del habla inglesa.

—Me siento bastante impresionada, señor Talbot.

—Dado que, por una vez, la tengo a usted en desventaja, señora, ¿puedo pedirle que siga el ejemplo de Prettiman y me llame «Edmund», y de tú?

Me pareció que quedaba desconcertada ante aquella sugerencia. Me sentí lo bastante osado como para insistir en ella.

—Después de todo, señora, no resulta impropio, dada su... es decir, dada mi... su...

Rompió a reír.

—¿Quieres decir dada mi edad? ¡Edmund, querido muchacho, eres totalmente inimitable!

—Letitia, estábamos en medio de una conversación racional. ¿Dónde me hallaba?

—Estábamos intercambiando citas con Edmund, con objeto de colocar al universo en el contexto literario correcto.

—¿Qué podría ser mejor que ascender de la cuestión trivial de nuestra posición exacta en este globo a una contemplación del universo en el que hemos nacido?

—¡Y que, señor mío, queda revelado con más autenticidad por la poesía que por la prosa!

—Quizá Aloysius esté de acuerdo contigo, Edmund, pero yo soy una mujer sencilla.

—No te haces justicia, Letty. Pero, Edmund: continúa.

—Es únicamente que, poco a poco a lo largo de esta travesía, por unos motivos u otros, la poesía se me ha revelado como algo más allá de la mera diversión, la mera belleza, como algo elevado... el hombre en su plenitud... y después por la noche, con las estrellas, con esta Naturaleza tan absurda... casi me da vergüenza decirlo...

—¡Vamos, muchacho, mira! ¿Puede el todo ser menos que bueno? Si no puede serlo, entonces ¡es que ha de ser bueno! ¿No puedes apreciar el gesto, la evidencia, la clara afirmación presente ahí, la música, como solían decir, el grito de lo absoluto? Para vivir de conformidad con eso, cada uno tiene que llevarlo a su interior y abrirse a ello; te aseguro, Edmund, que no hay un pobre criminal depravado en la tierra hacia la que avanzamos que no pudiera, si elevara la cabeza, contemplar directamente el fuego de ese amor, de esa xápis de la que hablábamos.

—¿Esos criminales?

—¡Imagina nuestra caravana, imagínate a nosotros, un fuego aquí abajo, chispas de lo Absoluto emparejado con el fuego de ahí arriba, de ahí fuera! ¡Avanzando con el fresco de la noche por los desiertos de este nuevo país hacia Eldorado, sin nada entre nuestros ojos y lo Absoluto, entre nuestros oídos y esa música!

—Sí, ya veo. Sería... ¡la mayor de las aventuras!

—Y ya sabes, Edmund, que también podrías venir tú. Podría venir cualquiera. ¡No hay nada que te detenga!

—Su pierna, señor mío. Creo que la olvida usted.

—No. Se curará. Lo sé. El fuego que llevo dentro me curará. ¡Lo sé! ¡Voy a ir! Pero haga usted lo que le indica la señora Prettiman, señor mío, y permanezca quieto.

—¡Y tú también vendrás!

No dije nada. Fue un silencio que se alargó, se prolongó hasta que el mero ruido del agua que silbaba contra nuestra quilla parecía una voz sin palabras, y por fin comprendí que no hacían falta palabras y que se trataba de algo más cercano a mí que las propias palabras. Era esa conciencia fría y clara a la que calificamos de sentido común.

¡Y sin embargo, de verdad, lo había comprendido! Durante un momento, en aquella conejera cada vez más fétida, había sentido el vigor de aquel hombre, el atractivo de su pasión. Incluso había vislumbrado, o había creído vislumbrar, nuestro universo como una pompa flotante en el inconmensurable mar dorado del Absoluto, la miríada de chispas de fuego, cada una de ellas la joya puesta en la cabeza de un animal que podía «mirar hacia arriba».

Ambos me contemplaban. Cerré los puños sin querer y se me empezó a perlar la frente de sudor. Era una especie asombrosa de vergüenza, creo: vergüenza ante mi incapacidad para decir simplemente: «Sí, iré». También había en ello una cierta ira, al verme tan repentinamente puesto contra la pared, atracado, por así decirlo, por un salteador de caminos filosóficos, con la poesía en una mano y la astronomía en la otra. Por fin desvié la mirada de su rostro enrojecido, de sus ojos expectantes, hacia la señora Prettiman. Ella bajó la suya y se miró las manos, no como lo hace un marinero, mirándose las palmas, sino el dorso y las uñas. Miró hacia su marido.

—Creo que deberías tratar de dormir, Aloysius.

Me puse en pie torpemente, balanceándome con el movimiento del barco.

—Mañana vendré a leerle, señor mío.

Frunció el ceño como si aquella idea le resultara extraña.

—¿Leerme? ¡Ah, sí, claro!

Traté de sonreír a la señora Prettiman, pero temo que fue una mueca triste, y salí tanteando de la cabina. Todavía no había cerrado la puerta cuando oí que ella le murmuraba algo. No sé qué le dijo.

Me dije que ya se producirían otras ocasiones en las que podríamos reanudar la conversación, continuar lo que me parecía era la curva en ascensión de nuestra intimidad. Deseé, con una pasión espontánea no demasiado distinta de la suya, que me resultara posible ser amigo de ellos. Sin embargo, comprendía ya que el precio era prohibitivo. Después de todo, soy un animal político con mi chispa, con —si puedo rebajarme al idioma propio de sargentos mi *scintillans Dei* bien oculta. Supongo que la excusa que puedo presentar al Absoluto es que deseaba, y sigo deseando sinceramente ejercer el poder para el mayor bien de mi país, lo cual, y por fortuna en el caso de Inglaterra, significa en beneficio del mundo en general. Que no se olvide jamás eso.

Aquella misma noche, el contraamaestre me despertó un poco temprano. Subí, pues, a la toldilla bajo un cielo estrellado regado de nubes iluminadas por la luna y esperé que apareciese Charles. He de confesar que recorrí el cielo con la mirada y creo que fui sensible a su belleza trascendental, pero no pude elevarme hasta ver el Bien del señor Prettiman ni su Absoluto. La verdad es que si bien la lógica no inspira a la fe, la pasión lo hace con toda facilidad, y era la pasión del señor Prettiman lo convencía, de forma que cuando no estaba él allí... Pero, ¿para qué andar con eufemismos? Hacía falta su presencia dolorosa. Sin ella, podía recordar la ocasión, pero no recrear la sensación, la —si oso decirlo— percepción. Debo confesar que sentí una cierta pena por no estar hecho del mismo material que los creyentes, y una cierta pena al comprender que la señora Prettiman había experimentado una desilusión conmigo. Por eso me alegré más que nunca cuando apareció Charles. Sin embargo, éste estuvo frío. Nos mantuvimos en silencio un momento, juntos, cada uno esperando a que empezara el otro. Cuando lo hicimos, fue tan simultáneo que ambos rompimos en carcajadas.

—Usted primero, caballero.

—No, primer oficial, usted primero. ¡No se puede dar preferencia a los guardiamarinas!

—Insisto.

—Bien, pues: ¿Es eso Júpiter? ¿Dónde está la Cruz del Sur?

—La Cruz del Sur debe de estar tras aquel grupo de nubes, creo. En todo caso, no se necesita para la navegación.

—¿No la necesita ni siquiera el señor Benét, con su nuevo método?

—No me lo recuerdes. Me da...

—¿Te da qué?

—No importa.

—No es digno de ti sentir celos.

—¿Celos? ¿Cómo puedo sentir celos de un saltimbanqui? No creo... no creo merecerme eso, Edmund.

—Perdona.

Asintió, pero se quedó callado y se adelantó a mirar la brújula. Contemplé cómo se alejaba el banco de nubes, pero seguía sin poder identificar la Cruz del Sur, aunque Charles me la había señalado en otras ocasiones. Es una constelación insignificante cuando se encuentra.

Regresó Charles.

—Perdóname tú también, Edmund. Me siento hundido y no veo cómo levantarme.

—Te voy a decir una cosa, amigo mío. ¡Necesitas una dosis de la medicina más rara que hay! ¡Una dosis de los Prettiman!

—Sin duda son muy ingeniosos. Yo no tengo mucho sentido del humor.

—¡Bah, tú! Te sacarían de tu abatimiento por pura expansión. Antes de saber lo que hacías, estarías hablando de cosas tan elevadas que hacen que uno

se olvide totalmente de sí mismo y de sus pequeños asuntos.

—¿Es lo que te ha pasado a ti?

—Mientras estoy con ellos. ¡Claro que nadie —salvo él— puede aspirar a vivir con ese entusiasmo, esa elevación, esa intensidad!

—¿Entonces de qué vale?

—¡Prueba aunque sólo sea una dosis!

—No, gracias. Ya vimos el resultado de aquella medicina, de aquella combinación en Spithead y Nore.

—¡Pero él no es así! Tiene algo, algo que incluso yo, un animal político compuesto a partes iguales de ambición y de sentido común, *mientras estoy con él...*

Charles bajó la voz.

—¿Sabes lo que estás diciendo? ¿Sabes dónde estás? ¡Es una locura! No puedes hacerte amigo de un jacobino, de un ateo...

—¡Eso último, no!

—Celebro saberlo.

—¡No parece celebrarlo mucho!

—Ah, sí. O sea, que existe un límite a su infamia.

—¡Eso no es justo!

—No comprendes. He pasado mi vida en barcos y en ellos pasaré el resto de ella si tengo suerte. Este es el primer barco en el que he navegado cargado de emigrantes y de pasajeros.

—«Cerdos», decís vosotros.

—Él ha recibido su adulación. Ha sido listo y no ha dicho nada que pudiera interpretarse como una invitación a...

—¿A qué, por el amor de Dios?

Murmuró:

—No pienso pronunciar esa palabra.

—¡Me exasperas!

Charles se dio la vuelta y subió la escala de popa. Me quedé donde estaba, irritado y dolido por aquella repentina distancia entre nosotros. Vi a Charles atrás, en el castillo de popa. Se aferraba a la regala con ambas manos y contemplaba nuestra estela, por encima de la cual la luna menguante brillaba con una luz intermitente. Se largó la corredera y el marinero comunicó los datos a Charles, no a mí. Intercambiaron unas breves palabras. El marinero bajó la escala, fue a la borda de través, levantó la lona y trazó el número siete. Era una repetición de aquel desdén —expresado en comportamiento de lobos de mar— al que me habían sometido Benét y Anderson.

De manera que así estábamos, Charles inclinado sobre la regala, yo mirando en la otra dirección y apoyado en la barandilla de proa de la toldilla. Había mucho que contemplar, con el movimiento del barco, el viento que se elevaba, la aglomeración de velas en nuestros tres mástiles, todo un mundo de luz marfileña... de marfil viejo. ¡Siete nudos hacia el este! Era imposible

permanecer de mal humor. Me di la vuelta, subí las escalas y me quedé detrás de Charles. Hablé con el tono más preocupado que pude.

—¿Entonces me despides?

Para mi sorpresa, no respondió con el mismo tono ni con voz airada, sino que se puso la cabeza entre las manos y habló con un tono de extraordinario pesar.

—No. No.

—Tienes que comprender que él no habla así. ¡Pero si ha estado hablando, si es que lo he entendido bien, de un fuego divino que arde allí y también aquí abajo en las entrañas!

Charles levantó la cabeza de golpe.

—¿Aquí abajo?

—Bueno... es una metáfora.

—Las planchas siguen calientes. *Hay* un incendio aquí abajo...

—¡No, no, no! Me has entendido mal. No lo has entendido.

—Parece que entiendo mal a todo el mundo. Benét es el favorito. Anderson me habla como si yo fuera un guardiamarina. Ahora tú te pones en peligro. ¿No lo entiendes? Empiezo a comprender lo extraño que es un barco. ¡Se ha ahorcado a gente...!

—¡Por el amor del cielo, Charles! ¡Ánimo! Dios mío, avanzamos siete nudos hacia el este, tenemos velas en los tres mástiles, tu atortolamiento nos mantiene a flote, ¡todo va bien, amigo mío!

—Me siento confuso. No comprendo lo que pasa. Creo que estás en peligro.

—¡No te portes como una vieja! No corro ningún peligro. Hablo de cuestiones filosóficas con otro caballero y jamás soñaría en meter a vulgares marineros en consideraciones de ese tipo.

—¿Me permites que te dé las gracias en nombre de todos los vulgares marineros como yo?

—¡Otro desplante! ¿Qué te pasa? ¡No seas susceptible! Anímate, hombre. Mira, ya aparece la aurora hacia el este, allá a proa...

Soltó una carcajada.

—¡Y eso lo dice el que quería convertirse en el perfecto conocedor de las cosas marinas!

—¿A qué te refieres?

—¿La aurora a esta hora?

—Bueno, allá... no; ha desaparecido; la han tapado las nubes. ¡Pero te digo Charles que vamos hacia el este a siete nudos y hacia la luz! ¡Eso debería animar a cualquier marino, vulgar o no, terco!

—¡La aurora!

—Ahí, un poco a estribor: un punto por la amura de estribor...

Se dio la vuelta de repente para mirar hacia donde señalaba yo.

—Tienes que verlo claramente, Charles, ¿qué te pasa? No es un fantasma: mira allá y allá... ¡ahora se ve más claro!

Se quedó callado un momento mientras me asía cada vez más fuerte del brazo.

—¡Que Dios nos ayude!

—Pero, ¿qué pasa?

—¡Es hielo!

(18)

—¡Ayudante de contramaestre! ¡Silbato para toda la tripulación! Mensajero, ve a llamar al capitán. Edmund, debes dejar que...

Avancé y bajé a la barandilla de la toldilla. El brillo seco y tembloroso del hielo que me había hecho pensar que veía la aurora había vuelto a desaparecer. La espumilla y la niebla —quizá creada por el hielo—, la lluvia y la nube baja que se entretejía entre nuestros vahos como los conjuros que podrían acompañar a un hechizo marinero, dejaban todo lo que había más allá de la proa envuelto en una opacidad gruesa.

Resonó detrás de mí el paso firme del capitán Anderson.

—¿A qué distancia estaba, señor Summers?

—Imposible decirlo, mi capitán.

—¿Qué tamaño, pues?

—Lo vio primero el señor Talbot.

—Señor Talbot, ¿qué dimensiones tenía ese hielo?

—No vi que terminara por ninguna parte en ninguna dirección, mi capitán.

Vi mucho hielo por la amura de babor, aproximadamente al ángulo que le indico, y todavía más al de estribor. Parecía algo continuo.

—¿Sobresalía mucho del agua?

—Sí, mi capitán. Creo que era todo roca.

¡Ardía en deseos que el capitán ordenase que cambiáramos de rumbo y nos apartásemos de la dirección constante hacia el este!

—¿Ha identificado usted hielo a un ángulo mayor a estribor que a babor?

—Sí, mi capitán. Quizá fuera por la... coincidencia de la niebla.

—Señor Summers, ¿no ha dicho nada el vigía de proa?

—No, mi capitán.

—Que se arreste a ese hombre.

—A sus órdenes, mi capitán.

Yo sentía el insoportable prurito de gritar: «¡Cambien el rumbo, por el amor

de Dios!» Pero el capitán Anderson dio sus órdenes con una voz tan calmada como su caminar.

— Señor Summers. Vire en una bordada larga a babor.

— A sus órdenes, mi capitán.

Volví a la barandilla y me aferré a ella como si tratara inconscientemente de frenar nuestro violento avance. Incluso torcí la barandilla, o traté de torcerla, como si hubiera sido un timón y yo pudiera, sin ayuda de nadie, hacer que el barco se desviara de su rumbo.

Sonaban silbatos por todo el puente y se repetía una vez tras otra la misma orden:

— ¡Todos a cubierta! ¿Oís? ¡Todos a cubierta!

Alguien tocaba la campana del barco, no para tañer el número que señalaba el paso del tiempo y el cambio de la guardia, sino de forma urgente e incesante. Salieron los marineros como un enjambre de abejas pilladas en un momento imprevisto, despertadas por un golpe torpe o accidental en la colmena. Salen volando torpemente, chocando las unas con las otras, por el agujero, y se levantan en bandadas para hacer frente al peligro imaginado. Así saltaban ahora los marineros al aparejo, algunos desdeñando las escalas previstas; vi a uno que subía a pulso (con las piernas en ángulo recto) por una cuerda vertical hasta que la vela mayor lo ocultó. Los marineros se aglomeraban en el castillo de proa, corrían por el combés, se paraban de golpe ante cada vela y estay. Algunos incluso subieron a la toldilla. Eran pocos los que llevaban capote, ni siquiera con aquel tiempo. Algunos estaban medio desnudos o lo estaban totalmente, tal como habían saltado de sus hamacas. Entre ellos y detrás de ellos aparecieron después los emigrantes, y por debajo de mí, en el combés, se amontonaban los pasajeros. El señor Brocklebank me gritó algo, pero no sentí interés por escucharlo. El capitán Anderson contemplaba ahora la bitácora. En todo el barco las velas de babor bramaban en los cuadernales y las de estribor crujían hacia dentro.

— Señor Summers.

— Mi capitán.

— Que larguen todas las velas que se pueda.

— ¡El palo de trinquete, mi capitán!

— Ya me ha oído, señor Summers. ¡Hasta la última pulgada de lona!

Charles se dio la vuelta y empezó a gritar hacia el combés. Creo que jamás una tripulación se ha movido a más velocidad. De hecho, obedecían a la orden del capitán más bien que a la del primer oficial, pues cuando éste no había hecho más que empezar a gritar la bocina, ya subían los hombres por los obenques, ¡como si la palabra «hielo» hubiera sido audible instantáneamente a lo largo de todas las planchas de nuestro barco lanzado a toda velocidad! Restallaron más velas de las perchas, que tomaron el viento con un trueno de cañón. Charles corría ahora a proa. Lo vi gesticular para que los emigrantes se apartaran de su camino. Entre ellos había mujeres: la señora East cubría su

camisón con un chal insuficiente que había cogido como pudo en medio del pánico general. Seguía sin verse el hielo. Había sido la puesta anaranjada de la luna al oeste lo que nos había —me había— dado aquella visión engañosa de hielo hacia el este en medio de las escasas brechas entre la niebla y las nubes. Ahora aquellas brechas se habían ido cerrando.

Volvió a hablar Anderson:

—Viren otro punto a babor.

Sonaron más silbatos, órdenes lanzadas a cada mástil y repetidas entre la aglomeración entrevista de velas. Se puso la rueda a estribor, las velas bramaron. Se oían gritos confusos de «¡Hala!», y «¡orza!» y «¡arria!» y «¡dos botones en la contraescota!» Quizá haya reflejado de manera más confusa algo que ya era muy confuso, pues yo no hacía otra cosa sino tratar de impulsar con mi voluntad al barco para que se apartara de aquella horrible roca. Se escoró muchísimo a estribor, el viento rugió sobre el costado de babor ¡y una masa de emigrantes cayó mezclada con mucha agua en el combés! Aumentó nuestra velocidad. Acá y allá, entre las velas, en sus bordes exteriores, empezaron a aparecer las arrastraderas, esas velas para el buen tiempo. Lanzarlas ahora con el viento que hacía era algo desesperado, como nuestra situación, pero la orden del capitán había sido específica y perentoria:

La repitió con su rugido de siempre.

—¡Hasta la última pulgada de lona para la que quede sitio!

Una vez más, como en los días de aquella terrible tempestad, nuestros mástiles se doblaban, pero esta vez a estribor, y más que antes, no porque tuviéramos un viento de tormenta, sino porque habíamos largado una cantidad monstruosa de velas, incluso con aquellos masteleros improvisados. La espuma que antes nos inundaba desde popa volaba ahora por el barco a todo lo largo del costado de babor. Las grandes olas que antes nos perseguían, nos golpeaban ahora del mismo costado. Cada ola parecía lanzarnos de lado hacia la dirección en la que no deseábamos ir.

Llegó Charles, subiendo rápido las escaleras desde el combés.

—He logrado verlo, mi capitán. No parece un iceberg corriente. Se extiende al norte y al sur y no parece tener fin. La roca que vio el señor Talbot debe de tener entre cien y doscientos pies de altura.

Como para ilustrar sus palabras, las nubes o la niebla se abrieron a lo largo del costado de estribor y la proa, y el hielo brillaba un poco más que las velas, con una extraña luz que ahora, con la luna puesta, no parecía tener ninguna fuente identificable. Por las paredes de la roca subía una espuma más blanca que el hielo. Después, mientras mirábamos, la niebla volvió a cerrarse, amarillenta. El capitán Anderson se apoyó en la barandilla de proa de la toldilla y miró hacia abajo, como si pudiera percibir algo bajo las tinieblas. Ni él ni Charles, enderezándose ahora derrotados, comentaron lo que era evidente para todos nosotros: si tocábamos aquella roca oculta, no vivirían para ver la luz del día ni hombres, ni mujeres ni niños. ¡Yo percibía el peligro, lo comprendía en

cada uno de sus detalles y ahora empezaba a sentirlo! El frío que sentía en la piel bajo mi capote y mi ropa de abrigo, no era el del Antártico. Pero inmediatamente aquel frío se convirtió en un calor evidente y sudoroso, pues se levantó momentáneamente la niebla de nuestro lado de estribor y se vio que no sólo estábamos más cerca de la roca, sino que un acto terrible de la Naturaleza que, pese a haberlo realizado con indiferencia, parecía un acto teatral realizado para que lo pudiéramos ver nosotros en aquel claro, lo puso de relieve.

—¡Miren!

¿Fui yo quien gritó? Debí de serlo. Ante nuestros ojos, la parte de delante de la roca que se había revelado, cayó, se hundió en una ola ascendente. ¡Dos enormes trozos que debieron de caer justo antes de que se nos permitiera ver aquello, brincaron como salmones! Juro que cada uno de ellos era del tamaño de un barco, y los dos volvieron a caer cuando la niebla lo ocultó todo a nuestra vista.

¿Cómo puede reaccionar alguien que no tiene servicios que ofrecer, consejos que dar, cuando ve esas monstruosidades y sabe que en breve, salvo que se produzca un milagro, quedará hecho pedazos entre ellas? Aquel frío más que antártico se convirtió en un *rigor* fijo que me dejó inmovilizado junto a la regala de la toldilla, indiferente al viento, a la espuma, al agua verde o cualquier cosa que no fuera nuestro peligro. Era un horror ante aquella fuerza neutral e indiferente, pero abrumadora, contra la cual nuestras maderas y lonas ridículas no tenían nada que hacer. Podíamos acabar como el juguete de un niño, hundido, aplastado...

No. Es algo que se tiene que experimentar. Entonces, todavía poseído por aquel rigor, vi cómo una ola llegaba a nuestro costado de estribor, pero desde la niebla, una ola contraria de donde habían caído aquellos horribles pedazos de hielo. Golpeó el costado y nos pasó por encima. Las cuadernas chocaron con el viento, las velas bramaron y después atronaron como una andanada mientras los marineros combatían la ola en el timón. El barco danzó, perdiendo impulso entre las aguas contrarias...

¿Sonó mi voz entre las otras? Supongo que sí. Espero que no, pero nunca lo sabré. Desde luego, se oyeron voces, gritos de mujeres y voces angustiadas de hombres, no sólo de emigrantes y pasajeros, sino de marineros, gritos desde arriba, gemidos como si ya estuviéramos perdidos. A mis pies, el combés era un charco de agua de mar que todavía no había resbalado entre los imbornales. Las barloas de seguridad negras bailaban por encima y las figuras negras se aferraban a ellos y se tambaleaban mientras el agua empezaba a salir.

¡Ahora, por debajo de mí, resbaló hacia el combés una figura conocida con un buen capote! Era el señor Jones, nuestro inteligente, egocéntrico y honesto sobrecargo. Caminaba con dificultad a proa, hacia su bote en la botavara. En los brazos, como si se tratara de un bebé, llevaba el barrilete de lord Talbot, aquel amasijo de recuerdos y de últimos deseos, de últimos mensajes, que había jurado conservar, sin saber que todo el barco lo había tomado a broma. Avanzó

hacia proa y el palo mayor lo ocultó. El espectáculo me hizo estallar en carcajadas histéricas.

Charles, que había ido a alguna parte para hacer algo, volvió corriendo, chapoteando entre las últimas pulgadas de mar gruesa que habíamos embarcado. El capitán Anderson le habló con un nuevo tono de urgencia.

— Señor Summers. Tenemos que atacar más el viento.

— ¡El trinquete, mi capitán!

El capitán rugió:

— ¡Señor Summers!

Charles le gritó a la cara:

— Deseo exponerle que el mástil no puede soportar más tensión. Si lo perdemos...

— ¿Puede usted sugerir algo mejor? Estamos avanzando hacia el hielo.

Se produjo una larga pausa. Después Anderson habló irritado:

— ¿Es que *continúa* usted tratando de desacreditar lo realizado por el señor Benét?

Charles estaba rígido y respondió rígidamente:

— No, mi capitán.

— Cumpla usted mi orden.

Charles se fue. Se oyeron más silbidos y gritos. Se tensaron las velas de sotavento. Las velas perdieron la forma redonda de las lonas infladas por el viento de través y se alisaron. En todas ellas se veían arrugas como de dedos abiertos. Las velas bramaban con la tensión. El joven Tommy Taylor llegó a saltos desde abajo a la toldilla. Se descubrió ceremoniosamente ante el capitán.

— ¿Bien?

— El carpintero, mi capitán; el señor Gibbs, mi capitán. Dice que estamos embarcando demasiada agua. No paran de bombear y el agua sube.

— Muy bien.

El muchacho volvió a saludar y se dio la vuelta. El capitán volvió a hablar.

— Señor Taylor.

— ¿Mi capitán?

— ¿Qué diablo está haciendo ese imbécil sentado en el bote de la botavara?

Hablé yo, pues evidentemente el muchacho no sabía lo que pasaba:

— Es el señor Jones, el sobrecargo, capitán. Está esperando en su propio bote a que un grupo selecto de marineros lo rescate mientras los demás nos ahogamos.

— ¡Maldito imbécil!

— Estoy de acuerdo, capitán.

— Es el peor de los ejemplos. ¡Señor Taylor!

— ¿Mi capitán?

— Que salga de ahí ese hombre.

El señor Taylor volvió a saludar y se fue corriendo. Lo perdí de vista casi inmediatamente, pues mi atención estaba prendida del hielo que aparecía,

quizá algo más cerca, y después volvía a desaparecer. Era un promontorio muy alto y que brillaba de color más blanco que antes a lo que debe de haber sido la verdadera luz del día. Anderson también lo vio. Me miró y sonrió con aquella sonrisa fantasmal que a veces infligía a las personas que había a su lado en momentos de gran peligro. Supongo que era de valor. Siempre he detestado atribuirle ningún sentimiento admirable, pero ni yo ni nadie —salvo el pobre, el tonto borrachín de Deverel— ha dudado jamás de su valor.

—Capitán, ¿no podemos doblar un poco más?

Asustado, oí que mi propia voz, como si hubiera sido la de otro, hacía aquella presunta sugerencia. La sonrisa del capitán Anderson *se torció*. El puño derecho, que tenía junto a la cintura, se cerró y me proclamó con tanta claridad como si hubiera tenido una boca: *¿cómo me gustaría pegarle en la cara a este insolente pasajero!*

Carraspeó.

—Estaba a punto de dar esa orden, señor Talbot.

Se dio la vuelta y gritó a Charles.

—Pruebe usted un punto más a barlovento, señor Summers.

Se produjeron nuevos movimientos entre los grupos de la tripulación. De pronto recordé a la señora Prettiman y a su indefenso esposo. Bajé rápidamente al vestíbulo y me abrí paso bruscamente entre el grupito de pasajeros que había a la entrada. La señora Prettiman estaba entre la puerta de su camarote y la del de su marido. Se agarraba sin fuerza a la barandilla. Me vio inmediatamente y sonrió. Fui hacia ella.

—¡Señora Prettiman!

—Señor Talbot... ¡Edmund! ¿Qué nos está pasando?

Me calmé y expliqué la situación lo más brevemente que pude. Creo que palideció al darse cuenta de lo cerca que nos hallábamos de naufragar, pero no cambió de expresión.

—De manera, señora, que puede pasar cualquier cosa. O rodeamos el hielo o no. Si no, no nos queda más que...

—Nos queda nuestra dignidad.

Aquellas palabras me confundieron.

—¡Señora! ¡Eso es hablar como los romanos!

—Yo prefiero considerar que es como los británicos, señor Talbot.

—Sí, naturalmente, señora; pero, ¿qué pasa con el señor Prettiman?

—Creo que todavía duerme. ¿Cuánto tiempo nos queda?

—No lo sabe nadie, ni siquiera el capitán.

—Hay que decírselo al señor Prettiman.

—Supongo que sí.

Después de todo, el señor Prettiman estaba despierto. Nos saludó con una gran ecuanimidad que, a decir verdad, era desusada. Creo que llevaba algún rato despierto, y con aquel intelecto suyo no le resultaría difícil deducir por los ruidos y por los movimientos del barco que nos hallábamos en algún tipo de

crisis. En una palabra, había tenido *tiempo* para hacerse fuerte. ¡De hecho, lo primero que se le ocurrió fue que saliera yo de allí, de forma que la señora Prettiman pudiera atender a los detalles íntimos de su aseo!

Pues —dijo, sonriéndome a la cara—, si dicen que el Tiempo y la Marea no esperan a hombre alguno, ¡cuánto más tiránica es esta misteriosa fisiología!

En consecuencia, me retiré, pero me abordó el señor Brocklebank, a quien le temblaban los labios y que por primera vez desde la calma chicha se presentaba sin su capote de viaje. Estaba conversando temblorosamente con Celia Brocklebank, sin importarles quién los pudiera oír. ¡Hasta donde pude yo distinguir, le estaba implorando que compartieran *el lecho para morir el uno en brazos del otro!*

—No, no, Wilmot; no soporto la idea; ¡es inoportuno! ¡Además, no vienes a él desde Navidad, cuando el señor Cumbershum te prestó aquel libro sobre salud!

Entretanto, una voz débil gemía desde el camarote de Zenobia...

—¡Wilmot! ¡Wilmot! ¡Voy a morir!

—Igual que todos... ¡Te lo ruego, Celia!

¿No ha dicho alguien ya que durante los terremotos y las erupciones volcánicas se produce ese mismo curioso fenómeno de sexualidad exacerbada? Pero, cualquiera que sea la explicación, me hizo apreciar más la actitud romana de mi querida señora Prettiman. Hablé con Bowles, les revolví el pelo a las niñas de Pike, sugerí a éste que no le vendría mal tomar algo... y el señor Brocklebank me recordó que no quedaba nada, salvo, según dijo, lo que había obtenido *subrepticamente* del señorito Tommy Taylor. De hecho, desencantado con su Celia, se retiró al camarote para animarse con la botella, abandonando a Celia, que repentinamente mostró una clara preferencia por mi compañía, y no me cabe duda de que estaba a punto de considerarla *oportuna* si yo hubiera... pero regresó la señora Prettiman. La seguí. El señor Prettiman estaba un poco incorporado con las almohadas. Seguía sonriendo con aparente ánimo.

—Edmund, tenemos una o dos cosas que resolver. Naturalmente, tú cuidarás de Letty.

—Naturalmente, señor mío.

—Es imposible que yo sobreviva en el estado en que me encuentro. Será casi imposible para un hombre perfectamente sano. Pero yo, con esta pierna... o sea que, cuando se acerque el final, tenéis que salir los dos a cubierta, con toda la ropa que os podáis poner, y llegar a los botes.

—No, Aloysius. Edmund puede... debe hacer eso. Es joven y nosotros no estamos en absoluto a su cargo. Yo me quedo contigo.

—Vamos, señora Prettiman, ¡me voy a enfadar!

—No, señor mío. Edmund se va a ir, pero yo no. Pero me gustaría que oyera lo que voy a decir, pues creo que necesita mucho un ejemplo, ¡y ya sabes, Edmund, que soy institutriz! De manera —y en aquel momento su voz adquirió tanto un tono como un volumen más profundos y se hizo más cálida de lo que

al menos yo jamás le hubiera oído—, de manera que ahora debo hacer una declaración solemne. En el breve período de nuestra vida de casados jamás te he desobedecido ni jamás lo hubiera hecho en el futuro, de haber existido un futuro, ¡no por ser tu esposa, sino por ser tú quien y lo que eres! Pero creo que no tenemos futuro y me voy a quedar contigo en este camarote. Adiós, Edmund...

—Adiós, muchacho. No hay mujer...

—Yo...

Se me quebró la voz. No sé cómo, salí del camarote y cerré la puerta. En aquel momento el buque se enderezó, otra ola, supongo que contraria, inundó el combés e irrumpió en el vestíbulo. Fui resbalando hasta la entrada, ayudé a Bowles a ponerse en pie y vi que regresaba empapado y silencioso a su camarote, sugerí a las niñas de Pike que todo aquello era muy *divertido* y logré llegar hasta el combés.

—¡Charles! ¿Cómo va?

—No tengo tiempo, Edmund. Pero nadie ha visto jamás un iceberg como éste... ¡como ése!

Hizo un gesto hacia el costado y después fue corriendo a la toldilla. Había algo menos de niebla, o parecía más bien que ésta se iba apartando de nosotros. Podíamos ver a todo nuestro derredor hasta un cuarto de milla, o quizá debiera decir un par de cables, de mar abierta. Una vez más se veía a ratos el hielo, y ahora, a la pálida luz del día, parecía más duro, más frío, más implacable. Parecía evidente que avanzábamos paralelos a la faz de los peñascos y a gran velocidad. Aquella velocidad no podía deberse a nuestro avance por el agua, sino más bien a nuestro movimiento en relación con el del hielo. Cuando la niebla se aclaraba unos momentos, parecíamos ir corriendo al lado de las rocas blancas, pero después volvía a espesarse y entonces parecía que nuestra velocidad se debía únicamente al viento. Era evidente que había una corriente muy rápida junto al iceberg, de sur a norte y que nos transportaba con ella. ¡De hecho, el mar mostraba una indiferencia tan salvaje hacia nosotros como el hielo!

Me di la vuelta para subir a la toldilla. De allí bajó el pequeño Tommy Taylor.

—¿Cómo va el sobrecargo, señor Taylor?

—No he podido persuadirlo para que se baje del bote, caballero. El capitán dice que habré de ir a decirle que está arrestado.

Tommy fue a proa y yo continué hacia la toldilla. El señor Benét estaba de guardia con el joven Willis. El capitán estaba en lo alto de la escalera de popa, con una mano en la barandilla de cada lado. Miraba en su derredor constantemente, a la niebla, al hielo que se vislumbraba, al mar agitado por el batido de las olas y la retirada de éstas de las rocas. Cuando llegué yo a la toldilla escuché unas explosiones atronadoras por detrás de mí, donde una vez más se había producido una caída cataclísmica de hielo. Aunque sofocado por

la niebla, el ruido de la caída fue considerablemente mayor.

— Bien, señor Benét, ¿qué le parece a usted ahora Natura?

— Somos afortunados. ¿Cuánta gente ha visto algo parecido?

— ¡Esta *meiosis* es intolerable!

— ¿*Meiosis*? ¿No fue usted el pasajero que declaró hace algún tiempo a todos los presentes que no querría estar en ninguna otra parte aunque le ofreciesen mil libras? ¡Señor Willis, trate usted de permanecer erguido y aparentar ser útil, aunque no lo sea!

— Mi declaración, señor Benét, fue *pour encourager les autres*, como diría usted.

— ¿Y usted? ¿Preferiría *morir en seco*, como dirían los ingleses? ¡Hazleton, vago miserable, hay que virar el cabo después de redondearlo! ¡Mi capitán!

— Sí, señor Benét, ya veo el hielo. ¡Señor Summers! Disponga usted de la chalupa para arriarla por la amura estribor.

— A sus órdenes, mi capitán.

Más silbatos, más carreras.

— ¿Ha advertido usted, señor Benét...?

— Un momento, señor Talbot. ¡Señor Summers! Willis: ve a buscar al señor Summers y dile que el señor Talbot sugiere que se lleve la chalupa de hamacas.

— ¡Yo no he dicho tal cosa!

El capitán dijo algo a nuestras espaldas. Fue la única vez que oí jamás que el señor Benét recibiera siquiera la sombra de un reproche.

— Eso les dará algo que hacer, señor Benét, y es lo necesario en este momento. ¡Pero podría usted comunicar a los pasajeros, en términos generales, que se les sigue aconsejando que no se ingieran en el mando del barco!

Tras hacer este reproche relativamente suave a su favorito, el capitán se retiró a la regala, como si sus propias palabras lo avergonzaran. El señor Benét se volvió hacia mí.

— ¿Ha oído usted, señor Talbot?

— ¡Yo no he dicho nada de esas hamacas! Y tampoco sé por qué hay que preparar la chalupa, excepto para asegurar que se salven las personas más valiosas, en cuyo caso...

— No hay unas personas más valiosas que otras, señor Talbot. Moriremos todos juntos. La chalupa es para persuadir a la gente de que se está haciendo algo. Servirá de defensa entre nosotros y el hielo...

— ¿Y eso valdrá de algo?

— Creo que no.

Volvió Willis.

— El señor Summers dice que le dé las gracias al señor Talbot, señor.

— Estás nervioso, muchacho. ¡Ánimo! Cuando llegue, será rápido.

— ¡Benét! Se acerca el hielo... ¡mire!

— Hemos hecho lo que hemos podido. Mi capitán. ¿Largamos el bote?

— Todavía no.

De pronto ahí estaba el hielo, al lado. No podía mirar a otra parte. A mis ojos, aquella roca parecía monstruosamente alta. Tenía una figura uniforme en la base y el agua a su lado estaba llena de enormes fragmentos que habían caído y que constituían el peligro más inmediato. Oí al capitán gritar alguna orden de lobo de mar y vi como caía la chalupa por el lado de estribor, vi cómo el chinchorro paraba la salida al sufrir el tirón del agua. El hielo, que ahora brillaba con una tonalidad mate gris y blanca, se comportaba caprichosamente. Habíamos aproado todavía más al norte —supongo que por un movimiento no ordenado e involuntario de los que estaban al timón—, y si hubiéramos podido fiarnos de nuestro rumbo, tendríamos que irnos separando de las rocas. Pero era evidente, incluso a mis ojos inexpertos, que no era eso lo que estábamos haciendo. Pues el efecto de la rotación de la Tierra, que se dice es el causante de esa corriente perpetua en torno al Océano Antártico, debería desplazar el hielo tanto como nos desplazaba a nosotros. Pero, por el motivo que fuese, no ocurría así. Nos íbamos acercando sensiblemente al hielo, igual que se había acercado a nosotros el *Alcyone*, de través o incluso de largo. Y tampoco las velas podían explicar nuestros dos movimientos: uno al norte, el otro hacia el este y el hielo.

¡Hago que todo esto parezca demasiado fríamente racional! ¡Cuántas veces desde aquellas horas terribles me he despertado en la cama y he *deseado* que cambiaran las circunstancias que recordaba! Pero entonces, mientras yo me aferraba al lado de barlovento del barco, no tenía una comprensión racional de lo que estaba sucediendo, ¡sólo de aquella visión incomprensible! ¿Cómo explicar la furia desorganizada del mar, las torres, las aristas, los estallidos del agua que habían sustituido a aquellas olas en marcha constante que durante tantos días se habían deslizado debajo y más allá de nosotros? Pues ahora parecía que aquellas oleadas se revolvían en contra nuestra. Columnas de mar gruesa y de espuma subían por la faz del hielo y volvían a caer de ella. Viento contra viento, ola contra ola, una furia que se autoalimentaba... Traté de pensar en mis padres, en mi Objeto Bienamado, pero no podía. No sentía más que pánico, como un animal al borde de la muerte. ¡El hielo estaba encima de nosotros! El hielo caía, saltaba monstruosamente desde debajo de la espuma y nosotros seguíamos avanzando hacia aquella muralla horrible, hendida y pútrida. Algunas de nuestras velas estaban flácidas y restallaban, otras se henchían del revés, y sin embargo nosotros seguíamos avanzando rápidamente junto a la muralla, como arrastrados por caballos. ¡Si existía algo ordenado en nuestra situación eran las caídas explosivas de hielo desde las murallas de aquella ciudad mortal e inexpugnable! Entonces reconocí que la Naturaleza —aquella Naturaleza que con tanta razón detestaba la señorita Chumley— por fin había enloquecido. Llevábamos horas impulsados de costado hacia la pared de hielo *cuesta abajo*, como había dicho una vez el señor Benét, y a la velocidad de un coche de caballos. Ahora el hielo, como para demostrar su propio delirio, estaba haciendo lo imposible. Rotaba en torno a nosotros. Aparecía a popa, después daba la vuelta en nuestro derredor y reaparecía a proa, desde donde

había surgido. Repetía la acción y después se retiraba hacia estribor. En medio de todos los ruidos de aquella situación, oí cómo la chalupa se rompía igual que una nuez. No sé si recibió el *coup de grâce* de un bloque flotante de hielo o de la propia roca. Había una senda verde de agua en calma al lado del hielo, interrumpida solamente cuando la roca por encima de nosotros derramaba algún peso incalculable. Los bloques que habían caído en la senda de mar gruesa avanzaban a la misma velocidad que nosotros, chocando y destrozándose cuando se rozaban entre sí o con el costado de la roca. Cayó uno que arrancó una arrastradera de la parte exterior de una vela del palo mayor y que se deslizó, confortablemente envuelto, por así decirlo, con las arrastraderas ondeando tras él como una pluma. Otro, de la misma forma y mayor tamaño que el piano de lady Somerset, resbaló de lado a proa del palo mayor y se llevó la mitad delantera del bote del señor Jones, junto con éste y con el señor Tommy Taylor, y cayó con ellos por la barandilla de babor.

Pero ahora, según parecía, nos íbamos acercando todavía más a la roca, que se iba colocando a nuestro costado de babor, como teniendo cuidado de no tocarnos. Por volver a utilizar una vez más el idioma de los lobos de mar, estábamos apopando, o, en términos más inteligibles, ¡íbamos retrocediendo a más velocidad de lo que jamás habíamos ido avanzando! La roca, al derramar por nuestra amura de babor unos cuantos miles de toneladas de hielo de nuestro costado de babor, alejaba al de estribor igual que un muchacho podría apartar un modelo de barco con el pie.

Era una crisis de impotencia más allá de las capacidades marineras. Perdí la cabeza. Vi una *mélange* de divisiones en el hielo que corría a mi lado: figuras atrapadas en el hielo, entre ellas mi padre. Se abrió una cueva con una visión de verdor al extremo opuesto.

Se nos vino encima el último espasmo de nuestra ordalía. El hielo se desplazó violentamente y desapareció ante nuestros ojos y bajamos corriendo *cuesta abajo*. Pareció el hundimiento final. El final de todo.

Pero no nos hundimos. Según parecía, estábamos nivelados en un mar sin viento al oeste del cual aparecía un día claro y blanco. En torno a nosotros, en el agua, yacían inmóviles bloques de hielo.

Me levanté de mi postura acurrucada y despegué las manos de la barandilla. Por las cubiertas la gente empezaba a moverse otra vez, pero lentamente, como si ninguna cautela fuera excesiva. Estábamos, al cabo, virando lentamente en el agua. Las velas susurraban.

A proa alguien gritó algo y se oyeron gritos y risas nerviosas, y después volvió el silencio. Nunca averigüé quién había bromeado ni en qué consistía la broma.

A occidente yacía la niebla amarillenta, en medio de la cual se veían unos brillos mate de hielo, ya a alguna distancia, gracias, según parecía, a aquella misma corriente circumpolar que durante tantos días nos había ido llevando hacia el este.

La gente empezó a hablar.

(19)

Ahorraremos tiempo si inserto aquí parte de una comunicación que me ha enviado un miembro de mi antiguo colegio universitario, que desea permanecer en el anonimato. Sin embargo, el lector puede estar seguro de que mi viejo y erudito amigo es la máxima autoridad en cuestiones de hidrología y otras «ologías» conexas:

«¡Tu descripción sería muy buena para una ficción en ese estilo moderno y exagerado! ¿No había una mujer demente gritando maldiciones desde la cima de tu “roca de hielo”? ¿O quizá un druida apasionado que lanzaba imprecaciones contra tu navío antes de lanzarse al mar? Me temo que todo esto es demasiado colorista para un geógrafo respetable, y si *hallas* alguien lo bastante osado para publicar tus descripciones, ¡debo insistir en permanecer en el anonimato! Como he tenido la oportunidad de advertir en demasiadas ocasiones, el afecto que tienen los viajes en los jóvenes es deplorable. ¡Limitan a una mentalidad inmadura a una serie de impresiones inconexas pero coloristas, como el escaparate de una imprenta! Por fortuna, como persona que ha tenido suficiente sentido como para nunca distanciarse del lugar de su nacimiento mucho más allá de la metrópolis, y que durante muchos años ha hallado que un colegio universitario es un mundo en sí mismo, puedo aplicar una mentalidad objetiva a los problemas del comportamiento terrestre.

»¡Señor mío! Si tu roca de hielo tenía cien pies de alto, es que se extendía setecientos pies por debajo de la superficie del agua. Esto te puede parecer mucho a ti, pero según mi información, las aguas en esa latitud son mucho más profundas. Es evidente, pues, que tu roca surgía de la tierra, y que en consecuencia has descubierto un arrecife al cual debes dar tu nombre inmediatamente si es que te gusta ese género de exhibicionismo. De admitir (por un momento) un arrecife con el montón monstruoso de hielo que describes, la conjetura siguiente sería la plausible: tu barco se vio lanzado allí

por el viento y las corrientes, para encontrarse al llegar con que la corriente se desviaba al norte a lo largo de la faz de hielo, y después giraba en torno al extremo septentrional igual que podría girar una astilla de madera en torno a una de las esquinas de una alcantarilla. Las caídas constantes de hielo también son *plausibles*, pues tu iceberg estaba muy al norte y debía de estar fundiéndose.

»Y paso al aspecto principal. Si tu iceberg era tan largo, tan enorme que afectaba incluso al tiempo que hacía, entonces debe de haberse alargado tanto hacia el sur que sería más como un continente flotante que como un bloque de hielo. Probablemente tú no comprendas que por fuerza una “roca de hielo” implica una tierra en la cual se puede acumular la nieve, formarse glaciares y que éstos por fin se deslicen lentamente hacia el mar, donde pueden iniciar un viaje de destrucción como el que tú describes. ¡De hecho, implica un vasto continente situado encima del Polo Sur y en torno a él. Como he pasado la mayor parte de mi vida adulta demostrando que un continente así es *geográficamente imposible*, no esperarás que acepte tu relato como otra cosa que el de alguien que ha sufrido pruebas insoportables infligidas por una travesía más larga que la que nadie pueda recordar. Y aquí explicaré yo (si tú tuvieras conocimientos geográficos suficientes para seguir el argumento) mi “Principio de Equilibrio y Reciprocidad Orbitales”. Creo que es mejor exponerte un argumento adecuado para un profano. ¡He demostrado mediante un simple cálculo del volumen de hielo contenido en tu roca que su formación debía datar de varios miles de años antes de la creación del mundo, en la primavera del año 4004 a.C! Por favor, la próxima vez que escribas, ponme a los pies de tu Señora Madre y de su excelente esposo.»

Los que íbamos en el barco, creo, tampoco podíamos prestar más crédito que mi corresponsal a lo que habíamos visto. Incluso la copia de su carta me ha distanciado del acontecimiento. Creo que mi primera idea consciente fue la de ver si Charles había sufrido algún género de accidente. Estaba en la toldilla, aferrado a la barandilla de proa y mirando la bitácora. Aquello me hizo comprender dónde estaba. No sé cómo, había salido del vestíbulo y llegado a las cadenas de mayor, a las que me había asido con ambas manos (gracias a la existencia de una enorme vigota ciega) y me había quedado agarrado allí, como una hoja atrapada en una tela de araña, mientras toda aquella locura ocurría en torno a nosotros. ¡A mis pies, donde se había deslizado de mis brazos, yacía Celia Brocklebank desmayada! No sé cómo, nos habíamos agarrado... ¡ahora recordé cómo había saltado hacia mí y yo la había tomado en mis brazos con un profundo exceso de necesidad y de comportamiento humanos! Pero la recogí y la llevé, en silencio, de vuelta al vestíbulo, donde suspiró y giró la cabeza. Llamé a su conejera. Una voz temblorosa respondió a mis golpes.

— ¿Quién es? ¿Quién es?

— El señor Talbot con su esposa de usted. Se ha desmayado.

— Le ruego que la lleve a otra parte, señor Talbot. No estoy en condiciones...

no puedo...

Con la mano libre abrí la puerta. El viejo estaba sentado en la litera, con una manta que lo tapaba hasta la cintura. Estaba desnudo y olía mal. Con cuidado, puse a la muchacha a su lado y le coloqué la cabeza entre el brazo y el hombro de él. Después salí, cerrando la puerta.

—¿Señora Prettiman? Soy yo... Edmund.

Me respondió su voz.

—Pasa.

Estaba sentada junto a la litera. Estaban agarrados de las manos, con la mano derecha de él en la izquierda de ella. Supongo que así estaban desde la última vez que los vi. Ambos estaban muy pálidos y las dos manos asidas yacían junto al hombre de la litera, como si hubieran quedado agarradas para la eternidad y después olvidadas.

La señora Prettiman levantó la vista para mirarme.

—¿Nos queda algún tiempo de vida?

—Eso parece.

Tembló de la cabeza a los pies.

—¡Tienes frío, Letty!

—No.

Se miró a las manos, y después, utilizando la derecha, liberó delicadamente la izquierda de la de él. No sé si él ni siquiera lo advirtió, pues la estaba mirando a la cara.

—No llores. No es propio de ti.

—¡Vamos, señor mío! La señora Prettiman está...

—¡Silencio!

—Necesito —dijo la señora Prettiman, con lo que únicamente puedo calificar de control rígido— un momento o dos a solas para calmarme.

—Ya me voy, señora.

—No.

Le abrí la puerta y desapareció.

—Edmund, dime lo que ha pasado.

Le hice un relato tan exacto como pude de nuestra aventura. Omití, porque lo recordaba demasiado mal para poderlo describir, la extraña forma en que Celia Brocklebank y yo nos habíamos hallado juntos. Estoy seguro de que ella lo recordaba tan poco como yo, y no creí que aquel pasaje tuviera pertinencia para nada de lo que deseara oír el señor Prettiman. Me limité a observar que cuando terminó el asunto recogí a una mujer que se había desmayado y se la devolví a su marido.

—La señora Prettiman no se desmayaría —dijo el señor Prettiman—. Quizá lloraría, pero no se desmayaría.

—Creo, señor mío...

—Bueno, no lo creas. ¡No tolero que te inmiscuyas en su educación!

—¿De la señora Prettiman?

—¿Crees que si alguna vez logramos dirigir una caravana para fundar la Ciudad Ideal puede permitirse tener debilidades femeninas? ¡Yo ya me he deshecho de las que abundan demasiado entre los hombres y ella debe hacer lo mismo como mujer!

—Permítame decirlo, señor Prettiman, que no he conocido a mujer alguna... No. Sí. ¡No he conocido a ninguna mujer adulta que me haya impresionado tanto por su falta de esas mismas debilidades femeninas que trata usted de erradicar!

—¡Tú de eso no sabes nada!

—¡Siento veneración por la señora Prettiman, señor mío, y no me importa confesarlo! ¡Yo... la aprecio muchísimo!

—¿Qué tiene que ver eso con nada? Permíteme recordarte que yo soy un educador y no permito que se ponga en tela de juicio mi opinión a este respecto. ¡Quizá se pueda reconocer que alguien que ha trabajado en su propia personalidad tanto como lo he hecho yo conoce algo las de los demás!

—Y, me pregunto, señor mío, ¿qué ha hecho usted con su propia personalidad para perfeccionarla tanto?

—¿No es evidente?

—No, señor.

—¡Esto es insoportable! Que me venga sermoneando un muchacho terco... ¡lo que he tenido que cultivar, señor mío, es la paciencia, la paciencia y la ecuanimidad! Vete antes de que... Hay que...

—Ya me voy, señor Prettiman. Pero antes, permítame decirle...

—No, Edmund.

Era la señora Prettiman. Cerró la puerta y fue a su silla. Quizá me engañé al pensar que tenía los ojos un poco enrojecidos.

—Resulta agradable —dijo ella—, después de tantos problemas, poderse sentar en calma, ¿no crees, Aloysius? Pero no hemos invitado a Edmund a sentarse, y ahí está de pie, tan obediente. Por favor, Edmund, siéntate. He mirado por la puerta del vestíbulo. ¿Sabéis que es como un mundo diferente? El mar está tranquilo y en calma. Jamás habría creído que fuera posible un cambio así. ¿Cómo suponéis que ha ocurrido?

—No tengo ni idea, señora. He abandonado toda intención de comprender la naturaleza. ¡Ahora me pongo claramente del lado de quienes limitan su enfoque del mundo a verlo con circunspección!

Sonó un golpe brusco en la puerta.

—Ve a ver quién es, Edmund, si no te importa.

¡No había visto a aquel hombre desde la época del pobre Colley! ¡De toda la gente del barco, tenía que ser Billy Rogers! Allí estaba, tan gigantesco como siempre y con una sonrisa animada. Llevaba mi barrilete en los brazos.

—¿Lord Talbot? Creo que esto es suyo milord, caballero.

—Ah, sí... por favor, dámelo.

—Con su permiso, milord, caballero, el señor Summers dijo que se lo

llevara al camarote, pero no sé...

—¿No sabes cuál es mi camarote, Rogers?

Durante un momento aquel hombre no me hizo caso. Miraba con los ojos azules muy abiertos hacia donde estaba la señora Prettiman sentada en su silla de lona. Creo que estaba imaginándose algo. Aquello me irritó y me asqueó. Salí al vestíbulo y cerré la puerta a mis espaldas.

—Ahí. Ponlo junto a la litera.

Hizo lo que le había dicho, después se irguió y se volvió hacia mí. Era tan alto como yo y mucho más ancho: un gigante.

—¿Nada más, caballero?

—¿Los del bote: Jones, el sobrecargo, y el pequeño guardiamarina Tommy Taylor...?

—Desaparecidos, caballero. Se los ha llevao Pedro Botero. No tuvieron ni tiempo pá gritar; ya vio usted, ¡zas! Más de uno va a dormir más tranquilo en su hamaca o su litera al saber que Jones ya no le va a reclamar más pagos. Gracias, lord Talbot, caballero.

Se llevó los nudillos a la frente y se marchó balanceándose.

¡El pequeño Tommy Taylor! Desaparecido. Había reído por última vez. ¿Cuántos años tendría? ¿Catorce? ¿Quince? Sentí un gran deseo de hablar con alguien y de expresar el hecho de la ausencia total e irreversible de Tommy y me volví hacia la puerta de los Prettiman. Pero recordé que la señora Prettiman nunca había parecido disfrutar tanto como yo con las bobadas de Tommy. De hecho, si tuviera que aventurar una suposición, diría que la señora Prettiman, perfecta en tantos sentidos y capaz de apreciar a personas de todo género, haría una excepción y se consideraría capaz de contemplar con total ecuanimidad, si no la extinción, sí al menos la ausencia de un muchacho tan procaz.

(20)

Aquello, pues, aunque no fue el final de nuestra travesía, fue el principio del fin. Hubo un período de algunos días en el cual todo el mundo llegó a creer que habían terminado nuestros problemas... ¡y raras veces se ha visto una opinión popular tan triunfalmente confirmada! Aunque el tiempo a veces era lo que antes podríamos haber calificado de *malo*, nunca llegó a preocuparnos. El señor Summers y el señor Benét discutían cortésmente acerca de la longitud. Pero nadie podía creer que el asunto siquiera siguiera teniendo importancia, dado que hacía un tiempo tan uniformemente claro, que habría sido imposible no ver tierra, incluso a diez millas de distancia. ¡La guardia de media, que yo seguía haciendo con Charles, se convirtió en un período mágico! Las estrellas parecían estar al alcance de la mano. La noche era una sinfonía de azules. Los marineros parecían disipar las tinieblas con sus cantos. Durante el día todos los que podían se paseaban por cubierta, donde ahora las niñas de Pike jugaban, ya curadas, todos los días. Se veía al señor Brocklebank tomando el sol sin su capote de viaje. Yo seguí leyéndole al señor Prettiman y una vez tuve el honor de recorrer la cubierta al lado de la señora Prettiman y me sentí orgulloso de mí mismo: ¡la antigua gorgona estaba domada! De hecho, había esperado que el teniente Benét observara nuestro paseo y aquello le sirviera de lección. Pero aquella tarde, mientras yo le leía al señor Prettiman, la señora Prettiman no se quedó a escuchar, sino que se excusó y, según supe después, se dio un paseo con el teniente Benét. Una enciclopedia de buena conducta no podría haberse expresado con más claridad.

Una mañana Charles me dijo que debía ver una operación que merecía la pena contemplar. Y era cierto. Salí a cubierta y miré en mi derredor. No había más que unas pocas nubes blancas que se cernían hacia el meridiano. La señora Pike estaba apoyada en la barandilla junto al frontón del castillo de proa y hablaba con Billy Rogers, como antes de empezar a guardar cama había hecho Zenobia. El señor Gibbs, ayudado por un par de marineros, estaba terminando

de reparar la barandilla donde la había roto el hielo. Junto a la bita de mayor y bajo ella, la señora East y las dos niñas de Pike estaban jugando a un té de muñecas. Pero entonces llegó toda una serie de órdenes del capitán Anderson y se interrumpió la fiesta de las muñecas debido a la necesidad de atar allí unas cuerdas cuando el barco *paró la arrancada* (sírvanse consultar el Falconer, porque yo no voy a hacerlo). Los marineros se pusieron todos a babor, con roldanas de cuerda en las manos. Fuera de borda habían montado una guía de cabo de la cual colgaba un escandallo mucho más pesado que el manual que puede manejar un hombre solo. Desde el combés el señor Benét gritó: «¡Soltad!» Y bajó el escandallo sibilante. Se dejó que el cabo fuera alargándose al costado del barco... se levantó y se volvió a dejar... una y otra vez...

—¡Acortad el seno!

—Charles, ¿qué es todo esto? ¿Servirá para saber dónde estamos?

—Ni hablar. —Calló un momento y después sonrió—: podrías decir que para saber dónde no estamos.

Ahora el cable ya no subía ni bajaba, sino que formaba un ángulo hacia el noroeste.

—Ahí ves la corriente circumpolar, Edmund. Supongo que es la única prueba directa que jamás haya tenido nadie.

—Es como si me propusieras una adivinanza.

—Señor Summers, ¿puede usted suspender su conversación el suficiente tiempo para pasarla sobre el cable?

Charles dibujó una sonrisa amarga. Se marchó e hizo que los grupos de marineros modificaran la tensión de varias escotas aflojando algunas, de modo que las velas se inflaron algo y ahora se podía oír el chapoteo y el estallido del agua contra nuestra veloz proa. El capitán Anderson me miró con una de aquellas breves sonrisas amarillentas suyas. Bien, ¿qué capitán no estaría contento con un día así, soleado, y con un agua susurrante, reidora y feliz?

—¡Mano entre mano y orzad ya!

—¡Fondo!

—Ciento diez brazas, mi capitán.

Se produjo una pausa mientras subían el cable vertical. Por fin, rompió la superficie el escandallo mojado.

—Cambie el rumbo, señor Cumbershum. Nordeste fijo.

El señor Benét gritó desde el combés.

—Escandallo a bordo, mi capitán. ¡Arena y conchas, mi capitán!

El capitán asintió como si hubiera esperado esa información. Me volví hacia el primer oficial.

—Todo muy interesante. ¿Qué significa?

—Pues que estamos a nivel de escandallo. Benét tiene sus propias ideas acerca de nuestra longitud, y también el capitán. También yo y también Cumbershum. Con esta visibilidad, no importa demasiado.

Se marchó a realizar sus interminables tareas a bordo.

— Señor Talbot. Una palabra.

Me di la vuelta. El señor Brocklebank había salido del vestíbulo. Una vez más se había envuelto en aquel enorme capote de viaje.

— ¿Qué desea, señor Brocklebank?

El viejo se acercó.

— Temo, caballero, que no presenté mi mejor imagen durante la reciente emergencia...

— Bueno, es usted un anciano y no se puede esperar...

— No fue por la edad, señor Talbot, ni por la decrepitud, sino por la enfermedad. Temí un síncope, un fallo repentino del órgano vital.

— Parecía casi seguro que íbamos a naufragar y aquello casi terminó con todos nuestros problemas.

— Mejor sin un síncope que con él. ¡Temo más al enemigo interior que al mar exterior! ¿Recuerda usted cuando teníamos el *Alcyone* al costado?

— ¡Naturalmente!

— Ah, claro, ya recuerdo... estaba usted en su camarote y por eso ella debía de llorar...

— ¿Ella?

— La damisela. Yo interrogué al cirujano del *Alcyone* cuando salió de su camarote, ¡pero no me hizo ni caso! ¡Así son los médicos! Se volvió a su barco y todas las mujeres fueron a verlo... ¡Ahora entiendo! Querían saber cómo estaba usted.

— ¡Ah, era la señorita Chumley! ¡Tenía que ser ella!

— Hay que ver, un joven fuerte como usted y monopoliza al cirujano, por no hablar de las mujeres... ¡Dios mío, nunca ha habido una consulta como la que tuve yo cuando se separaban los dos barcos! Lo llamaba y le imploraban y se gritaban órdenes y se oían chirridos y roces y aquella tontuela que gritaba: «Señor Truscott, señor Truscott, ¿vivirá?», y lady Somerset que gritaba: «Marion, Marion, no hables de eso delante de los marineros. Ay, esto es tan terrible», y tantos gritos de «Ánimo, muchachos, en redondo ahora», tantos ruidos de las velas y el cirujano, ¿puede usted imaginarlo? No hacía más que gritarme: «¿Qué quiere usted? y yo, a gritos: «Que me dé un régimen», y él: «Menos pipa, nada de botella, menos carne y nada de cama, viejo imbécil», y la joven que echaba los brazos al cuello de lady Somerset gritando: «¡Ay, Helen!» Y se fue, me refiero al *Alcyone*, de modo que he tenido que hacer yo todo lo posible sin un consejo médico adecuado, lo cual explica lo mal que actué cuando...

— ¿De verdad que gritó «vivirá»?

— ¿La joven? Sí, o algo parecido. Quizá fuera «Supongo que vivirá» o «Quizá viva»...

— Debió de ser «¿Vivirá?» ¡No habría pronunciado dos veces el nombre del cirujano de no estar preocupada!

— Sí. Bien. Quizá gritara dos veces: «Truscott, Truscott», o quizá fuera «oh, Truscott» o «señor Truscott».

—Dios mío.

—Lo recuerdo claramente. Pipa, botella, carne, cama. ¡Ya me dirá usted!

—¡Ay, si no pronunció su nombre dos veces, soy el más infeliz de los hombres!

—Señor Talbot, esto es indigno de usted. No he hecho más que explicar mi conducta durante la reciente crisis. Quizá gritara: «*Truscott, Truscott, Truscott*» tres o más veces. Y lo peor es que con este régimen he tenido más ventosidades que cuando pesaba mis buenas doscientas cincuenta libras.

—¡Pero gritó!

—¿Si no, cómo iba haberla oído yo?

—Charles la vio la noche antes, mirando hacia el costado del barco...

—Y el cirujano gritó: «*Nada de pipa, menos carne, nada de botella y nada de cama*», ¿o sería «*menos cama*»? Lo cual significaría que de vez en cuando podía regresar sin peligro a las actividades conyugales. No habría dicho nada de botella y nada de carne, ¡y pensar que llevo todas estas semanas viviendo más casto que un monje! Las mujeres son tan crueles. Va y me dice: «*Vete a cubierta, Wilmot, no puedo soportar lo mal que hueles. Además, creo que es malo para el cutis.*»

—¡Y la señorita Chumley expresó la mayor preocupación por mi bienestar!

Esperé una respuesta, pero el viejo, con una mano en la regala y las piernas bien abiertas, había caído en un estado de concentración interna. Me retiré rápidamente.

Así añadí otro átomo de tranquilidad y de tormento a la tenuísima trama de deseos y suposiciones que me vinculaban a ella.

Existe, supongo, sólo un momento dramático que todavía espera el lector. ¿Cuándo, al cabo de esta travesía de un año, o casi un año, vimos por fin tierra? Comprendo la inquietud del lector. También para mí ha sido algo difícil, y lo sigue siendo. La verdad es que nuestro primer avistamiento de tierra fue lo menos dramático que podía ser. Entonces y ahora he pensado sobre cómo expresar algo tan simple. Había pensado en introducir una astracanada, la baja comedia de la Naturaleza que convierte en tontos a todos los que la presencian. Me imaginaba una mañana de niebla, un viento flojo, y el momento en el cual alguien de a bordo, preferiblemente una mujer o un niño, advierte la absurda realidad. Estallan las carcajadas entre la tripulación y nuestros navegantes sonrían algo avergonzados. Hemos embarrancado en un agua calma que va desapareciendo para dejarnos en seco, y, lo que es más, a medida que el sol va absorbiendo la niebla, vemos que nos basta con unas escalas para bajar a tierra. Pero una cierta *sinestesia* con nuestro noble navío me dice que en tal caso habría habido tres choques terribles a medida que el peso fuera apoyándose totalmente en el atortoramiento de Charles y la quilla se fuera hundiendo en sus propios hierbajos y lastre y se fuera abriendo como... ¡como esas cosas que se funden al sol!

Por otra parte, también pensé en mantener la verdad, pero *adornarla* un poco. Por ejemplo, había un agujero en las amuradas bajo las cadenas de mayor,

y al examinarlo con el señor Askew, el artillero, aprendí el terrible arte u oficio del rodamiento de balas de cañón. Un marinero descontento puede levantar una bala de cañón de un estrobo y dejar que decida por sí misma qué daño va a causar. El señor Askew —éste me susurró la información, pues no se debe difundir por las cubiertas bajas de un buque— me informó de que, tal como *funciona* un buque, una bala de cañón así, con mala suerte, puede recorrer toda la longitud del barco y destrozar el objetivo en que le toque caer tan brutalmente como si acabara de ser disparada. Pero el agujero no lo había hecho una bala de cañón, pues entonces también habrían sufrido las cadenas de mayor. Quizá lo hiciera el cielo, aunque yo me inclino a pensar que fueron ratas. Pero basta con ir creando la sugerencia de descontento, detectar un murmullo acá o allá, y se consigue que en lugar de una comedia cómica se cree un gran drama o se produce un enfrentamiento. La tripulación y los emigrantes van saliendo amenazadores del castillo de proa. El capitán Anderson se muestra orgulloso y desafiante. Los hombres avanzan. Uno de ellos está a punto de golpear...

Y entonces llega el grito desde las crucetas del trinquete:

—«¡Cubierta! ¡Tierra! ¡Tierra a proa y de babor! ¡Eh, cubierta! ¡Tierra!»

Pero, claro, no puede ser. No lo digo porque esto sea una autobiografía, pues he llegado a pensar que por lo general los hombres inventan sus autobiografías igual que todo lo demás. Quiero decir que sería demasiado teatral.

En cierto sentido, la realidad fue más sutil y más divertida. Una mañana de perfecta visibilidad, cuando el señor Summers entregó al capitán su papel doblado con el cómputo de latitud y longitud, éste lo examinó levantando las cejas y lo comparó con el otro papel doblado que le había dado el señor Benét. Su único comentario fue ordenar que se mantuviera el rumbo del barco. Avistamos tierra unas horas después.

Lo que no podría haber previsto un novelista, y el autobiógrafo debe hacer lo más interesante posible, fue la total inversión de las actitudes previstas. La tripulación, que podría haber echado a rodar balas de cañón o formulado protestas, gruñido y enviado representaciones *antes* de que avistáramos tierra, se mantuvo tranquila, de buen humor y obediente hasta que se presentó ante ellos una costa baja. Sólo entonces se produjeron murmullos y se levantó la voz clara de la disensión. Creían que debíamos desembarcar inmediatamente en aquella tierra de leche y miel, sin hacer una pausa más que para que cada uno de nosotros eligiese los esclavos que quisiera entre los muchos que se presentarían deseosos de serlo.

Fue aproximadamente entonces cuando el señor Prettiman tuvo una especie de revelación. Se despertó de ella y se sintió extraordinariamente contento. También yo había tenido una premonición de su muerte, que, al igual que todas las premoniciones de mi vida, resultó errónea. Algunas de aquellas cosas eran muy privadas y no puedo repetir lo que dijo. Resultó muy

emocionante aunque estuviera, como sin duda lo estaba, equivocado.

Al día siguiente vimos tierra, como he dicho.

—¡Tierra a la vista!

Efectivamente, era tierra, y visible a una distancia asombrosa. Pero la verdad es que es necesario experimentar la transparencia diamantina del aire en esos climas para creerla, de manera que no voy a extenderme al respecto. En cuanto a la longitud, agradó e irritó simultáneamente a todos nuestros navegantes, pues Charles y Benét se habían guardado sus cálculos y no se los habían revelado sino al capitán. Este, a su vez, con un sentido del humor que no había sospechado yo, mantuvo su propio criterio: ¡las longitudes eran las mismas, con una milla o dos de diferencia! En consecuencia, el método Benét-Anderson lo mismo podía ser bueno que malo. No se demostró ni se refutó nada. Charles, al rechazar la lectura palpablemente errónea de uno de los cronómetros y fiarse de los otros dos, que iban casi al unísono —había sumado las lecturas y después dividido por dos—, había logrado el mismo resultado. Debe considerarse que la suerte favoreció a ambos bandos. La tierra estaba donde ellos habían dicho que estaba. Así que todos estaban satisfechos y ninguno lo estaba.

Nuestra aventura estaba acabando. Obtuvimos carne fresca de una colonia y bastante verdura de otra. Alubias siempre habíamos tenido. Debe confesarse que, con la vista de tierra, el sentido común, que es un componente útil aunque gris de mi naturaleza, se fue reafirmando gradualmente. Se produjeron cambios en todos nosotros. El señor Prettiman recuperó su actitud acostumbrada de excitación e ira. Hacía que resultara más divertido que preocupante. También los emigrantes empezaron a parecerme divertidos. ¡Parecían opinar que debíamos aproximarnos directamente a la primera tierra que avistáramos y desembarcar allí! El rígido sistema de separación que había imperado anteriormente en nuestro navío se había visto tan moderado por el tiempo y por la aventura que ahora podía pasearme entre ellos sin comentarios. Creían que podía uno irse dando un paseo por la costa hasta Sydney Cove y que los más débiles de entre ellos podrían ir en los carromatos que les proporcionarían los aborígenes. ¡Aquí, pensaban, había una tierra de libertad, donde las plantas y los animales se multiplicaban espontáneamente y había negros y negras ansiosos de aprender y de servir, y cada hombre blanco era un reyezuelo, con una banda de delincuentes arrepentidos para mantener en orden a los negros!

Ya había pasado lo peor del invierno cuando avistamos la punta norte de la isla de Flinders y alteramos el rumbo para avanzar por la costa oriental. Durante un tiempo los vientos contrarios nos retuvieron entre aquella zona y cabo Howe. Pero creo que nos sentíamos animados al avanzar entre nombres conocidos, de forma que aquellas tierras áridas parecían darnos la bienvenida en nuestro propio idioma. ¡Pese a lo mucho que había leído y pensado gracias a los Prettiman, no puedo evitar ser un patriota. Han logrado hacerme ver y no han sido sólo ellos— los defectos de Inglaterra. No hago mía esa furiosa

exclamación de «¡Mi patria, con razón o sin ella!» Sin embargo, cuando hurgo en mi corazón, entre todos los prejuicios de mi carácter y mi crianza, entre todas las nuevas ideas, la aceptación de la necesidad de cambios, el pueblo, los escritores y los artistas, los filósofos y los políticos —incluso los fanáticos *filósofos sociales*—, en lo más hondo de mi corazón resuena ahora, y seguirá resonando hasta el día de mi muerte: «¡Inglaterra siempre!» Por eso, al ver aquellas tierras estériles y escuchar sus nombres —isla del Rey, isla de Flinders, cabo Howe— sentí, aunque no grité: «¡Inglaterra siempre!»

(21)

Creo que fue a partir de cabo Howe cuando obtuvimos lo que Cumbershum calificaba de «viento para soldados» —en el sentido de un viento tan favorable que hasta un soldado habría podido gobernar el buque—, provocando la irritación Oldmeadow. Éste replicaba con alguna bobada acerca de «marineros en tierra», pero para entonces yo ya estaba harto de los enfrentamientos y las rivalidades entre los servicios. ¡Cuánta agitación había en el barco! ¡Y las señoras! Tanto la señora Prettiman como la señora Brocklebank me comentaron que estaban *muriéndose de deseos de sacar las cosas de la bodega y tenerlo todo limpio*. Creo que incluso los más limpios de nosotros estábamos sucios. Después de todo, hacía meses que no habíamos podido lavarnos más que con jabón de mar. De hecho, yo me había preguntado si acaso debería titular mis tres volúmenes *Jabón de Mar*, pero, ¡ay!, debido a la pusilanimidad de los editores ingleses, no ha surgido la ocasión. De manera que por fin llegamos a Sydney Cove y nuestro microcosmos se partió en pedazos. Nos llevaron al muelle nuevo y el barco se vio invadido, pues hacía mucho tiempo que se esperaban allí los artículos que traíamos en la bodega. Nadie hizo mucho caso de los pasajeros. Importaban más los raíles de hierro. Anderson dejó al señor Summers al mando y se apresuró a desembarcar con el señor Benét (¡que era la misma *imagen* de un ayudante de almirante!).

Preferí no ir con ellos, pues, según parecía, el señor Macquarie, el gobernador, estaba ausente, de visita en una isla todavía más terriblemente penal que Sydney Cove. Algunos de nuestros pasajeros se abrieron paso a tierra en medio de agentes, mozos, balas, cajas y ruidos. A la señorita Zenobia Brocklebank la bajaron en una camilla, con mil atenciones y sin que se le pudiera ver más que la punta de la nariz. El señor Brocklebank se detuvo a mi lado.

—Adiós, señor Talbot. Tengo entendido que se propone usted publicar un relato ilustrado de la travesía. No se lo aconsejo. Nada que pueda usted escribir

jamás será comparable el éxito que obtuvo con su práctica de la medicina.

— ¿A qué se refiere?

— ¿No fue usted quien curó a nuestro buen amigo el señor Prettiman? ¡De hecho, señor mío, creo que debería usted abandonar las Musas en pro de Esculapio. Le deseo buenos días.

— Señora Prettiman... ¡Señora Prettiman! ¡No le digo adiós, sino *au revoir*! ¡Estoy seguro de que nos volveremos a ver!

El ruido no me permitió oír lo que me contestaba, ni acercarme a ella, debido a la multitud que había en cubierta y en la bodega abierta. El señor Prettiman estaba semirrecostado en una camilla y contemplaba el muelle. Dos o tres hombres se separaron de la multitud y subieron corriendo a bordo. ¡Lo esperaban! Se lo llevaron sin que él mirase ni una vez atrás, y la señora Prettiman lo siguió dócilmente. Estaba yo a punto de echarme a correr tras ella cuando se interpuso en mi camino la camilla del guardiamarina senil, Martin Davies. Siguiéron los Pike, con los East a sus talones, ¡como si fueran sus criados! Volvió corriendo la señora Brocklebank (se había olvidado su chal amarillo... ¡ay, no, si lo llevaba puesto!... ¡qué boba!). Pero se me acercó mucho y declaró que había olvidado totalmente lo ocurrido cuando casi chocamos con el hielo... Entonces no supe a qué se refería y sigo sin saberlo.

— Adiós, mi querido señor Talbot. ¡Tenga usted la seguridad de que nuestro secreto está a salvo conmigo!

Llegó Charles desde el castillo de proa.

— Edmund. No te has ido. Creía que nos habíamos despedido en la guardia de media. Esto es insoportable.

— ¿Qué tipo de persona crees que es el gobernador?

— Parece que ese caballero tiene algo que decirte. ¡Que Dios te bendiga!

Efectivamente, el caballero tenía algo que decirme. ¡Se trataba de Markham, uno de los miembros del séquito! Me dio la bienvenida y me llevó inmediatamente a, como decía él, «refrescar el gaznate». Aquella frase era una mezcla de lo *fino* y lo *vulgar*, cosa que según vi era bastante frecuente entre los miembros subalternos de la Residencia. No es fácil trasplantar una taberna inglesa, pero he de reconocer que los colonos habían hecho todo lo posible. Me asombré al enterarme de que ante el gobernador había que mantener un aire general de religiosidad. Sin embargo, dijo Markham, estábamos «a salvo de momento», aunque el vicegobernador apenas era menos religioso que el propio gobernador.

— ¿El capitán Phillip es de la Armada?

— Y tanto. Él y tu capitán van a ocuparse del destino de esa carraca en la que habéis venido... ¡y no debe de ser difícil, a juzgar por su aspecto!

— Perdimos los masteleros y sabe Dios cuántas cosas más.

— ¿No serás tú también marino?

— No lo quiera Dios. Nuestro capitán no es muy aficionado a la diversión.

— Ni Phillip. «Adiós, señor Markham. Nos vemos mañana en los servicios

religiosos.»

—¡Dios mío!

—Resulta soportable cuando uno se acostumbra. Lo malo son las moscas. Los caballos y la caza están bien. A propósito, en la Residencia hay un montón de cartas para ti.

—¡Cartas!

—Llegaron con la valija.

—Tengo que ir allí.

—¡Eh, espera un momento! ¡Ya sabes que tienes que presentarte a Phillip!

El resultado fue que volvimos al barco, que se hallaba en un estado indescriptible, pues ya estaban descargando todos los artículos que hacían falta con vigencia en tierra. Me puse un atavío más respetable.

Mi entrevista con el capitán Phillip no fue larga. Aceptó mis credenciales sin comentarios, manifestó su esperanza de que me sintiera a gusto en lo que él celebraba calificar de «nuestra pequeña gran familia», de que mi padrino estuviera bien, y después preguntó en voz baja si tenía algún informe acerca del señor Prettiman. Hube de responder que no había puesto nada por escrito. Aquel hombre se había convertido en un inválido y se había casado. Estaba convencido de que no representaban ningún peligro para el Estado. Phillip me contempló con el ceño fruncido, pero no dijo nada.

—Mi capitán... ¡otra cosa!

—¿Sí?

—El barco. ¿Qué va a ser de él?

—Según me dicen, no puede volver a hacerse a la mar. Se quedará de guardia en nuestro puerto. No nos viene mal tener más espacio para oficinas.

—¿Y sus oficiales?

—Eso no es asunto que le atañe, señor Talbot.

—Con el debido respeto, mi capitán...

—Señor Talbot, comprendo en todo lo posible la conducta de un joven en lo que son los primeros momentos de una situación completamente distinta de las que ha conocido hasta ahora, ¡pero es usted un funcionario subalterno y debe tener conciencia inmediata de ello!

—La tengo, mi capitán, y únicamente los sentimientos más profundos de mi corazón pueden hacerme hablar en un momento así. Pero, mi capitán, como oficial de la Armada debe usted de haber conocido muchas travesías, muchos destinos... debe saber hasta qué punto pueden trabarse amistades ¡y... hasta qué punto puede uno hallarse implicado apasionadamente en los asuntos y el futuro de un compañero de a bordo!

El vicegobernador me contempló en silencio durante un momento. Después esbozó una sonrisa.

—Eso es cierto. Recuerdo..., pero no viene a cuento. Bien. El capitán Anderson sabe que no es posible que un capitán de navío siga al mando de un barco de guardia anclado de forma permanente en este puerto. Regresará a

Inglaterra. El teniente Benét (un joven muy extraño) irá con él.

—No estaba pensando en el capitán ni en el teniente Benét, mi capitán.

El capitán Phillip se repantigó en la silla y me contempló con aire solemne.

—Ha despertado usted mi interés, señor Talbot.

—Estaba esperando, caballero, saber si podría usted utilizar su gran experiencia de las cuestiones navales para proceder a ascender a un hombre que no sólo es amigo mío y un magnífico marino, ¡sino que además es un cristiano convencido y devoto!

El capitán Phillip no ojeó entre los papeles que le había dado. Volvió a aflorarle una sonrisa en los labios.

—No sólo ha despertado usted mi interés, señor Talbot. Me ha sorprendido.

—¡Gracias, mi capitán!

—Le ofrecí el mando del barco al teniente Benét. Pero, como esperaba al cabo de cinco minutos de conocerlo, renunció a él. Espero que la Armada no lo pierda. Con una soltura que a él le parece natural, pero que cabría considerar impertinente en otro jovenzuelo, insistió en que lo merecía el teniente Summers.

—¡Dios... santo!

El capitán Phillip sonrió del todo.

—Ya había hecho lo mismo el capitán Anderson. Reiteró insistentemente que el teniente Summers estaba admirablemente capacitado para hacerse cargo del barco.

—¿O sea que el teniente Summers va a ascender a capitán?

—¿Quién lo ha dicho?

—Pensaba...

—Por otra parte, es posible, naturalmente. Entre sus funciones figurarían las de Jefe Real del Puerto con los emolumentos del cargo, pues hemos perdido al anterior.

—Estoy seguro de que los emolumentos son lo que menos importa al señor Summers. No desea más que servir a Dios y al Rey.

—Quizá lo haya dicho.

—Efectivamente. Fue un consejo que le dio al principio de su carrera el almirante Gambier en persona, y ha sido su norte desde entonces.

—Gambier es un hombre bueno. Un hombre religioso.

—Yo esperaba, mi capitán, que mi primera carta a mi padrino pudiera contener una descripción de mi alegría al poder exponer al gobernador Phillip la idoneidad de ascender a un hombre de principios estrictamente cristianos...

—«Gobernador Phillip». Sí. Bien. ¿Quién sabe? ¿De modo que quiere usted que ascienda a Summers a capitán, eh? ¿Y comprende usted, naturalmente, que eso tendrá que confirmarlo el gobernador Macquarie? ¿Y que ese ascenso tendrá que verse confirmado desde la Patria? Sin embargo. Sí. De acuerdo.

—¡Gracias, gobernador, mil gracias!

—Más vale que lo haga usted venir lo antes posible. Y ahora vamos con sus cosas, muchacho. De momento no le vamos a obligar a trabajar demasiado.

Tómese una semana o dos para irse acostumbrando. Observe las cosas. Cuando escriba usted a su padrino podría incluir... No. No quiere uno aparentar...

—Gobernador, será para mí una gran satisfacción mencionar su amabilidad. Apenas si oso preguntárselo, pero, ¿sería posible... podría yo mismo dar la buena noticia al capitán Summers?

—¡Calma, muchacho! ¡Ni siquiera he firmado el despacho provisional! ¡Santo cielo, no podemos tratar un asunto tan serio como un ascenso de modo tan apresurado!

—Mis excusas, mi capitán.

—No, no. A propósito... ¿no es su madre de la familia de los Fitz-Henry?

—Sí, señor. Mi padre...

—Disponemos de todos los formularios, ya entiende, impresos al estilo moderno. Después de todo, no es más que «provisional». No es como si hiciera falta la firma de Su Alteza Real... para *eso* hay que esperar a que llegue de Inglaterra, si es que llega.

—Sí, mi capitán. Supongo que todo va más despacio en tiempo de paz.

—Charles Summers, teniente... ¿tiene un segundo nombre? No... del barco... conforme a... provisional... firmado... El vicegobernador.

—¡No sé cómo darle las gracias, gobernador!

Me contemplaba con curiosidad.

—Y, ¿para usted mismo no quiere nada?

—¿Para mí? Yo... ¿podría llevarle el despacho?

El vicegobernador pareció un tanto asombrado. Pero después estalló en una franca carcajada.

—¡Verdaderamente ha sido una larga travesía! Bueno, no debería decirlo, pero Benét y Summers, Cumbershum, ¿no se llama así? Y Anderson y ahora usted... le voy a decir algo, muchacho. Es... ¡debe de haber sido, con mucho, el barco mejor avenido del servicio!

—¿Tienen ustedes comunicaciones con la India, gobernador?

—La valija, naturalmente. Si quiere usted enviar algo, dígaselo a Markham. Él se encarga de esas cosas.

—Gracias, gobernador.

—Y, Talbot: se espera del séquito que dé buen ejemplo, ya entiende.

—Sí, gobernador.

—Nos veremos en el servicio de maitines.

Se levantó una pulgada o dos del asiento e hizo un gesto señalando la puerta. Todo aquello era muy diferente de las rosadas expectativas con las que había partido yo de Inglaterra. Pero, dada la alegría que me aportaba el documento que llevaba en la mano, no podía sentir tristeza. Fui con pies alados hacia el barco, un Glauco con un regalo de oro o de bronce, y allí estaba Charles, erguido frente a la barandilla de la toldilla de proa. Dos carretas llenas de equipaje avanzaban golpeteando por los adoquines y Anderson y Benét iban andando a su lado. No habían perdido el tiempo.

Pero el barco estaba agitadoísimo. Todas las escotillas estaban abiertas. Los botalones extraían cargas de todo género, salían rodando barriles, se amontonaban las balas, subía el polvo...

—¡Charles! ¡Charles!

De un salto pasé del muelle al barco. Después, cuando vi la distancia que había, me reproché haber hecho algo tan estúpido.

—¡Toma!

Miró de reojo el documento y después volvió a contemplar lo que estaban haciendo los marineros.

—¡Ahora no, Edmund! Si aparto la vista de la descarga, se van a poner a pelear en un abrir y cerrar de ojos.

¡Léelo, hombre! ¡Tienes que leerlo!

Miró de reojo el documento, después volvió a detenerse en lo que estaban haciendo, se dio la vuelta y contempló el documento con calma. Parecía estar dispuesto a contemplarlo eternamente, con la boca abierta y la mirada preocupada. Lo desdoblé y lo sostuve de forma que pudiera leerlo. Se le fue la color de la cara, alargó una mano y se dejó caer. ¡De manera que aquello era mi armadura de oro!

Cuando Charles se recuperó y estábamos sentados en una litera desnuda en la cámara desierta del capitán, supe que la condición de capitán recién ascendido se señala con una charretera en la hombrera derecha. A mi querido amigo le costó trabajo confesarlo, pero por fin me dijo que, de hecho, tenía una guardada —escondida—, lo cual me pareció un indicio extraordinario y conmovedor de que, por muy modesto que fuera, también abrigaba esperanzas. La travesía lo había cambiado, igual que a todos nosotros, y yo no podía por menos de esperar que recuperase la sencillez y la amabilidad que antes eran tan evidentes en él. Le rogué que viniese a tierra, pero no quiso.

—Inmediatamente se pondrían a hacer bobadas o desertarían. Empezarían a actuar sin cuidado y luego a alguien le caería una bala encima. La descarga es más complicada de lo que tú puedas imaginarte. No puedo por menos de celebrar que, como el viaje ha sido tan largo, ya no nos quede nada fuerte que beber.

Me pregunté por un momento si decirle que tanto Benét como Anderson lo habían recomendado para su nuevo grado, pero rechacé la idea inmediatamente. En cambio le insistí hasta que consintió en ponerse su charretera. Por lo que a mí respectaba, aquello fue un anticlímax. El maldito adorno llevaba guardado tanto tiempo que estaba imposiblemente arrugado y los dorados se habían convertido en algo que se parecía sospechosamente al latón. Parecía como si un pájaro grande, un águila o un buitre, se le hubiera cagado desde un mástil en el hombro.

—¡Estoy impresionadísimo Charles! ¿Puedo seguirte llamando Charles? ¿No te importará que de vez en cuando se escape de mis labios involuntariamente la palabra «capitán»?

— Esto es un sueño.

— Bueno, vamos a celebrarlo en tierra.

— No. Mañana iré a ver al gobernador. Pero hoy...

Quedó en silencio y me pregunté si había caído en un trance religioso. Pero después vi que estaba acariciando la madera desnuda del costado de la litera, ¡igual —pensé de repente— que un hombre o una mujer podrían acariciar el costado de su antiguo lecho nupcial! Se puso en pie, fue hacia la amurada y la acarició; fue al ventanal de popa y echó el aliento sobre el vidrio para limpiarlo...

— ¿Qué pasa?

— Volvió a sentarse a mi lado en la litera.

— No puedes comprenderme, Edmund. Aquella vez, cuando me hicieron guardiamarina, tuve en mis manos un sextante. Después, cuando me llamó la junta de exámenes y me dijo que había aprobado los de teniente... ¡y ahora! ¿Capitán? Sí..., pero tengo un barco, ¡mi barco!

— Vamos. ¡Y llegarán más arriba! ¡Capitán!

— No puedes comprenderlo.

Por fin me marché, para instalarme en el dormitorio de invitados que Markham habían tenido la amabilidad de prestarme. Fui allí con una sensación, que al principio no podía definir, de desilusión. ¡Por fin concluí que se debía a la alegría de Charles por tener un barco anclado y retirado del servicio!

Markham había ido a hacer algo y no había vuelto. Entonces pensé que mi sensación de grisura y de falta de deseo de lo que no fuera el sueño, se debía a la poca comida y la nula bebida. En consecuencia, fui a la única posada de los alrededores que parecía respetable... y me sentí solo. Después recordé las cartas; pagué y fui corriendo a la Residencia. Mis cartas estaban todas atadas en un montoncito en el escritorio de Markham. Me senté a él y abrí una que por la letra en el sobre reconocí era de mi padre. Con sus habituales faltas de ortografía y, de hecho, de gramática, me decía sin preámbulos que mi padrino había muerto. Había celebrado en exceso la caída del Tirano Corso y la apoplejía que aquello le provocó lo había matado. Mi futuro se desmoronó a mis pies.

Así empezó una extraña época para mí. No me daban trabajo y no tenía otra cosa que hacer más que «familiarizarme» con la situación. De hecho, yo lo evitaba, y lentamente llegué a reconocer que ¡echaba de menos a *mis amigos*! Aquellos amigos, comprendía ahora, eran las personas con las que había pasado casi un año, y a los que conocía tan bien o mejor que a mi propia familia. Olmeadow, Brocklebank, la señora East, la señora Pike, Pike, Bowles, Smiles, Tommy Taylor, Prettiman, mi querida señora Prettiman... ¡sin darme cuenta, me encontré con que iba a buscarlos! ¡Pero habían desaparecido! ¡Mis amigos habían desaparecido! ¡Charles estaba desapareciendo con su nueva obsesión con aquella carraca!

A la mañana siguiente fui a la Residencia y traté de averiguar qué les había

ocurrido a todos. Prettiman no estaba en el hospital, sino que, según parecía, la pareja había alquilado un alojamiento. Oldmeadow había llevado a sus hombres río arriba, en cumplimiento de sus órdenes. No estaba claro qué había ocurrido con los Brocklebank... etcétera. Charles vino a la Residencia, con su charretera, y se encerró un rato con el capitán Phillip. ¡Salió lleno de entusiasmo, con la tarea de mejorar el sistema de balizados del puerto! Volví con él al barco, como si nunca hubiera salido de él, pero al llegar vi que estaba ocupadísimo y muy contento con el señor Cumbershum y la tarea de desmontar los cañones del barco y al mismo tiempo lograr que se mantuviera el equilibrio en toda la medida de lo posible. O sea, que vagabundeé, como un fantasma que vuelve a casa. Hallé mi primer camarote y mi segundo camarote con las huellas del suicidio impresas en el techo. Me paseé por la toldilla, donde había desafiado aquellas murallas monstruosas de pedernal negro al final de la tempestad. La mano que puse en la barandilla sintió algo áspero y miré. ¡La había puesto en el lugar exacto donde la espada de Deverel casi la había partido en dos!

Me conmoví, como si aquel recuerdo fuese de algo alegre. No podía comprender lo que me pasaba. Me quedé con Charles y Cumbershum, que hablaban de falcaceaduras y vueltas de braza, expresaban diferencias en cuanto a algún detalle arcano de la relinga, hasta que, por fin Cumbershum se marchó murmurando: «Según los barcos, así son las costuras». Incluso entonces, Charles parecía estar muy lejos de allí y me contemplaba como si yo fuera una mota en el horizonte mientras él atendía a algo de la máxima importancia, ¡aunque no se trataba más que de llevar aquel navío medio deshecho junto a la cabria, donde le iban a quitar todo el aparejo, salvo el tocón del palo mayor!

Encontré a los Prettiman. Al señor Prettiman le habían puesto una especie de arnés o vendaje que le permitiría andar con muletas y quizá, con el tiempo, cojear con dos bastones. La señora Prettiman ya se estaba ocupando de los papeles y de organizar reuniones. Accedió a concederme media hora. Cuando traté de describirle mi estado, dejó la pluma en la mesa, se quitó los impertinentes y me sermoneó:

—Lo que necesita usted, señor Talbot, es trabajo. No. No puede usted ayudar aquí. De hecho no debería estar aquí en absoluto. No les parecerá bien en la Residencia. La travesía ha constituido una parte considerable de su vida, señor mío. No la idealice usted. Como ya le he dicho, no ha sido una Odisea. No es molde, emblema ni metáfora de la condición humana. Es, o mejor dicho *fue*, lo que fue. Una serie de acontecimientos.

—Creo que he llevado la muerte en mis manos.

—Absurdo. Adiós, señor Talbot. Por su propio bien: no vuelva aquí.

Aquello fue la víspera del Cumpleaños del Rey. El señor Macquarie no había regresado todavía de su isla; Markham y Roberts, los otros dos secretarios residentes, eran amables pero se mantenían distantes. Se habían enterado de la muerte de mi padrino, y también el capitán Phillip.

Charles hizo que remolcaran nuestro viejo barco hasta la cabria y echó el ancla al lado de ésta. Que yo pudiera ver, nunca desembarcaba, pero a veces lo veía por el telescopio instalado en el porche de la Residencia, con la charretera brillando al eterno sol.

Si acaso, el Cumpleaños del Rey intensificó mi sensación de soledad. El vicegobernador ofreció un gran banquete a quienes a su juicio lo merecían, entre los cuales figuraban, según me dijeron, varios ex presos, algunos de ellos ricos. Empezó a última hora de la mañana y continuó hasta el anochecer. El capitán Phillip había tenido la idea de controlar el número de brindis que se ofrecían, pero sin éxito. ¡De hecho, creo que Edmund Talbot era el hombre más sereno de Sydney Cove! Echaba de menos a mis amigos los Prettiman, sin saber en realidad cuál de los dos significaba más para mí... volví a echar de menos a la señorita Chumley, aquella estrella brillante e inalcanzable en el lejano norte... eché de menos a Charles, que llevaba mi armadura de oro y estaba tan seguro de mi afecto que no me hacía caso. De hecho, se habían iniciado los fuegos artificiales y las aguas tranquilas de la bahía los reflejaban cuando me aparté de aquella compañía alborotada y fui a quedarme solo en el porche, donde podía contemplar el mar y el cielo hasta que me adormeciesen.

Una pequeña brisa creó una sombra al otro lado del agua. La multitud de barcos mercantes, de pesca, balleneros, de compañía o de guerra giraron lentamente en la misma dirección, suspendidos de una sola ancla. Nuestra vieja carraca y la cabria y la barcaza de pólvora del otro lado giraron con ellos. Había estrellas rojas, azules y amarillas sobre el agua y se oían los gritos excitados de los niños más allá de los arbustos del jardín de la Residencia.

Reflexioné sobre el desastre que había caído sobre mí. Al igual que Summers en sus primeros años, tendría que *abrirme paso trabajando*. No podría mencionar al gobernador ante mi padrino, no podría insistir en las alturas para que el ascenso provisional de Charles se hiciera permanente. No, efectivamente. No era una Odisea, un paradigma, una metáfora, una analogía: ¡eran los ridículos pesares de Edmund Talbot, a quien la vida ya no mimaba como si fuera su hijo favorito!

Fui el telescopio y contemplé la cabria. Nuestros —¡he escrito nuestros!— palos de trinquete y mesana del dominio de Charles yacían en el puente de la cabria. Lo único que quedaba en pie del mayor era la parte inferior hasta la cofa. Me hallé contemplando la oscura entrada del vestíbulo y medio esperando que surgiera de allí el señor Brocklebank, con su supuesta esposa aferrada a él bajo el sucio capote de viaje. Pero todo estaba vacío.

La parte de proa del barco tenía algo raro, igual que los costados. La enorme ancla colgaba inmóvil, suspendida sobre el agua —¿no llamaban a eso los marineros suave por el escobén?—, como dispuesta para caer en un momento, con la cruz tan cerca de la superficie que podía ver un ancla invertida colgando bajo la real.

¿Qué era lo que me extrañaba?

Era como si se estuviera formando una niebla en torno a la proa, una niebla que se levantaba tan débilmente que sólo alguien que llevara tanto tiempo examinando todo el barco... Me llegó a la nariz un olor acre. Claro, eran los fuegos artificiales, que ahora ascendían en haces por encima de las aguas oscuras. Empezaba a levantarse la brisa de tierra y la visión del ancla del revés había desaparecido.

Apareció Charles en la toldilla; ¡fue tambaleándose hacia la cámara del capitán! Bajó las escalas de un salto, fue corriendo a toda velocidad por cubierta y desapareció en el castillo de proa. Tras él se elevó una columna de niebla por el agujero de la cubierta donde había estado el palo de trinquete. Charles reapareció en cubierta. Fue corriendo al palo mayor, hizo algo en él y después volvió con una gran hacha en las manos. Subió corriendo al castillo de proa y empezó a golpear con el hacha los cabos que mantenían unidos los cascos. Corrió a popa en medio del humo que empezaba a surgir ahora a todo lo largo del barco y comenzó otra vez a golpear en la toldilla. Empezó a aumentar la distancia del agua —no más de una yarda— entre los dos cascos, ¡por el costado de la cabria que tenía a su lado la barcaza de la pólvora! De repente, el agujero de cubierta donde había estado el trinquete se puso rojo. Por el agujero salió al aire libre una sola llama. Charles volvió corriendo. Saltó al castillo de proa y empezó a repicar furiosamente la campana. Lentamente, el barco incendiado, que echaba humo por todas partes, empezó a desplazarse bajo el impulso de la brisa hacia el fondeadero con su multitud de barcos anclados. ¡Campanadas y más campanadas! Giré el telescopio hacia el mercante más próximo y vi que en el castillo de proa, en torno al cable del ancla, se iban reuniendo marineros. Más allá, una goleta empezó a izar su vela de estay; todavía más lejos, otra soltó la vela cuadra, que se infló en el mastelero, mientras viraba a popa para apartarse del camino de aquel terrible barco. Charles se metió en el castillo de proa, pero salió tambaleándose casi inmediatamente. Atravesó corriendo la cubierta, se metió en el vestíbulo y desapareció. La entrada del vestíbulo vibraba con una luz débil pero furiosa. Sobre el puerto, pero a una altura que ya no era superior a la de una columna de humo, los cohetes estallaban y chisporroteaban.

¡De pronto comprendí que Charles corría un peligro mortal! No me había dicho si sabía nadar, pero casi ningún marinero sabe. Sin pensarlo, eché a correr por los jardines, sobre los adoquines, por un callejón, y salí jadeante entre los tinglados del lado de acá del muelle. Presa del pánico, fui al desembarcadero, donde había una serie de chinchorros y botes salvavidas amarrados con sus bozas, bajé las escaleras, vi que uno tenía remos, lo desamarré, salté a él y me puse a remar. No soy precisamente un buen remero y me costó trabajo. Sin embargo, seguí adelante, pese a que el barco en llamas parecía desesperadamente fuera de mi alcance; y después resultó evidente que podía alcanzarlo, pues viró a estribor y, mientras la marea corría a su lado, se detuvo levemente escorado y encallado. Le salía humo por los costados, allí donde habían estado abiertas las portillas, y pese a él vi cómo ardían las cubiertas

inferiores. Llevé el chinchorro justo al lado, junto a la parte más trasera del atortoramiento de Charles: un enorme cable que le recorría todo el costado y desaparecía en cubierta. Escalé por el recogimiento del costado, pasé sobre las amuradas y caí en cubierta, tosiendo maldiciones y humo.

—¡Charles!

Había desaparecido por el vestíbulo. Me quité el corbatín del cuello, me lo puso sobre la boca y la nariz, y después me metí en medio del humo.

—¡Charles!

Pisé con un pie en el vacío, caí —era el agujero donde había estado el palo mesana— y me quedé medio colgando. Me levanté y no logré ver dónde estaba la escala. Me encontré aferrado a una barandilla, y después a un picaporte. Eran los camarotes. Fui recorriéndolos tanteando, aparentemente durante una eternidad. No podía recordar exactamente por qué había salido otra vez a la oscuridad, y después pensé que, claro, era para hacer la guardia de media como de costumbre.

—¡Charles! El guardiamarina Talbot...

No estaba en ninguna parte, parecía. Tanteé puertas y barandillas y entonces, quizá porque tenían más memoria mis pies que mi cabeza, me hallé a la entrada del combés, después de lo cual los pies me llevaron escalas arriba hacia la toldilla, donde se cambiaba la guardia.

—¡Talbot!

No se podía ver a Charles por ninguna parte. Se me aclaró algo la cabeza y recordé cómo se había metido en el castillo de proa. Era posible que... bajé las escalas corriendo.

—¡Talbot, imbécil!

Sonó una explosión terrible casi bajo mis pies, el atortoramiento reventó y salió volando por el aire, e inmediatamente se produjeron otras dos explosiones, una detrás de otra. Vi que la cubierta se abría bajo mis pies hasta el propio castillo de proa. Todo el barco se desencuadernó y lanzó hacia el cielo una torre de llamas brillantes en medio de las cuales cayó atronadoramente lo que quedaba del palo mayor. Saltó un inmenso mar de chispas para reunirse con el fuego que se cernía sobre nosotros.

—¡Salta, idiota!

Una llamarada prendió mi cabello. Volví hacia las escaleras, pero habían desaparecido. Fui hacia las amuradas, pero estaban ardiendo.

—¡Del lado de babor, por el amor de Dios!

Eso era cuesta abajo. Quedaban suficientes planchas en torno al timón para atravesar corriendo. No parecía importar. Pero me dolían la cara y las manos. Llegué a una parte de las amuradas que no estaba incendiada. Miré al agua fresca, que incluso la influencia de aquel mundo ardiente no podía calentar. Me dejé caer a ella.

Cumbershum me agarró del cuello, pues yo no era capaz de hacer nada. No sé cómo, me metieron en el bote, y entonces fue cuando empecé a sentir el

dolor, y hasta que me llevaron al hospital me costó mucho trabajo no manifestarlo a gritos. Me desnudaron, me vendaron con lana fina y me llenaron la boca de aquel repulsivo láudano.

No voy a detallar mis padecimientos. ¿Sirvieron para expiar algo? Creo que no. Pero llegó un momento en que mi cuerpo estuvo lo bastante bien como para permitirme comprender la situación. Mi padrino había muerto. Charles había muerto. Todas aquellas personas habían desaparecido para mí, igual que si se hubieran quedado y consumido en el barco incendiado.

Jamás se halló rastro de Charles. Al llegar la marea baja, el pecio se había desintegrado y exhibía sus entrañas a la vista de todos. Y él había desaparecido. Se celebró un servicio en su memoria y se elogió a Charles como leal entre los leales que no tienen una tumba, sino que desaparecen como si jamás hubieran existido. Yo recibí más elogios de los que merecía, pero lo que sentía era un enorme pesar. Soñaba con él y con ellos y con el barco muerto. Me despertaba con el rostro bañado en lágrimas para soportar un día más de sol duro e intolerable. Fue con la más seca y vacía de las iluminaciones interiores como me vi al fin tal cual era y comprendí cuáles eran mis escasos recursos. Me levanté, por así decirlo, y me erguí descalzo. El futuro era duro y largo. Sin embargo, lo afronté y caminé hacia él. Pero creyendo firmemente que, fuera lo que fuese lo que el futuro me reservara, aquél era el período más triste de mi vida.

(22)

Como la realidad es más extraña que la ficción, naturalmente resulta menos creíble. Un biógrafo honrado, si es que existe, siempre llegará a un punto en que celebraría más rebajar los ásperos tonos de una vida real para convertirlos en los delicados matices del romance y la leyenda. Eso fue lo que reflexioné el otro día, al volver a leer parte de este relato descarnado que he hecho de nuestras aventuras antárticas.

Siempre me he sentido un poco desasosegado con autores como Fielding y Smollet, por no decir nada de los modernos, por ejemplo, la señorita Auten, que creen que, pese a los datos que les aporta a diario la vida en su derredor, para que un relato sea verídico debe tener un final feliz... o, mejor dicho, me *sentía* desasosegado antes de que mi propia vida entrase en regiones de fantasía, «feéricas», ¡de una felicidad absurda!

Un día estaba yo, todavía apenado, en el porche de la Residencia y preguntándome cuál es esa fuerza interior que impide a la mayoría de los hombres suicidarse, cuando una explosión distante me hizo levantar la mirada. Por la punta del cabo había llegado un barco y, al verlo, salté de golpe, pues nuestro cañón de salvas respondió desde abajo del porche con otra explosión y con una nube inmensa de humo blanco. Era un barco de guerra, pues. Fui hacia nuestro telescopio y lo apunté hacia el desconocido.

¡Creo que incluso entonces algo me dijo que se iniciaba un cuento de hadas! El barco enarbolaba una señal —supongo que con su número— y otras banderas que podían significar cualquier cosa. Bajo el bauprés había toda una trama de pintura dorada. Distinguí una corona, un centro rojo rodeado de azul y contuve el aliento al ver que podría ser lo que en un astillero se interpretaría con un martín pescador coronado, un pájaro azul, un alción, un *Alcyone*. Fui rápidamente al despacho y el estopín de la explosión siguiente de respuesta nuestra a su saludo casi me golpeó. En el despacho estaban Daniels y Roberts, que acababan de abandonar las flechas de papel con las que estaban

resolviendo los asuntos de la colonia. Markham entró por la otra puerta y dijo que era la Fragata de Su Majestad *Alcyone* y que por fin íbamos a recibir noticias creíbles en lugar de los rumores de capitanes mercantes borrachos. Me dije que lo más que podía esperar yo era una carta de la señorita Chumley en respuesta a tantas como le había enviado yo a la India en todos los barcos que iban allí. Pero sir Henry tendría noticias de ella. Observé que conocía a su capitán y que iba a ir a verlo. Me marché antes de que nadie tuviera la oportunidad de ofrecerme su compañía y esperé junto al telescopio hasta que el grupito reunido en torno a él se cansó de mirar. El *Alcyone* entraba en calma, pero con todas las gavias cargadas, como era natural en una dársena tan llena. Pero era un barco de guerra, de forma que le indicamos que se dirigiera al muelle nuevo.

Me llegó el turno. Inmediatamente vi a sir Henry Somerset en la toldilla, resplandeciente con el uniforme de gala que se había puesto para ir a ver al gobernador. El lector quizá pueda suponer cuál fue la auténtica convulsión... ¡no, ya recuerdo! ¡Me reventó el corazón, igual que se puede reventar un huevo encima de la sartén! ¡Qué extrañada delicia cuando me encontré contemplando la imagen de la señorita Chumley! Estaba junto a lady Somerset en la toldilla, justo *a popa* de sir Henry, que no paraba de dar órdenes. Las dos damas tenían juntas las cabezas y lo contemplaban, creo, y mantenían un obediente silencio mientras el barco viraba en el canal. Ahora sir Henry examinaba la Residencia por su telescopio... ¡nos mirábamos a la cara! Se dio la vuelta y dijo, sonriente, algo a la señorita Chumley. Ahora ella le pedía el telescopio... un oficial joven le ofrecía el suyo... se lo sostenía... ella lo ajustaba... me quité el sombrero y lo agité... ¡La señorita Chumley abandonó el telescopio y juro que se lanzó a los brazos de lady Helen! Se abrazaron, la señorita Chumley se separó... Pareció confusa, casi atemorizada... Fue corriendo a la escala de cámara ¡y desapareció! De pronto me di cuenta del aspecto desaliñado que solíamos tener a primera hora de la mañana —mejor que el decididamente *farouche* de la mayor parte de los hombres de Sydney Cove, pero por escasa diferencia— y fui corriendo a arreglarme. Cuando por fin estuve afeitado y vestido como es debido, el *Alcyone* había lanzado amarras. Levanté el sombrero hacia sir Henry, que subía las escaleras de la Residencia mientras yo las bajaba, pero creo que no me vio. Lo seguía un guardiamarina que llevaba un gran *portefeuille*. Sir Henry tenía la cara enrojecida y jadeaba.

Cuando llegué al muelle, el *Alcyone* estaba ya en su fondeadero. Había echado las escalas de popa y de proa, en las que había centinelas y contramaestres. Ya estaba embarcando agua y suministros. Pese a la agitación del muelle, lady Somerset estaba allí en pie, ocupando un espacio que le parecía consagrado. No se veía a la señorita Chumley. Al acercarme a lady Somerset me descubrí, pero inmediatamente ella me pidió que me lo volviera a poner. Después de la India, le resultaba desconcertante ver a un caballero descubierto. Tartamudeé un cumplido sobre su aspecto, pero ella no quería hablar del tema.

—¡Señor Talbot, no tiene usted idea de las dificultades que sufrimos las

pobres mujeres en una fragata! Pero, por lo menos, no hemos padecido, como parece que sufre este lugar, tantas moscas... ¡qué asco!

—Nunca se acostumbra uno a ellas. Lady Somerset, le ruego...

—Ahora va usted a pedirme permiso para entrevistarse con la pobre Marion.

—¿La pobre Marion?

—No puede soportar el mar ni habituarse a él. No dudo de que preferirá incluso las moscas.

—Lady Somerset... ¡si supiera usted cómo he ansiado este encuentro!

—Señor Talbot, en el fondo yo soy una romántica, pero el tener a mi cargo a una jovencita me ha ayudado a curarme de lo que empezaba a considerar una aberración. Las cartas de usted han ido mucho más allá de lo que le propuse cuando consentí una correspondencia. ¿Son serias sus intenciones, caballero?

—¡Lady Somerset!

—Bien, supongo que sí. Pero... ¿qué es usted? ¿Cuarto secretario? Y hemos sabido que su padrino ha muerto.

—Eso me temo. ¡Ah, qué pena!

—Quizá para usted. También para él, hemos de creer. Pero en lo que respecta al país...

—¡Aquí viene!

¡Y así era! ¡La señorita Chumley, en el tiempo transcurrido desde que nos habíamos mirado por los telescopios, había cambiado totalmente! ¿Dónde estaba aquella capa de color verde oscuro que le había colgado de los hombros? Aquella visión radiante iba vestida de blanco, con un pañuelo de gasa india que le caía desde los hombros y le pasaba por los brazos. Tenía los guantes abotonados hasta el codo. Llevaba un sombrero de paja de ala ancha levemente atado con otro pañuelo anudado bajo la barbilla. Tenía la cara resplandeciente bajo una sombrilla sonrosada. En la otra mano llevaba un abanico con el cual intentaba, sin mucho éxito, alejar las moscas. Me descubrí.

—Señor Talbot, ¡sus cabellos!

—Un accidente, señorita, una nadería.

—Marion, hija, creo que deberíamos invitar al señor Talbot a bordo, pero quizá mañana...

—¡Ay, Helen! ¡Te lo ruego! ¡La tierra se mueve, pero es maravilloso! ¡Parece tan enorme, con árboles y casas y cosas! ¡Ah, Helen, son casas inglesas!

—Bien. Puedes quedarte un rato. Te voy a enviar a Janet. No salgas del muelle. El señor Talbot se encargará de ti.

—Efectivamente, señora, no pido más que se me permita...

—Y no permita usted que se le acerquen los indígenas, los aborígenes creo que los llaman.

—Desde luego que no, señora.

—Ni los presos, naturalmente.

—No, señora. ¿Me permite un consejo? Aquí no utilizamos ese término. Los

llamamos «los enviados por el gobierno».

Lady Helen hizo una leve reverencia, se dio la vuelta y volvió a subir a bordo. La señorita Chumley y yo seguimos mirándonos. Sonreía encantada y movía la cabeza como si no lo pudiera creer, y alejaba a las moscas; supongo que yo sonreía o reía como un idiota, ¡que de hecho me comportaba en muy escasa medida como debía comportarse un secretario de la Residencia a diez yardas de distancia de un público que sin duda se estaba divirtiendo! Hablamos, pero como si estuviéramos sumidos en un trance. Gracias a las mágicas propiedades de la Mente, tan poco comprendidas, ella y yo logramos recordar después lo que ninguno de los dos escuchó conscientemente entonces.

— ¡Señor Talbot, qué moreno está usted!

— Mis excusas, señorita Chumley. No es permanente.

— Me temo que yo estoy quemada.

— Ah, señorita... ¡una rosa inglesa! Ha estado usted bajo la lluvia, bajo un monzón o algo así.

— Hemos estado embarcados.

— ¡Todo el tiempo, no!

— No sabía que fuera tan grande, señor Talbot, y se lo digo de verdad. Se ven mapas y globos terráqueos, pero es diferente.

— ¡Sí que es diferente!

— Y creo, caballero, que la mayor parte es innecesaria.

— ¡Totalmente, totalmente innecesaria! ¡Fuera con ella! ¡Que se acabe el mar! Mejor tener pequeñas extensiones entre cada país... como un canal...

— Como esos lagos ornamentales en los parques...

— Una o dos fuentes...

— ¡Ah, sí! ¡Las fuentes son importantísimas!

Fue entonces, creo, cuando ambos percibimos lo absurdo de nuestras palabras y nos echamos a reír, de forma más bien nerviosa, al oírlas. Empecé a abrir los brazos con un gesto totalmente espontáneo, pero vi que en la pasarela de popa aparecía la valiosa Janet y volví a dejarlos caer.

— Señorita Chumley, a ambos nos han impresionado los océanos... pero sin duda habrán llegado ustedes a la India.

— Ah, sí. Pasamos un tiempo en Madrás, y después en Calcuta. Pero mi prima... tras la muerte de la pobre Rosie Aylmer... tan lista, tan buena, con sangre real... ¡Ha sido tan trágico y tan *pavoroso*, porque apenas era mayor que yo! Mi prima me consideró demasiado *inmadura* para superar la epidemia. Lady Somerset me volvió a sacar de allí y ¿qué iba a hacer sir Henry más que hacerse amigo del almirante?

— La amabilidad del destino nos ha reunido. ¡He calumniado al universo!

La señorita Chumley rió deliciosamente y, si se me permite decirlo, más calmadamente.

— ¿El universo? ¿El destino? ¡Diga más bien que el Tirano Corso organizó nuestro encuentro! Bueno, no es raro, pues mucha gente, y en especial los

franceses, ha considerado difícil distinguir entre él y el Destino.

—¡Napoleón!

—Ese malvado ha escapado de Elba y desembarcado en Francia. Estamos otra vez en guerra. Las noticias llegaron por tierra al almirante en el Mar Rojo, de forma que cuando nos encontramos frente al cabo Comorin, nos dijo que viniéramos aquí *a toda vela*, y lo que es más, supongo, que volvamos a salir de aquí a la misma velocidad desesperada.

—¡No puedo soportarlo! ¡Me coloca usted en el séptimo cielo y al mismo tiempo me sume en la angustia!

—¡Pobre señor Talbot! Creo que cualquier jovencita haría lo que... ¡pero no debe decir cosas así!

—¡Señorita Chumley... ah, señorita Chumley... señorita Chumley!

Advertí que la señorita Oates, la *valiosa Janet* de lady Somerset, estaba junto a la señorita Chumley. Me quité el sombrero y le hice una reverencia, ella me la devolvió y volvimos a nuestra conversación, aunque en tonos menos apasionados.

—Como ya sabe usted, señor Talbot, lady Somerset ha tenido la bondad de hacerse cargo de mí.

—Una responsabilidad preciosa que cualquier...

—Existe una especie de acuerdo entre nosotras en el sentido de que no puedo responder a la pregunta... es decir...

—¡Ah, señorita Chumley!

—En general, se considera que las jovencitas son demasiado ignorantes para que puedan disponer de sí mismas correctamente y deben hacer que alguien mayor disponga por ellas.

—Yo creía que ella era una apasionada de la Naturaleza.

La señorita Chumley se apartó las moscas de la cara con el abanico. Después, con un gesto que me conmovió de forma inexpresable, se inclinó hacia adelante y me quitó a mí las moscas con el abanico.

—Tendría una que ser una heroína de Shakespeare, señor Talbot, y recordar que hay que estar siempre presente en el quinto acto. Me refiero a las comedias, naturalmente.

—¡Claro! ¿Qué tenemos nosotros que ver con unos jorobados y con unos viejos airados cuyas hijas son unas malvadas?

—Nada, desde luego. Pero en lo que pensaba era en el ofrecimiento directo de la mano, como si una jovencita fuera en realidad un jovencito disfrazado...

—¡Señorita Chumley! ¡juro que, cual Julieta, enseñaría usted a las antorchas a arder! El aire. El sol por mucho que broncee, coloree... perdone estas lágrimas y estas moscas, pues son moscas... ¡lágrimas, digo! de alegría.

Impulsivamente alargué la mano. Permitted que el abanico le quedara colgando de la muñeca y puso su mano en la mía, riendo.

—¡Mi querido señor Talbot! ¡Literalmente, me ha levantado usted los pies del suelo!

Por fin, ¡y cuán involuntariamente!, le solté la mano.

—Perdóneme, señorita Chumley. Temo que soy de naturaleza demasiado ardiente.

Volvió a colocarse el abanico en la mano y se ocupó de quitar las moscas que me asediaban. En el espacio momentáneamente despejado me acercó el rostro radiante. Tras él apareció lady Somerset. No se veía a la señorita Oates por ninguna parte. La señorita Chumley se dio la vuelta rápidamente.

—¡Helen! ¿Dónde está Janet?

—Huyó a la bodega cuando los marineros empezaron a reírse. Debería usted volverse a poner el sombrero, señor Talbot.

—¿Marineros, señora? ¿Riéndose?

—¡Marion, estabais *casi en público*!

—Lo siento, Helen. Pero, como he dicho al señor Talbot, me ha levantado los pies del suelo, y, ¿qué va una jovencita...?

—Ahora debes irte tú.

—Pero, Helen...

—Lady Somerset...

—Podréis veros mañana, si seguimos aquí, ¡pero bien vigilados, no lo olvidéis!

Contempló cómo desaparecía la joven.

—Cuenta usted con mi simpatía, señor Talbot, pero nada más. Imagino que el fallecimiento de su padrino va a hacer que tarde usted en alcanzar la fama y la fortuna.

—Gozo de medios suficientes para una persona joven... si bien estoy de acuerdo en que son insuficientes para una gran familia. Mi padre...

—Un secretario subalterno no puede casarse aunque goce de medios propios. Hasta que salí a cubierta... ¡Señor Talbot, esto ha sido *demasiado familiar*! Es usted un buen partido, salvo en lo que respecta a la fortuna. Lamento mucho, señor Talbot, hallarme atrapada entre mis responsabilidades por una señorita...

—¡Es la dama más bella del mundo!

—Sentimiento muy correcto por su parte, caballero. Además, es muy inteligente, lo cual siempre durará más que la belleza y vale mucho más la pena, aunque nunca se puede lograr que los caballeros opinen lo mismo. El resto de su personalidad, señor Talbot, está formado por la determinación y (hasta el presente episodio, habría dicho yo) ¡el sentido común!

—Estaba, estábamos, hechos el uno para el otro.

—En Calcuta la asediaron.

—Ya me lo imagino. ¡Ay, Dios mío!

—Después de todo, parece que sigo siendo una romántica. Puede usted verla mañana por la mañana.

—Se lo ruego, señora, ¡permítame llevarla a dar un paseo! Entre esta hora y la del atardecer...

—Mañana. Hoy hemos de conseguir habitaciones en un hotel, si existe alguno adecuado para nosotros. De hecho, la situación es tan desesperada que creo hemos de utilizar uno cualquiera aunque no sea totalmente adecuado.

—¡Lady Somerset, no puedo creerla!

Lady Somerset me miró directamente a los ojos y habló lánguidamente, con su profunda voz de contralto.

—Dado que espera usted casarse, señor Talbot, más vale que sepa lo peor. Baños, señor mío, baños calientes. ¡Quizá no lo sepa usted, pero las damas los necesitan tanto como ustedes!

—Con aquello y la sugerencia de una inclinación, regresó al barco. Me fui corriendo y escribí una nota en la cual solicitaba el privilegio de llevar a la señorita Chumley de paseo en coche al día siguiente. Al cabo de una hora llegó la respuesta. Lady Somerset saludaba atentamente al señor Talbot y consentía en que llevara a pasear en coche a la señorita Chumley y a la *señorita Oates* al día siguiente durante una hora o dos de la mañana. Estarían esperando al señor Talbot en el muelle nuevo a las diez de la mañana.

Es posible que lady Somerset esperase un *barouche*. Sin embargo, no fue más que —y ya fue una suerte— un carricoche indio, con un asiento *a popa* para la señorita Oates y dos asientos *a proa*. Aquello resultaba brutal para la pobre señorita Oates, ¡pero el amor nos exige sacrificios a todos! El carricoche y yo estábamos junto al barco a las diez menos cuarto de la mañana. Hacía ya tanto calor, que el darle un paseo al caballo no era sólo innecesario, sino desaconsejable. Una vez más me convertí en un objeto de curiosidad y —creo— diversión para la tripulación del barco.

La primera en aparecer fue lady Somerset. Se abanicaba asqueada frente a la nube de moscas que nos rodeaban a mí y al caballo.

—Buenos días, señor Talbot. Supongo que ese asiento es para la señorita Oates. Ese caballo es pequeño. Por lo menos, no se escapará con ustedes.

—Lo difícil, señora, es lograr que se ponga en marcha.

Lady Somerset señaló que estaba de acuerdo. Casi debería de haber dicho yo que «asintió», pero, en lo que a ella respectaba, aquel gesto tenía tan poco de asentimiento como las señales del omnipotente Zeus.

—Va a bajar inmediatamente. No tiene usted idea del número de veces que... ¡ah! Aquí vienen.

—No recuerdo ni lo que dije yo ni lo que dijo ella ni lo que dijeron...

(23)

¿Y después?

Últimamente olvido muchas cosas, ése es el problema. Tampoco es que importe. Ninguno de estos volúmenes se publicará hasta que todos estemos olvidados. En todo caso, los diarios personales dicen muy pocas cosas. He estado hojeando éstos y no he logrado más que leer algo acá y acullá. No voy a releerlos. Lo mismo pasa con las cartas. Hace sólo unos días que me llegó una al Foreign Office de —quién lo iba a pensar— el teniente, o debería decir el señor Oldmeadow. Naturalmente, tiene un nieto y quiere esto o lo otro. Hace tiempo que renunció a su despacho y que aceptó una concesión de tierras y después compró más. ¡Ahora jura que posee una finca mayor que todo Cornualles! Con eso, y con ese muchacho flacucho que habla de forma tan rara, volví a reflexionar sobre los recuerdos que me quedan de Australia. Son sobre todo de pájaros, de grandes bandadas de pájaros verdes, o blancos con una cresta amarilla. Supongo que todo ello ocurrió, y también la travesía. Hace sólo unos días que el propio Primer Ministro me dijo: «Talbot, te estás poniendo muy aburrido con la historia de ese viaje».

La carta de Oldmeadow me daba algunas noticias de mis amigos los Prettiman. Para llegar al interior habían tenido que cruzar sus tierras. Daba una imagen vívida de ellos: ella sentada delante, con sus calzones, en un corcel vigoroso, y él justo *a popa* de ella, pero sentado a la amazona, con las piernas de lado, como había previsto. Los seguía un puñado de inmigrantes y de *enviados por el gobierno* liberados, más uno o dos salvajes.

Oldmeadow decía... ¿qué diablo había dicho? ¡Claro! Había tratado de persuadirlos de que seguir adelante era una absoluta locura. Pero siguieron adelante hacia lo desconocido, sin que les importara lo que él decía. Como comentaba en su carta, desde entonces no se ha tenido la menor noticia de ellos. Espero que llegaran a algún sitio. Y además, claro, hubo aquella carta unos años antes de, como se llame, el viejo señor Brocklebank. Decía que le iba muy bien

con su taller de pintura. Que Zenobia (su «¡hija!» mayor) había muerto al cabo de sólo un mes o dos de salir del barco. Decía que había dejado un mensaje para mí. Era algo así como: «Dile a Edmund que estoy cruzando el puente». ¡Maldita sea, en aquella época no había puentes en ninguna parte cerca de Sydney, y nuestra carraca no era un barco de vapor!

Pero, claro, ahora recuerdo. Apareció la señorita Chumley, seguida por la señorita Oates. La ayudé a subir, y la señorita Oates se acomodó como pudo en el asiento de atrás. No sé cómo lo logró. Cuando me di la vuelta a mirar, estaba sentada y mirando hacia el aire, con ambas manos aferradas a las manillas que tenía a los lados.

—¿Está usted cómoda, señorita Oates? ¿Señorita Chumley?

—Estoy muy cómoda, señor mío. ¿Puedo formular una sugerencia?

—¡Cualquier cosa!

—¿Podemos alejarnos del mar? Ya sabe usted cuánto lo detesto.

—Naturalmente, señorita. Iremos hacia el interior.

Y nos fuimos. No puedo decir que aquel paseo fuera muy estimulante, en lo que respecta a mi destreza como cochero. Aquel caballo, pequeño y malhumorado, quizá estuviera más acostumbrado a los funerales que a los paseos recreativos. Una vez lo alenté a que se pusiera al trote, pero no era un «trote rápido» y al cabo de poco renunció, sin duda opinando que llevar a tres pasajeros era más que suficiente. Pero he de reconocer que si estaba uno obligado a pasear con «carabina», la señorita Oates era la ideal. Le pregunté si se sentía cómoda. La señorita Chumley la invitó a admirar la extraordinaria blancura del tronco de un árbol, ¡y a partir de entonces fue como si no estuviera con nosotros en absoluto!

—Según adivino, me lleva usted a contemplar un paisaje, señor Talbot. Si oso sugerir...

—¡Lo que desee, naturalmente!

—¿No tienen ustedes un paisaje de árboles, bosques, prados? Ver ahora un roble, un arce...

—El único camino bueno es el de Paramatta. Según dicen, el paisaje o panorama principal es el del puerto con sus barcos. Dadas las circunstancias, comprendo que no sienta usted inclinación por contemplarlo. ¿Qué más? Como puede usted apreciar, nuestros edificios no son todavía como los metropolitanos. Podría llevarlas a ustedes junto a los cimientos de la iglesia nueva, donde a veces se celebran los servicios al aire libre...

La señorita Chumley apartó vigorosamente las moscas con el abanico de la pequeña parte de su rostro que no cubrían la paja y la gasa.

—Comprenderá usted, señor mío, que la religiosidad no me ofrece nada nuevo —dijo—. No tiene usted idea de las atenciones que reciben las huérfanas del clero.

—Lo dice usted como con nostalgia, señorita Chumley. Supongo que en el *Alcyone* no había capellán, ni siquiera un cura pasajero como el que tuvimos

nosotros. Comprendo que debe de ser una dificultad más para una jovencita.

—Sí. Eso supongo. ¡Ah, qué aves tan lindas!

—Tenemos que ir por aquí. *Allá* abajo hay salvajes, y tienen un aspecto insoportable, en especial las mujeres.

—Es magnífico que Helen la haya permitido sacarnos a un paseo así.

—Es un gran cumplido el que lady Somerset haya confiado a ustedes a mi protección. Jamás hombre alguno ha tenido una responsabilidad tan preciosa.

—¡No tenga usted una opinión demasiado elevada de mí!

—Es imposible tener... pero, ¿por qué no?

—Porque, porque mi ambición estriba en no ser jamás... ¡motivo de desencanto! Espero haberlo dicho bien, pero temo que...

—Ha sido algo tan exquisito. Me eleva a... ¡Ah, señorita Chumley!

—Janet, ¿estás bien? ¿No quieres cambiar de lugar conmigo durante un momento?

Me dominé.

—¿Desea usted sentarse a mi lado, señorita Oates?

Pero era evidente que la señorita Oates no quería sentarse en ninguna parte más que donde ya se hallaba, mirando hacia atrás y petrificada.

—Vea usted qué paisaje, señorita Chumley.

—Señor Talbot... ¡esos hombres! ¿Son...?

—¿Hombres del gobierno? Sí.

Habló en susurro.

—¡No están atados!

—No van a hacernos nada. En cuanto a atarlos... ¿para qué? ¡este país deshabitado, esas distancias azules, pueden extenderse, que sepamos, a lo largo de tres mil millas!

—¿Está usted total, totalmente seguro?

—¡No las habría traído por aquí de no haber estado seguro! Sólo se ata a los violentos o a los desesperadamente depravados. Si son verdaderamente malvados, entonces se los envía a una isla donde se les infligen castigos corporales. Yo mismo los sufrí en el colegio y después le di las gracias al profesor. Creo que aquello me enseñó mucho. Claro que, como decían los griegos, ya sabe, «jamás demasiado». Nuestra patria tiene unos principios muy elevados, lo cual debe enorgullecernos. ¡Esos individuos han hallado en esta costa algo que no les es en modo alguno fatal! ¡Si hace sólo unos días, el del Cumpleaños del Rey, cené a la misma mesa que un «hombre del gobierno» que había cumplido su condena, era rico y había alcanzado el éxito! Los extranjeros nos condenan por lo que califican de «esclavitud». ¡Esto no es esclavitud, ni galeras, ni mazmorras, ni una cámara de torturas! Es una tentativa civilizada de lograr la reforma y la reinserción. No mire usted a su izquierda. Hay unos aborígenes entre esos arbustos.

La señorita Oates dio un gritito. La señorita Chumley habló por encima del hombro en una voz que jamás le había oído antes.

—¡Por favor, Janet, repórtate! El señor Talbot me asegura que estas personas no nos van a hacer daño. Pero estoy abrumada por lo extrañas que son todas las cosas: los árboles, las plantas, el aire... ¡Ah, qué mariposa! ¡Mire, mire! ¡Y qué moscas!

—Me temo que no queda más remedio que soportarlas.

—Después de todo, es mejor vivir en una ciudad. ¡Esta locura por la Naturaleza ha de pasar y la sociedad debe recuperar el sentido!

—¿No vio usted mucha Naturaleza en la India, señorita Chumley?

—Calcuta, naturalmente, es una ciudad. Pero pasamos algunos días en tierra en Madrás con el recaudador de impuestos antes de ir a Calcuta. Pese a que me encanta la tierra firme, no sé si aquella experiencia valió de algo. ¡Había tantos sitios a los que el recaudador nos prohibió totalmente ir!

—¿Por los indígenas?

—¡Ah, no! Son inofensivos. Dijo que no podía permitirnos acercarnos a un templo pagano, ¡aunque por mi parte, creo que no era una persona muy religiosa! ¿Ha visto usted alguna vez un templo hindú, señor Talbot?

—Creo que no. Pero ha leído algo al respecto.

—No entiendo por qué debe prohibirse a una jovencita ver edificios consagrados a la práctica de otra religión, o superstición si se prefiere. ¡Como usted sabrá, en Salisbury tenemos muchos edificios consagrados a los No Conformistas e incluso una Casa de Reunión de los cuáqueros!

Aquello fue demasiado para mí.

—¡Es usted adorable!

—No lo creo, pero celebro que opine usted así, aunque creo que no debería usted decirlo. De hecho, desearía que conservara usted esa opinión durante... Creo que este caballo va a detenerse.

—Esto es una agonía, señorita Chumley.

—Helen dijo que deberíamos seguir el consejo del recaudador de impuestos ¡aunque yo creo que él lo pronunció más bien como una orden! Pero, como debe usted de saber, Helen no se siente en absoluto intimidada por los señores ancianos.

—¿Ni siquiera por los señores jóvenes y apuestos, como el teniente Benét?

Respondió con una cascada de risas.

—¡Ah, el señor Benét! Tenía tal *tendre* por Helen... ¡en todo el barco no se hablaba de otra cosa!

—¿Y usted, señorita Chumley... usted?

—Hablabamos mucho en francés. Siempre me agrada hablar en francés. ¿Habla usted el francés, caballero?

—No tan bien como el señor Benét.

—Creo que el barco de ustedes le salvó la razón, pues al final no se sentía nada contento. Había pedido una *entretien*, un *tête-à-tête*... ¡Ah, no debería hablar de estas cosas!

—¡Por favor, continúe!

—Janet, no escuches. Sir Henry se portó de una forma nada razonable. Yo tenía que quedarme fuera de la puerta, *viento arriba*, porque, naturalmente, si llegaba alguien, tenía que pasar por allí. El señor Benét llegó corriendo. Cayó de rodillas ante ella, le tomó la mano mientras recitaba sus versos... y entonces el barco cabeceó y se quedaron, de verdad, totalmente *enredados*. Entonces, por un golpe de azar, ¡apareció sir Henry, contra todo hábito, por la puerta de *viento abajo*! Era como en una obra de teatro.

—¿Y entonces?

—¡Se enfadó mucho! ¡Me refiero a sir Henry! También conmigo. ¿Puede usted comprenderlo?

—Quizá. Pero yo nunca me podría enfadar con usted.

—Hasta el señor Benét se enfadó conmigo durante algún tiempo, aunque no mucho. Amenacé con decirle a lady Somerset que incluso su propio nombre, el de él, bastaba para hacerlo ruborizarse. Y por eso alteró el...

—No comprendo.

—Es complicado, ¿no? Sabrá usted que su padre estuvo en el principio de la Revolución Francesa, pero después tuvo que huir de la guillotina, dejando sus tierras y todo... y adoptó ese nuevo nombre como una especie de burla de sí mismo, lo cual me parece algo muy francés.

—O sea que *por eso*... cuando nos peleamos... por eso el señor Prettiman... por eso la señora Prettiman me llamó...

—Supongo que volverá a cambiar de nombre cuando termine la guerra.

Lo solté de golpe.

—Señorita Chumley: ¿cuántos años tiene usted?

La señorita Oates volvió a pegar un chillido y la señorita Chumley me miró un poco asombrada, como era lógico.

—Tengo... tengo diecisiete, señor Talbot. Casi dieciocho. No pensará usted que...

—¿Qué?

Nos mirábamos a los ojos. Puedo afirmar que un rubor le inundó lo que se le podía ver de la cara.

—¿No me creerá usted demasiado joven?

—No, no. El tiempo...

—¡Vamos! ¡No tolero que se apene usted!

—Yo...

—¡No puede usted estar triste, caballero! El señor Benét va a recuperarse. Sir Henry ya no está enfadado conmigo. ¿Queda usted contento con eso?

—Sí, efectivamente. Más de lo que pueda usted comprender.

¿Dije yo aquello? ¿Lo dijo ella? ¿Estaba ella verdaderamente tan preocupada, era tan inocente o tan ignorante, y me sentía yo tan conmovido por ella? Son las emociones de los años posteriores las que despiertan estos recuerdos parciales, estos recuerdos de su gran juventud y belleza... y también de mi juventud, joven idiota y larguirucho con todo por aprender y nada que

perder. Hablábamos en parte como he dicho. Creo que nos sentíamos en parte como he dicho.

—Creo, señor Talbot, que el episodio se debe olvidar y que nadie sale perjudicado. Lo haremos como a veces nos decía el señor Jesperson, nuestro instructor en el Antiguo Testamento: «Jovencitas, no es necesario que estudien con demasiada atención los versículos 20 a 25, y pueden prescindir totalmente del capítulo 7».

—A veces es lo aconsejable.

—Como sabrá usted, la India no es un país bíblico. Estoy segura, porque cuando estábamos en Calcuta lo consulté en el ejemplar de mi prima de la *Concordancia completa del Antiguo y el Nuevo Testamentos*, de Cruden. Pasa directamente de INDELEBLE a INDIGNACIÓN, y en medio no hay nada.

—¡Deprimente idea!

—¡No quiero que esté usted triste!

—Mi querida señorita Chumley, todo en la vida está lleno de sol y de flores. ¿A quién le importa que mañana puedan llegar las nubes?

—Está muy bien que los caballeros se bronceen, ya que tienen la suerte de no estar sometidos a las mismas limitaciones que nosotras. Pero una jovencita... vea usted hasta dónde se abrochan estos guantes, y cada vez que salgo al sol tengo que llevar una sombrilla. Los indígenas de la India, tan morenos (a veces resultan muy elegantes), los indígenas se quedan fascinados como el ángel de *Comus* cuando ven a una dama inglesa. Ya sabe usted que no debemos broncearnos, pues desaparecería totalmente nuestra influencia benéfica sobre ellos. Mi prima dice que para fines de siglo toda la Península India será cristiana.

—Y todo gracias a la tez de nuestras damas inglesas, —¡Ahora se ríe usted de mí!

—¡Jamás!

—Janet, no escuches. Señor Talbot, mi notita, la que deslicé en la carta de lady Somerset a usted: ¿la descubrió?

—¡Naturalmente!

—Créame que inmediatamente después de enviarla hubiera dado cualquier cosa por recuperarla, pues entonces me pareció presuntuoso haber hecho una declaración tan franca... ¿no la encontró usted demasiado... demasiado?

—¡Ah, señorita Chumley! Me mantuvo... ¡me devolvió la cordura, debería decir! Atesoro ese papelito y podría repetirle a usted el mensaje palabra por palabra.

—No lo haga. Pero, ¿no le parecieron aquellas palabras demasiado...?

—Son sagradas.

—Janet, ya puedes quitarte las manos de las orejas. ¡Janet!

Me di la vuelta en el asiento. La señorita Oates tenía el sombrero levantado y las manos apretadas contra las orejas. Miraba fijamente el camino que dejábamos atrás. Casi se le salían los ojos, igual que a una liebre. Nos seguía un

aborigen. Iba completamente desnudo y llevaba una lanza de aspecto peligroso. Le di varios gritos y por fin se hizo a un lado y desapareció entre el follaje. No creo que fuera por mis gritos. Creo que habíamos dejado de interesarle, como sucede siempre con esa gente al cabo de un rato.

—Creo que deberíamos volver ya.

¡Cómo levantó las orejas aquel jamelgo y se puso a trotar! Sabía adónde iba, y allí iría hiciese yo lo que hiciera. Revelaba, por así decirlo, las *mores* de su propietario o de la persona acostumbrada a «conducirlo». ¿Para qué detenerse frente a un árbol especialmente bello y después sucesivamente en dos casas, un pozo y un astillero? Al final, cuando ya me dolían las muñecas de tratar de persuadirlo, llegamos a un leve promontorio desde el cual se veía todo el puerto. Alguien había colocado allí un banco para los viajeros cansados y lo celebré, aunque a su lado estaba un aborigen ¡contemplando el puerto como si fuera suyo! El caballo se detuvo junto al asiento. El indígena se marchó sin mirarnos.

—Mis excusas por este horrible animal. Señorita Oates, voy a atarlo aquí y dejarlo a cargo de usted.

—Su respuesta consistió, como siempre, en dar un chillido. Ayudé a apearse a la señorita Chumley y la llevé junto al seto y hacia el agua. Al cabo de un rato me detuve y la miré.

—Señorita Chumley: ya he comentado que usted y yo hemos estado a merced de Neptuno, igual que Ulises. A nosotros no se nos pueden aplicar las normas ordinarias de comportamiento. En las múltiples cartas que le he escrito...

—¡Yo atesoro las que he recibido!

Toda aquella conversación se realizó sin aliento, pero resultó curiosamente deshilvanada. Quien hablaba algo que no era ninguno de nosotros.

—Señorita Chumley... ¡Marion! Debe usted comprender cómo comprendí yo instantáneamente mi destino, lo totalmente que me siento vinculado a usted. Dígame... lo que no puedo creer... que su afecto está destinado a otro y me retiraré a curar un corazón destrozado. Pero, ah, señorita, si estuviera usted libre y dispuesta a recibir mis atenciones sin aspereza... en resumen, si pudiera usted considerarme como algo más que un amigo...

La señorita Chumley me miró sonriente y con ojos chispeantes.

—¡Una jovencita, señor Talbot, no podría recibir atenciones más calculadas para agradarle!

—¡Ay, podría proclamárselo al mundo entero!

—Le prometo, señor Talbot, que todo el barco recibirá una prueba incontrovertible de nuestro entendimiento antes de salir del puerto... Pero, ¿qué pasa?

La marea estaba baja. Allí, a una milla o dos de distancia, pero claro como un aguafuerte en aquel aire diamantino, salían del agua las cuadernas negras de nuestro pobre barco. Recuerdo que me resultó imposible hablar de aquello a la

señorita Chumley. Permanecemos en silencio mientras toda la historia de aquella travesía me inundaba y me empezaba a brotar por los ojos de tal modo que hube de ocultar el esfuerzo de secarme las lágrimas, haciendo como que trataba de librarme de aquellas eternas moscas infernales. Pues ella no sabía nada de aquella gente, nada del terror, el horror, el salvajismo, la lealtad, el aburrimiento y la mortandad que todavía parecían aferrarse a aquellas distantes cuadernas de madera.

—Señorita Chumley, ¿qué fue del teniente Deverel?

—Dejó el barco y pasó al servicio de una maharajá. Lo hicieron coronel, aunque esa no es la palabra que utilizan ellos. Lleva turbante y monta en elefante.

Y entonces...

—¡Señor Talbot! ¡Esa bandera!

Me volví y miré a la derecha. El *Alcyone* estaba amarrado a menos de una milla de distancia.

—Mucho temo, señorita, que nos están llamando. Es la bandera azul.

Nos volvimos y nos miramos.

Omito las declaraciones mutuas, las despedidas y las promesas. Se pueden encontrar en mil romances y ¿por qué voy yo a aumentar su número? Al final, naturalmente, tuve que llevarla —que llevarlas— de vuelta al barco. Le pegué a aquel jamelgo más fuerte, supongo, de lo que jamás lo habían hecho antes y logré, aunque con dificultades, impedir que nos hiciera caer por el montículo. Por fin nos llevó al muelle con más rapidez que a la salida. La señorita Oates subió corriendo la pasarela, como si alguien la persiguiera. Ayudé a apearse a la señorita Chumley. La tripulación del barco estaba preparando la partida, no cabía duda. Mostró considerable interés por nosotros, y de aquello tampoco cabía duda. Incluso escuché una orden dada a gritos: «¡Mirad hacia el barco, malditos!» y el chasquido de un látigo. Pero ¿qué tenía aquello que ver con nosotros? Ella se volvió hacia mí con una sonrisa.

—Tiene usted mi palabra, caballero. Esperaré... ¡si es necesario, eternamente!

—Y yo soy suyo para la eternidad. ¡Esta es mi mano!

Impulsivamente, la alargué. Riendo ahora ella, puso su mano en la mía.

—¡Mi querido señor Talbot! ¡Una vez más me ha levantado usted del suelo!

Acercó la cara distante. Me quité el sombrero, y, sin importarme las apariencias ni las miradas furtivas de los marineros, la abracé con fuerza. Nos besamos. Creo que jamás, salvo en alguna ocasión impulsado por la bebida, me he exhibido así en público. Pensé, incluso, en aquel momento de delirio, que ahora todo el barco sabía exactamente cuál era nuestra situación. La señorita Chumley había hecho exactamente lo que sabía que tenía que hacer.

Después el barco zarpó y se llevó con él mi corazón.

Mis queridos lectores —pues estoy decidido a tener más de un descendiente— pueden ahora imaginar que han llegado al final del «cuento de

hadas». Pueden suponer una ascensión constante en las filas de la administración colonial... ¡pero no! ¡El cuento de hadas estaba a punto de comenzar!

Hasta el día siguiente no observó Daniels que la valija traída por el *Alcyone* pesaba mucho. Me invitó a llevarme mis cartas, que le ocupaban mucho espacio en el escritorio. Yo estaba demasiado absorto en mi pérdida y en mi felicidad para hacerle mucho caso. En aquella época, las cartas de Inglaterra me interesaban poco. De hecho, es una realidad melancólica que por lo general las cartas traían más malas noticias que buenas. Por lo tanto, pasaron dos días después de zarpar el *Alcyone* antes de que me molestara en recogerlas. Primero leí una carta de mi Señora Madre, que me pareció extraordinariamente alegre por algún motivo que no comprendí. ¿Por qué se sentía «tan a gusto»? ¿Por qué mencionaba a mi difunto padrino como «un hombre tan bueno y tan cariñoso»? ¡Raras veces había merecido calificativos así en la vida pública ni en la privada! Pasé a una carta de mi padre. Se había leído el testamento de mi padrino. No me había dejado nada, ¡pero había rescatado las hipotecas y se las había dejado a mi Señora Madre! Aunque no se nos podía calificar de opulentos, ni siquiera de ricos, ahora nos hallábamos en circunstancias acomodadas, ¡que mi padre calificaba de las «adecuadas»!

Y más que esto (queridos lectores, les ruego suspendan su escepticismo en la medida de lo posible y se concentren en el conocido ejemplo del señor Harrison, que salió elegido al Parlamento sin saberlo y no descubrió aquella agradable noticia hasta que por casualidad leyó una gaceta inglesa que le prestó un viajero en un burdel de París). Por común acuerdo, uno de los miembros del Parlamento por el burgo podrido de mi padrino había pedido el relevo, ¡y yo, Edmund Fitz-Henry Talbot, había sido elegido! ¿Qué le parece, Goldsmith? ¡Emúleme, señorita Austen, si puede! ¡Las expresiones más francas de asombro resultan insuficientes ante una experiencia casi única como aquélla! Leí la buena noticia una vez tras otra, releí la carta de mi madre, que ahora tenía un sentido pleno y lo que podría calificar yo de «adecuado». ¡Mi primer impulso fue comunicar los interesantes datos al Bello Objeto de mi Pasión! El segundo fue solicitar una entrevista inmediata con el señor Macquarie.

Fue muy comprensivo. Apenas le había contado la noticia y mostrado la parte pertinente de la carta de mi padre, cuando me pidió que lo considerase menos como un gobernador que como un amigo.

¿Qué he de añadir? El señor Macquarie me señaló las dificultades de proporcionarme un transporte adecuado. Naturalmente, en cuanto se dispusiera de un barco... Entre tanto, creía que, habida cuenta de esta clara muestra de la Divina Providencia, deberíamos realizar conjuntamente un acto de acción de gracias. Le seguí la corriente. ¡De hecho, la buena fortuna y la felicidad me parecen ser elementos que atraen más hacia las grandes Verdades de la religión cristiana que sus terribles contrarios! Una vez nos levantamos de rezar, el señor Macquarie me preguntó humildemente si prefería considerarme

totalmente fuera de las filas del gobierno («somos una pequeña gran familia», señor Talbot), o si entre tanto estaba dispuesto, por así decirlo, a prestar mis dotes a la Corona. Me puse inmediatamente a su disposición. Dijo que tenía muchos motivos para desear un *enlace* mejor con el gobierno en Inglaterra. Creía que me interesaría contemplar lo que había logrado en el poco tiempo del que había dispuesto. ¡Ese conocimiento sería de un valor estimable para uno de nuestros legisladores!

Mi carta a la señorita Chumley se fue haciendo inmensamente larga. Llegó la goleta *Henrietta*, pero necesitaba muchas reparaciones en el aparejo. Se produjo una serie de retrasos exasperantes, que no eran culpa de nadie en particular, sino endémicos del servicio naval en tiempo de guerra. Trasladé mi equipaje a otro barco, y éste me abandonó desconsideradamente, pero llevándose mi equipaje y la carta. La *Henrietta*... pero, ¿para qué seguir con más explicaciones? Salí inmediatamente después de mi carta, pero me vi retrasado en Madrás, lo cual resultó ser una circunstancia afortunada, pues me da la oportunidad de permitir al lector echar un vistazo al genio epistolar de la señorita Chumley. Naturalmente, en mi propia carta yo había propuesto formalmente el matrimonio. Las palabras con las que el Caro Objeto de mi Pasión aceptó convertirme en el más feliz de los hombres deben seguir siendo sagradas. Sin embargo, ella consiente en que copie aquí parte del resto de aquella carta.

«El clima sigue siendo opresivo. ¡Ay, quién tuviera un día inglés! Bien, estoy muy ocupada en contar mis dichas, la mayor de las cuales... pero no voy a halagarte, pues ése sería el peor de los principios, ¿no? Permíteme hablar más bien del “Proyecto de mi Discurso de Ingreso” que has tenido la amabilidad de incluir y de invitarme a criticar. Mi querido Talbot, ¡lo encontré verdaderamente admirable! Cuando declaras: “acepto la elección por la vía de lo que se ha calificado de ‘burgo podrido’ ¡únicamente con el objetivo de consagrarme a la reforma de un sistema demencial e injusto!”, me brotó del corazón un grito: ¡*Esto es muy noble!* A propósito, ¿quién es la señora Prettiman?

»¿Me considerarás demasiado atrevida si menciono el viaje de regreso que nos proponemos hacer juntos? Mi primo (ya sabes que está en la Iglesia) tiene algunas reservas al respecto, y te adjunto una carta que me ha enviado. Estoy totalmente de acuerdo en que, por el camino, deberíamos tratar de visitar los grandes centros de la Civilización. ¡Las Pirámides! ¡Qué perspectiva tan única! Pero, ¿no deberíamos procurar que llegues para asumir tus importantes Funciones Parlamentarias lo antes posible? Tierra Santa: ¡naturalmente, ya sabes cómo han de resplandecer los Santos Lugares en el corazón de cualquier jovencita! ¡Pero siempre me ha resultado difícil amar a los israelitas como debiera! ¡Vaya! ¡Lo he confesado! Estoy segura de que eran un pueblo muy estimable, pues vivían del maná, ¿no es así? Y una dieta totalmente vegetal desanima tanto que impide a cualquier persona, vieja o joven, llevar a cabo

actividades demasiado perversas. Pero cuando cambió su dieta... todos esos golpes a muslos y caderas, que no sé lo que significan, ¡pero estoy segura de que es algo muy violento! Naturalmente, no osaría yo criticar el Gran Fundador de nuestra religión, y no lo pretendo: pero seguir esa Santa Carrera en las mismas Huellas del Maestro sería algo demasiado doloroso para que lo contemplase una jovencita. En resumen, señor mío, ¿no podríamos, como diría el señor Jesperson, “prescindir totalmente de Tierra Santa”? Pero, naturalmente, en todas las cosas me dejaré guiar por ti y mi único deseo es estar a tu lado en lo que tú calificas de “¡este fenomenal cambio de Cuarto Secretario a Miembro del Órgano de Legisladores más poderoso del mundo!”»

Mis lectores pueden imaginar con qué alegría leí y releí tan tierna misiva. Inmediatamente pasé a la carta del primo de la señorita Chumley. No me causó menos alegría averiguar que efectivamente pertenecía a la Iglesia, pues era obispo y se firmaba «Calcuta».

¿Qué más voy a decir? ¡Aquí debe terminar este relato del viaje de Edmund Talbot a los confines de la tierra y de su tentativa de aprender a hablar como los lobos del mar! Sin embargo, adivino en mis lectores novatos una cierta inquietud. Falta algo, ¿verdad? El obispo no podía consentir que viajáramos desde la India hasta Inglaterra sin habernos casado. ¡Sería un ejemplo malísimo en una parte del mundo que ya estaba demasiado abierta a las licencias de todo género! ¡Se ofrecía con cordialidad a officiar él mismo la ceremonia! De manera que mis queridos lectores pueden sentirse seguros y satisfechos: por fin llegó un día en que salté a tierra en la India desde una pinaza. Bajo una sombrilla rosada, a veinte yardas de distancia, me esperaba «una jovencita». La valiosa Janet estaba detrás de ella, con un grupo de sirvientes de piel oscura. Por encima de la sombrilla rosada había extendida otra mayor. Pero cuando ella me vio no hizo caso del sol. Me quité el sombrero... ella se echó a correr... y ¡vuestra bistatarabuela prácticamente se me echó en los brazos!

(24)

Tras leer la carta de Oldmeadow, fui a dar un paseo, recordando a todos aquellos viejos conocidos... enemigos que en retrospectiva parecen ahora ser amigos. Reaparecieron uno por uno algunos que había olvidado totalmente: Jacobs, Manley, sí, Howell. Me pareció tocarlos a todos mentalmente, uno por uno: Bowles, Celia Brocklebank, Zenobia, el pequeño Pike, Wheeler, Bates, Colley... etcétera, desde el capitán Anderson hasta el último. Fue una tarea curiosa. Averigüé que podía recordarlos sin grandes emociones; incluso al teniente Summers: incluso al señor y la señora Prettiman. Aquella noche tuve una especie de sueño. Espero que fuera un sueño, pues en todo caso los sueños son bastante misteriosos. No me refiero a su contenido, sino al mero hecho de que existan. Deseo que no fuera más que un sueño, porque si no lo fue, entonces tendría que volver a empezar de nuevo en un universo completamente distinto del que me brinda cordura y seguridad. El sueño consistió en que los veía, por así decirlo, a ras de tierra, y si yo los veía a ras de tierra era porque estaba cómodamente enterrado en la tierra de Australia, salvo la cabeza. Pasaban a caballo a mi lado, a unas yardas. Reían y hablaban muy animados, los hombres y las mujeres que los seguían con rostros radiantes, como si hubieran tenido éxito en la búsqueda de un tesoro. Iban en caballos muy grandes: ella la primera, a horcajadas con un sombrero ancho, y él detrás, montado a la amazona porque la pierna derecha no le funcionaba. Al ver la excitación y la luz dorada, al ver la multitud que los seguía, al oír las risas y, sí, los cánticos, habría uno pensado que se dirigían a algún gran festejo, aunque no había forma de ver dónde podría celebrarse en el desierto que los rodeaba. ¡Estaban tan contentos! ¡Estaban tan animados!

Desperté de mi sueño, me enjuagué la cara y dejé de temblar, y por fin llegué a la conclusión de que no todos podíamos hacer ese género de cosas. Había que tener en cuenta al mundo, ¿no? Sólo que recordé, antes de recuperarme totalmente, que ella había dicho, o él, que también yo podía ir, aunque nunca

acepté la idea. Pero ahí está.